

# EL HALLAZGO



**CARTER DAMON**

Lectulandia

La Federación de Mundos Libres vive una precaria tregua cuyo fin previsible desencadenará una devastadora guerra capaz de extinguir a la humanidad. En este periodo crítico sucede algo inesperado. Procedente de una base científica provisional establecida en un mundo aislado, en el extrarradio de la galaxia, una señal anónima trasmite un mensaje de consecuencias imprevisibles.

*El hallazgo* reúne los elementos clásicos de una buena novela de aventuras, con una trama que se enreda progresivamente hasta llegar a un final trepidante, inesperado y bien culminado que no defraudará al lector más exigente.

**Lectulandia**

Carter Damon

# **El hallazgo**

ePub r1.0

Titivillus 22.12.16

Título original: *El hallazgo*

Carter Damon, 2013

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# Capítulo 1

*Ciudad de Gramdan, Nueva Esperanza, planeta capital de la Federación de Mundos Libres.  
Año 2.743 de nuestra era.*

Gregor Vadausen avanzaba con paso firme por el interior del Departamento de la Armada, un vertiginoso edificio de cristal y hormigón situado en lo alto de una colina de roca caliza que dominaba la bahía y que se antojaba desde la lejanía como un enorme cuerno sobresaliendo de un cráneo colosal. Disponía de enormes ventanales encajados sobre el abrupto acantilado y las impresionantes vistas de la alfombra marina que se extendía hasta el horizonte dejaban al paseante sin aliento. Desde el patio interior una portentosa bóveda con cuatro arcadas soportaba el peso de todo el inmueble. Alzando la vista podía observarse el cielo azul a través de una cúpula acristalada en lo alto, cincuenta plantas más arriba. Su paseo le llevó, indiferente a todo tipo de panorámicas, en línea recta a través del concurrido patio hasta la zona de los elevadores.

Sus zapatos embetunados brillaban como nuevos. Su andar era marcial, su porte atlético, y sus rasgos parecían encajar con las líneas severas del uniforme. Una nariz corta y afilada, ojos claros y firme mirada, bajo unas cejas canosas, como su pelo, corto y milimétricamente rapado. Lucía su uniforme de gala de la Armada con la gorra de plato blanca asida en la mano con sobria elegancia. El traje de color azul oscuro resaltaba galones, insignias y botones dorados, pero especialmente la única condecoración que brillaba solitaria en su pecho izquierdo. Atesoraba en una magnífica caja de caoba muchas más, pero la que portaba orgulloso era la más valiosa y admirada, y allí, en los pasillos del Departamento de la Armada, más aún. Era sabido que la Estrella del Mérito se había concedido en contadísimas ocasiones, la mayoría de las veces a título póstumo, y siempre a militares con la aureola de héroe fulgiendo en torno a su fúnebre recuerdo.

Él era un personaje de leyenda. Esta certeza no le producía ninguna satisfacción personal. Sí, reconocía que servía para obtener un respeto temeroso de sus subordinados y la admiración curiosa y callada de los superiores. Pero en cualquiera de los casos eran reacciones puramente irracionales, a las que quizás pudiera otorgar cierta utilidad dentro de la cadena de mando mecánica de la Armada. Por su parte siempre había cumplido escrupulosamente lo que le habían ordenado; había culminado las misiones encomendadas con toda la habilidad, pericia, y por qué no, valentía, de la que se sentía capaz. Por ese lado no había nada que le hiciese destacar del resto. Lo que sí debía reconocer, sin falsas humildades ni estúpidas modestias, que lo encumbraba por encima de otros comandantes, era su audacia para llegar al límite. Al límite de lo militarmente correcto, al límite de lo que permitía el Reglamento de la Armada, al límite de la capacidad de sufrimiento suya... o de sus hombres. Cuando muchos comandantes habrían dado la batalla por perdida y

retrocedido, o el objetivo de la misión cumplido y habrían vuelto a la base, él no se detenía si un atisbo de su conciencia militar le decía que aún quedaba un ápice que pudiera mejorar los resultados logrados, un punto que pudiera incluirse dentro del guión de su objetivo que sirviera para remachar su «jugada» pero que no pudiera ser tachado nunca de una iniciativa «excesiva». Muchos le habían llamado loco o temerario, pero al final se había impuesto el número creciente de victorias, incluso en batallas imposibles. Había ascendido a comandante siendo aún joven, y podía haber llegado más alto, pero no se sentía ambicioso. El Almirantazgo no era para él. La estrategia de sala de estar, el politiquero y las diplomacias de salón eran un territorio vedado para sus habilidades. Su carrera se había detenido en la graduación que más había deseado siempre. Por ello su frustración había sido demoledora cuando un año atrás, coincidiendo con el inicio de la tregua, la que había interrumpido lo que la prensa empezaba a denominar la Última Gran Guerra, le apartaron bruscamente de la Flota y el servicio activo. No entendía las razones, pero se figuraba que su tendencia a la acción contundente —siempre el que golpea primero golpea dos veces— había sido determinante. Resultó más apropiado poner al mando de la flota a los comandantes más «prudentes». Esa era la palabra que se oía en los corrillos de generales y en las antecámaras de los grandes cónclaves, aunque Gregor prefería la de «pusilánimes». Los parámetros de la guerra habían cambiado. Las nuevas armas de destrucción y su capacidad de exterminio habían alterado definitivamente todo en su vida, y Gregor veía sometidas a semejantes circunstancias su pericia y talento, relegadas para siempre, obsoletos conocimientos y tácticas caducas, sólo podrían ser útiles en los nuevos manuales de historia militar. Era un perro de presa con talento para la pelea, pero sin dotes ni habilidades diplomáticas, así que le habían puesto el bozal y arrinconado en una jaula. Se sentía desplazado en ese frágil cadalso en el que la Humanidad se tambaleaba, sobre el que un paso en falso con una eventual reanudación de la guerra, podía arrastrarla a la edad de piedra en solo unas pocas semanas de combate. El Alto Mando podría prescindir ahora de sus comandantes más capacitados porque tan sólo necesitaban a un soldado para apretar un botón y destruir al enemigo.

Su carrera militar le había deparado un inesperado e irónico final. De pronto había quedado pasada de moda su forma de planificar la guerra y la estrategia había quedado relegada a una mera carrera industrial contrarreloj, donde sólo había espacio para ingenieros espaciales, en la que la Federación ponía todo su empeño en construir los Destruidores de Planetas, el arma definitiva que aniquilaría por completo al enemigo. La exterminación de alguno de los bandos era cuestión de muy poco tiempo, tal vez unas pocas semanas, y si alguno de los adversarios se sentía con una superioridad táctica apreciable, desencadenaría el armagedón de inmediato. Y él se había convertido en un simple y frío espectador de aquel crítico desenlace al que ya todo daba igual, especialmente desde que tuvo noticias de que su Sara, la mujer que le había abandonado años atrás, se encontraba en uno de los mundos que habían sido

borrados de la faz de la existencia en los primeros días en los que ambos bandos ostentaron esa nueva «capacidad disuasoria».

Aunque la guerra y su carrera militar le habían permitido tener una nimia vida personal, está aún pesaba sobre él como una losa indeseable sobre la tumba sellada que hasta hacía poco había sido sus vivencias íntimas. De pronto, desde hacía apenas un año que había parado su carrera militar, su vida y el tiempo mismo, se habían resquebrajado las paredes de su prisión, que era la del sacrosanto «cumplimiento del deber», el servicio activo, y resurgida de silenciosas tinieblas, su vida interior reclamaba lo que durante tanto tiempo atrás se le había vedado; un espacio personal, unos sentimientos. Mientras, vagabundeaba de un lado a otro, visitaba antiguos colegas tan fuera del mundo como él, acudía a variados cafés de jubilados de gente acabada, y se aferraba a su rutina espartana en un intento fútil de mantener el sentido de lo que era él mismo. Ahora el tiempo de inactividad era tiempo de reflexión que se convertía en un permanente campo de batalla donde asfixiantes pensamientos y oscuros desánimos hacían presa en él. Incomprensiblemente para sus rígidos razonares, a pesar de que hacía tiempo que había cortado los vínculos con Sara, ésta aún era capaz de despertar sentimientos en lo más hondo de su alma, y tuvo que reconocerse a sí mismo con gran desasosiego, que ni la distancia ni la incomunicación habían destruido la esperanza de un día retornar a ella y reencontrarla dispuesta a alimentar su amor en el mismo punto donde lo dejaron. Una esperanza alimentada en secreto durante años, brutalmente puesta de manifiesto con la muerte de la que había sido su mujer durante casi treinta años.

El conjunto de circunstancias habían propiciado una tensa situación personal a la cual nunca se había enfrentado en toda su carrera militar. El hecho de sentirse tan manifiestamente al margen de los nuevos planes militares de la Armada, sentirse en «dique seco» como habitualmente se explicaba con sus conocidos, la inesperada cantidad de tiempo libre junto con el vacío interior desprovisto de afecto, le había arrastrado durante los últimos meses a un enconado debate interno en el que una parte rebelde de su ser más orgulloso e irracional le reclamaba cortar amarras con la carrera militar y el inicio de otro género de vida, e incluso en sus horas más bajas de intensa frustración, poner punto y final a su existencia. Sin embargo su ego más profundo, abnegado y sacrificado, había resistido el insidioso malestar, consciente de su origen casi infantil, y aunque fuera a duras penas, no había presentado su solicitud de retiro voluntario del ejército pese a que la tenía redactada y firmada, encerrada, como una alimaña a la que le repugnaba tocar, en un portafolio de cuero que todas las mañanas le tentaba desde el altar que era su escritorio personal.

Todavía le quedaba un asidero al cual se agarraba con todas sus fuerzas. El Almirante Heyes lo había convertido en una especie de asesor personal. «Usted, comandante Gregor, es para mí mucho más valioso aquí, a mi lado, que vagando por el espacio patrullando sin parar. Pero no se apure, cuando la guerra se reanude, usted retomará el mando, de eso puede estar seguro». ¿Era eso un clavo ardiendo?

El Almirante Heyes era un militar competente de aspecto afable, de mirada serena y reflexiva. Sus ojos brillaban siempre inteligentes, y en ocasiones dejaban entrever su astuta forma de razonar. Era almirante de la Armada desde que Gregor se enroló, todo un venerable veterano. Y también un encantador de serpientes, de voz meliflua o impertinente según lo requiriera su interlocutor. De hecho la mejor cualidad del Almirante había sido el talento para combinar la dualidad que entrañaba vivir en el filo de lo militar y lo político, y por eso en cuanto llegó al Almirantazgo se desenvolvió como pez en el agua. Él sabía nadar y guardar la ropa como el mejor de los políticos, y por otro lado conocía los entresijos y códigos de la vida militar, ese reglamento no escrito y encorsetado que los políticos eran incapaces de entender y mucho menos emular. Por eso, desde que había formado parte del Almirantazgo su influencia había sido cada vez mayor, hasta llegar a convertir su cargo del Consejo en incuestionable, independientemente del Gobierno de turno que presidiera el Congreso de la Federación de Mundos Libres.

Gregor sentía una gran admiración por aquel hombre. No era un fanático ni tampoco un sentimental. Al igual que él mismo, sabía cuál era su obligación y conocía su deber. No vacilaba a la hora de dar una orden. No era como los otros miembros del Consejo de la Armada, que en los momentos duros se ausentaban, miraban para otro lado, o contemplaban el micrófono pétreamente enmudecidos, a la espera de que Heyes pulverizara el molesto silencio con su hablar cuerdo y razonado. A veces dar una orden clara y directa era más difícil que disparar un torpedo, bien lo sabía él.

Gregor se presentó ante el secretario del Almirante quién lo condujo inmediatamente a un amplio vestíbulo donde le indicó que esperase a que le dieran paso. Tres oficiales recién salidos de la Academia le saludaron correctamente pero con cierto desparpajo, sonrientes y encantados de sí mismos, y se alejaron comentando algo en relación a su medalla al mérito con voz no lo suficientemente discreta para que él no lo percibiera. Quizás les habría hecho gracia su diseño rancio y aspecto antiguo. A Gregor le habría encantado contarles cómo la había ganado, en los combates por las lejanas minas de Tirulia, un sistema sin planetas habitables en los que las tropas de la Federación quedaron cercadas y sin cobertura de la Flota durante dos interminables semanas. Gregor comandó las tropas de tierra supervivientes y aguantaron estoicamente los bombardeos y finalmente los desembarcos e intentos de invasión. Recordaba en especial a un oficial, recién salido de la Academia, que horrorizado por los efectos de las nuevas armas de pulsos sobre la carne humana, había insinuado que tal vez no era una locura rendirse dadas las evidentes condiciones de inferioridad. Era un oficial como los que acababan de pasar, joven y enamorado de sí mismo, que hasta la fecha no había tropezado con la cara oscura de la Guerra, o como decían en los pelotones de asalto, «con la piel de un bebé, limpia de cicatrices». El olor de carne estofada aderezado con litros de sangre regados por doquier era algo a lo que costaba hacerse. El oficial de Tirulia se llamaba



Oribiel, y cuando terminó de realizar su exposición solicitando un motín, el asesinato del Comandante, y la rendición, ante una reunión clandestina de oficiales y suboficiales, Gregor, que había sido informado por uno de sus leales, apareció de improviso, tomó su arma y le descerrajó un tiro en la cabeza. Después de su intervención quedó claro cual era su punto de vista al respecto. Ese leve movimiento de su índice sobre el gatillo precipitaría su vida por una vorágine de sucesos que a alguien con menos carácter habría podido descuartizar el alma, pero en su caso, cuánto más empeño ponía el destino en arrinconar al comandante, más vigor tomaba éste para salirse con la suya. La victoria de Tirulia se vio empañada por este mérito «dudoso», pero Gregor no paró y lo que era un acto defensivo desesperado se convirtió inopinadamente en una portentosa ofensiva que serviría para reconquistar el sistema. Sus detractores, comandantes y generales que querían poner orden ante semejante crimen, observaban desalentados que su presa crecía a ojos vistas y era considerado no ya un héroe local, sino galáctico. La propaganda de guerra era más fuerte que un simple proceso de justicia militar.

Gregor saldría indemne del Consejo de Guerra. Con el Reglamento en la mano una intentona de amotinamiento podía ser reprimida por cualquier medio, más aún si la resistencia de Tirulia se demostró como clave para recuperar todo el sistema. Posteriormente se conoció que el enemigo no respetaba los prisioneros de guerra y todos los desesperanzados que entregaron las armas con el anhelo de salvar la vida cometieron el postrer de sus errores. Los supervivientes comandados por Gregor habían pasado a convertirse en la primera hornada de veteranos con una fe ciega en «el Comandante», capaz de guiarlos por caminos sembrados de muerte sin vacilar ni temer a nada ni nadie, y la leyenda se erigió por encima de las brumas de los rumores de crueldad y las maledicencias de quienes le envidiaban secretamente, y fue consagrada con el mayestático emblema que pendía en su pecho en ese momento.

El Alto Mando albergaba su sede de reuniones en la última planta del impresionante edificio de la Armada donde el cristal y el mármol se fundían y mezclaban caprichosamente, creando juegos arquitectónicos malabares. Las vistas del mar de Abdaran y la bahía de Nueva California en aquel tibio día soleado eran más que espectaculares. La *megaciudad* se extendía a lo largo de la franja costera salpicada de parques y zonas verdes. Los rascacielos se apiñaban regularmente cada pocos kilómetros como modernos cerros montañosos de titanio y espejos, y el litoral, de una arena nívea, se extendía en una interminable media luna, incapaz de engullir la serena presencia azul marina. Los numerosos bañistas parecían diminutos puntos oscuros apenas discernibles por el brillo cegador de la playa y conferían una sensación de ensueño, de irrealidad, testimonio de la ignorancia e incredulidad en el que vivía la población civil ajena a la guerra, un acontecimiento de lejanía sideral. Se antojaba imposible que una sociedad tan plácida y armónica como la que se observaba estuviera al borde de su extinción más abrupta.

Gregor había declinado sentarse en el confortable asiento que le ofreció el secretario, y permanecía junto al ventanal panorámico dejando que sus pensamientos vagaran por los mismos derroteros de los últimos días, desde que había sido convocado a la reunión del Alto Mando.

Hacía tiempo que no asistía a sus reuniones y para recordar las últimas comparecencias que había protagonizado debía remontarse al principio de los tiempos de la Última Gran Guerra. Por supuesto, siempre había acudido en calidad de soldado al que se le suministran órdenes. Después el devenir de la contienda, los incesantes combates y las misiones continuadas no le habían proporcionado tiempo ni permisos para regresar a casa ni acudir a los reuniones del Alto Mando, por lo que los partes de las misiones se los transmitía personalmente Heyes mediante pocos mensajes encriptados que le llegaban allá donde estuviera sirviendo.

Cuando devino la Tregua fue convocado por vez primera a las reuniones del Consejo del Ejército, de aforo más numeroso que el Alto Mando y donde lo militar se contaminaba con la política y los civiles se camuflaban entre los generales. Gregor se sentía fuera de lugar, porque sus comentarios secos, sus descripciones acres y su sinceridad explosiva sonrojaban a los que nunca habían experimentado el ardor de la batalla. De las reuniones del Consejo sólo salían buenos propósitos y mandatos difusos que a Gregor le desesperaban.

Ahora bien, el Alto Mando traducía esas proposiciones imprecisas en órdenes y planes de estrategia que implicaban combate, sangre y bajas. Cuando se le convocaba al despacho rectangular del Alto Mando Gregor sabía que de nuevo había trabajo sucio de por medio, allí se decía explícitamente lo que en el Consejo se insinuaba vagamente. Por ello su actual cita le intrigaba enormemente, habida cuenta que la Armada estaba restañando sus heridas y la reanudación del combate aunque cercana, a tenor al menos de lo que le comentaban sus camaradas que todavía estaban en activo en la Flota, ya no implicaba la necesidad de sus cualidades de estratega. En cualquier caso la convocatoria parecía que de alguna forma había justificado su tenaz resistencia al abandono de la carrera militar. Una vez más Gregor saboreaba la victoria ganada tras una ardua batalla, pero en esta ocasión y por primera vez, el enemigo había sido él mismo.

El joven secretario de pelo engominado y aspecto pálido que parecía llevar una talla de uniforme superior a la que le correspondía, carraspeó a sus espaldas para llamarle la atención.

—Si tiene la bondad de seguirme. Le están esperando.

Gregor se dirigió a la puerta de doble hoja que daba paso al famoso salón. No eran muchas las veces en las que había estado allí, pero sus paredes y decoración las conocía muy bien y no habían sufrido apenas modificaciones, con lo que el escaso ornato que lucía se demostraba tan austero como rancio. Era el sancta sanctorum de la Armada, dónde, entre otros menesteres, se grababan los mensajes de operaciones que el Almirante Heyes le enviaba durante la guerra.

Cuando entró en la estancia los doce militares, sentados en torno a una gran mesa oval de cuarzo oscuro, dejaron de hablar y se dedicaron a observar al recién llegado, incómodos porque a partir de ese momento deberían medir escrupulosamente cada una de sus declaraciones y moderar su vehemencia castrense so pena de correr el riesgo de quedarse en evidencia ante un inferior.

Gregor conocía a algunos de ellos. Varios habían sido comandantes cuando él salió de la academia por lo que tenía referencias de compañeros de la Armada. A alguno incluso lo había conocido personalmente cuando él mismo ya era comandante. Eran hombres de edad avanzada, la mayoría de pelo canoso y algunos con enorme barriga. Todos ellos denotaban que hacía años habían dejado de estar al frente de un crucero o acorazado haciendo restallar la artillería de pulsos allende la galaxia y se habían hecho a una vida más cómoda y menos arriesgada, adaptados a una estrategia donde la tensión del combate se vivía de una forma diferente. Sus voces se habían endulzado y sus fisonomías redondeado. Quizás era difícil de detectar para un lego, pero no para Gregor, que sabía de la exigencia de la vida en el espacio. Ya no se jugaban la vida, sino acaso la dimisión, todo lo más.

—Buenos días querido Gregor. —El Almirante Heyes se había levantado de su asiento, en la presidencia de la mesa y le estrechó la mano con ceremoniosa cordialidad. Una mano suave que apenas tenía vigor, casi femenina, pero que Gregor había aprendido a respetar. El increíble poder de aquel hombre de musculatura exigua estaba en su mente preclara. Gregor habría dicho que su presencia le resultaba especialmente grata, de la misma manera que un ejército agotado por el combate desea la llegada de tropas de reemplazo, así sintió que se correspondía el caluroso saludo del Almirante. Uno a uno les fue presentando a los hombres que compartían la labor de dirigir la Armada.

Gregor saludó mecánicamente, pero no hizo especial énfasis en memorizar ni nombres ni méritos militares. Hacía un año que estaba en el dique seco. Si eso iba a cambiar, cuanto antes se lo dijeran mejor. Sabía que sólo respondería cuentas de sus resultados a uno de ellos.

Por fin Heyes le acomodó en su asiento, en el otro extremo de la mesa y se dirigió hacia la pantalla de varios metros de anchura que se encontraba en uno de los laterales del salón. Gregor dirigió la vista hacia allí, pero percibió que muchos de los generales y almirantes continuaban observándole, vigilando sus rasgos y reacciones. Era evidente que el contenido de la misión ya lo conocían. Seguramente iban a evaluar su capacidad e idoneidad para llevarla a cabo.

—Verás Gregor... —el almirante Heyes elegía las palabras concienzudamente—, en las dos últimas semanas hemos vivido una situación desconcertante que requiere una persona franca a la par que discreta. Son pocos los comandantes en los cuales nos atreveríamos a confiar lo que te vamos revelar. Desgraciadamente las indiscreciones o la ambición pueden echar a perder un buen militar.

Gregor sabía a qué se refería Heyes. Muchos comandantes ansiaban ocupar los

sillones del gabinete del Alto Mando. La revelación de un secreto a la persona incorrecta, un militar especialmente ambicioso, podría servir para obtener el tan anhelado ascenso aún a costa de sacrificar los intereses sagrados de la Armada e incluso dejar libre para su uso personal alguno de aquellos suntuosos sillones.

—Señor, pueden contar con mi absoluta discreción.

—Muchas gracias comandante Gregor, sé de sobra que así es. Y volviendo a lo que nos ocupaba justo antes de su llegada, comandante... —El almirante caminaba lentamente de un extremo a otro de la pantalla mientras hablaba como un profesor que examina a su alumno predilecto, haciéndole una pregunta de difícil respuesta—... tenemos ciertas dudas respecto a si el enemigo ha desarrollado tecnologías tan efectivas como las de la Armada para detectar los movimientos de la Flota. Aunque estas impresiones no están contrastadas por nuestros servicios de inteligencia, sí existen algunos informes de comandantes que nos llevan a pensar en la posibilidad de que estén en posesión de la tecnología de radar gravitonal, al menos de una capacidad de detección similar a la nuestra, si es que no es mejor. De hecho hemos tenido muchas reuniones, acaloradas algunas de ellas, a este respecto aquí mismo, en el Alto Mando, con este punto en el orden del día. —Heyes carraspeó—... nos gustaría conocer su opinión sobre el asunto.

Gregor comprendió de inmediato a lo que se refería Heyes. Uno de esos informes era suyo.

—Verá señor, en el combate por la posesión del sistema Olimpia, en los días previos al inicio de la tregua, comandé la v flota con el objetivo de realizar una Operación de Aproximación. —No bien acababa de pronunciar la frase cuando el mural-pantalla cobró vida y sistemáticamente proporcionó información gráfica a los presentes sobre el sistema y la batalla en cuestión. Pero Gregor habló rápida y mecánicamente sin prestar atención a la animación explicativa. Después de cada combate revivía la acción una y otra vez repasando toda la secuencia de órdenes y maniobras, desde la nave insignia hasta el más pequeño de los cazas, a fin de entender cuál había sido su baza ganadora y en qué podría mejorar para un próximo combate. De estos análisis exhaustivos obtenía sus propias conclusiones, su propio informe de lo sucedido. Era una visión fría y desapasionada en la que lo único que contaban eran las tácticas empleadas y su grado de acierto. Durante el último año de vida apartada del ejército había repasado más de una vez la amalgama de recuerdos bélicos que era su existencia... era su método para combatir los fantasmas que le sugerían que tal vez otro tipo de vida más feliz habría sido posible—. Como saben una operación de aproximación es una maniobra arriesgada en la que básicamente se desconoce si se va a producir un choque militar o no, y lo que se buscaba en concreto era desenmascarar la flota enemiga presente en el sistema, siendo mis órdenes plantear batalla en caso de existir una situación propicia. Para ello dividí previamente la flota en tres escuadras. Las escuadras alfa y beta estaban proporcionadas en cuanto a *portanaves*, acorazados, destructores y por supuesto los navíos de desembarco.

Ambas escuadras se reservaban el 90 por ciento de la potencia de fuego. Sus coordenadas de destino las iban a mantener en puntos alejados del sistema, flanqueando los principales planetas gaseosos exteriores. El objetivo de esto como pueden imaginar era evitar a toda costa un encuentro fortuito con el enemigo con las naves de menor maniobrabilidad, pero facilitar al máximo su proximidad al punto de combate por si éste tuviera lugar. La escuadra gamma en la que me encontraba personalmente era una discreta flotilla de veloces fragatas que fue directamente al corazón del sistema con la intención de hacer un rápido reconocimiento y buscar o provocar el ataque enemigo, de manera que pudiera precipitarse el grueso de nuestras fuerzas en condiciones selectivas de superioridad si era el caso, o realizar la maniobra alternativa idónea.

—¿Y qué sucedió comandante Gregor?

—Según llegamos nos vimos obligados a plantear fuego defensivo. En los tres puntos de llegada se habían concentrado fuerzas superiores en número. Se entabló una encarnizada batalla y tuvimos numerosas bajas. Sin embargo conseguí reorganizar un contraataque puesto que las coordenadas de llegada no habían sido elegidas al azar, y aprovechando el tirón gravitacional del mayor planeta del sistema burlamos...

—Muchas gracias Gregor. —El almirante Heyes recuperó la palabra alzando la mano e interrumpiendo el informe monótono del militar a la vez que la imagen del mural-pantalla se congelaba. Gregor había dicho lo que él quería oír, y al parecer ahora le interesaba subrayar el acontecimiento clave antes de proseguir con su argumentación—. Me gustaría hacerle una pregunta a tenor de lo que acaba de comentar. ¿Le pareció a usted que el referido encuentro se trataba en suma de una emboscada? ¿Actuó el enemigo como si supiera dónde y con qué efectivos iban a llegar?

—Diría señor que las probabilidades de que la flota defensiva del enemigo estuviera dispuesta casualmente en torno a los tres puntos de salto de la v flota, señor, deben ser infinitesimales. La Armada estuvo muy cerca de ver reducida la v flota a cenizas y escoria.

Heyes sonrió ampliamente y retomó la palabra.

—Evidentemente no tenemos pruebas de ello porque nuestro servicio de inteligencia no nos las ha dado, pero este es un indicio muy claro de que el enemigo ha desarrollado una tecnología similar a la de nuestro radar, y pueden detectar cuando una corriente de gravitones esta siendo utilizada... pero lo que es más importante... pueden hacerse una idea de la envergadura del transporte. Esta consideración señores, no lo olviden, ha de primar todos y cada uno de nuestros movimientos en este delicado asunto en el que nos vamos a involucrar.

Alguno de los militares que se sentaban en la mesa se removía en su asiento. Era evidente que su tesis no les resultaba convincente o al menos no lo querían considerar. El general Foster, responsable de Inteligencia Militar, un hombre de tez

rubicunda, bigote cano y bronceada calva tomó la palabra con energía.

—Sí, pero comandante Gregor, si como usted dice había tal superioridad, el conocimiento de su llegada y una emboscada preparada, como parece sugerir, la victoria que obtuvo no encajaría con un escenario tan imposible y desfavorable.

El rostro de Gregor no pudo ocultar cierto enojo. La desventurada afirmación le ofendía ya que reducía el mérito de la acción.

—Miles de mis hombres perecieron en ese combate y la v flota quedó mermada en dos tercios de su capacidad. De las naves supervivientes muchas quedaron irrecuperables por completo...

—Ojalá pudiéramos conquistar un sistema como el Olimpia con tan escasa cantidad de bajas. Generalmente son muchas más. —El general Foster interrumpió al comandante y éste notó que la sangre le subía a la cabeza y su rostro se enrojecía.

—Por Dios señores —el almirante Heyes intervino diplomáticamente al observar preocupado el rostro de Gregor, a punto de estallar de ira—. Creo almirante Foster que está usted infravalorando las capacidades de nuestro honrado y venerado comandante. Todos los análisis de Inteligencia Cyber daban un rango de posibilidades marginales de victoria ridículas. Si tiene a bien me gustaría que repasara el extenso historial militar de este hombre y comprobara que está plagado de hazañas bélicas que empequeñecerían todas las acumuladas por todos nosotros durante el servicio activo. —La oportuna intervención logró calmar los ánimos del comandante, y Foster, humillado, se atusó el bigote y calló a regañadientes. Heyes quería zanjar el tema llegando a un mínimo acuerdo—. Básicamente comandante Gregor, para que se haga una idea de por qué le hemos convocado, el motivo de nuestras discusiones es el cariz de una misión que queremos enviar a un sistema planetario cuyo nombre no vamos a revelar de momento. Solo diremos que se trata de un sencillo sistema planetario en el extrarradio de la galaxia. En dicho sistema desembarcó hace tres años una expedición científica que fue transportada hasta allí por una simple nave de carga. Ahora hemos recibido un mensaje cifrado de la base científica cuyas implicaciones han suscitado la división en el Alto Mando en cuanto al procedimiento a seguir. Por un lado cierto sector se muestra partidario de enviar una discreta fragata, a fin de que nuestros enemigos no sospechen que sucede algo, y por otro lado, visto lo que nos podemos jugar en ese remoto lugar, están los que defienden enviar la I flota, con todos los buques insignia de la Armada incluidos.

Los ánimos de Gregor se enfriaron por completo y una sonrisa de incredulidad asomó a sus labios. ¿Qué tipo de misión podía ser, que o bien enviaban una ridícula fragata o bien la devastadora I Flota? Jamás había participado en la elaboración de las órdenes y estrategias del Alto Mando, pero verse de pronto debatiendo con ellos la dimensión que debía adoptar el envío de tropas a un planeta lejano le resultó hasta cierto punto decepcionante. Él siempre había seguido fielmente las órdenes convencido de la idoneidad de las mismas. Nunca se había planteado que las dudas pudieran formar parte de un proceso de decisión en el Alto Mando. Él nunca vacilaba

cuando comandaba sus naves.

La habitual expresión severa de Gregor quedó desencajada con las cejas enarcadas y la boca entreabierta. No sabía qué decir, y el almirante Heyes soltó una carcajada.

—Amigo mío, menuda cara ha puesto usted. Seguramente pensará que estamos un poco locos... y qué clase de misión puede ser aquella cuyas alternativas son tan drásticamente opuestas. Sin embargo cierta información sensible que no puede salir de esta sala va a estarle vedada hasta en tanto no se organice la misión y usted y sus tropas se encuentren en el espacio profundo... si es que el Alto Mando encuentra en su persona el oficial idóneo para comandar esta expedición.

Gregor asintió. Según parecía no se trataba de una misión rutinaria y el Alto Mando se iba a dignar seleccionar personalmente al encargado de dirigirla. La tregua no le favorecía, dado su currículum particularmente poco dado a rehuir el combate. Sin embargo, si la misión era de carácter crucial, tanto al menos como revelaban las palabras del Almirante, tenía ya mucho ganado... si es que no lo tenían ya seleccionado como candidato idóneo. No podían confiar en un «pusilánime». Él era un oficial de convicciones férreas y voluntad inquebrantable que se ceñía a las órdenes como un náufrago a su salvavidas. Heyes retomó la palabra.

—Desgraciadamente no podemos hacerle llegar ni siquiera una copia de la transcripción que nos ha llegado de aquel mundo remoto, puesto que aunque pueden existir dudas razonables sobre la veracidad de su contenido... —Heyes se acarició la barbilla mientras seleccionaba las palabras a emplear—, si existen ciertas evidencias... científicas... que ayudan a pensar, a dictaminar... que lo expuesto en el breve mensaje que nos ha llegado es rigurosamente cierto.

Gregor carraspeó.

—Si me permite Almirante... ¿quién es el autor del mensaje?

—Esa es una de las incógnitas. El remitente no se ha querido identificar. Una vez allí, habría que intentar identificarlo, aunque es previsible que él mismo se dé a conocer cuando lo estime oportuno. De todas formas, lo que resulta realmente importante de todo esto, Gregor, es que este planeta en cuestión encierra un enorme potencial... secretos que quizás podrían cambiar el curso de la guerra... efinitivamente, y llevar a la Federación de Mundos libres a una situación de superioridad tecnológica incuestionable frente a nuestro enemigo.

Gregor asintió lenta y pensativamente, aunque le costaba digerir qué podía ser más devastador que la actual tecnología de los destructores de planetas. Se percató de que todos los generales y almirantes que ya habían escuchado evidentemente la grabación, permanecían pendientes de su expresión. Querían observar en el rostro de un veterano guerrero la primera impresión que causaba la revelación parcial de un secreto de Estado.

El comandante comprendía la disyuntiva y el punto de vista de Heyes. Si se enviaba la Flota I y el enemigo era capaz de detectarla, recelaría de inmediato, ya que

comprendería que de improviso parte de la Armada se dedicaba a custodiar un apartado planeta de un sistema más allá de la Federación. Un acto tan ilógico, desproteger los territorios de la Federación para proteger algo aparentemente tan poco valioso, sólo podía explicarse si ese planeta, por alguna razón desconocida, sí que representaba un valor intrínseco para la Federación. Tanto más si era la Armada quien lo custodiaba, puesto que esa acción indicaba que dicho valor tenía carácter estratégico o militar. Bien sabía Gregor que un planeta aislado era un blanco fácil y en el actual estado de cosas y con la tecnología militar disponible, lo más probable es que el planeta en cuestión fuera volatilizado por completo y la partida terminase en tablas, lo cual era una tontería, sabiéndose dueño de la mano ganadora.

El comandante Gregor sostuvo durante largos segundos la mirada inquisitiva del Almirante que le instaba a que expusiera su impresión personal. Sin embargo fue el general Foster el que tomó la palabra.

—Comandante, sin duda su opinión es merecedora de nuestros más considerada atención, pero somos muchos en el Alto Mando los que creemos que la guerra debe reanudarse de inmediato en un ataque devastador que tome desprevenidas a las Fuerzas Imperiales. Actualmente disponemos de una ventaja considerable en número de destructores planetarios. Podríamos acabar con los restos del Imperio de una vez por todas. La demora en nuestros planes y posponer el ataque ocasionado por este, diríamos, contratiempo, resultará crítica.

Varios de los miembros del Alto Mando asintieron lentamente en señal de coincidencia con sus criterios. El Almirante Heyes asintió igualmente, aunque Gregor diría que había cierto fastidio en su expresión. Se veía que el debate acerca de reanudar la contienda en un ataque por sorpresa debía ser el centro de las discusiones por excelencia de las últimas sesiones.

Gregor que creía conocer bien a su mentor supuso que Heyes no debía ser muy partidario de semejante opción toda vez que se desconocía cuál era la potencia de fuego del enemigo, y evidentemente, la acción, caso de estar basada en premisas erróneas, podría tener consecuencias calamitosas.

—Desde luego, general Foster, ya hemos discutido esta cuestión largamente, y no hemos llegado a ninguna conclusión definitiva, tomando en cuenta la escasa y poco fiable información proporcionada por nuestros espías. Confío en que el debate no derive hacia una nueva disquisición sobre ese tema. El asunto que nos trae a este consejo del Alto Mando es otro. Comandante Gregor, nos gustaría conocer su opinión sobre la situación que le hemos expuesto.

Gregor se tomó unos segundos para ordenar sus ideas antes de iniciar su disertación. Le disgustaba dejar argumentos en el tintero que dieran pie a iniciar prolongados debates. Le gustaba limitarse a exponer su punto de vista de la manera más aséptica y exhaustiva y después recibir las órdenes. Le importaban poco si coincidían con sus criterios o resultaban opuestos por completo. Hacía tiempo que había aprendido a no tener orgullo en la Armada.



—Sin duda alguna se impone enviar una fragata al planeta. Iría pertrechada con el mejor armamento, tropas de desembarco y equipamiento ligero de tierra. Se situaría al menos a la I y II flota en disposición de tomar corrientes gravitacionales que la trasladaran al sistema lo más rápidamente posible caso de movimientos hostiles de la flota enemiga en dirección a dicho planeta. Entiendo que una movilización de mayor envergadura podría alertar al enemigo, desatar una contienda, que presumiblemente terminaría con la aniquilación del sistema en cuestión, y la pérdida de una ventaja estratégica aparentemente inigualable. Además cualquier desplazamiento de la flota desequilibraría nuestro reparto de fuerzas en los sistemas de la Federación, un imperdonable error táctico que podría hacernos muy vulnerables aquí. Por otro lado...

El almirante Heyes sonrió ampliamente y le interrumpió. Varios asistentes también esbozaron sonrisas contenidas mientras que otros bufaron y levantaron los brazos en son de protesta.

—Creo que lo que ha dicho el comandante Gregor es del todo razonable. Una fragata debe bastar para dominar la situación de un planeta habitado por científicos. Puede transmitir por canales protegidos los descubrimientos que se realicen y verificar hasta qué punto nos puede brindar una ventaja significativa. Nuestra Flota puede estar alerta caso de que el enemigo osara presentarse en las inmediaciones... Todos somos conscientes que la batalla con nuestro despreciable enemigo tendría sus días contados si lográramos sacar ventaja de este golpe de suerte. Todos deseamos aniquilar la Tierra y los restos del Imperio de una vez por todas y poner fin a esta guerra... Además... el comandante Gregor quería añadir algo más, me parece.

—Antes iba indicar que por otro lado enviar la Flota de entrada puede ser un movimiento de sacrificio poco recomendable.

Los asistentes le miraron interrogantes.

—Evidentemente si deduzco por lo que me cuentan el potencial que se deriva del dominio de dicho planeta, ...cabría preguntarse si ya hay alguien que disponga de capacidad de utilizar ese poder a día de hoy. Ciertamente carezco de información pero entiendo que es necesario llegar a un mundo aislado de nuestra galaxia y custodiar e incorporar cierta... llamémosle tecnología, muy destructiva... Cabría preguntarse quién la ha abandonado allí... incluso, siendo el lugar tan apartado, la palabra más bien debía ser escondido, y con qué objeto. No sé... demasiadas incógnitas para arriesgar más de la cuenta dado el actual estado de cosas. —Gregor hablaba en voz alta, expresando lo que su intuición militar le revelaba y observando con cierta satisfacción que los miembros del alto mando le prestaban máxima atención—. Desde luego no cuesta mucho deducir que se supone que estamos hablando de recuperar una tecnología alienígena, corrijanme si me equivoco... y bien, desconozco la naturaleza del mensaje pero... ¿estamos seguros de quién es el autor?, me refiero, ¿es humano?

La sala quedó sumida en un silencio tenso. El único hombre que parecía

satisfecho de su duro razonamiento era el comandante. Sabía que había demostrado su capacidad. Superada la prueba, sería designado para liderar la misión más arriesgada emprendida nunca por la Humanidad; establecer contacto con otra forma de vida inteligente, otra forma de pensar... otra forma de combatir. Ojalá se hiciera con el mando de aquella operación. A fin de cuentas ansiaba más que nunca volver al servicio activo aunque fuera en una desvencijada fragata. Ya sentía la miel en los labios.

La otra opción de la que disponía el Alto Mando no despertaba sus simpatías. Sí, una acción militar por sorpresa contra la Tierra podía zanjar la guerra definitivamente en unas pocas semanas... pero incluso a él mismo, el héroe de Tirulia, le parecía una decisión de consecuencias descabelladas.

## Capítulo 2

*Tres años antes, planeta Omoria I, en el sistema solar Omoria, más allá del Cuadrante 43, en el extrarradio de la Vía Láctea.*

—Ahí lo tienen ustedes. Por fin, después de esta larga travesía hemos llegado a donde les prometí. Un remoto lugar, fuera de la galaxia, con un sol y un planeta apto para la vida humana —el doctor Agnus Kerk rebosaba satisfacción. Aunque habitualmente era una persona reflexiva y poco dada a las manifestaciones entusiastas, era evidente que el ánimo del grueso de la expedición le había contagiado finalmente—. Brindo por los próximos años que nos esperan, que sean prósperos y llenos de investigaciones fructíferas —exclamó, mientras alzaba su copa de espumoso para brindar.

Todos los congregados secundaron con salvas de vítores y aplausos la salutación del líder y el ambiente se llenó de risas y voces. Las casi doscientas personas que transportaba el vetusto Galileo estaban en el puente festejando la recién adquirida órbita geoestacionaria en torno a un singular planeta. Una perspectiva como muy pocos humanos habrían visto en su vida deleitaba sus pupilas. De hecho muchos de los científicos que participaban en la fiesta se quedaron boquiabiertos cuando se replegaron los escudos protectores y la panorámica del espacio quedó libre a la vista.

A sus pies un planeta de contrastes, con un cinturón ecuatorial verde esmeralda como pocas veces podía verse ese color desde el espacio exterior, moteado de pequeños mares azules que salpicaban el verdor con caprichosas siluetas lóbregas. Alejándose del ecuador del planeta, en ambos hemisferios, se observaba territorios terrosos, de color anaranjado, para difuminarse en el blanco gélido de los polos. Más allá de Omoria I su sol bañaba ese remoto lugar del espacio con un fulgor deslumbrante. Sin embargo lo que realmente impresionaba era la contemplación de la Vía Láctea.

Dada su actual situación, en el extrarradio más alejado de la galaxia, ésta podía contemplarse extendiendo sus amplios brazos envolventes abarcando el ancho ventanal del puente, en un grandioso espectáculo. Incontables diamantes estrellados sobre terciopelo negro, extendidos por una mano divina en desordenadas espirales, relucían como un cofre del tesoro pendido en una inmensa negrura. Desde el misterioso núcleo de la galaxia se generaba de una forma todopoderosa e invisible, a través de los cuerpos más masivos que la imaginación del hombre jamás alcanzará a comprender, la increíble tensión gravitacional que determinaba el tamaño y velocidad de giro del extraordinario elenco estrellado. El vértigo de poder abarcar con la vista los cien mil años luz que comprendía el multimillonario mosaico de estrellas embriagaba.

Y como contraste a la Vía Láctea, en el ventanal que quedaba a la sombra del sol, un vacío de oscuridad ciega como nadie recordara haber visto jamás desde la escotilla

de una nave espacial. Algunos decían intuir unas tenues luminiscencias, identificándolas como borrosas y lejanas galaxias que la simple vista humana apenas era capaz de enfocar, o difusos cúmulos globulares que orbitaban la Vía Láctea. Ni siquiera las agrupaciones más cercanas como la Gran Nube de Magallanes eran discernibles a simple vista.

—Realmente merecía la pena venir hasta aquí solo por esta visión celestial, doctor Kerk.

La que hablaba era la doctora Lisha, una de las mujeres miembro de la expedición que más renombre y prestigio aportaban. Menuda, de tez oscura, pelo azabache rizado, nariz corta y aguileña, ostentaba como rasgo más característico unos ojos negros, vivos e inquietos, reflejo de su propia personalidad. Había sido jefa del prestigioso departamento de astrofísica de Grandam, en Nueva Esperanza, y su participación en la expedición había sido inesperada, debido a que la labor investigadora iba a llevar varios años como poco, y los resultados podían ser espectaculares, ...o suponer un rotundo fracaso. Ella era una mujer ambiciosa, en el sentido científico del término, y ansiaba conquistar no ya galardones y premios científicos, su nombre era de los primeros en el *ranking* de citas de publicaciones científicas, sino un reconocimiento que rebasara la frontera de la gente de ciencia. Quería participar en un descubrimiento que hiciera Historia, que llevara su nombre. Y esa ambición le había llevado hasta allí, Omoria I. Un viaje que representaba su apuesta más arriesgada y podría suponer su gloria absoluta, o una pérdida lamentable de varios años de carrera, un traspie en el que prefería ni pensar. A menudo sus conversaciones con el doctor Kerk reflejaban sus dudas internas, pero de una manera u otra, la gran fe que el doctor depositaba en su proyecto lograba calmar esos mares con marejada y sumirlos en una tensa calma.

—Esperemos que haya algo más de este bello panorama que haga de este lugar un sitio interesante. —El doctor Kerk sonrió—. Si no, no podría perdonarme el haberte convencido para que me acompañaras.

—Desde luego más vale que merezca la pena. He renunciado a muchos banquetes y cenas de homenaje en la Universidad. Después de haber ganado el Yergan parece que me he vuelto muy popular... —Ambos sonrieron divertidos pero siempre los rasgos de la doctora delataban un rictus rígido que hacía dudar de la sinceridad de sus emociones.

—No te preocupes, después de esta expedición tendrán que inventarse premios más prestigiosos para galardonarnos a los dos, puedes estar segura de ello.

Ambos se deleitaron en la panorámica mientras quedaban en silencio.

—¿Qué tal doctores? ¿Ya buscan los esquivos gravitones con la vista? —El que se incorporó al puente era el doctor Ballack, un veterano astrofísico que llevaba colaborando estrechamente con el doctor Kerk desde hacía varios años. Había sido dudosa hasta última hora su incorporación. Finalmente su abnegación por la ciencia había sido antepuesta a sus intereses personales, y una fracasada vida familiar había

colmado sus dudas y decidido su participación en lo que muchas veces el mismo denominaba «un destierro voluntario». Ballack era de testadura voluntad, difícil de torcer cuando ya había adoptado una decisión. Tal vez ese carácter fuera reflejo de su corpulencia, era hombre alto, de piel oscura y complexión musculosa. Su rostro tenía cierto aspecto militar, con el pelo rapado casi a cero y una expresión determinada en todo momento. No obstante también él se mostraba sonriente, contagiado por las risas de los compañeros.

—Tenemos todo el tiempo del mundo para eso, Ballack. Ojalá pudiéramos descubrirlos nada más llegar, pero la investigación suele llevar su tiempo... como bien sabemos —respondió Lisha.

—De sobra conocemos como es el trabajo de campo —respondió Ballack más seriamente—. Por cada respuesta que intentas hallar, te topará con diez preguntas nuevas aún más enrevesadas.

Contemplaban embelesados la esfera de la franja verde, flotando en el espacio, impertérrita, oculta en parte en las sombras de la noche. Constituía en sí misma una pregunta que podría desdoblarse en muchas otras. Quizás Omoria estuviera lleno de secretos y misterios que resolver, pero no era a ellos quienes incumbía desvelarlos.

—Esperemos que no —terció el doctor Kerk saliendo de su estado absorto—. Me refiero a que espero que tengamos una plácida estancia en este remoto planeta... que podamos concentrarnos en nuestra labor, sin incidencias... ni aventuras, y que, por supuesto, después de un arduo esfuerzo logremos lo que nos hemos propuesto... sólo la posibilidad de conseguir contrastar nuestras hipótesis me acelera el corazón.

Lisha iba a añadir algo, pero un grupo de científicos, en el otro extremo del puente que estaban evidentemente animados, empezaron a corear el lema «discurso, discurso», y poco a poco la gente se fue volviendo hacia el doctor Kerk, el inspirador del viaje.

El doctor no era amigo de grandes escenificaciones, pero era el primer día de una larga serie que iban a dedicar al trabajo y la investigación, y aunque carecía de dotes políticas, tenía al menos la suficiente veteranía para no ignorar que merecía la pena decir algo que años después se pudiera recordar.

Con un gesto de la mano consiguió que se estableciera el silencio.

—Queridos amigos. Nuestra larga estancia en la Galileo va a tocar a su fin. A partir de mañana empieza una dura temporada de trabajo... —Algunos grupos corearon unos lastimeros «nooooo» y el auditorio se rió, incluido el doctor—. Pero hablando en serio, os recordaré por qué estamos aquí. Hasta hace no tanto tiempo, la Humanidad estaba recluida en un único planeta. La ciencia permitió que rudimentariamente explorase su sistema solar y colonizase otros mundos y lunas. Con el tiempo la ciencia volvió a propiciar un nuevo paso adelante, y la humanidad se extendió lentamente por el llamado Grupo local, formado por las estrellas vecinas al Sol. Y aún más cercano en el tiempo hemos conseguido expandir década a década los sistemas planetarios en los que no solo hemos dejado nuestra huella sino en los que

nos hemos establecido y convertido en hogar. La Vía Láctea, ahí la tienen, es nuestra morada ahora... aunque todavía estamos lejos de haber explorado siquiera la mil millonésima parte de sus estrellas... Pero la Humanidad tiene ansia de saber... y de viajar aún más lejos... y por eso estamos aquí, ¡para derribar la última frontera! Si nuestras investigaciones fructifican seremos nosotros, señoras y señores, los que tendremos la llave que nos permita salir de nuestra querida Vía Láctea y explorar otras galaxias... viajar como nadie jamás ha soñado hasta la fecha. ¡Buscar los límites del Universo! Brindo por ello.

El doctor Kerk alzó su copa y los expedicionarios hicieron otro tanto. Todo el mundo bebió el brindis con solemnidad y después prorrumpió nuevamente en aplausos y voces. El bullicio volvió a reinar en el puente y se fue mitigando el aire electrificante que había logrado infundir las palabras conmemorativas del doctor.

El doctor Kerk aprovechó que Lisha y Ballack se enfrascaban en una conversación para hacer un reconocimiento visual de la sala. Buscaba a una persona en particular, y la halló fácilmente. Su silueta contrastaba en el amplio ventanal que permitía la exhibición multicolor de Omoria I. Era un joven de pelo revuelto y fisonomía atlética, alto y delgado. Vestía ropa informal, lo cual de por sí ya era una forma de llamar la atención. Todo el mundo se había vestido de gala para la ocasión. Al ver llegar al doctor Kerk le lanzó una mirada furtiva con sus apagados ojos grises y siguió contemplando entre los bucles de su pelo ensortijado los detalles orográficos de Omoria I.

—¿Qué te parece, Carlos?

El interpelado resopló a modo de respuesta, expresando un humor poco dado a la conversación.

—Sigo sin entender las ganas que tiene esta gente de meterse en un planeta al que en el mejor de los casos se tarda seis largos meses de travesía en llegar... o en salir.

—Ya veo que no has variado tus planteamientos respecto a este viaje.

—Ya veo que no has asumido cuáles son mis auténticas prioridades.

—Sí, las tengo asumidas, pero tú no has digerido aún que no había alternativa. Debías embarcarte en esta expedición o...

—Sí, sí, no sigas. Ya sé por dónde vas a ir.

—Con tu talento, Carlos, habría sido imperdonable que te enrolaran en el ejército de asalto, convertido en un vulgar marine... carne de cañón, literalmente.

—Gracias por salvarme la vida... vaya, ¿por qué será que esta conversación me parece haberla repetido como un centenar de veces?

El doctor Kerk cabeceó, un tanto abatido. Le costaba lo indecible llegar a su hijo.

—Lo que quiero que sepas, Carlos, es que tú puedes hacer que la estancia aquí se convierta en un infierno, o sea la mejor época de tu vida, pero todo depende de ti.

—Padre, la mejor época de mi vida la dejé a no sé cuantos cientos años-luz atrás, y por lo que parece ya no la podré recuperar. Los talentos que tenía no me van a servir de nada aquí... ¿O es que acaso hay un circuito de motonaves en Omoria I que

no haya visto?

—Tú vales mucho más que conducir unos trastos de esos y jugarte la vida... —El doctor Kerk vio el semblante enrojecido del hijo y dirigió su discurso en otro sentido —. Por supuesto que eras el mejor... y habrías ganado todo lo que te hubieras propuesto hijo... pero eso no es una ocupación para toda la vida.

Carlos frunció los labios en una mueca de fastidio. En el fondo sabía que su carrera deportiva también estaba a punto de ser truncada por el reclutamiento «voluntario». La guerra era voraz, y el número de bajas era tremendo. No había forma de librarse de los alistamientos, y si al principio de la guerra se hacían levadas cada seis meses, ahora ya se repetían alarmantemente cada mes. Había sido un milagro que no lo hubieran reclamado antes de partir. La certeza de que su padre en el fondo tenía la razón al haberle obligado a embarcar en el Galileo le resultaba humillante además de contradictoria. Ya tenía veinticinco años. Si quería podía haberse quedado en Grandam...

Sí, Carlos estaba molesto fundamentalmente consigo mismo, y con sus circunstancias, porque todo parecía haberse convertido en una sucesión de males menores... que había desembocado en aquel último mal que avistaba a sus pies: Omoria I... un planeta lleno de científicos en el que él, un piloto de motonaves profesional no pintaba absolutamente nada. Su padre pareció adivinar la retahíla de funestos pensamientos.

—¿Sabes?, este planeta seguro que tiene peculiaridades geológicas que podrían servirte para redactar una buena tesis doctoral. De entrada tiene una densidad atípica. Dado su tamaño era de esperar una gravedad mayor, pero sin embargo nos vamos a sentir muy cómodos allí, porque sobre la superficie la fuerza es 1,1 *g*. Si te decidieras por ello te mantendría ocupado, y además recuperarías tu carrera de geólogo que tienes abandonada... así cuando vuelvas... —El doctor Kerk suspiró.

Era un argumento manido que apenas sabía cómo hilvanar, derrotado de antemano, sabedor de que las dotes de la madre del chico eran más hábiles en las labores de orientación y también abismalmente superior su capacidad de influencia. Ahora que la responsabilidad había pesado sobre él exclusivamente, comprendía que era poco lo que podía hacer. Se sentía simultáneamente padre torpe y amigo pelma. A veces la ausencia irremplazable de su mujer se le antojaba insufrible. Ya no sólo era el recuerdo doloroso de la persona de la cual había permanecido unido durante décadas, sino también había sido una perenne fuente de inspiración, una segura guía que siempre dispensaba buenos consejos. Tenía la suerte de haberla conocido cuando era una joven estudiante de psicología y ya entonces se la disputaban los mejores departamentos de la Universidad. Pensaba el doctor ingenuamente que era debido exclusivamente a su privilegiada intuición y su avispada sagacidad académica, pero más tarde sospechó que más de un veterano catedrático le había intentado poner la mano encima. Sea como fuere, la hermosa Rebeca le había elegido a él, quizás porque reunía una mezcla absolutamente desequilibrada de inteligencia y candidez y

en sus manos sería un marido manejable y sumiso con el que fabricaría un hogar feliz... Hasta que llegó Carlos.

Carlos había sido la niña de los ojos de Rebeca. Quizás lo había malcriado, no estaba muy seguro de ello, pero lo cierto es que debía reconocer su innegable influencia en el muchacho, hasta el punto que, alcanzada la adolescencia, la única forma de entenderse con él correctamente era a través de la intermediación de Rebeca, traductora oficiosa de las relaciones padre-hijo. Tamizaba las expresiones ariscas del crío y simplificaba los argumentos del padre en sencillos silogismos. Sin ella el logro de la presencia de Carlos en el Galileo era una victoria pírrica que arrastraba una sarta de dolor, humillación y amargura inacabables.

Carlos simplemente crispó el rostro con expresión huraña. Ya le había dicho a su padre cientos de veces que la geología estaba muerta para él.

—Siempre pensé que debías haber estudiado astrofísica, Carlos. Ahora habrías resultado una gran ayuda. Tienes una mente muy valiosa, lástima que no la quieras usar.

Dicho esto se volvió y se encontró con el capitán del Galileo que acudía a consultarle cuestiones logísticas en relación al desembarco de materiales y personal, lo cual representaba un alivio. Permitía aplazar nuevamente el desenlace de la conversación.

Carlos agradeció que su padre se volviera y le dejara cabizbajo, solo con su depresión.



## Capítulo 3

Los siguientes días fueron de mucho ajetreo y de un trabajo extenuante. Por un lado la tripulación del Galileo preparó el terreno para la base, talando la vegetación y desbrozando una extensión amplia de selva, creando una gran cicatriz cuadrada, de más de dos centenares de metros de lado, estableciendo un perímetro cercado de seguridad e instalando varios generadores de energía. A partir de ahí se realizaron sucesivos viajes de abastecimiento, desembarco de instrumental y personal.

El campamento base se construyó sobre los planos previstos. Nada se había dejado a la improvisación y las instalaciones científicas tenían la disposición ideal. Los barracones del personal quedaban colindantes a sus zonas de trabajo. Las estructuras principales de la base se situaban en el centro; salón-comedor o sala de conferencias, áreas de descanso, estación de comunicaciones y centro de operaciones, desde el cual se controlaba toda la actividad.

Dentro del perímetro, pero en sus extremos más alejados, se hallaban las instalaciones más ruidosas y molestas. Desde los generadores, las antenas de comunicación, depuradoras de agua... y por supuesto, un pequeño espaciopuerto, con dos lanzaderas, capaces de salir al espacio y realizar cortas travesías, sin poder osar distanciarse mucho del planeta so pena de no ser posible el regreso. Eran ideales para colocar satélites, uno de los trabajos principales que se iban a realizar en el futuro inmediato una vez los centros de trabajo estuvieran operativos, pero también resultaban útiles para su rutina actual, servir de improvisado espaciopuerto para las naves de carga, imprescindibles para completar el desembarco de la expedición y todo lo necesario para la base.

Los meses de travesía en la tosca Galileo habían servido para repasar una y mil veces los preparativos del desembarco y las primeras semanas de estancia. La penosa quietud del viaje había sido sustituida por un deseado y bullicioso frenesí.

Carlos observaba ansioso el rugir de los motores mientras la nave ganaba altura en su despegue vertical y poco a poco se hacía más pequeña hasta perderse de vista en el cielo azul. Llevaba varios días pendiente especialmente de los embalajes que se descargaban de las lanzaderas, ya que allí, en una de las estibas, encontraría al menos un bálsamo para su mal humor.

Dado que él no tenía ninguna asignación especial, no pertenecía ni al equipo de astrofísicos que iba a desarrollar la investigación principal, ni al de ingenieros, que iban a ocuparse de que todo tipo de instrumental y maquinaria estuviera a punto y funcionando, su ociosidad le creaba una cierta sensación de mala conciencia.

En los primeros días no había sido tan evidente, porque todo el personal que estaba en Omoria I estaba forzado a mantenerse recluido en los recién colocados habitáculos de confinamiento, como barracones y salas comunes, mientras el equipo médico investigaba agentes patógenos de la atmósfera del planeta.

Finalizado el periodo de cuarentena, y dictaminada la bondad de la atmósfera omoriana, fue posible salir al exterior sin escafandras ni mascarillas, y las tareas de montaje se aceleraron drásticamente. Todo el mundo se ocupó de sus funciones preestablecidas... excepto Carlos, que no tenía ninguna. Dado que se había mantenido taciturno durante el viaje, había apenas cultivado relaciones con otros miembros del Galileo, y para colmo, con quienes había trabado una mayor amistad eran casi todos personal de la tripulación del mercante, más dados a charlas relacionadas con los temas de motor y las carreras que a él le apasionaban. Pero ya no tenía contacto con esas amistades, que no sólo no bajaban nunca a tierra, sino que una vez se hubiera completado el desembarco, emprenderían viaje de vuelta a Nueva Esperanza.

Carlos se sentía terriblemente desorientado, se aburría en mitad de todo el alboroto, y sólo había una cosa que aguardaba con impaciencia. Su fantástica Lw Mor, una motonave de líneas futuristas y vivos colores. Una llama de fuego a 2 metros de altura, su lugar ideal de vuelo para alcanzar mach 3, siempre y cuando se circulara en una pista homologada. Pero Carlos miraba más allá del perímetro de la base y la tupida selva también podía ser un lugar divertido para zigzaguear y explorar.

Por eso, cuando descubrió la caja con la marca en la que había guardado su motonave, su corazón le dio un vuelco. En cuanto vio un robot de carga lo tomó y se dirigió a por el voluminoso contenedor. Su cuerpo generaba grandes cantidades de adrenalina, tal era su emoción.

—Oiga usted... ¿qué hace con ese robot?

—A recoger esa caja... para llevarla al almacén de allí...

El que le había interpelado era nada menos que Cignus Gray, el jefe de ingenieros, un hombre corpulento que debía asearse cada tres o cuatro días, dado su aspecto sudoroso y descuidado, barba de varios días y marcadas ojeras. Se veía que acumulaba la tensión propia del coordinador de toda la operación de montaje, y corría de un lado para otro verificando con su lector láser y su pantalla virtual que todo iba donde estaba previsto que debiera ir.

—Muchacho... tú no eres de mi equipo, es más, no veo que lleves ningún logotipo de identificación... y además... estoy viendo por el lector que esta caja no va al dichoso almacén que me señalas.

Carlos empezó a darse de cuenta de lo atolondrado que estaba siendo. Era cierto que todos los ingenieros eran fácilmente identificables por sus monos anaranjados. Él era el único hombre en la base con un robot de carga y sin uniforme. Además, desde que se habían instalado en Omoria I todo el personal científico llevaba diferentes distintivos a fin de reconocer las jerarquías y disciplinas científicas entre los propios investigadores, y lógicamente, como Carlos no pertenecía a ninguna disciplina, no lucía ningún tipo de identificación, ergo, estaba homologado con el personal asistente; cocineros, enfermeras y demás, es decir, era el último del escalafón. La organización del personal científico era la división por equipos. Cada uno de ellos

tenía un jefe de coordinación que asistía a las reuniones del Consejo Científico, habitualmente varias al día, pues los problemas e inconvenientes se acumulaban, y todas las peticiones para resolverlos se dirigían al hombre que tenía delante con cara de perro, el jefe de ingenieros Cignus Gray. Y por lo que se veía no le estaba haciendo ninguna gracia que un intruso manipulara carga.

—Veamos qué tenemos aquí dentro.

Y antes de que Carlos pudiera decir algo, Cignus se apresuró a abrir los cierres de la caja sintética con asombrosa pericia. Los sistemas de cierre de seguridad requerían tener mucha fuerza y más de uno utilizaba palancas para abrirlas. Los dedos del capataz manipularon los duros muelles del cierre y la puerta de la caja se abrió siseando por la diferencia de presión. Cignus soltó un silbido.

—Caramba, caramba,... ¡Eh muchachos! Mirad lo que ha venido a parar a este apartado rincón de la jodida galaxia.

El jefe de ingenieros se dirigía a un grupo de subordinados, operadores de grúas, que pasaban junto a ellos. Todos exclamaron al ver la impresionante y reluciente motonave.

—Vaya, se ve que hay algunos que no han venido precisamente de trabajo, ¿no creéis?

—Con ese cacharro vas a ligar un montón, chavalote.

Durante unos minutos se mofaron por lo sorprendente del contenido, sin embargo los comentarios fueron degenerando hacia aspectos más negativos, que Carlos tampoco había considerado y su incomodidad era mayor a cada chanza cargada de sorna.

—Mira que me fastidia el tema, a mí me dejaron traer menos de 50 centímetros cúbicos de pertenencias personales... al señorito casi nada, un minicontenedor. Hay que joderse.

—Yo me preguntó quién coño firmó la orden para traerse algo así, si prácticamente no nos han dejado cargar más ropa que estos asquerosos uniformes... murmuraba Cignus por lo bajo mientras manipulaba su pantalla virtual e introducía el código de barras en su programa de gestión.

—Por no hablar de que hasta la comida era toda reprocesada para ahorrar espacio...

—Algunos es que tienen suerte, ¿eh hijo?

—Joder, esta orden esta firmada por mí —exclamó Cignus—, pero claro, la carga declarada era motor para antena de comunicaciones ST 0B... —El ingeniero rió socarronamente—, esto sí que es un chiste... Aquí no tenemos ninguna antena ni nada parecido a ST 0B... Muy bien muchacho... ¡Se ve que tienes imaginación! Me has hecho un buen tanto por lo que veo.

Carlos estaba empezando a sonrojarse. Habitualmente era una persona espontánea y con muchos recursos, pero acostumbrada a moverse en ambientes completamente diferentes. Tratar con ingenieros y científicos era harina de otro costal. Siempre había

confiado en su buen humor y desparpajo para salir adelante. Pero el mundo de las carreras estaba ahora a años luz, por no hablar de su estado melancólico y huraño, que había borrado todo ápice de alegría en su espíritu. En ese momento sentía que sus pies se hundían en la tierra, su garganta se atragantaba y su boca se hacía pastosa, incapaz de ni siquiera inventarse la más mínima excusa.

—Una cosa te digo, —la mirada de Cignus era intensa, sus ojos verdes y claros parecían que iban a liberar una descarga eléctrica mortífera—, soy responsable de las instalaciones de energía de la base y te digo que sé lo que consumen estos chismes, así que ni se te ocurra pensar en que vas a poder repostar esto en uno de mis generadores.

Y dicho esto dio media vuelta y salió andando a toda prisa en otra dirección mientras sentenciaba.

—Y por cierto, Ander, lleva la caja esa fuera de mi vista, déjala detrás de la torre de comunicaciones... Y ponle un pestillo de seguridad. Esto no se va a quedar así.

—Ok jefe. —El tal Ander dibujo una sonrisa en su boca. Al parecer se le ocurría algo divertido—. Mira chico, piensa que estos contenedores son la mar de herméticos. Dentro de diez años, cuando nos volvamos a casa, seguro que está como nueva.

Sus compañeros rieron la broma.

—Hombre... en diez años podrías intentar montar un generador de gravitones tú solo...

Las risas continuaron mientras Carlos se largaba humillado y enfadado. Tal fue su prisa que al doblar una esquina tropezó de bruces con Yamia.

Yamia era la mujer de la expedición prototipo de las que Carlos acostumbraba a tratar en las carreras, la típica chica de pasarela, de piernas largas y figura esbelta, rostro delicado y mirada cristalina. Apenas había tratado con ella durante la travesía, porque no había estado de humor, pero tenía la convicción de que no pasaría mucho tiempo sin que tuvieran que trabar una estrecha relación. Su certidumbre se basaba en que la mayoría de la expedición pertenecía a generaciones mayores, y dentro de los relativamente escasos efectivos de menos de treinta, no veía rivales dignos. La verdad es que el choque fortuito se presentaba en el peor estado anímico posible, en pleno desconcierto, con su ego vapuleado, la mente efervescente por las consecuencias del incidente y la posibilidad de no volver a tocar su LW Mor en mucho tiempo... todo revolviéndose en una centrifugadora a mil revoluciones por minuto. Y ahora tenía que serenarse y sacar lo mejor de sí mismo, de ese revoltijo de emociones desagradables...

—Hola Yamia, perdona... pero es que iba con prisa...

—No te preocupes... menuda cara traes... parece que te ha mordido alguien. Pero ¿tu nombre era...

—Carlos, me llamo Carlos.

Carlos tuvo una repentina visión de sí mismo en el papel de algún viejo

compañero de facultad de años atrás que, atrapado en las redes que la timidez había tendido en su propia psique, causaba una impresión patética cuando intentaba aproximarse a la chica de sus sueños y ella le devolvía la mirada con divertida compasión.

—Uf, perdona, es que soy fatal para los nombres —Yamia sonrió y su rostro encantador disolvió en gran medida las malas vibraciones que arrastraba de su encuentro con Cignus—. Iba al comedor a tomar algo, si quieres me acompañas.

—Ahora que lo dices, me parece muy buena idea.

—Me imagino que estarás agotado. Todo este trabajo de descarga me está dejando en los huesos. Se supone que cuando terminemos de montar la base podremos descansar un poco. Tengo ganas como la que más de empezar los trabajos de investigación... pero me gustaría dormir de vez en cuando, al menos unas horas cada tres o cuatro días supongo.

Carlos se rió. Sintió que su rostro se distendía algo más. ¿Cuándo había sido la última vez que se había reído? Seguramente muchos meses atrás, antes de ver que todo su mundo se desmoronaba.

En el comedor había bullicio y desorden. Después de servirse la comida buscaron un lugar para sentarse. Yamia iba a hacerlo con la gente de su equipo, pero Carlos, que buscó desesperadamente una mesa para ellos dos solos, consiguió lo que se proponía, y finalmente se sentaron en un lugar un tanto apartado.

—¡Qué ganas tengo de que empiece a funcionar el centro de alimentación, y podamos comer alimentos de verdad! Estos preelaborados saben todos igual. Tienes que echarle medio kilo de sal para arrancarles una pizca de gusto.

—Y que lo digas.

—En fin... oye, y tú ¿en qué equipo estás?... pensaba que eras del principal, como te he visto tantas veces hablar con el jefe.

—Ejem... —Carlos se atragantó—. Es que el jefe es mi padre.

—Ah... —Yamia se quedó un tanto perpleja—... h... —repitió, y se engulló un bocado que masticó con desenfrenada fruición, parecía que llevaba una semana en ayunas. Mientras, le miraba atentamente.

Carlos se fijó en la mirada inescrutable de la joven. Su sexto sentido masculino encendía las alarmas... algo iba mal. En la escala de valor que la joven pudiera tener de él perdía puntos rápidamente.

—Sí, la verdad es que no formo parte del grupo de investigación propiamente dicho.

—Vaya, qué sorprendente.

—¿Verdad que sí? Estoy aquí por una larga y complicada historia... Verás, en el fondo soy piloto de carreras. —Cuchicheó como si fuera un secreto de estado.

—Joer, eso sí que es extraordinario.

Carlos presentía que algo no funcionaba. En ese punto muchas chicas se derretían, le sonreían y le daban pie a contar alguna de sus increíbles anécdotas; como

la carrera de Playa Londge, que ganó después de una disparatada juerga nocturna y en la que, cuando recibió la copa del alcalde de la ciudad, la resaca le jugó una mala pasada y una serie de arcadas le obligaron a utilizar el trofeo como improvisada palangana, ...o la de Heiderlen, en la que un accidente múltiple provocó una descalificación masiva, y sin embargo él, que tenía la motonave averiada y a medio gas casi desde la línea de salida, ganó la carrera, como diría la prensa, a cámara lenta. La mirada de Yamia estaba muy lejos de encenderse de interés por el tema en cuestión. Carlos no desistió.

—Gané varias carreras en Nueva Esperanza, en el circuito profesional. Si fueras aficionada al mundillo de las motonaves seguramente me habrías reconocido.

—Seguramente... lo que pasa que a mi el tema de carreras y demás no me va mucho.

Carlos se sintió como un gran globo desinflándose.

—Algún día tendría que darte un paseo y verías como cambias de opinión.

—Sí claro. Pero eso tendrá que ser dentro de unos añitos, cuando terminemos aquí. Hmm... tengo que reconocer que me asombras.

—¿Y eso?

—Hombre, venirte a un planeta como este... a pasar unos cuantos años, sin ocupación... ¡Dios! ¡Algo tendrás que hacer! Si no te volverás loco.

—Bueno, ¿y por qué estás tú aquí?

—¡Vaya! ¡Para investigar! Quiero participar en el descubrimiento más importante de los últimos quinientos años, ¿te parece poco? —Los ojos de la chica chispeaban retadores.

—En absoluto...

Yamia masticaba la comida con apetito. Ya casi había acabado sus raciones mientras que él apenas había empezado.

—Mira Carlos, me tengo que ir, mi jefe me está haciendo señales. De vuelta a la faena. Esto es la guerraaaaa... Espero que nos veamos algún otro día.

Y sin que Carlos pudiera hacer prácticamente nada, ni siquiera decir un «hasta la próxima», la chica se levantó como un cohete y sus ágiles piernas la llevaron lejos de su vista. Mucha energía concentrada en un cuerpo escultural mientras que él se sentía desparramado, lento de conversación, como pez fuera del agua. Así que es esto lo que se siente, pensó mientras recordaba a sus desangelados competidores estudiantiles que se quedaban plantados con un palmo de narices.

«Resumiendo», se dijo Carlos, «creo que he quedado como un auténtico patán».

Yamia no tenía nada que ver con sus amigas de Nueva Esperanza, y tal vez el resto del personal que se encontraba allí con él estuviera cortado por el mismo patrón. Siempre le había bastado decir que era piloto para que se le arrimaran en el asiento y le preguntaran lo típico; cómo era ir a match 3, cuántas veces había ganado, las habituales hazañas, accidentes y cicatrices... muchas de las cuales adornaba improvisadamente con lo que su inacabable imaginación o las circunstancias

sugerían, y así mientras bebían y se lo pasaban en grande. Pero desde que había dejado el mundo de las carreras no había dado ni un mal beso, no se había divertido ni una sola vez, y ahora para colmo se sentía como un principiante de instituto, que no sabe qué hacer para ganar la simpatía de una chica. Y eso sin tener en cuenta la humillación de Cignus.

Carlos miraba contemplativo su plato de comida, un mejunje pastoso de color gris pálido que Yamia había devorado con auténticas ganas, y que él no paraba de revolver con la cuchara, como si con ello pudiera adquirir un aspecto más apetitoso. ¿Podría ir algo peor?

—¡Carlos!

La voz severa de su padre sonó a su espalda. Se ladeó en la silla para encararse con él. Su aspecto venerable estaba acrecentado por su expresión seria, enfurecida podría decirse, e incluso su cuerpo envarado parecía inusitadamente tenso. Raras veces Carlos lo había contemplado así, hasta el punto de que se sintió derrotado antes siquiera de que pronunciara palabra.

—Acabo de enterarme de tu fechoría. Si tu reputación no te importa me parece bien, pero para mí ha sido una vergüenza insufrible. Conociendo tan bien como nadie las enormes restricciones que teníamos en el transporte, el que hayas traído una motonave a Omoria es un acto imperdonable. —Carlos nunca había visto a su padre tan indignado. De hecho el repaso que estaba sufriendo estaba siendo observado por los comensales de las mesas circundantes. Su padre en pie mientras él permanecía clavado en su silla, medio encorvado, le hacía sentirse humillantemente empequeñecido. No tenía ninguna palabra con la que levantar una defensa en una desesperada réplica. Le resultaba evidente que todo lo que le decía era escrupulosamente cierto—. ¿Es que has olvidado que yo soy responsable de todo esto? Deberías estarme agradecido simplemente por estar aquí. Espero que nunca más vuelvas a avergonzarme de esta manera. Ya tienes edad de ser un hombre, pues obra en consecuencia. Me da igual lo que hagas en este lugar, no te voy a dar ningún consejo, pero no te creas que por ser mi hijo estas sujeto a un régimen especial. Las consecuencias que se deriven de tus actos tendrás que asumirlas tú mismo. El consejo debatirá mañana sobre cómo proceder al respecto, y te aseguro que yo seré más duro que nadie.

El rostro del doctor, surcado de arrugas y poblado de patillas canosas, siempre bien afeitado y habitualmente circunspecto, se rompía en mil pedazos con su mirada iracundamente encendida. Según terminó su discurso se giró y se marchó con la dignidad de un monarca que acaba de proclamar un edicto. Carlos sintió que su cara no podía mantenerse impertérrita, como había intentado, así que se levantó tristemente, y se marchó lo más decorosamente que pudo, con las manos en los bolsillos, las mejillas ruborizadas y el estómago vacío.

## Capítulo 4

Los días transcurrían en la base plácidamente. Una vez finalizada la vorágine de la descarga y que la Galileo emprendiera el regreso a Nueva Esperanza, ya no había tanta prisa por nada, así que todos empezaron a prestar un tanto más de atención a su entorno inmediato.

El clima de Omoria I favorecía la relajación. Un benigno sol que no achicharraba brillaba durante todo el día, lo cual resultaba un tanto inconveniente porque la humedad del exterior resultaba incómoda y era necesario llevar prendas ligeras. Las instalaciones de aire acondicionado de la base eran imprescindibles, más aún si se tenía en cuenta el calor que desprendían los equipos en funcionamiento. Por la noche sí refrescaba lo suficiente como para tener que abrigarse o justificar el encendido de los climatizadores, y con el alba se precipitaba un rocío que empapaba todo hasta el punto de encharcar el suelo, embarrar los senderos, y empapar el follaje.

La base científica había adquirido forma cuadrangular, y una elevada cerca alambrada la rodeaba. Más allá, un contraste de verdes intensos creaba una tupida maraña impenetrable a la vista que intimidaba a los más prudentes. Las copas de los árboles marcaban una variopinta línea del horizonte y la foresta abarcaba vegetación muy diferente a la que nunca antes habían visto. Enormes árboles con copas frondosas terminaban en troncos leñosos y anaranjados, aparentemente resecos, que destacaban claramente por encima de toda la selva. Finalmente comprendieron que no eran otra cosa sino una especie de vainas gigantescas de las cuales pendían, una vez se abrían, enormes frutos como melones. Otra especie muy llamativa resultó ser un árbol de un tronco flexible y largo, que superaba los cincuenta metros de altura, sin ningún tipo de ramaje salvo en el extremo superior, del cual brotaban largas ramas, limpias de hojas, que se extendían en círculo como una amplísima y gigantesca sombrilla.

La fauna proporcionaba una abigarrada banda sonora a la magnífica visión selvática. Coros de fieras e insectos ululaban, aullaban o piaban, según los gustos de los oyentes, de forma incesante e incontenible. El volumen e intensidad dependía de las horas y muchas criaturas lucían su repertorio en horas matutinas mientras que otras parecían más inclinadas por las vespertinas. Las noches no quedaban exentas de sus correspondientes estrellas musicales y la adición caótica de carencias dodecafónicas producía una mezcla aún más ensordecedora que la algarabía diurna. Ocasionalmente aullidos y bramidos de animales, de presumiblemente mayor envergadura, hacían que todos se quedasen paralizados y mirasen con desconfianza en derredor. Pero las cercas electrificadas cumplían su función y no se reportó nunca una invasión «no autorizada» del perímetro. Al cabo de un tiempo ni el más grande de los rugidos era capaz de alterar el semblante de un expedicionario y todo lo más que se decía era «ah, ese debe ser un hulón», ya que se habían impuesto nombres a las fieras de la selva, aún sin ser vistas, sólo tomando en cuenta las onomatopeyas de



sus expresiones sonoras.

Fuera del perímetro de la base varias expediciones que habían salido a reconocer el terreno, la flora y fauna, se habían quejado de que en la selva la humedad era mucho mayor. Numerosos arroyuelos que debían descender de lejanas cordilleras regaban aquellas tierras, en muchos sitios dejándolas empantanadas por completo. Esto en consonancia con las temperaturas elevadas favorecía la aparición de unas nieblas permanentes que sólo se disipaban al atardecer. La vegetación a nivel del suelo era tan variada y exuberante como imaginarse pudiera. Miles de flores de vivos colores alegraban los parajes cercanos, y no había día que no se estuviera mostrando por alguno que había salido a dar un paseo, una docena diferente de llamativas flores de tamaños sorprendentes.

También se empezaron a notificar los primeros inconvenientes importantes derivados de abandonar el perímetro protegido, como el descubrimiento de fieras salvajes de aspecto carnívoro, lo cual quitó a muchos aficionados a estos paseos las ganas de profundizar en el conocimiento del ecosistema del planeta. Siguiendo la nomenclatura sonora se procedió a denominarlos bulgags, onomatopeya de sus rugidos. Además la preparación científica de la mayoría de los presentes era la astrofísica. Los que no tenían esa especialidad, eran más bien científicos e ingenieros técnicos de apoyo. Omoria I era su base de operaciones, pero no representaba para ellos ninguna fuente especial de inspiración por lo que no había un interés real por parte de nadie en explorarlo. Por consiguiente, salvo que fuera imprescindible, era raro que después de los primeros días de curiosidad, la gente se aventurara fuera del terreno despejado. En las ocasiones en las que algún grupo organizara una expedición, siempre se aseguraban de ir bien equipados y armados.

Una excepción a esta regla fue Carlos. Descubrió que al estar fuera de la base evitaba la sensación de desocupado y holgazán ante los demás. También había otro factor que le impulsaba a salir fuera. Sabía de otra persona, un tanto temeraria, que en ocasiones hacía picnic fuera de la base, Yamia. Así que con esporádica frecuencia se encontraban más allá de las elevadas alambradas.

Uno de esos días soleados, en los que no soplaban la más ligera brisa, acordaron encontrarse como otras veces para una frugal comida en las afueras inmediatas de la base. Yamia, según descubrió Carlos pronto, tenía un lugar favorito, a la sombra de un gigantesco árbol de ramas largas y retorcidas, combadas por su propio peso, cuyos extremos casi acariciaban el suelo. Brindaba una sombra fresca y despedía un olor dulzón y tenue al que se acostumbraron con facilidad y que provenía de sus frutos caídos, pequeños y oscuros, de forma ovoide, duros como piedras, pero que un insecto de aspecto arácnido y de largas patas acaparaba incansablemente. A sus pies se extendía una breve ladera, tapiada al fondo por una frondosa vegetación parecida a helechos, y de cuyo suelo húmedo el calor del mediodía arrancaba vaharadas de niebla. Más allá discurría un riachuelo cuyo rumor era percibido como un suave susurro.

En este lugar mantenían ocasionales encuentros por más que se esforzaba Carlos en hacerlos tan frecuentes como podía. Aún así los temas de conversación languidecían en cuanto abandonaban el campo de la ciencia, que había servido de brújula a Yamia en su vida, por lo que Carlos debía poner los cinco sentidos en mantener el fuego del diálogo encendido. Por más que trataba de extraer información sobre lo que había sido su vida hasta la fecha, la muchacha era tan inescrutable como un cielo sin estrellas, y las palabras derivaban recurrentemente hacia su carrera profesional independientemente de cuál fuera el punto por donde Carlos la abordara. Y aún a pesar de este esfuerzo, era la única persona de la base que despertaba su interés y ocupaba enteramente sus pensamientos.

Por contrapartida, el único acicate que Carlos suponía para ella era el empeño que ponía en hallarle una ocupación de utilidad.

—Lo que no entiendo, Carlos, es que cómo sabiendo de mecánica, como me imagino, no estés en el equipo de los ingenieros. Estoy segura de que si hablas con Cignus acabaría dándote alguna ocupación... él está muy necesitado de personal. Tal vez con el tiempo se le pase su enfado y hasta te dejase coger la motonave.

El desencuentro con el jefe de ingenieros, sucedido semanas atrás, había sido la comidilla de la base durante unos días, y aunque a él le hubiera encantado que Yamia no se hubiera enterado, no había sido así.

—Humm —gruñó—. No creo que sea buena idea. Ese tío no puede ni verme. Además, la cuadrilla de ingenieros que... —Carlos dejó morir la frase.

—Sigue... cuéntame.

—Nada, déjalo así... —Carlos no quería decirle que el equipo de ingenieros era la típica panda de mentecatos que estaban todo el día ingiriendo alcohol... y que no paraban de reírse a su costa en cuanto podían. No le hacía mucha gracia su compañía. Además, desde que había terminado el montaje de la base, las principales tareas a las que se dedicaban eran las de mantenimiento y eso les dejaba mucho tiempo libre, por lo que estaban organizando constantemente partidas de caza, actividad que a Carlos no le interesaba lo más mínimo.

—En fin, a mi me parecía una buena idea —concluyó Yamia, que siempre estaba intentando buscar un sentido a la estancia de Carlos en Omoria I.

La muchacha había llevado una cesta de plástico con varios bocadillos y refrescos en su interior. Sin embargo el cierre del plástico se había atascado y no conseguía abrirlo. Carlos observaba divertido como Yamia arrugaba la nariz mientras estudiaba el novedoso problema. Sin embargo echó un vistazo a su alrededor, tomó una piedra y golpeando el cierre consiguió desatascarlo. Le dirigió una sonrisa triunfal a la vez que infantil.

—Qué te pensabas, ¿qué no lo iba a poder hacer? —Yamia le sonrió de una forma que a Carlos le pareció encantadora—. Con mi ingenio y una piedra.

—No es exactamente una piedra... —dijo Carlos observando con más detenimiento el tosco instrumento—. Más bien es... un mineral, tiene forma de

cristal... fíjate.

—¿Sí, y cómo sabes eso? —Yamia le miró con sorpresa.

—Espera y verás.

Tomó la piedra que tenía aún en la mano y fue al riachuelo a lavarla. Cuando regresó le enseñó a Yamia que lo que efectivamente antes parecía una piedra, sucia de tierra, una vez limpiada no era sino un mineral, de color verdoso, que a la muchacha le pareció muy bonito.

—¡Caramba! Carlos, si que tienes vista para darte cuenta de algo así. Yo ni me había percatado.

—Fíjate en este lado. Observa que lo que parecía una piedra por este lado, no son sino cristales, ...mira estas facetas pulidas... Demasiados años perdidos estudiando estos minerales y todo tipo de rocas como para no darme cuenta.

—¿Años perdidos? ¿Es que tienes estudios superiores?

—¡Claro! Geología.

Yamia abrió la boca sorprendida.

—Y yo que te tomaba por un tío descerebrado. —Carlos abrió los ojos, un tanto molesto, pero Yamia se rió—. No me hagas caso. Lo digo en sentido metafórico. Cada vez que puedes me hablas del mundo de las motonaves... y lo bueno te lo guardas como un secreto. No hay quién te entienda.

—La verdad es que me metí en esa carrera porque pensé que me gustaba la idea de viajar a explorar otros mundos y descubrir su historia geológica. De pequeño me fascinaba tanto ese tema... Realmente creo que lo que pretendía era una vida bohemia por el universo. Sin embargo en la universidad, ya dentro del equipo deportivo, descubrí mi otra vocación y eso eclipsó mi primer interés.

—¿Y acabaste la carrera?

—Por supuesto.

—¿Y te doctoraste?

—No, eso no lo vi necesario. —Carlos estaba recordando aquella lejana etapa de su vida y permaneció pensativo unos instantes. Había estado a punto de abandonar la carrera varias veces. Descubierta su auténtica pasión vital por el deporte del motor, su licenciatura final podría considerarse de un auténtico milagro.

—Lástima —Yamia le hizo un mohín de tristeza—. Sin embargo vistas las cosas así, se me ocurre una ocupación para ti.

—No me digas, investigar la geología de Omoria I.

—Eso mismo, y...

—Crear la propia división de geólogos de la base... yo de jefe y equipo al mismo tiempo.

Yamia rió.

—Me parece una idea genial... creo que hasta deberías acabar tu doctorado.

—Ahora el que se va a reír de verdad soy yo.

—Hablo muy en serio.

Carlos emitió un largo suspiro.

—Me recuerdas a mi padre. Esa idea de la que hablas, me la ha propuesto cientos de veces.

—Tu padre es muy inteligente. Deberías hacerle caso. Además yo te podría echar un cabo de vez en cuando, siempre que Vincent, mi jefe, me deje un par de minutos libres.

Era difícil decirle que no. Cuando algo la ilusionaba se encendían sus ojos chispeantes y su voz se hacía más melódica, cantarina. Parecía que estaba con una niña pequeña, fácil de contentar y de una alegría contagiosa. Incluso en cuestiones laborales la adversidad no cambiaba su ánimo. Siempre que Carlos le preguntaba cómo se desarrollaba su trabajo, daba igual que estuvieran atascados con problemas técnicos o de cualquier índole, o que los días de retraso sobre el programa original se transformaran en semanas, mostraba aquel carácter risueño. Diría que la satisfacción que producía superar los obstáculos se anticipaba en ella. Carlos entendía que Yamia disfrutaba con las dificultades. Cuando todo el equipo se bloqueaba, un cierto espíritu científico de superación se apoderaba de ella.

—Dime en qué piensas Carlos, te has quedado tan pensativo.

—Oh, nada interesante —sin darse cuenta el hecho de mantener el mineral en la mano le había traído a la memoria sus conocimientos sobre el tema. Tantos años sin hacer uso de ellos e inesperadamente las lecciones aprendidas acudían a su memoria desordenadamente—. Es que... estaba pensando en este mineral... Es raro encontrarlo aquí, en mitad de un bosque, entre la tierra.

—Vaya, qué interesante te has puesto.

Carlos se azoró un poco y creyó que sus mejillas se encendían. Parecía absurdo. Había intentado sorprender a aquella mujercita contándole sus hazañas y aventuras sin conseguir que su rostro aburrido se inmutara, pero bastaba un sencillo examen de mineralogía general sobre un pedazo de escoria para despertar toda su admiración.

—Ejem... Lo que quiero decir es que si no me equivoco esto es olivino... bien, estoy seguro que lo es. Pero es un mineral raro, no esperaré encontrarlo aquí, al alcance de la mano, entre la tierra.

—Bueno, estamos en un planeta diferente. Tal vez su origen no sea al que estás acostumbrado.

—Sí, pero aún así estoy seguro que no es normal. Para localizar minerales de este tipo hay que adentrarse en minas, cuevas, en el interior rocoso de la litosfera... o en terrenos volcánicos... —Carlos limpiaba con la uña el bello cristal que tenía entre las manos, medio oculto entre la piedra en la que estaba incrustado—. Míralo al trasluz.

—Qué bonito es. ¿Me lo regalas?

—Por supuesto, tú encontraste... esta anomalía —dijo Carlos sonriente.

Yamia le miró extrañada.

—¿Qué dices? ¿Por qué has dicho anomalía?

—Resulta raro encontrar un mineral a la vista, en mitad de la selva. ¿No te gusta

esa palabra? —Carlos le miró atentamente, divertido ante su reacción.

Yamia pareció mantener un debate interior, indecisa, planteándose la conveniencia de seguir la conversación por esos derroteros. Finalmente decidió proseguir, aunque su voz adquirió un tono adusto.

—Me llama la atención, porque mi jefe, Vincent, nos estaba explicando hace un par de días que uno de los principales retrasos que está teniendo el equipo que calibra los satélites, preparándolos para su inserción en órbita, tiene su origen en la rotación de Omoria I... que parece que sufre también una anomalía. Me ha llamado la atención la coincidencia en usar esa misma palabra.

—Bueno, resulta evidente que eso sí que es una anomalía, con a mayúscula. Encontrar olivino puede ser raro, pero, ¡caramba! No me quitaría el sueño precisamente. ¿Y ya han encontrado la causa de esa anomalía?

—No. Lo más sencillo ha sido corregir las calibraciones y eso se está concluyendo ahora mismo. Me imagino que buscarán la explicación cuando alguien tenga tiempo. Ahora todo el mundo está obsesionado con empezar a recopilar datos, y para eso lo primero que se necesita es que los satélites se muevan por sus correspondientes órbitas. En fin... te aseguro que cuando se terminen de lanzar y situarlos en el espacio no me verás el pelo. Ahora estamos como dice Vincent... «parados», o sea que imagínate cuando «arranquemos».

Carlos gruñó con cara de circunstancias. Faltaba poco para que empezaran a lanzar los satélites, era *vox populi*. Si ahora hablaba con Yamia rara vez, en breve iba a ser mucho más difícil. Su falta de ocupación y su tedio permanente solo lo aliviaba la esperanza de sus encuentros con la científica y, después de tantos días, dudaba de su capacidad de que la relación, si optimistamente podía utilizar semejante palabra, avanzara en ninguna dirección. Durante demasiado tiempo estaba llevando un estilo de vida marcado por la desidia, y para él, que siempre había sido una persona ocupada y creativa, su actual ritmo de vida resultaba insoportable. Su único entretenimiento amenazaba con ralearse aún más, así que su hundimiento interior asomó a sus ojos a pesar de intentar disimularlo con una máscara de entereza.

Yamia se mordió el labio preocupada. Miraba el rostro serio de Carlos y debió adivinar sus pensamientos.

—Toma Carlos, mejor que te quedes tú con mi cristal, así te acordarás de mí de vez en cuando.

## Capítulo 5

Pasaron varias semanas en las que sus peores temores se cumplieron, y los encuentros con Yamia se hicieron tan esporádicos que su amistad incipiente se fue enfriando y las posibilidades que tenía Carlos de abordarla desde un punto de vista más sensual se esfumaron por completo. No obstante, no cambiaba estas circunstancias el hecho de que Carlos dedicara bastante tiempo a pensar en la chica. Sus ojos azabaches y su mirada clara y alegre no se borraban de su imaginación. Poco a poco el convencimiento de que en algo tenía que ocupar su tiempo fue haciendo mella, hasta el punto que acabó por hundir su determinada obstinación, superar su infantil malhumor, y encararse con el reto presto a intentar obtener la mejor ventaja posible.

En parte estos pensamientos tenían su inspiración en su malograda madre. Hacía apenas un año había fallecido de forma imprevista ante una enfermedad que la consumió a ojos vista. Apenas habían tenido tiempo de reaccionar tanto su padre como él. Durante unas semanas la tregua se instaló en sus vidas y las visitas al hospital sirvieron para crear un vínculo como nunca había existido entre ambos. Sin embargo poco después, una vez celebrado los funerales, volverían a estallar las hostilidades en el debate más cruento de cuantos habían mantenido hasta la fecha. Su madre ya no estaba para usar sus dotes reconocidas de sicóloga y reconducir los ánimos. Sus buenos consejos habían dejado de llegar y de pronto se encontró sólo y desorientado. Se daba cuenta de que hasta entonces, todos y cada uno de los aspectos de su vida, de una forma u otra, habían sido consultados con ella, discretamente, sin convertirlos en ninguna sesión de terapia psicológica ni en la búsqueda de una constante sanción maternal. Ella tenía una habilidad sobrenatural para la empatía con todo el mundo, saltaba a la vista, y su sabiduría le había ayudado lo indecible, especialmente en el mundo de las carreras profesionales, donde las zancadillas y envidias estaban a la orden del día. Ella se había convertido en su *manager* particular. Pero también le había obligado a centrarse en otras cuestiones que por su cuenta habría abandonado por completo, como los estudios. Siempre había sabido proporcionar un equilibrio a las decisiones y lograba que cuando tomaba un camino se sintiera satisfecho y con la conciencia limpia. Desde su pérdida su atolondrada vida era un caos. ¡Cuán diferentes habría sido su destino en Omoria si ella hubiera estado presente! La estrategia de la motonave absurdamente embalada como una antena era una maniobra patéticamente infantil... ¡jamás le habría dejado cometer semejante despropósito! Se imaginaba su irónico discurso demoliendo semejante estrategia: «He considerado seriamente las posibilidades de éxito de tu plan y he llegado a la conclusión que Simba, la chimpancé de seis meses que tenemos en el laboratorio de psicología animal, podría serte de gran ayuda para intentar mejorarlo un tanto». Ella habría sido la primera en hacerle ver aspectos positivos del viaje a Omoria... la misión de exploración con la motonave, aprovechar su carrera de

geólogo... una vía que ahora parecía cerrada a cal y canto. Podía imaginar sus ojos aún joviales, encarándose con él y mirándole fijamente antes de enunciar con una tranquila sonrisa cada uno de los aspectos positivos. Debía aprender a pensar por sí mismo y recuperar el espíritu risueño de un año atrás, cuando aún estaba ella, seguramente la principal artífice y asesora de su paz interior.

En ese empeño por empezar a cambiar de mentalidad, la alternativa factible idónea parecía consistir en acercarse al equipo de ingenieros, los únicos con los que encontraba una cierta afinidad en conocimientos. La mayoría de sus funciones estaban relacionadas con el mantenimiento y uso de maquinaria, y esa faceta a él se le daba bastante bien. Demasiados años en los hangares de los circuitos profesionales le habían enseñado todo tipo de trucos y artimañas, la mayoría de los cuales no se encontraban en los libros de texto. Muchas veces, ante una avería, los manuales especificaban procedimientos de reparación complejos, que incluso requerían instrumental que no existía en Omoria I, o lo que a veces era peor, usar herramientas sofisticadas aún más complicadas que el problema original. En estas situaciones Carlos demostró un enorme talento y se granjeó la confianza de algunos ingenieros y mecánicos, los cuales contaban con él para mantener el buen funcionamiento de los equipos de los cuales eran responsables. Sin embargo el núcleo duro del cuerpo lo formaban el inaccesible Cignus y su grupo de capataces acólitos, entre los cuales era tolerado, pero más bien como bufón, y no se tomaban muy en serio ni sus habilidades ni sus conocimientos prácticos. Ante esta situación y dado que no quería convertirse en un ermitaño, no tuvo más remedio que tragarse su orgullo y empezar desde cero. Se había propuesto una meta, llevar sobre su pecho la insignia del cuerpo de ingenieros, y aunque tuviera que tragarse sapos y culebras, lo haría.

Como parte de su proceso de aclimatación al cuerpo decidió incorporarse a las partidas de caza que comandaba la élite del grupo.

Desde que finalizó la fase dura del montaje de la base, los capataces y el propio Cignus habían delegado la mayor cantidad de funciones posibles a sus subordinados inferiores. Su interés en el proyecto científico que les había llevado a Omoria era escaso. Podría decirse que ellos eran los mercenarios de la expedición. No iban por el conocimiento ni la investigación, ni mucho menos por la fama. Lo que les había convencido para traerlos tan lejos era el dinero, pero también durante el viaje había oído rumores y anécdotas que explicaban su reclutamiento por otros motivos no precisamente altruistas y que decía bien poco a su favor. Entre ellos figuraba la elusión de la acción de la justicia, o como a él mismo le había sucedido, esquivar las cada vez más voraces llamadas a filas de la Armada. Una vez que cumplieron su tarea principal, su única preocupación era que todo siguiera funcionando lo mejor posible, y para ello estaba el cuerpo técnico de suboficiales y mecánicos. A partir de ese momento los capataces, incluido Cignus, podría decirse que se encontraban en una situación de vacaciones pagadas.

A primera y última hora del día se dedicaban, con más o menos ganas, a realizar

una somera inspección de las tareas realizadas por su personal. El resto del día quedaba disponible para holgazanear. Ahora bien, la base no era un centro de entretenimiento ni mucho menos, con lo que se vieron arrastrados hacia el exterior si querían moverse enteramente a sus anchas sin que la disciplina de la base, en manos del férreo doctor Ballack, les impusiera restricciones.

Al parecer se rumoreaba de Cignus había sido un gran aficionado a la caza en el pasado. A nadie extrañó que desde el primer momento tuviera en mente esa posible ocupación para el tiempo libre y rápidamente organizó las primeras partidas al exterior. Al poco tiempo no era raro que muchos días, desde primera hora, se reuniera con los que quisieran apuntarse, y saliera de la base en busca de aventura... y de alguna pieza, aunque esto se hacía amparándose en funciones de exploración pretendidamente científicas.

Carlos se había planteado incorporarse a una de esas expediciones, pero deseaba esperar la ocasión más propicia, dado que no quería encontrarse desarropado por completo en compañía de los acérrimos que rodeaban a Cignus. El día idóneo no tardó en presentarse cuando Junkel, un hombre que superaba los cuarenta, responsable del mantenimiento de los sistemas de los generadores eléctricos, se aprestó a participar.

Junkel era un hombretón cuyo aspecto clamaba al cielo que se trataba de una buena persona. Sus ojos eran ingenuos en el mirar, su barriga pronunciada hablaba de su carácter plácido, su voz pausada y sus rasgos suaves resultaban incapaces de una mala expresión o de mostrar desaire o desprecio. Su historia personal era suficientemente expresiva de su carácter bonachón. Un hermano con inclinaciones no muy respetables había acabado hipotecando el patrimonio familiar, destruyendo la confortable jubilación de sus progenitores, y creado multitud de problemas financieros que Junkel se había aprestado a solucionar partiendo en aquel periplo. El viaje a Omoria, aunque sacrificado, era lo suficientemente bien remunerado como para, a su regreso, poder tapar todos los agujeros, si es que acaso no habían crecido, e incluso permitirse pensar en poder empezar desde cero una vida nueva.

Carlos le había hecho muchos favores al técnico, que era corpulento y poco ágil para maniobrar entre los recovecos de la maquinaria. Entre los conocimientos de Junkel y los trucos y la pericia de Carlos para hacer lo que al mecánico le resultaba más inaccesible, habían conseguido que los equipos de los cuales era responsable estuvieran mucho mejor que el resto. A cambio Carlos había ido fundamentando con ciencia lo que antes sabía de oídas de sus mecánicos.

Como Junkel se estaba empezando a convertir en un amigo, Carlos le animó a que se apuntaran juntos a una de las sesiones de aventura. En un principio el hombretón se resistía a la idea, porque su carácter tranquilo no le llevaba a estar en compañía de hombres ruidosos. Además estaba más pendiente de Elsa, otra técnica de su edad a la cual intentaba echar los tejos. Sin embargo el tedio de la base y sobre todo, la pertinaz insistencia de Carlos, lograron doblegarle. Una buena mañana, temprano,



ambos emprendieron camino al punto de encuentro desde el cual comenzaban las partidas, la puerta de la base.

El alba, con un mortecino cielo pálido e insípido y una fresca brisa matutina, recibió a los participantes de la expedición. Bien fuera por ser primera hora o bien por su inesperada aparición, Carlos sintió que había pocos ánimos de entablar conversación. Cignus le saludó con una sonrisa, mitad cínica mitad cordial, mucho mejor de lo que habría esperado de entrada. El resto pareció ignorar su llegada, por lo que también él adoptó un aire ausente, y cuando se presentó Junkel se emparejaron rápidamente.

Poco después se repartieron mochilas y carga y Cignus explicó que pensaba dirigirse a una laguna un tanto lejana, donde abundaban muchos animales y aves acuáticas, fáciles de cazar, y que después se darían un buen banquete. Tras esta alegre perspectiva emprendieron el camino. Cignus encabezaba la marcha, y a buen paso se alejaron de la base y de sus inmediaciones. Carlos vio como dejaban atrás los rincones de la selva que él conocía bien. En media hora se estaban adentrando en un territorio que le resultaba completamente desconocido.

La vegetación se hizo espesa, pero transitaban un sendero que seguramente Cignus y sus hombres habían fabricado con sus machetes y consolidado con sus botas. Los cazadores se vieron obligados a ponerse los equipos de protección, chalecos de tela gruesa, debido a que abundaba una especie de zarza que causaba urticantes arañazos, terriblemente molestos, que después tardaban en cicatrizar.

Los sonidos del bosque no eran nuevos para Carlos, pero a medida que se alejaban de la base, el joven comprendía que la estación científica, su gente y sus ruidos, habían alejado a la fauna del lugar considerablemente, por lo que cuando él salía a pasear por el exterior del perímetro no veía nada realmente representativo del hábitat de Omoria. Ahora que llevaban varias horas de caminata no sólo oía, sino veía extrañas aves surcar los espacios aéreos, visibles muchas veces fugazmente y de reojo, esquivando milagrosamente ramajes y hojas.

También había sorpresas desagradables. Abundaban insectos de enorme tamaño que crujían como hojas secas cuando se pisaban. Otros eran como larvas pegajosas que se adherían a la propia ropa cuando el sendero se estrechaba y los senderistas se apretujaban contra el follaje. Carlos no era demasiado aprensivo, a diferencia de Junkel, que no paraba de quejarse por todo lo desagradable que le acechaba. En una ocasión se le posó en la cabeza, sobre su gorra, un enorme insecto volador con alas coloridas. Antes de que Carlos pudiera espantarlo, una especie de ardilla voladora saltó sobre la cabeza del desafortunado, se zampó al insecto en un fulgurante masticar de sus incisivos y tras emitir un inquietante gorjeo desapareció con otro espectacular salto sin que Junkel supiera exactamente qué había pasado. Mientras tanto no dejó de hipar, abrir los ojos desmesuradamente y agitar las manos en un frenético baile por encima de su testa.

Pero el paseo no estaba siendo una bucólica excursión. En la cabecera de la

expedición hacía tiempo que había empezado la diversión, y se dedicaban a disparar todo cuanto parecía digno de interés. Sin embargo el zumbido de las armas de pulsos, un bordoneo vibrante y profundo, alertaba a un buen número de animales que desaparecía a toda velocidad de la escena. Con frecuencia Carlos, que iba a la retaguardia, se encontraba al borde del sendero algún animal abatido, desde pequeños cuadrúpedos, a extraños animales voladores con algo parecido a alas y plumas, desfigurados o incluso despellejados por efecto del disparo, pero que no tenía tiempo de inspeccionar por no quedarse rezagado. De vez en cuando se abatía un animal exótico y la partida de cazadores se agrupaba y lo examinaba con detalle. Abundaban los comentarios sarcásticos y las chanzas.

—Mira, este bicho tiene unos ojos como la jefa del grupo de astrónomos, Ellen no se qué...

—La verdad es que también se le parece en el culo gordo que tiene...

Y todo el mundo prorrumpía en sonoras risotadas.

A media mañana, cuando faltaba poco para que llegaran a la laguna que se habían fijado como meta, la partida hizo un alto para tomar un tentempié. El grupo parecía relajado y cordial, y Carlos se habría atrevido a asegurar que empezaba a sentirse a gusto.

—Bien, ¿dentro de poco empieza el festival, verdad Cignus? —preguntó Irigor, uno de los acólitos de Cignus más serviles. Era su mano derecha y por lo que Carlos había observado, secundaba a su jefe ciegamente. Era un hombre de rostro atravesado por infinidad de cicatrices y marcas, lo cual le confería un aspecto intimidatorio y desagradable. Su voz era ronca y su mirada vidriosa. Parecía el típico personaje que gustaría frecuentar los tugurios más sórdidos y decadentes que encontrarse pudiera.

—Sí, hoy vamos a comer esa especie de pato con flores en la cabeza que es tan sabroso. Vamos a reventar de buen comer. —Confirmó el líder.

—Lástima que no tengamos unas cuantas garrafas de alcohol.

—Sí, pero tenemos algo mejor —terció otro de los capataces—. Seguro que Irigor ha ido recolectando esas plantas que le gustan tanto.

—Puedes estar seguro de ello. Tengo mi mochila repleta. Y por cierto, si alguien quiere una caladita, ahora es buen momento.

—Sí, pero no abuses, porque después vamos a ver si no atinas con el pato sino a uno de nosotros. —Bromeó otro de los expedicionarios.

—No te apures, que si me entono demasiado procuraré apuntar hacia el chico de la motonave. Así siempre podremos decir que no ha habido pérdidas humanas...

El grupo rió con fuerza. Era la típica broma de mal gusto que siempre le estaban gastando a Carlos, y este tomó la alusión con el mejor semblante, aunque sintió que sus músculos se enervaban. Notaba que su paciencia estaba haciendo esfuerzos ímprobos por contener su furia, en una batalla que difícilmente podría ganar. Irigor era habitualmente el que iniciaba las alusiones en su contra y Carlos empezaba a sentir una especial tirria por él. Finalmente sonrió humildemente y se dedicó a beber

agua con tranquilidad, como si la broma no fuera con él.

Varios de los cazadores procedieron entonces a confeccionar toscos cigarrillos con unas hojas de una planta que Irigor sacó de su mochila. Las hojas estaban secas y aplanadas pero no quebradizas y tenían el tamaño de la palma de la mano, de color pardo. Debían haberse recolectado algunas semanas atrás. Carlos ignoraba el cómo, pero se las habían ingeniado para averiguar de alguna forma que las hojas contenían elementos psicotrópicos.

Pronto todos estuvieron fumando. Carlos y Junkel también se unieron, aunque sin especial entusiasmo pues negarse habría sido la peor de las tácticas de integración, y, de hecho, todos los miembros de la expedición fumaron al menos uno de los cigarrillos exóticos. La planta tenía un sabor acre y áspero y una vez finalizada una calada, dejaba un regusto en la boca un tanto desagradable, como si se hubiera masticado tierra. Por lo demás el efecto era similar a tomarse un par de cervezas de golpe y con el estómago vacío. Carlos sintió una gran relajación, de pronto todo parecía divertido y tenía ganas de reírse por el más tonto de los comentarios. Sentía los rayos del sol que se filtraban entre las ramas como una suave caricia sobre la piel. La tentación de dejarse llevar por la somnolencia era enorme. De hecho su compañero quedó sumido en un profundo sueño. El cansancio de la caminata y el efecto de la planta eran suficientes para tumbar a cualquiera. Sin embargo Cignus se estaba impacientando, su afición le podía más que la diversión, así que se puso en pie e instó a todos a seguir.

Con el sol de mediodía llegaron a una brumosa llanura encharcada. No era propiamente un lago, sino más bien una ciénaga, donde los árboles empezaban a ralear y manojos de juncos se arremolinaban junto a los troncos que emergían directamente del agua. La vegetación era la fronteriza entre dos ecosistemas diferentes.

Cignus distribuyó al grupo en parejas y les ordenó separarse en abanico, hasta que unos minutos después de avanzar entre borboteos y susurros se pasó la consigna de alto. La niebla del mediodía reducía enormemente el campo de visión y el aire espeso sofocaba, pero Carlos, agazapado entre los juncos, observó a través de los jirones de vaho que, efectivamente, unos metros más adelante se observaba una bandada de algún tipo de ave acuática. En cierto sentido se parecían a cisnes, tenían esbeltos cuellos que hundían con agilidad bajo el agua para alimentarse. Los ejemplares que llegó a distinguir eran grandes, de plumajes llamativos rojos y verdes, y se movían majestuosamente sobre el agua. Ocasionalmente alguno emitía un ulular que era respondido por otro miembro más alejado del grupo. Carlos apuntó al ejemplar más cercano.

De improviso se abrió fuego, seguramente era el propio Cignus el que daba la explícita señal, y él y Junkel, que permanecía a su lado, apretaron el gatillo insistentemente. El caos reinó por unos segundos que parecieron largos minutos. Los animales fueron abatidos con facilidad. No sólo eran grandes y lentos para emprender

el vuelo, si es que sabían volar, sino que el ataque por sorpresa les pilló completamente desprevenidos.

Cuando se acercaron a controlar el resultado de sus disparos, Carlos observó con cierto malestar que la experiencia no sólo no le estaba reportando ninguna satisfacción hasta la fecha, sino más bien empezaba a ser asqueante. Flotando sobre el agua oscura había casi cien ejemplares, incluidos algunos muy jóvenes. De hecho varias crías habían sobrevivido a los disparos y emitían unas estridentes llamadas de auxilio. Uno de los capataces se ocupó de imponer el silencio a base de rematar a moribundos y huérfanos con el rifle de pulsos. Vistas las armas que portaban y el número de cazadores, las aves no habían tenido la más mínima oportunidad y Carlos no encontraba incentivo en semejante matanza. Sin embargo Cignus y sus hombres parecían pasárselo en grande. También el propio Junkel se había contagiado del frenesí de la cacería, y todos comentaban apresuradamente los disparos que habían hecho y las presas que habían cobrado y otras mil anécdotas que a Carlos nada decían.

Finalmente Cignus seleccionó un par de ejemplares y dejaron la ciénaga ahogada en un silencio de ultratumba. Decenas de cadáveres de las magnificas aves se mecían siniestramente sobre las oscuras y enturbiadas aguas.

Cuando llegaron al claro donde se habían tomado el tentempié poco antes de la caza, se encontraron que un par de hombres, en compañía de Irigor, ya estaban allí. Por lo que se veía no habían seguido al resto del grupo. Sus ropas estaban completamente secas, y habían permanecido tendidos al sol, con el torso desnudo, fumando parsimoniosamente las hojas pardas. Su mirada parecía confusa, incapaz de fijar la vista, y una sonrisa permanente se dibujaba en sus labios.

—Valiente trío de borrachos tenemos aquí —saludó Cignus.

—Bah... para cazar esos estúpidos patos no me necesitáis a mí... Yo prefiero cazar cosas que tengan mérito.

—Menos tonterías y a desplumar estos bichos, que son nuestra comida. —Y Cignus tiró una de las presas que llevaba en la mano a la cabeza de su capataz.

En cosa de una hora ya se estaban repartiendo la carne asada, que a Carlos le supo a gloria, no sabía si porque era realmente sabrosa o por el tiempo que llevaba sin degustar carne fresca.

—Esto es vida... ¿Os imagináis un par de años más así y de vuelta a casa? Con los sueldos que nos van a pagar no hay trabajo mejor —comentó uno de los capataces.

—Y además lejos de la guerra, —respondió otro riendo—. La verdad es que si esto no es una bicocha no sé lo que es.

—No cantéis victoria tan pronto —interrumpió Cignus—. No sé muchachos si sabéis que estos científicos están teniendo problemas con la programación de los satélites. Creo que ya acumulan retrasos en el calendario de lanzamientos.

—Estos científicos son unos torpes de narices —sentenció Irigor—. Nosotros

hemos hecho nuestra parte. ¡Que hagan ahora ellos la suya!

—Y lo peor es que están jugando con nuestro tiempo. Una cosa es que estemos aquí unos años... pero que ya de entrada empecemos a acumular semanas de retraso sobre el *planning*... es para preocuparse. No sé quién decía que si se mantenía la actual progresión en el trabajo esto nos iba a llevar diez añitos... o más.

—Si estamos diez años aquí no vamos a tener tiempo de gastarnos en vida lo que nos pagarán cuando regresemos a Nueva Esperanza, —dijo con sorna uno de los hombres que se había quedado con Irigor. Su rostro enrojecido y sus ojos ebrios le conferían una expresión malintencionada.

—Sí, además con diez añitos más tú no vas a poder ni mojar al paso que vas —sentenció Cignus—. Y tú Irigor, cuando regresemos ¿qué vas a hacer con toda tu fortuna?

—Está claro... Me compraré una motonave como la del crío... Ya sabéis, algo retro.

Cuando ya estaba empezando a menguar la luz del sol, el grupo se puso en pié y abandonó el lugar de la comida, de regreso a la base.

Esta vez Carlos iba por delante. Le apetecía llegar a lo que ya era su nuevo hogar, y lo que le preocupaba aún más, ansiaba sentirse solo. Una mezcla de melancólica desesperanza había sido el sabor que le había dejado el día en el que había depositado sus vagas esperanzas de redención. Echaba de menos una conversación sincera pero agradable con una persona que no esquivara los asuntos personales. Increíblemente, esa persona pudiera ser su padre.

Si tenía una idea clara, ésta era que llevarse bien con ese grupo era algo que iba a escapar a su don de gentes. No tenía muchos elementos en común con el equipo de ingenieros, cosa rara, porque siempre había sido un gremio con el que había congeniado magníficamente. Pero el grupo al que precedía en el camino era de una ralea que no iba con él. No sabía de dónde había reclutado su padre semejante tropa, pero indudablemente tendría que utilizar otros talentos si quería simpatizar con ellos, y no se sentía con los redaños ni falta de escrúpulos necesarios.

Aunque el sendero era claro de seguir, la oscuridad que empezaba a reinar en la selva cambiaba por completo el aspecto de aquella otra que había visto por la mañana, diáfana, colorida y alegre. Ahora se tornaba siniestra y perturbadora y mientras caminaba atolondradamente absorto en sus cuitas, apenas prestaba atención a lo que sucedía a su alrededor, o al hecho de que cada vez se distanciaba más del resto, pues su zancada era más rápida.

Sin embargo la partida de caza seguía avanzando con la misma discreción que una manada de elefantes en estampida. Las risotadas y los comentarios jocosos a voz en grito eran la tónica dominante, pero ocasionalmente se alternaban con un disparo de un rifle de pulso sobre algún incauto animal que no hubiera tenido la sensatez de alejarse, o con un eructo de alguno de los hombres o del propio Cignus, que se habían

tomado la grosería como una competición en toda regla.

La vuelta se estaba haciendo más larga que la ida, quizás porque el regreso no ocultaba ningún misterio, sólo las ganas de llegar a la base y descansar. Carlos tenía una sensación curiosa respecto al planeta. Era la primera vez que se adentraba tanto y tan lejos de la base, y quizás por sentirse seguro con su rifle a la espalda, quizás por ir en un nutrido grupo, no había sentido ningún temor, por lo que ya planeaba mentalmente empezar a realizar incursiones más alejadas de la base en solitario o con alguien más de su agrado que sus actuales compañeros. En esto estaba cavilando cuando un gruñido a su izquierda le hizo pararse de golpe.

Escrutó la maraña de ramas y plantas sin poder distinguir nada, pero era evidente que un sonido de un animal grande provenía a escasos metros de donde estaba. Habría sido imposible adivinar su silueta si no hubiera sido por el brillo de sus ojos. A partir de ahí fue fácil reconocer el perfil de la cabeza, incluida su boca, poblada de una notable hilera de dientes relucientes, y el resto del cuerpo, agazapado y en tensión.

Se trataba de un animal muy grande, cuadrúpedo, de aspecto felino. Sin embargo sus ojos eran terriblemente expresivos, adorablemente hermosos, y no mostraban agresividad, sino más bien sorpresa. Se diría que incluso sonreía al ver un animal tan raro como un humano, erguido sobre dos patas.

Por un momento Carlos pensó que podía ser atacado pero inmediatamente comprendió que se trataba de un animal manso. Tras unos segundos de observación mutua, Carlos prosiguió su camino adentrándose en la selva. Para su sorpresa detrás del enorme animal, una pequeña bola peluda trotaba patosamente, en una alocada carrera que parecía iba a terminar en cualquier momento con una cómica caída de bruces.

La madre con su cría se perdieron en la jungla, y Carlos suspiró aliviado. Aunque no había sentido miedo exactamente, sí se había llevado un buen susto. Pero al quedarse más sosegado minutos después, se sorprendió al darse cuenta que el animal no inspiraba temor, sino acaso cierto respeto, y su mirada había sido tan intensa, tan humana... Se había adelantado demasiado a sus compañeros por lo que decidió esperarlos. Ya estaba oyendo sus risas y gritos cuando de pronto el aire restalló con un disparo de pulso. Un mal presentimiento se apoderó de él, y sin saber por qué, temió por la vida del bello animal con el que acababa de cruzarse. Quizás fuera porque sus ojos habían brillado con cierta inteligencia, aunque fuera como la de un simple perro, pero ese fugaz vínculo visual lo había impresionado, y, mientras emprendía una carrera en pos del origen del siniestro, sintió una aflicción interior difícil de explicar.

Cuando llegó se había formado el habitual corrillo en torno al animal abatido. Los negros presagios de Carlos se habían cumplido. Confirmó que se trataba de un carnívoro, a juzgar por sus largos colmillos, que Carlos no había observado tan claramente con anterioridad. Yacía de costado, muerto, desfigurado. Su pelaje, ahora

lo podía ver, resultaba sedoso al tacto, de un color azul oscuro, incluso brillaba levemente bajo la palidez crepuscular de claroscuros con el que el ramaje tamizaba la escena. Un largo brazo de la Vía Láctea se distinguía vagamente entre las hojas de los árboles y su trémula y pálida luz amortajaba la escena. Un círculo de hombres que rodeaba a su víctima. Cada uno de ellos era preso de un sentimiento de excitación y maldad.

La cuadrilla aún cuchicheaba sobre el aspecto fiero del animal y felicitaban discretamente a Irigor, cuando Carlos encontró a la cría. Era un animal pequeño, pero de patas desproporcionadas para su tamaño. No paraba de enseñarle los dientes, amenazador, pero lo cierto es que resultaba inofensivamente cómico. Sus ojos, a la vez que miedo, también mostraban curiosidad por Carlos. Lo iba a coger con ambas manos cuando de pronto sintió un empujón que lo desplazó aparatosamente a un lado. Entonces sucedió el incidente.

—Aparta crío, que yo termino con esa bestia.

Carlos no supo qué fue exactamente lo que le irritó tanto, si el empujón a traición del hombre, o que fuera precisamente Irigor el que le había tocado, o tal vez el despropósito del crimen, pero el cúmulo de circunstancias le hicieron ponerse en pie como un resorte de acero, y cuando el capataz iba a apretar el gatillo para acabar con la vida del cachorro, le quitó el rifle de las manos con energía incontenible. Irigor le miró con furia y echó mano de un cuchillo de caza que llevaba en el cinturón, pero su gesto fue lo que decidió a Carlos a terminar lo que había empezado, y le propino un fuerte culatazo con el arma en pleno rostro, con fuerza tal que tuvo la impresión de que el hombre literalmente volaba en el aire antes de caer en el suelo y rodar un par de metros.

Los hombres se quedaron paralizados por el fulgurante combate. Los gimoteos de Irigor, que poco a poco se levantaba chorreando sangre de la nariz y boca, les devolvió a la realidad y algunos se aproximaron para ayudarlo a ponerse en pie. Su rostro empezaba a amarrotarse y a hincharse y adquiría un aspecto más grotesco que nunca. Sus ojos inyectados en sangre miraron a Carlos con odio, pero Irigor nada dijo, porque Carlos le devolvió la mirada con el mismo ímpetu, hasta el punto que pareció amilanarse.

—Maldito par de palurdos. —Cignus arremetió en la escena abriéndose paso a empujones. Primero enfiló a Irigor—. Lo tienes bien merecido por capullo. Anda, que un par de hombres lo ayuden a llegar a la base, entre el golpe y las hierbas este se nos muere por el camino. —Después se encaró con Carlos y le apuntó con el índice remarcando cada palabra que decía como una maldición—. Y tú, maldito bastardo, que sea la última vez que te veo con los míos, ¿entiendes? No quiero problemas ni peleas.

La comitiva emprendió la marcha de nuevo y Carlos se quedó sólo, ni siquiera Junkel le aguardó. Sentía las impetuosas palpitaciones de su corazón que se asemejaban a un primitivo tam-tam clamando el inicio de una guerra que no iba a

conocer ningún tipo de tregua.

A decir verdad, no se quedó solo del todo. La pequeña fiera peluda y azulada le mordía el pantalón. Parecía que estaba furioso y también quería pelear con él.



## Capítulo 6

Aquel día iba a rivalizar en intensidad con los momentos más críticos de su vida. Desde luego superaba a todo lo acontecido desde la salida de Nueva Esperanza. Se habían roto los puentes de entendimiento con uno de los mandamases de la base. No era cualquier tontería.

Por otro lado tenía a Safir, con tal nombre decidió bautizar al juguetero cachorro. Su adopción no había sido cosa fácil. Se planteó abandonarlo a su suerte en mitad de la selva. Ya había hecho bastante por él salvándole la vida. Ese mérito incluía como premio adicional haberse granjeado la enemistad de una parte considerable de la base; nada más ni nada menos que el cuerpo de ingenieros, con Cignus a la cabeza. Su sobresaliente idea de congeniar con ese gremio a toda costa, tragándose su orgullo y su propia forma de ser, no había acabado precisamente como había imaginado. Lo único que podía decir a su favor es que se había arrancado una espina que tenía atravesada desde el primer día, cuando Cignus le prohibió desembalar su motonave, con la consabida humillación que desde entonces venía arrastrando. Al menos dudaba que volvieran a referirse a él como «el crío».

Una vez se quedó sólo con el animal en la selva, la idea de abandonarlo no le resultaba agradable. El cachorro se había empeñado en no perderle de vista, y había desarrollado una especial amistad con la pernera de su pantalón. Además no discurrió mucho tiempo sin que la contemplación de aquellos ojos saltones que le miraban de par en par y los mohines de su hocico corto le hicieran sentir afecto. ¡Era una criatura adorable! De hecho no tardó en ponerle nombre, y en honor de su pelaje azulado le llamó Safir, derivado de la safirita, un mineral que en una de sus cristalizaciones tiene ese mismo color. Así que tras no demasiado tiempo en compañía del cachorro, Carlos acabó por decidirse a adoptar a Safir como mascota.

Sin embargo, una vez tomó la resolución, a medida que se adentraba la noche y recortaba la distancia que los separaba de la base, empezó a valorar las consecuencias que la presencia de su nuevo amigo podría desencadenar.

Lo que más le agradaba de la compañía del azulado y peludo cachorro es que después de tanta soledad sufrida en los últimos meses, encontraba un ser que parecía incalmable en cuanto a cariño y caricias, y que además le hacía reír. Por si fuera poco demostraba inteligencia, a tenor de las miradas que le dirigía, como de incredulidad y sorpresa, o enfado, o ternura... Cuando se encaraba con sus ojos verdes y se reía, el cachorro enarcaba sus cejas asombrado por los sonidos que brotaban de la boca de Carlos.

Pero sabía que tendría problemas. De entrada el cuerpo de ingenieros, vistos los antecedentes, se opondría tan drásticamente a esa adopción como a cualquier otra iniciativa, sugerencia o propuesta de surgiese de su persona. Se alegraría que era una criatura probablemente carnívora y un peligro para todos. La respuesta a esto parecía sencilla; el animal era un simple cachorro que iba a morir si se le abandonaba a su

suerte. Pero Carlos comprendía que la defensa del animal no dependería del argumento más convincente o razonable. La clave estribaba en que Safir se ganara el cariño de la mayoría de los científicos de la base. A medida que se serenaba comprendía que no podía volver a meter la pata como lo había hecho en su día cuando decidió embarcar la motonave. Esta vez pondría todos sus sentidos en lograr sus propósitos, hasta el final.

Para ello elaboró cuidadosamente su estrategia. Recordaba que muchos de los científicos, a fin de cuentas el cuerpo director de la expedición, tenían una sensibilidad muy diferente a la de los ingenieros. De entrada muchos eran defensores activos de Edurn Kaobhi, una ideología que pretendía reducir al mínimo los impactos de la actividad humana en los planetas colonizables, y había ganado auge precisamente por las atrocidades que se estaban cometiendo en muchos mundos en proceso de readaptación al hombre. El nombre de esta asociación derivaba de un planeta colonizado que había sido saqueado sin escrúpulos durante dos siglos hasta dejarlo tan contaminado que los asentamientos humanos se abandonaron finalmente. La nueva ideología surgida en respuesta a aquella calamidad había ganado adeptos rápidamente y esto se había traducido en la aprobación de una serie de protocolos de colonización que por supuesto estaban incluidos en la misión a Omoria. La cacería que había presenciado aquella misma mañana vulneraba más de una de las directrices principales de la declaración de principios.

También debería hallar un enfoque científico a la compañía del animal, como por ejemplo elaborar un estudio sobre la fauna animal, cadenas alimenticias, etc... del cual Safir formaría parte como elemento objetivo de estudio. Ésta era una de las cosas que había observado y aprendido. Por ejemplo, Cignus no llamaba a sus expediciones partidas de caza, sino «labores de reconocimiento», y sus premisas rezaban que se emprenderían exclusivamente durante su tiempo libre y como complemento formativo de la estancia en Omoria. Se suponía que documentaba el entorno de la base, el ecosistema, y aunque era una actividad al margen por completo de la misión principal, dado su carácter científico y el hecho de tener siempre claro que era secundaria, había contado con el visto bueno del Consejo científico. Todo se había expresado convenientemente con una verborrea técnica muy apropiada que enmascaraba el esparcimiento más lúdico y salvaje.

A su pesar había comprendido demasiado tarde lo estúpido y autosuficiente que había sido en el frustrado incidente de la motonave. Si hubiera planeado la operación con mucha más perspicacia, podría haber insistido incluso antes de salir de Nueva Esperanza en la necesidad de un equipo de exploración y reconocimiento en el planeta, de la que él podría ser el responsable dados sus antecedentes y preparación. Incluso podría haber añadido algo del mundo de la geología a ese argumento, como realizar estudios mineralógicos por la faz de Omoria I. Pero había estado demasiado pendiente de hundirse en su desesperación particular por abandonar el mundo de las carreras y había dejado que su ingenio y sus recursos se apagasen como una vela

agotada. Cuán fácil le parecía ahora que habría podido pasar por encima de Cignus sin que éste no pudiera ni rechistar.

Pero el incidente de la motonave había desdibujado cualquier posible recomposición del argumento. Figuraba ahora como el niño caprichoso e inadaptado de la base que no tenía ocupación conocida. El aparecer con un cachorro, sin más, sería interpretado como un nuevo antojo pasajero. Se daba cuenta que lavar esa imagen sería costoso.

Así que cuando llegó a la base tomó al cachorro, lo envolvió en la chaqueta y se dirigió, aprovechando las zonas más oscuras de la explanada, directamente a su barracón. En tanto barruntaba las líneas maestras de su plan y se afanaba en que los afilados dientes de Safir no le hicieran rasguños demasiado profundos.

A la mañana siguiente tras agenciarse un buen tazón de leche y algo de alimento variado y proporcionárselo a Safir, salió en busca de Ballack.

Ballack era un jefe de equipo, es decir una de las personas de cierta influencia que asistía al Consejo científico. Por otro lado había sido testigo en un par de ocasiones de las diatribas que soltaba en contra de la colonización descontrolada y los desmanes que se cometían en planetas con ecosistemas propios que eran brutalmente diezmados y reconvertidos en pocas décadas. Vistos esos antecedentes, Carlos pensaba que podría ser su mejor valedor en el Consejo, ya que su padre no iba a ser muy proclive a defenderlo.

No le costó mucho localizar al científico. El módulo que dirigía era el de los radiotelescopios; hacían un seguimiento de los satélites lanzados al espacio, así como las comunicaciones con los mismos. Cuando Carlos entró en el módulo reinaba el caos propio de cualquier laboratorio de investigación que trabaja contrarreloj, cuenta con menos personal del mínimo imprescindible, y en el que las cosas no dejar de ir mal sin parar. Varios hombres y mujeres permanecían con la mirada fija en sus respectivas pantallas de ordenador, algunos hablando consigo mismos, ensimismados, y tecleando sin parar. Las impresoras zumbaban arrojando informes, se oían teléfonos sonando y otros equipos de comunicación que emitían pitidos intermitentemente se sumaban a la cacofonía de ruidos y sonidos. Además un grupo de científicos parecía tener un pequeño cónclave en el centro del laboratorio también en torno a una gran pantalla. Debatían acaloradamente sobre un procedimiento a seguir y, fueran cuales fueran las alternativas posibles, parecía que una decisión errónea llevaría la misión al traste. Pero no era el único debate acalorado. Otro corrillo de personas de bata blanca discutían en una esquina del laboratorio de forma perfectamente audible sobre cuestiones que por muy bizantinas que pudieran ser, la vehemencia de expresiones y miradas las convertía igualmente en transcendentales. En suma, las voces y los equipos informáticos llenaban el aire de sonidos dispares y caóticos que a Carlos le recordó la idiosincrasia característica de un taller de motonaves unos segundos antes de estallar la carrera.

Pero a él lo que le importaba era localizar a Ballack y en cuanto lo distinguió

entre las cabezas y monitores de ordenador hacia él se dirigió. Se encontraba en su despacho, a salvo del bullicio por unas paredes acristaladas, y conversaba apaciblemente con una mujer joven, al margen del frenesí de las discusiones del laboratorio. Su sosiego era síntoma de que la vorágine del exterior no era digna de tenerse en cuenta, sino tan sólo el ambiente de trabajo cotidiano.

Cuando Carlos se aproximó lo suficiente, Ballack le reconoció y enarcó las cejas un tanto intrigado por su presencia allí. Le indicó con un gesto que pasara a su despacho.

Ballack era un hombre de algo más de cuarenta, de piel atezada y bigote espeso. Su pelo era rizado pero lo llevaba rapado al uno. Musculoso y atlético, de casi dos metros de altura, su complexión y su mirada firme le dotaban de un aspecto intimidatorio. Por el contrario la mujer que se encontraba con él era menuda, de pelo castaño y rostro agradable, un tanto pálido. Carlos la catalogó instintivamente como atractiva y digna de tener en cuenta, y le dirigió una breve y cordial sonrisa antes de encararse con el jefe de equipo.

—Buenos días —saludó Carlos—. No sé si tendría un minuto para atenderme a solas.

—Adelante, no te preocupes por Iliana, es mi mano derecha aquí. —Invitó a hablar Ballack.

Carlos acudió al discurso que había meditado concienzudamente.

—Bien, se trata de que básicamente le he oído hablar alguna que otra vez de la necesidad de preservar los ecosistemas nativos de los planetas colonizables. Dado que no tengo una ocupación científica clara, y que ayer participé en una expedición que organizó el señor Cignus, se me ha despertado la curiosidad por la fauna local. Me preguntaba si usted avalaría mi petición ante el Consejo para desarrollar mi estudio, contar con algunos medios, etc...

Ballack le miró fijamente durante unos segundos y después intercambió una mirada con Iliana. Su rostro inescrutable dejó escapar una sonrisa que podía expresar muchas cosas, menos satisfacción.

—Bien muchacho, ya sé yo bien en qué consisten esas expediciones del Cignus y su hatajo de patanes, y te diré que me pareció muy bien que le propinaras una paliza al mentecato de Irigor... pero me desconcierta tu repentino interés por la fauna local... sobre todo teniendo en cuenta que no tienes formación en la materia según tengo entendido. Tu padre me ha comentado que eres geoplanetólogo, cuestión que tiene que ver bien poco con lo que me planteas.

Carlos no estaba demasiado sorprendido de que Ballack estuviera al tanto de todo. Visto el gran número de testigos del incidente y la gravedad del mismo, era posible que ya se hubiera corrido la voz desde el mismo momento en que Irigor se dejara caer por la enfermería para recibir una cura. Carlos decidió contar su versión abreviada dudando de cuál pudiera ser la que estuviera despachando la facción enemiga.

—En fin, la verdad es que el enfrentamiento con Irigor estuvo motivado porque

tras matar a la madre de un animal hermoso, y yo diría que hasta inteligente, iba a proceder a asesinar a su cachorro... Me pareció un acto cruel e innecesario. Ahora me gustaría cuidar del animal hasta que pueda valerse por sí mismo. Podría enfocar este cuidado desde el punto de vista más académico posible.

—Hummm... —Ballack se quedó pensativo— veré lo que puedo hacer, pero... es posible que si te hago el favor, te necesite para algo... y no quiero que me falles muchacho. Me parece bien que cuides de ese cachorro mientras no sea peligroso para nadie, pero aún así tendrá que llevarse el asunto al Consejo.

—No le fallaré señor.

—Bien, esto es todo. Si me permites tengo que proseguir. El trabajo se me acumula.

Carlos ya estaba saliendo por la puerta cuando Ballack le llamó de nuevo.

—Y sobre ese estudio tuyo sobre la vida animal... no hace falta que te lo tomes muy a pecho, podría ser más interesante el que aproveches tu especialidad, ¿vale?

—Entendido señor.

Carlos salió del despacho satisfecho. Aunque sus argumentos no habían funcionado del modo que esperaba, al menos había logrado el mínimo propuesto. Ya se encaminaba de nuevo hacía su habitación cuando una voz le llamó por su nombre. Era Iliana que venía corriendo tras de él.

—Hola —saludó sonriente.

—Hola de nuevo.

—¿Puedo verlo?

Carlos le miró sin entender.

—El cachorro.

—Ah claro, por supuesto, acompáñame. De momento lo tengo en mi habitación.

Safir no se había aburrido durante su corta ausencia. Como buen cachorro se había dedicado a curiosear todo cuanto estaba a su alcance, pero después de haber metido las patas en el cazo de leche y haber dejado su impronta por toda la habitación. En ese momento Safir estaba mordisqueando una camiseta de Carlos que parecía era de su agrado, pero no era lo único que había probado con sus afilados dientecitos.

Carlos gruñó desconcertado, y Safir pareció responderle con otro gruñido desafiante. Iliana soltó una sonora carcajada al ver el desbarajuste y la pequeña bola azul mirar retadoramente al que iba a ser su amo.

—Ven aquí pequeño torbellino revoltoso. ¿Le has puesto nombre?

—Safir es su nombre.

—Mira que nombre tan bonito te han puesto.

Iliana se sentó en el suelo junto al cachorro y este inmediatamente le prodigó toda su atención. Saltó sobre ella patosamente, le lamió las mejillas y le mordisqueó las manos. Tironeó su bata blanca y se dejó acariciar como un peluche panza arriba

apretando sus peludos párpados de puro gusto.

—Es la cosa más simpática que he visto nunca —sentenció—. Me encantan los animales, y diría que este va a ser un animal fuerte... y grande.

—Te aseguro que la madre lo era. Cuando crezca... no creo que se pueda quedar. No parece que vaya a ser un animal doméstico, ¿verdad?

—Claro que será un animal doméstico, ¿verdad Safir? ¿Te vas a portar bien y no te vas a comer a tu amo?

—Si me quiere comer se tendrá que poner a la cola —comentó Carlos irónico.

Iliana se rió con ganas.

—¿Y eso?

—Visto como van las cosas con Cignus y con sus hombres me parece que me he granjeado demasiados enemigos.

—Bueno, todo depende de cómo se mire.

—¿Qué quieres decir?

—Ayer nos contaron en el barracón la pelea que tuviste. Te diré que mucha gente aquí no soporta a Cignus y en especial a ese lugarteniente suyo de cara marcada.

—Irigor.

—Ése mismo. ¿Sabes que incluso dentro del equipo de ingenieros mucha gente lo está pasando mal por culpa de ese individuo? Así que cuando se contó el incidente del puñetazo que le propinaste... ¿es cierto que salió volando por el aire? No pensé que fueras tan fuerte.

—Bueno, no sé yo...

—Muchos no nos creíamos la historia porque nos dijeron que fuiste tú el que le atizó al matón. No te habíamos tomado por alguien así.

—Entiendo, entiendo... —Carlos se hacía una idea del aspecto lastimoso que había causado desde el primer día que se embarcó en el Galileo y que habían culminado semanas atrás con la humillación de Cignus primero, y después de su padre.

—Así que ahora soy una especie de superhéroe o algo así —concluyó con sonrisa ingenua.

Iliana rió.

—Más o menos.

Carlos se sintió mejor. Después de todo no había salido tan mal la jornada pasada. Bien mirado, podría hasta servir para intentar retomar la relación con Yamia. Ya no era un don nadie sin ocupación. Incluso la propia presencia de Safir podría ser un acicate para ganar su atención. La prueba era Iliana, que no había podido resistirse a jugar con el cachorro.

—¿Es cierto que eres geoplanetólogo? Deberías hacer caso a lo que te dice Ballack. Parece que es una buena oportunidad. Generalmente los de vuestra especialidad no suelen contar con fondos para llegar a mundos inexplorados, así que muchos de tus colegas estarían envidiosos de ti ahora mismo.

Carlos encogió los hombros a modo de respuesta.

—La verdad es que estoy sin ocupación. Aunque estoy echando una mano a los operarios de mantenimiento, en fin, no parece que sea una labor demasiado interesante y después del capítulo con Irigor, no creo que la compañía de los ingenieros vaya a ser algo que me convenga frecuentar. Llevo días pensando en que a fin de cuentas la geología es lo mío. Me parece que cualquier ocupación va a ser buena, teniendo en cuenta que nos quedan años por delante. Y por cierto, cada vez que oigo hablar sobre el Proyecto es para escuchar que se acumulan los retrasos. ¿Qué pasa con los experimentos y observaciones? Parece que algo está saliendo mal... cualquiera diría que no se planificó la misión y se está improvisando sobre la marcha. Llevo oyendo a mi padre hablar de este viaje desde que era un crío. Me resulta sorprendente.

Iliana levantó los hombros con resignación.

—Parece una contradicción pero es así. Todo se había planificado escrupulosamente... pero todo nos está saliendo terriblemente mal. Como sabes toda nuestra tecnología de transporte se basa en los gravitones, desde una nave espacial a... tu motonave —dijo enarcando las cejas, divertida de su ocurrencia—. Lo que sucede a escala interplanetaria es que se requiere cantidades enormes de esta partícula para realizar los viajes interestelares, por ello se utilizan los corredores o corrientes de gravitones existentes en el espacio. Sin embargo nadie ha localizado estas corrientes de gravitones saliendo de la Vía Láctea en dirección a otras galaxias... lo cual nos abriría las puertas a infinitos mundos más... y así seguir explorando el Universo. —Iliana hizo una mueca arrugando la nariz—. Pero por lo que se ve llevamos camino de quedarnos con las ganas.

—Cuéntame qué pasa.

—Básicamente nuestros cálculos de órbitas para los satélites están fallando. Tenemos que recalibrarlos una y otra vez, porque la orbita de Omoria I es circular, casi... pero sufre anomalías de forma inesperada. Otro tanto podemos decir de nuestros satélites. Este es un sistema solar increíblemente sencillo, un sol y un planeta... y nada que aparentemente pueda distorsionar sus orbitas. Pero no es así.

—¿Y entonces?

—Deberíamos rastrear el cielo en busca de algo... pero no hemos venido con instrumental apropiado. Nuestro equipo no está pensado para ello. Creo que el Consejo ha solicitado más equipo a Grandam, pero la respuesta previsible será negativa. Esta ya era una misión costosa como para que encima el presupuesto se dispare con un nuevo transporte hasta aquí.

—Entiendo.

—Así están las cosas. Por eso llevamos ya bastante retraso sobre lo previsto. Los satélites que lanzamos servirán para que una vez dispersos por todo el sistema solar, actúen como una enorme lente telescópica capaz de observar la Vía Láctea al completo y detectar las corrientes que buscamos, en especial las que partan más allá

de nuestra galaxia.

Safir gruñía complacido entre las manos de Iliana, pero cuando captaba que las caricias que recibía se hacían demasiado mecánicas estiraba las patas y reclamaba una mayor atención.

—Esta criaturita te va a ocupar bastante de tu tiempo. Es una lástima que no saques adelante alguna de esas iniciativas que comentabas... aunque yo que tú me centraría en la geología. Podrías aprovechar esta larga estancia aquí para estudiar a fondo Omoria I. Vete a saber, quizás descubras algo y puedas publicarlo. Es una buena ocasión.

—No había pensado nunca en publicar nada, la verdad.

—En fin, es lo que hacen todos los científicos que quieren ser reconocidos. Hasta que no publicas, no eres nadie. Una vez que tienes eso, las puertas se empiezan abrir porque nadie se atreve a decirte que no. Es una regla de oro que en nuestro mundillo no hay que olvidar.

—Vaya, lo tendré en cuenta.

—Así que ya sabes, si pillas algo interesante en Omoria tal vez puedas seguir sorprendiéndonos a todos... sin necesidad de tener que dar más palizas a nadie.

Ambos se rieron.

—Sí, quizás sin saberlo estar aquí me venga bien para mi futuro profesional después de todo —dijo Carlos más en serio—. Es una cosa que mi padre me ha insistido mucho, pero nunca le he hecho demasiado caso, por no decir que ninguno. Aunque a fin de cuentas sí le hice caso al acompañarlo en este viaje a Omoria con todos los gastos pagados.

—Tú le hiciste caso al igual que todos los que estamos aquí embarcados. Tu padre ha tenido mucha suerte por la guerra.

—¿A qué te refieres?

—Muy sencillo. ¿Cuánta gente de la que está aquí crees que se habría apuntado a una misión de tantos años de duración lejos de la civilización si no fuera por la guerra? No sólo es la cuestión del reclutamiento, sino el hecho de que cada vez los ataques a la población civil son más indiscriminados... ya sabes que se rumoreaba que ni siquiera Nueva Esperanza sería un lugar seguro en el futuro. Esta expedición me parece fascinante a mí misma, pero si no hubiera sido por la guerra, por un reclutamiento inminente... ¡vete a saber! A lo mejor ni siquiera estaría aquí.

—Ya, ya... te entiendo —Carlos bajo la cabeza un tanto abatido. Bien sabía él lo que era huir del combate—. Sí, visto de ese modo, las circunstancias le han ayudado.

—En fin. No ha estado mal esta primera cita Safirin. Me has dejado las manos hechas puré con esos dientes tuyos que parecen cuchillas. A ver si tu amo te enseña mejores modales para la próxima vez. Ahora me temo que ésta que está aquí se vuelve al trabajo, a ver cómo van esos satélites a la deriva.

—No estropees ninguno ¿eh?

Iliana sonrió y se fue rauda, dejando a Carlos con el jugueteón Safir. Sin embargo



muchas ideas empezaban a rondar por su cabeza, y aunque no paraba de atender al cachorro, las novedades que le había dado Iliana le habían hecho replantearse toda su situación en la base. Lo que más le intrigaba era conocer con que ojos le miraría Yamia en adelante después de su recién adquirido prestigio de héroe justiciero y qué podría hacer para ganársela definitivamente.

## Capítulo 7

Tal y como Carlos se había imaginado, la vista ante el Consejo por la pelea con Irigor se demoraba. Había varios factores que influían en ello. El primero era la falta de preparación y psicología del consejo científico para abordar un problema de esa índole. Resolver el posible castigo a una persona por un altercado parecía una cuestión para la que las mentes académicas y cuadrículadas de los consejeros no estaban preparadas. Además, resultaba doblemente difícil decidir el castigo, si es que se imponía, sobre todo en lo que a Carlos podría concernirle. Imponer una pena de reclusión parecía ridículo o excesivo, y no le podían suspender de empleo o sueldo, o imponer una multa, pagadera dentro de tres o cuatro años más o menos, cuando regresaran. Si a esta difusa percepción del problema se añadía que era el hijo del doctor Kerk, líder de la expedición, más embarazoso resultaba arrojar la primera piedra o a lo menos secundar las airadas reclamaciones de Cignus. Por si fuera poco, dentro del Consejo había personas, cuyo mejor exponente era Ballack, que estaban muy interesados en resolver el conflicto en función de sus propias convicciones. Carlos sospechaba por las breves pero descriptivos epítetos con los que el astrónomo había descrito a Cignus y los suyos, que el hombretón los tenía entre ceja y ceja y seguramente intentase aprovechar la resolución del consejo para prohibir definitivamente cualquier tipo de expedición armada de Cignus y su gente.

Pero por otro lado Cignus no se había quedado de brazos cruzados. La afrenta a Irigor se la había tomado como una cuestión personal, pues percibía que estaba en juego su autoridad. Su forma de gobernar el equipo de ingenieros era despótica, y si bien los capataces disfrutaban de una enorme cantidad de tiempo libre, no sucedía así con el resto de la plantilla, que era la mayoría. Pero ese reparto de trabajo estaba basado en la jerarquía impuesta y en el respeto a la autoridad que emanaba de él. La afrenta a su mano derecha, Irigor, podría interpretarse como una debilidad, y si quedaba sin castigo parecería que el consejo científico no tendría por qué respaldar al ingeniero jefe. Se podrían abrir las puertas a otras reclamaciones y que básicamente sus subordinados eludiesen la cadena de mando. Aunque parecía algo trivial, Cignus no quería dar pie a que ninguno de sus hombres se le subiera a las barbas, ni muchísimo menos aquel mocoso que no tenía donde caerse muerto, por muy hijo del jefe que fuera. Se había desatado una guerra y, ante el equilibrio existente, se había producido una demora indefinida por parte del consejo, confiados equivocadamente en que el tiempo amortiguaría la magnitud del problema.

Pero el tiempo ni había hecho desistir a Cignus en sus reclamaciones, ni a Ballack de sus tesis.

Los días pasaron tranquilos para Carlos, que cada día se hacía más popular gracias a la presencia de Safir. Se había convertido en la mascota de la base y prácticamente todo el personal aprovechaba sus momentos de descanso para jugar con él. Era un animal exótico, inteligente y divertido, y una ocasión perfecta para

relacionarse con más gente de otros equipos. Se estaba dando la circunstancia que el agobio del trabajo estaba llevando a que cada grupo estuviera encerrado con sus propios problemas. El cachorro representaba una ocasión perfecta para salir al sol de media mañana y charlar con los compañeros.

De esta manera Carlos fue conociendo mejor que nunca las distintas divisiones científicas, sus disciplinas y problemas y más o menos qué papel jugaba cada uno dentro de la base.

Él a su vez también se dio a conocer, lo cual le llevó a la tesitura de explicar su presencia allí de una forma más satisfactoria de lo que había hecho hasta la fecha. Todavía recordaba el rostro decepcionado de Yamia cuando le dijo que no tenía ninguna tarea asignada durante su estancia en Omoria I. Ahora, sin embargo, el argumento del doctorado en geología le resultaba grato y reconfortante y a todo el mundo le parecía una excelente idea. Y aunque no se había tomado aún muy en serio la idea, creó el convencimiento general de que en breve plazo iniciaría las labores de investigación de campo y que esperaba publicar sus resultados en revistas de investigación de primer orden.

Cuando la gente le interrogaba por el contenido de sus investigaciones y de cómo podía estar tan seguro de sus aseveraciones acerca de publicar su doctorado, él alegaba que numerosas anomalías geológicas que había detectado ponían en tela de juicio las vigentes teorías sobre los planetesimales y la formación de mundos. Lógicamente la única anomalía que se le venía a la cabeza era el fragmento de olivino que Yamia había encontrado por casualidad, pero las palabras «numerosas anomalías» estaban muy de moda en la base en vista de los problemas con los satélites y órbitas del sistema solar, por lo que parecía muy razonable que también hubiera anomalías de índole geológica, y todo el mundo asentía interesado y convencido que tenía realmente algo importante entre manos.

Carlos fue sintiéndose más cómodo a partir de esos días, dado que su prestigio y popularidad habían crecido, y hasta había creado cierta expectación con su incipiente estudio geológico. Además había involucrado a todo el mundo en el cuidado de Safir, con lo cual ni siquiera le representaba una carga, todos querían ayudar. Incluso con el problema inicial de hallar una dieta ideal para el joven animal, ya que la leche y la comida que le proporcionaba Carlos no le sentaban bien. Nadie se quedó sin participar de alguna manera en detectar los alimentos que mejor pudieran convenirle, y así, a base de probar todo tipo de combinaciones, el cocinero dio con una mezcla de carne molida que el animal devoraba rápido como un bólido.

Una de las satisfacciones principales de Carlos es que intuía que había tomado el pulso a la base científica. Su desorientación inicial y su incapacidad de desarrollar su personalidad habían encontrado definitivamente su válvula de escape. A fin de cuentas no tenía mucho de diferente del mundo de las carreras. Sentirse seguro de sí mismo, bravuconear un poco con unos faroles, y dispensar sonrisas y afecto a todos, en especial a las chicas. El truco era trastocar una serie de términos y expresiones.

Ahora el tema de conversación no eran las carreras sino la geología, la línea de meta se llamaba doctorado, y la posición de salida en cabeza se lograba con una simple publicación. Fácil.

De nuevo volvía a ser popular y se sentía terriblemente cómodo siéndolo. Recuperada esa fortaleza moral decidió iniciar de nuevo su peculiar abordaje por la conquista de Yamia. Empezaría a sentirse realmente bien si pudiera tener una compañera de cama de vez en cuando, y quién sabía si algo más.

Desde que Safir había irrumpido en la base, Yamia había sucumbido a los encantos del animal y de nuevo Carlos pudo disfrutar de su compañía, aunque fuera en presencia de más gente. Sin embargo no pasó mucho tiempo hasta que Carlos se aventurase a sugerir una cita más íntima. Así quedaron una noche en que Carlos pasaba a buscarla a su habitación para ir a cenar a un lugar especial.

Y este enclave idóneo no era otro que la cubierta de uno de los barracones de instalaciones científicas. Carlos había ayudado a Junkel en una ocasión a repasar el cableado de la cubierta para localizar una avería. Mientras ayudaba al técnico, Carlos se percató de que las vistas desde lo alto resultaban espectaculares, incluso estando dentro de la base. El lugar era recogido, al margen de miradas indiscretas, un sitio ideal para citas. Por si fuera poco últimamente varios generadores habían sufrido problemas, por lo que las instalaciones lumínicas del exterior estaban al cincuenta por ciento, y eso hacía que los potentes focos que alumbraban la noche con una intensidad similar a la del sol diurno, tuvieran en el área en el que se situaban una intensidad más acorde con las necesidades románticas de Carlos.

Una vez subieron a la cubierta, Yamia se encontró con la sorpresa de un mantel, una botella de vino, y unos esplendorosos canapés dispuestos bajo plásticos transparentes que Carlos se apresuró a destapar para mejorar su aspecto. Nudel, el cocinero, con el cual mantenía ahora una excelente relación debido a que era uno de los fans de Safir más devotos, había contribuido de forma ostensible en la confección de la frugal cena. Carlos había insistido especialmente en que quería exquisiteces, no un banquete que les dejara exhaustos.

—¿Qué te parece Yamia? —inquirió con una sonrisa pletórica—. ¡Esto si que es disfrutar de nuestra estancia en Omoria!

Yamia rió encantada.

—Vaya Carlos, eres una caja de sorpresas. La verdad es que si no fuera por ti, este lugar sería bastante aburrido.

—Debería cobrar un sueldo por entretener al personal.

—Y que lo digas —Yamia probó uno de los bocados y gimió de gusto—. Dios mío Carlos, ¿has preparado tú esto?

—Digamos que Nudel me sugirió unas recetas... es un hombre magnífico y con mucha paciencia. Yo hice lo que me decía... la verdad es que es un artista, pero claro, tiene que cocinar para doscientos cincuenta y ahí no se puede esmerar.

—Pues te iba a recomendar que dejaras la geología y te metieras en la cocina. Es

delicioso... vamos a repetir esto más a menudo.

Carlos se sonrió confiado. Todo iba a pedir de boca, nunca mejor dicho.

Sirvió una copa de tinto y brindaron.

—Por el éxito de la misión —deseó Yamia.

—Por el éxito y porque no haya más retrasos —añadió Carlos.

—Sobre todo por eso.

Ambos bebieron la copa de un trago.

—Sobre todo por los retrasos... que van de mal en peor —comentó Yamia con cara de circunstancias.

—Ya me han contado lo de los satélites y las órbitas, —aunque no tenía muchas ganas de sacar este tema a colación se animó pensando que tenían toda la noche por delante.

—Sí, pero lo que no te han contado es lo de las lanzaderas.

—¿Hay problemas con ellas?

—Parece que Cignus se niega a que sigan siendo utilizadas. Dice que los motores están hechos polvo y necesitan una revisión general.

—¡Vaya!

Era evidente que Cignus había echado un pulso al Consejo. Si no se salía con la suya en relación al castigo que quería imponerle y la expulsión de Safir de la base, seguramente el pretexto de la revisión no sería más que el aperitivo de una serie de demoras y sabotajes. El jefe de ingenieros parece que iba a aplicar todo su poder en su contra. Pero recuperada la autoestima y buen humor no iba a dejar que una preocupación ensombreciese la noche. No era cuestión de echar a perder su recién recuperado carácter jovial por una cuestión que necesariamente tendría que esperar a la mañana siguiente.

—En fin... ya verás como todo se arregla fácilmente. Si algo se aprende en esta vida es que toda solución llega a su tiempo. Créeme —explicó Carlos confiado.

—Vaya, que maduro te has vuelto. Entre esto y el doctorado ese que vas a hacer no hay quien te reconozca —Yamia le miraba con complacencia. Intuía que ella tenía mucho que ver en esa incipiente carrera.

—Sí, la verdad es que todo esto me pilló a contrapié, pero después de meditar seriamente... Tuve muy en cuenta lo que me dijiste aquel día que encontraste el olivino.

—Es verdad, había olvidado mi faceta de geóloga profesional. Es posible que se me diera mejor que la astrofísica, a tenor de cómo salen las cosas.

—Todavía estás a tiempo de cambiar de especialidad. Yo necesito una ayudante y ofrezco buenas condiciones salariales.

—¿Y es cierto eso que dicen que has encontrado un montón de anomalías en Omoria?

—Desde que encontraste el mineral empecé a tomarme más en serio el asunto... y ya estoy casi decidido a emprender una expedición de varios meses en solitario. Una

misión para estudiar la geología del planeta. Es posible que sea algo peligrosa, pero el progreso y la ciencia a veces exigen estos riesgos, y más en lo que respecta a disciplinas como la mía... Seguramente en un par de semanas parta y no me verás más el pelo durante unos meses. A saber lo que me espera ahí fuera.

Parecía tan fácil. Impresionar a una chica, pero en vez de hablando de velocidad punta, frenadas y derrapes imposibles con su motonave, había que dejar que la imaginación volara, libre para elucubrar acerca de la geología en mundos inexplorados, rememorando los tiempos primigenios del hombre cuando descubría nuevas fronteras simplemente cruzando un río en bote, sin saber qué clase de peligros habría más allá. Su voz se volvía cálida y su mirada interesante. Los ojos de Yamia permanecían cautivados... por la Vía Láctea.

—¿Qué miras Yamia? —Carlos sentía que se le había escapado una cometa entre las manos.

—¡Oh, perdona Carlos!... estaba ensimismada... es que este lugar que has elegido está tan bien. Miro este cielo y me siento sin aliento. Nuestra galaxia... es impresionante... y más allá... pensar que todos esos puntos tenues son otras galaxias... solo tener la posibilidad de viajar hasta allí me da vértigo. Y algún día quizás lo logremos.

Vértigo es lo que empezaba a sentir Carlos al ver la silueta de Yamia recortada contra las luces de la base. Su talle fino y delicado, que un jersey ceñía discretamente... su pecho seductor, que oscilaba levemente con cada respiración... su cuello erguido tierno y sensual... El rostro levantado hacia el cielo y la mirada perdida en el espacio realzaba más la belleza de sus rasgos. Carlos intentaba apartar la mirada de ella, pero se sentía incapaz. De nuevo empezaba a sentir que rompía todos los cánones. ¡Ninguno de sus argumentos parecía funcionar!

Yamia volvió a la realidad y su mirada se cruzó con la de Carlos que la admiraba hipnotizado. Sonrió al comprender el atontamiento de Carlos a qué obedecía.

—Carlos, he de decirte que me lo he pasado muy bien... pero creo que no eres mi tipo. No sabes por qué estoy aquí ni sabes cuáles son mis ambiciones, pero eres un sol. Espero que me invites a otra cena igual más adelante.

Y dicho esto le dio un beso en la boca que dejó a Carlos electrificado.

Cinco minutos más tarde comprendió que se encontraba sólo en la azotea, mirando fijamente un último canapé solitario que había quedado sin comerse. Cuando recuperó la sangre fría se sentía eufórico por el beso, pero absolutamente desconcertado por las palabras de despedida. Sin embargo un rato más tarde, cuando se metía entre las sábanas, después de haber despertado a Safir y jugado un rato con él, sintió que recuperaba la confianza de nuevo. Ninguna chica se le había resistido nunca, al menos que él recordara, y Yamia no iba a ser la primera ahora.

Durmió intranquilo, recordando las palabras de Yamia entre sus sueños agitados. Las escenas de la noche se mezclaban arbitrariamente en un sueño de duermevela, tan

pronto se sumía en un sentimiento de amargura como en otro de esperanza, sin que el reposo sirviera para descansar sino más bien para sumirlo en una reflexión febril que abarcaba, entre otras cosas, sus planes para el día que se iniciaba.

La ausencia de un sueño conciliador favoreció que se incorporase una hora antes del alba, mucho antes de lo que tenía acostumbrado. El envite planteado con Cignus era una de las prioridades. No quería volver a perder una partida con ese hombre. La somnolencia y el cansancio se los quitó de encima en buena parte con una ducha fría.

Una vez vestido y con Safir bien desayunado, lo dejó suelto en la explanada de la base. El cachorro era curioso por naturaleza y se lo pasaba en grande persiguiendo toda clase de insectos y pequeña fauna local que, de alguna manera, era capaz de sortear la alambrada electrificada y colarse en el interior del recinto. Además, en poco tiempo, cuando la gente empezara a levantarse, tendría compañeros de juego por doquier.

La mayoría de la base aún dormía, por lo que fue caminando por los pasillos que conducían a los dormitorios de los científicos lo más discretamente posible. Al fin encontró la puerta que estaba buscando y llamó tímidamente. Como no obtuvo respuesta llamó de nuevo de forma más intensa e insistente.

Se oyó farfullar en el interior una voz femenina y ronca.

Al cabo de un minuto el rostro adormecido de Iliana se entrevió por el intersticio de la puerta discretamente entornada. Cuando vio a Carlos se mostró sorprendida.

—¿Ha pasado algo?, ¿me necesitan con urgencia? ¿Qué pasa?

—Tranquila, tranquila... no tienes por qué preocuparte.

—Dios mío, pasa, pasa dentro, ¿qué hora es?... estoy medio dormida... —Se asomó por la ventana y vio que era aún noche cerrada—. ¡Pero si no ha salido el sol todavía!... Espero que sea importante, Carlos.

Iliana y Carlos se habían hecho buenos amigos a raíz de sus habituales encuentros para jugar con Safir, pero era la primera vez que entraba en la habitación de la chica y que la veía en pijama. Un pantaloncito y una blusa corta dejaban ver unas piernas delgadas y morenas y un vientre plano y esbelto.

—Caramba Iliana, te veo en forma... cómo siempre vas con el batín que te queda tan grande de aquí para allá.

—Vaya Carlos, me has despertado para decirme piropos... así da gusto empezar el día. —Se veía que el rostro de Iliana no estaba para alegrías. Como aún hacía fresco se sentó en la cama y se arropó con una manta, así que Carlos se quedó sin las magnificas vistas de las que se había beneficiado y tuvo que ir al grano.

—Verás Iliana, resulta que me he enterado de que hay problemas con las lanzaderas.

—Eso es lo que dice el ingeniero jefe.

—Eso, bien... Veamos... si puedo hablar en confianza contigo... ¿Recuerdas que te he comentado alguna vez que era piloto de carreras, verdad?

—No, ¿en serio?... caramba, ¡qué sorpresa tan magnífica! ¡Quién lo diría! —Rió

con ironía la científica. Carlos aguantó estoicamente el chaparrón. Iliana era de las pocas personas que soportaba de vez en cuando el relato de alguna de sus anécdotas deportivas. Carlos se resistía estoicamente a olvidar su pasado glorioso, y aún así debía dosificar convenientemente la narración de las mismas para no ser tachado de pelmazo.

—Claro. No es que sea un experto ingeniero ni un gran mecánico, pero te aseguro que tengo ciertos conocimientos de motores gravitacionales. Resulta que me gustaría echarle un vistazo a una de las lanzaderas porque tal vez con ayuda de Junkel y algún otro, yo mismo pudiera ocuparme del tema de la colocación de los satélites.

—¡Oh Dios mío!, Carlos, ¿y me has despertado para contarme semejante tontería? ¡Qué barbaridad! ¿Bebiste algo que te ha sentado mal? ¿Tienes fiebre?

—Escucha Iliana, tranquilízate y atiende mis razones. Cignus, como sabes, está muy pendiente de la vista del consejo para que se me imponga un castigo y por supuesto se expulse a Safir fuera de la base, y esta es su forma de presionar al consejo. Si el consejo se rinde, el control de la base y de la misión estará definitivamente en sus manos. Si dentro de un mes dice que las lanzaderas no funcionan porque él se cansa de estar en este planeta, ¿qué hará el consejo? ¿Rendirse y abandonar la misión?

—No, eso no puede ser —murmuró Iliana.

—Y entonces, ¿por qué se han detenido las lanzaderas?

—Revisión de motores... pura rutina. Eso es lo que se ha dicho.

—Sí, esa es la excusa, pero tiene pinta de ser una huelga de brazos caídos en plan represalia. Me gustaría hablarlo con Ballack.

—Si quieres vamos a consultarlo con él. Pero yo no veo esto de forma tan drástica como tú.

—Mira, por la cuenta que me trae estoy dispuesto a realizar dos viajes al día al espacio. ¿Cuántos satélites quedan por colocar?

—Unos cuantos, dos docenas aproximadamente. Habría trabajo para dos meses al ritmo que vamos.

—Yo los pondría en orbita en dos semanas. Se recuperaría parte del retraso.

—Vaya... expuesto así, la idea suena muchísimo mejor.

—Acompáñame a hablar con Ballack. Si me deja un par de técnicos tendré una lanzadera funcionando, mejor que el día que salió del taller de montaje. Hasta me atrevería a realizar un par de mejoras que asegurasen despegues más potentes y una mayor velocidad punta.

Ballack recibió a los jóvenes con desgaire. Parecía que estaba tan despierto como si ya llevara en pie varias horas. Su habitación era más amplia y presentaba un aspecto pulcro, muy diferente de la de Iliana, que era un revoltijo de ropas, libros y papeles.

Cuando Carlos terminó de exponer sus argumentos Iliana esperaba que Ballack



dijera algo parecido a lo que ella le había expuesto, pero su jefe se quedó pensativo unos segundos.

—Lo que dices Carlos es cierto, y además Cignus nos está apretando cada vez más, me temo. Cignus quiere que el consejo se decante a su favor, se te imponga un castigo, en concreto ha solicitado que permanezcas encerrado en la base *sine die*, y que Safir sea sacrificado. Después hay otros detalles que no vienen al caso, pero esto es en lo que te afecta a ti.

—Vaya, no pensé que fuera tan cruel con el cachorrillo —murmuró Carlos. A Iliana le había cambiado la expresión. Le había tomado, como muchos otros de la base, mucho cariño a Safir.

—Ese hombre es un bruto —murmuró.

—Verás Carlos, estoy empeñado en acabar con el dominio déspota que este hombre está empezando a ejercer sobre el Consejo. No sólo son cuestiones relativas a cómo debe desarrollarse la misión, que él está alterando debido a su reparto de trabajo entre el cuerpo técnico, sino que además los oficiales de mayor rango del cuerpo de ingenieros se han convertido en una especie de clan privilegiado que no realizan ningún trabajo físico. Se supone que son los más cualificados y cuando surgen problemas no se les ve el pelo. Muchos equipos están empezando a fallar y el ritmo de reparaciones es muy lento. Esta gente esta fatalmente organizada.

—Yo podría pilotar una de esas lanzaderas sin problemas. He pilotado naves ultrarrápidas y maniobrado dentro y fuera de la atmósfera. Una lanzadera es como el vehículo de prácticas con el que aprendí a pilotar, un transporte lento y maniobrable, ideal para aprendices. En dos semanas, poco más, estarían todos los satélites ahí arriba. Estoy fresco y con ganas de hacer algo útil.

—Planteado así al consejo... —Ballack dudaba todavía.

—Nada de plantearlo al consejo —Carlos sentía que había cogido carrerilla—. A fin de cuentas tu equipo es el responsable del lanzamiento y colocación de los satélites. Podemos empezar ahora mismo. Si pones a Junkel y algún otro bajo mi mando tendré una lanzadera a punto esta misma mañana. Cuando el consejo se de cuenta ya habrá dos satélites más en el espacio y le habrás dejado a Cignus con dos palmos de narices. El parón técnico que quiere imponer será un rumor y no tendrá tiempo ni de ser confirmado.

Ballack era un hombre decidido, acostumbrado a arriesgarse, pero se veía que el enfrentamiento con Cignus no le hacía ninguna gracia. Carlos sabía donde debía apretar.

—Si pretendes quitarle las armas para evitar que sigan con sus masacres no vas a poder evitar chocar con él.

Ballack le miró con el ceño fruncido. Sus ojos ya mostraban decisión. Parecía que efectivamente había dado en la diana. Durante unos segundos Iliana y Carlos guardaron silencio mientras el jefe de equipo clavaba la mirada en un horizonte indefinido, pensativo.

—Muy bien, me has convencido. —El rostro de Ballack mostró una áspera determinación y gravedad cuando cruzó su mirada con la de Carlos—. Eso sí, me gustaría saber en qué piensas. Esa sonrisa que tienes, dadas las circunstancias, no me parece que el asunto sea para estar alegre.

—Ah, nada, simplemente pensaba en los pormenores.

Pero lo cierto es que Carlos pensaba en las derivaciones que tendría todo el jaleo que se avecinaba y cómo afectaría a su porvenir en Omoria. Por supuesto no consideraba posibles represalias de Cignus o conflictos con los ingenieros. Más bien veía acrecentada su popularidad, aclamado por los científicos, que verían en él un salvador de la misión, y en Yamia despidiéndole desde tierra firme con lágrimas en los ojos y cara de admiración. Mientras, él, sereno y valiente, despegaría en una arriesgada misión de la lanzadera rumbo al espacio, ¡quién sabía a qué peligros debería hacer frente!

Lo único malo que tenía su servicio voluntarioso, se dijo Carlos, es que iba a estar tan ocupado que sería difícil volver a repetir la velada con Yamia hasta no sabía cuánto tiempo más adelante.

Poco después, conforme las primeras luces del alba entibiaban la explanada de la base y un fresco rocío se condensaba en la vegetación, varias personas se reunían en el apartado espaciopuerto, bajo una de las lanzaderas.

Ballack había convocado a Junkel, como le pedía Carlos, así como a Mizar, un joven escuálido y albino. Era muy mañoso y Ballack estimaba que no estaba «podrido» por las malas costumbres de otros colegas.

Junkel sonrió nerviosamente cuando Carlos explicó su idea. Se rascó la calva primero y se frotó la barbilla después, para terminar ajustándose el cinturón una y otra vez, recolocando su barriga como si esta estuviera intentando escapársele. Mizar fue el más lanzado de los dos, y no dudó en apuntarse al plan de puesta a punto con un efusivo y voluntarioso «vamos allá».

Sin embargo Junkel se mostraba más cauto y prudente.

—Bien, Junkel, dinos qué te parece esto que no paras de gimotear —le inquirió Carlos.

—Vas a conseguir que Cignus me mire atravesado, Carlos. Yo quiero llevarme bien con todo el mundo y más con mi jefe.

—Claro Junkel, la verdad es que cualquiera que te oiga diría que comes de su mano todos los días.

—Hombre Carlos... —protestó su amigo.

—Tú sabes bien que las tareas más latosas y duras te tocan a ti y ellos no se molestan ni siquiera en echarte un cabo. Mientras tú andas agobiado cargando con el peso de las reparaciones y el mantenimiento, ya sabes lo que hacen Cignus e Irigor. —Irigor casualmente era el supervisor de Junkel. Cuando Carlos le había ayudado en sus tareas a Junkel, éste se había quejado siempre amargamente de su papel de último

mono, cuando tenía una cualificación de técnico supervisor y debía estar en menesteres de mayor responsabilidad. Por otro lado Carlos sabía que a Junkel tendría que darle un último empujón, y sobre la mesa estaban muchas horas que Carlos había echado ayudándole precisamente en faenas donde su corpulencia le resultaba especialmente inadecuada—. Además Junkel, tú sabes que me lo debes —concluyó.

Y Junkel resopló.

—Vamos a ver ese maldito motor gravitonal y esperemos que Cignus no tenga un rifle de pulsos a mano.

## Capítulo 8

Volver a empuñar los mandos de un artefacto volador, aunque fuera una tosca lanzadera, inundó de alegría y satisfacción a Carlos. La cabina estaba hecha un asco. La pantalla acristalada que permitía una visión panorámica al piloto apenas dejaba ver con claridad el paisaje verde que se extendía ante él, como si una espesa telaraña se hubiera extendido sobre la nave. En cualquier caso la posición de la cabina hacía casi imposible ver la explanada de la base científica, y debía conformarse con la lejana línea del horizonte.

Pero no habían tenido tiempo para entrar en los detalles más prosaicos. Ya se ocuparía de poner cada cosa en su sitio y que la cabina adquiriera un aspecto aseado más adelante. Ya que no tenía motonave, si ese iba a ser su juguete en sus próximos días, lo pondría como los chorros del oro. Hasta si era posible haría alguna propuesta para mejorar la potencia, pero claro, siempre que Junkel estuviera por la labor.

Habían pasado buena parte de la mañana en las tareas de reposta y verificación. Las únicas evidencias de deterioro que presentaba la lanzadera obedecían más al descuido en el mantenimiento que a una avería grave propiamente dicha. Realizado las intensivas labores de verificaciones y pruebas se procedió a cargar los satélites en la bodega.

Todas las tareas se realizaron de la forma más furtiva posible. Afortunadamente el emplazamiento del espacio puerto en una zona retirada ayudaba. Pero también tranquilizaba a Carlos el haber confirmado que Cignus y sus lugartenientes habían salido a dar el pertinente paseo a algún rincón de la selva. Allí pasarían buena parte del día esquilmando la fauna nativa por una parte, y fumando su flora por otra.

El incidente que más había temido se iba disipando a lo largo de la mañana. Cignus no apareció agitando los brazos y gritando como un energúmeno que aquello no podía ser. Por último, cuando ya avanzaba las horas de la tarde y se preparaban los equipos para el despegue, los rumores no habían podido contenerse más y toda la base empezaba a conocer de la inminencia de un despegue y de cómo la vedada amenaza de Cignus se disolvía. Los comentarios de la gente hablaban de síntomas de pereza en el jefe de ingenieros.

La expectación crecía como la espuma en una jarra de cerveza recién servida, según palabras de Junkel, y Carlos que no quería sorpresas de última hora, se apresuró a subir a la cabina y pertrecharse los cinturones y arneses correspondientes. Se enfundó el casco, que incorporaba todo tipo de sensores y pantallas virtuales, y empezó rápidamente la secuencia de despegue.

Pero el trabajo no resultaba tan grato como habría deseado. No era precisamente una motonave con un panel de controles sencillo y fácil de dominar. La complejidad de los mandos era mayor. Lo que más desorientaba a Carlos era la disposición de los controles y monitores, a la cual no estaba habituado y cuya utilidad tardaba en reconocer.

Quedaron varios paneles sin identificar su sentido, pero cuando lo básico e imprescindible quedó controlado, se puso en contacto por radio con la estación de telecomunicaciones.

—Aquí «Pájaro de mal agüero» a base rebelde en Omoria I. Tengo el motor principal averiado y estoy perdiendo altura rápidamente, tengo a dos cazas enemigos a mi cola y la metralla me ha alcanzado la cara y no veo el panel de mandos, ¿alguien me puede decir la hora?

—Muy bien muchacho —la voz de Ballack no perdía un ápice de su severidad ni incluso a través del canal de radio—. Intentaremos hacer esto lo más rápida y eficazmente posible, y esto nos deja poco tiempo para las bromas. —Sin embargo a Carlos le pareció oír alguna risa como ruido de fondo procedente seguramente de otros operadores que seguían la maniobra.

—Comprendido señor —respondió Carlos enarcando las cejas—. En lanzadera uno todo listo para el despegue.

—Adelante. Todos los equipos le monitorean. Proceda con el despegue automático.

Carlos accionó los botones virtuales de encendido y el zumbido de los motores gravitacionales hizo vibrar la lanzadera como una tapa sobre una olla de agua hirviente. Segundos después la lanzadera se elevó suavemente sobre el suelo como si fuera tal frágil y ligera como una hoja mecida por el viento. Carlos subió gradualmente el sensor de aceleración vertical y la nave se alejó paulatinamente del suelo, cada vez con mayor aceleración.

Ballack había insistido en el despegue automático, pero Carlos no podía resistirse a hacer alguna pirueta con el pesado armatoste, así que a medida que la lanzadera despegaba y adquiría velocidad, maniobró con los rotores horizontales y la nave empezó a girar sobre sí misma como una peonza mientras superaba vertiginosamente las capas atmosféricas de Omoria.

—Muy bien Carlos, hemos visto su maniobra de despegue y creo que será mejor que nos vayamos entendiendo porque de lo contrario vamos a tener que abortar la misión. —Por lo que se veía Ballack había seguido visualmente la maniobra y no le estaba gustando el cariz festivo que imprimía Carlos a su forma de navegar.

—Aquí lanzadera uno. Introduzco coordenadas de destino a fin de proceder a la inserción del satélite 22F en su órbita.

El proceso de inserción de los satélites en cada órbita fue largo y tedioso. Una vez abandonada la atmósfera, en el espacio exterior, la navegación carecía de atractivo para Carlos. Además era el momento de demostrar su máxima eficiencia y disciplina. Ya había abusado un tanto del humor, cuestión que para Ballack estaba claramente de más. Eran demasiado lo que se jugaban y muchas las consecuencias en ciernes. Más valía que saliera todo a pedir de boca.

Tres horas más tarde del despegue la misión había concluido, y Carlos tuvo unas

horas de respiro, a la espera de que la lanzadera, casi sin combustible, llegara a su punto de reentrada. Ahora que la cúpula un tanto sucia de la cabina le permitía ver el planeta en primer plano, dedicó unos minutos a observar Omoria con detenimiento. Activó los monitores y telescopios de la lanzadera para repasar visualmente la orografía del planeta. Nunca había sido muy propenso a los análisis artísticos y no iba a empezar ahora a valorar si Omoria I era un planeta bonito o feo visto desde el espacio. Su madre siempre le había dicho que «carecía de la más mínima sensibilidad femenina y que todo su espacio espiritual estaba consagrado a la megalomanía mecánica, encarnada en la belleza incomprensible de los motores gravitacionales de competición, al cual había erigido un tabernáculo tan soberbio como esperpéntico. Que tal deidad fuera el motivo al que consagrara su vida era cuanto menos un hilarante desperdicio». Era su forma intelectual de expresar su rechazo a las actividades deportivas desde que dio indicios de interesarse por ellas, solo que al principio expresaba sus dudas al respecto con frases más ambiguas que finalmente acabaron siendo cínicas filípicas, pero entonadas cariñosamente. Ella siempre había sido una persona de una gran influencia en su vida. Conforme pasaban los años se acrecentaba el vacío de su ausencia. Los recuerdos traían atisbos de sus grandes dotes, de su capacidad de convicción, y el repaso de su vida estaba plagado de pequeñas decisiones en las que sus razonamientos habían corregido levemente el rumbo de su nave, sin brusquedades, pero definitivamente influido por ella. Inopinadamente allí se encontraba flotando en el espacio en el interior de una lanzadera, como un pez burbuja de grandes ojos, observando con toda la parafernalia de telescopios y radares aquel curioso y lacónico planeta como si fuera su próximo bocado. Y todo ¿por qué? Sí, era geoplanetólogo... gracias a ella, que convenientemente le había insuflado ánimos y motivaciones durante años para finalizar su carrera.

Y lo que empezaba a inspirarle Omoria, a medida que se planteaba más en serio su estudio, era curiosidad.

Curiosidad por su simetría. Una franja montañosa pero no muy escarpada dividía al planeta en dos por su ecuador. Tanto al norte como al sur se extendían franjas verdes que terminaban en sábanas y desiertos más áridos aparentemente conforme se aproximaban a los polos.

Tampoco había océanos, ni por tanto continentes, y se preguntó que clase de ciclo de agua habría en el planeta. Que recordara, ni un solo día había estado nublado en la base científica. Las únicas nubes propiamente dichas eran las nieblas de la selva que hacían que está fuera terriblemente cálida y húmeda, pero no encontraba explicación para el ciclo del agua. ¿De dónde brotaba, si es que brotaba, y dónde terminaba acumulándose? También se preguntó por el ciclo del carbono, pero ello requeriría su estudio particular. Presumir de estar a punto de realizar una exhaustiva y completa investigación geológica, digna de ganar el mejor mérito científico con la publicación en una revista de amplia difusión y reconocimiento general, tiene desgraciadamente,

pensó Carlos, un grave inconveniente; ¡tienes que hacer esa exhaustiva y completa investigación geológica!

—Espero que no me des demasiado trabajo —dijo Carlos hablando imaginariamente con el planeta—. Pero ya veo que no va a ser así, ¿eh?

Carlos estaba monitoreando diversos datos que podrían servirle para su aclamado estudio. Recordaba que su padre le había comentado algo de la densidad del planeta, y aunque guardaba para más adelante la posibilidad de incorporar equipos y sensores a las lanzaderas que pudieran convenirle para estudiar la geología y composición de Omoria, los datos preliminares estaban disponibles con el equipo básico que tenía ante sí.

—Vaya, vaya... quién lo iba a decir. Así que pareces un globo. Ni siquiera tenías que ser como los demás planetas, más achatados en los polos que en el ecuador... en fin, esto empieza a ser el principio de una relación complicada... pero no te preocupes, yo siempre consigo llevarme bien con la gente. —Después recordó a Cignus—. Siempre que el concepto «gente» excluya a los capullos arrogantes, ¡claro!

Antes de que la lanzadera iniciase la maniobra de reentrada Carlos ya había almacenado en su equipo portátil toda la información que los equipos de observación fueran capaces de obtener de Omoria.

El aterrizaje fue en modo automático. Quería que Ballack le recibiera con una sonrisa, así que dejó que los programas de a bordo hicieran todo el trabajo y se resistió a la terrible tentación de hacer alguna cabriola en el descenso o una pasada rasante sobre la base, y se limitó a comunicarse protocolariamente con la estación de seguimiento. Daba la casualidad que la operadora al otro lado de la línea era Iliana, y tuvo que reprimirse nuevamente para no bromear con ella o mantener una conversación trivial, comentarios que seguramente habrían desagradado al jefe de equipo.

Conforme puso pie en tierra pudo comprobar que, efectivamente, era el propio Ballack el que iba a recibirle. Su expresión no mostraba el más mínimo entusiasmo.

—Vamos Carlos, el consejo científico nos espera. Parece que hemos logrado que por fin se vayan a tomar decisiones. Si quieres puedes ir a cambiarte de ropa antes de la comparecencia, pero hay que darse prisa.

Carlos se desembarazó del casco con habilidad en un gesto que denotaba costumbre, y negó con la cabeza.

—No, así mismo estoy bien... Y mira quien viene por ahí como alma que lleva el diablo.

Efectivamente, el pequeño Safir corría a su encuentro trotando, pero todavía era demasiado pequeño para coordinar bien los movimientos y el resultado era que avanzaba a trompicones. Detrás iba Iliana, riéndose tanto de la torpeza del animal como de sus gruñidos de contento por ver a Carlos.

—Este Safir está hecho un gamberro —dijo Iliana, casi sin resuello cuando los alcanzó—. Desde que despegaste Safir se dio cuenta que te habías ido y se quedó

aullando en el espacio puerto hasta tu regreso. Nos lo tuvimos que llevar de allí porque nos temíamos que fueras aterrizar sobre él. ¡Sí que te tiene cariño la fierecilla!

—Claro que me tiene cariño, él sabe reconocer a los colegas de verdad, ¿no es así bichejo? —Carlos se agachó para recibir los lametones del cachorro y de paso a jugar brevemente con él. Una cosa que enrabietaba a Safir era que lo volvieran boca arriba, inmediatamente se volteaba y ponía sobre las cuatro patas con una expresión a la vez retadora, para que lo volviera a intentar, y otra de puro contento. Safir podía estar horas con ese juego. Carlos lo volteó unas cuantas veces antes de proseguir la marcha en pos de Ballack.

—Como sigas jugando así con él te vas a quedar sin manos —le comentó Ballack al ver el estado de sus manos, llenas de raspones y arañazos, ya que Safir intentaba evitar que lo voltearan haciendo uso de todos los medios de los que la naturaleza le había dotado, a saber, garras y dientes.

—Como suele decirse, sarna con gusto no pica. Y tú, Safir, a portarse bien, que como te descuides la gente mala te quiere cocinar.

Safir se sintió aludido y gruñó. Era sorprendente lo rápido que había aprendido el animal a reconocer su nombre, incluso en medio de las conversaciones.

Carlos se sentía en su interior un tanto decepcionado. Ballack, Iliana, Safir... estaba muy bien que hubieran venido a recibirle, pero si se suponía que había retomado el lanzamiento de los satélites, cuestión que era tan importante para Yamia... ¿por qué no estaba ella allí? Ardía en deseos de ir a verla, pero la famosa vista que durante tanto tiempo había estado suspendida en el aire, tenía que celebrarse precisamente en aquel momento. Cuanto antes zanjase el asunto tanto mejor.

\*\*\*\*\*

El comité de científicos hizo su aparición solemnemente y fue sentándose a lo largo de una mesa rectangular frente a la cual se había situado una silla vacía. Más atrás varias hileras de sillas permanecían en su mayoría desocupadas. Dado que se iban a escuchar diversos testimonios los aludidos ocupaban los asientos frente a la mesa presidencial. Entre ellos se encontraba Junkel y Mizar. Junkel miraba a un sitio y después a otro, agobiado seguramente por la presión a la que estaba sometido, y si sus ojos se encontraban con los de Carlos parecían expresar cierto disgusto del tipo «mira en que lío me has metido». Cignus e Irigor se hallaban unas filas más atrás, con los brazos cruzados, tal vez tan crispados como pudieran traslucir sus expresiones. Sus miradas destilaban ira contenida. Seguramente a su antigua animadversión se había sumado ahora un nuevo motivo; la osadía de usar la lanzadera y proseguir la colocación de satélites en el espacio a sus espaldas, toda una maniobra que había socavado su palabra como responsable de ingenieros. Varios miembros más del equipo de ingenieros que habían participado en la partida de caza estaban repartidos por toda la sala. También habían venido algunos curiosos y partidarios de las tesis de



Ballack, e incluso Iliana se veía que estaba interesada por el desenlace del conflicto. Sin embargo Carlos no vio a Yamia. Tenía la impresión de que hiciera lo que hiciera era difícil despertar la admiración y el interés de la joven.

—Muchacho, te la estás jugando conmigo, —el reto provenía de Cignus. El susurro amenazador le sacó de su ensimismamiento.

Carlos le sonrió y se inclinó un poco en su dirección para responderle.

—Debes saber que siempre que juego, acabo ganando.

La vista se inició con una larga exposición de los objetivos de la misión científica, del reglamento por el cual se dirigía la base, que en suma, otorgaba el poder legislativo y ejecutivo a aquel pequeño comité de personas responsables.

Carlos aprovechó para cruzar alguna mirada que otra con la de su padre, que presidía la mesa del Consejo, y que le observaba con la gélida inexpresividad del que mira un objeto invisible. A su derecha la doctora Lisha, con parecida expresión impertérrita, venía a expresar que para ella representaba un absoluto desconocido. Ballack, que estaba sentado junto a la doctora, en el extremo de la mesa, parecía su más firme defensor, pero no esperaba ninguna carantoña ni ánimo por parte de una persona tan austera en gestos y palabras. En el extremo opuesto del tribunal leía un acta con voz un tanto vacilante el doctor Kufsen, un venerable anciano que tenía el honor de actuar de secretario de los consejos. Era uno de los científicos más galardonados, podría decirse que el tercero de a bordo, tras el doctor Kerk y la doctora Lisha. Su piel estaba manchada por infinidad de lunares pardos y su pelo largo era blanco y lacio. Su papel en la misión era más bien testimonial, porque no ejercía ninguna dirección de equipo en particular, y su tarea principal era asesorar al consejo en materia exclusivamente científica. En esto se parecía al doctor Kerk, que como inspirador del proyecto, coordinaba el trabajo de todos los equipos a través del Consejo, pero no dirigía ninguno en particular.

Olga Ramos, la segunda mujer en la mesa, la científica responsable de toda el área de cálculo del proyecto, era una completa desconocida para Carlos. A su cargo estaba el equipo de operadores informáticos que procesaban los datos que proporcionaban los satélites. Era una mujer reflexiva, que sistemáticamente dedicaba unos instantes a pensar antes de dar respuesta a una cuestión, de tal manera que resultaba muy meticulosa en cuanto decía. Siempre había destacado por ser una matemática hábil y elegante en sus planteamientos, así como por su capacidad de adaptación e improvisación durante las etapas frenéticas de recepción de datos y de elaboración de teorías, méritos que la habían hecho acreedora de un puesto de responsabilidad. Su constitución era gruesa. Sus ojos eran castaños y grandes y de mirada clara, sin pestañeos, y su rostro redondo de rasgos suaves inspiraba serenidad. Era difícil ver en ella una expresión dura que desentonase de ese carácter, y tendía a sonreír comprensivamente a todo el mundo.

Más allá, en el otro extremo de la mesa, estaba Vicent Cruig, el ahijado del doctor Kerk. Carlos estaba convencido que su padre siempre había deseado que él fuera un

Vincent Cruig y eso ya le granjeaba el dudoso mérito de ser considerado por parte de Carlos como un auténtico cretino con ciertas capacidades para la adulación más lastimera. Era un joven prometedor en el mundo de la astrofísica que había seguido la pauta que le había marcado su tutor con férrea disciplina. Era brillante pero sin una creatividad desbordante. Comandaba el equipo de teóricos que iba a analizar la información que masticaba la gente de Olga. Eran los que iban a encajar en el cuerpo de la teoría predominante los datos proporcionados por el ambicioso estudio, y los que, por consiguiente, podrían confirmar la validez de los actuales paradigmas de la ciencia, o bien derribarlos para erigir unos nuevos. Por esta razón eran los protagonistas de la expedición. En cierto sentido todo lo demás giraba en torno a lo que las preclaras mentes de Vicent y su equipo fueran capaces de dilucidar. Carlos no perdía de vista que Yamia pertenecía a dicho selecto gremio científico.

Mientras el doctor Kufsen relataba el extenso repertorio preliminar Carlos observaba a Vicent. Poseía todas las cualidades de las que el doctor Kerk siempre le había echado en falta en él. Para empezar Carlos nunca había seguido los pasos científicos de su padre. En segundo lugar, aunque los hubiera seguido, su espíritu indómito le habría llevado por caminos diferentes, no habría secundado las corrientes teóricas de su progenitor. Y por último, Carlos se consideraba una persona práctica, y moverse en el ámbito abstracto de la teoría astrofísica le aburría sobremanera. Todos los intentos de su padre de adentrarle en el fascinante mundo de la cosmología habían fracasado estrepitosamente. Lo que el doctor Kerk no entendía en su rígido parecer era que los conceptos que él catalogaba como «bellos y fascinantes» resonaban en la cabeza de Carlos como «enfermizos y repelentes».

Afortunadamente para el doctor Kerk surgió Vincent, un joven de la misma edad y apariencia incluso que la de su propio hijo, pero disciplinado, inteligente y reflexivo, virtudes que en su hijo no veía reflejadas. Carlos había sido siempre juguista y mujeriego. El mundo de las carreras había encajado perfectamente en su personalidad, y sólo por un puro milagro consideraba el doctor que su hijo había sido capaz de finalizar sus estudios superiores. Su incomunicación había sido casi total hasta que las vicisitudes de la guerra y la incipiente expedición científica convergieron, y de nuevo volvieron a compartir un hogar, el Galileo. Sólo su mujer había mantenido hasta entonces un nexo filial con Carlos que permitía entender, con cierta flexibilidad en la interpretación de las palabras, que la familia se mantenía unida. Pero una vez que habían llegado a Omoria, y tras la regañina por la motonave, Carlos y su padre apenas habían intercambiado algunos saludos y las antiguas incomprendiones seguían tan en vigor como antaño.

Ahora que volvían a reencontrarse en semejantes circunstancias Carlos confiaba en que el sentimiento de rechazo no fuera lo suficientemente fuerte como para dar al traste con sus expectativas de la vista.

El doctor Kufsen finalizó finalmente su soporífero monólogo, en el que se recapitulaba toda la legitimidad del tribunal, de cómo, siendo imposible enviar junto

con la expedición de un cuerpo civil capaz de dirimir asuntos de justicia, la autoridad competente de dicha materia de Nueva Esperanza era delegada al comité científico destinado a Omoria I. Esta idea se desarrollaba a lo largo de varios reglamentos y leyes que fueron enumeradas escrupulosamente. Finalmente se insistió en que las resoluciones y sentencias que fueran tomadas tendrían carácter ejecutivo y tendrían la misma vigencia y resultado vinculante que el formulado por un tribunal competente del planeta de origen. Todo el mundo suspiró aliviado cuando la monótona y vibrante voz del anciano expelió la última palabra.

Después de una espera tediosa se procedió a citar a Irigor para que compareciera ante el tribunal.

El ingeniero se levantó como un resorte y se dirigió a la silla frente al tribunal y se sentó no sin intercambiar una larga mirada de compenetración con Cignus.

—Señor Irigor, le recuerdo que tanto usted como todas las personas que van a declarar ante este tribunal permanecen bajo juramento. Cualquier falsedad que se introduzca en su testimonio puede ser castigado por la ley con penas de reclusión o incluso deportación. Ha solicitado esta vista a través de una denuncia contra una persona de esta base, el señor Carlos Kerk, al que le acusa de haberle agredido brutalmente hace ahora tres semanas y dos días. Puede usted presentar sus alegaciones a este tribunal.

—Sí señor. Mi denuncia es muy sencilla. El día que usted menciona, en el regreso de una expedición científica comandada por el señor ingeniero jefe, Cignus Gray, el grupo que avanzaba en fila india topó con un depredador, al cual me apresté a abatir. Cuando estábamos observando la presa abatida oímos un gruñido y observé que algo se movía entre los matorrales. Entonces aparté a Carlos porque estaba en la línea de tiro e iba a proceder a apuntar cuando él me golpeó con mi propio fusil y me dejó casi inconsciente. Su comportamiento es indigno. Además ha traído a la cría del depredador a la base, lo cual nos parece una medida peligrosa, no por lo que ese animal pueda hacernos... sino quien sabe que enfermedades y virus puede tener consigo. Exigimos su sacrificio y un castigo ejemplar para el joven. Caso contrario esta base puede convertirse en un caos, si es que vamos a empezar a resolver nuestras diferencias a base de peleas y puñetazos.

Irigor habló a trompicones, y cuando acabó no se supo exactamente si es que hacía una pausa más larga de la habitual o ya había finalizado.

—Señor Irigor, si ha concluido su denuncia ruego que proceda a ocupar su asiento. —Dijo monótonamente el doctor Kufsen—. Señor Carlos Kerk, le ruego se siente en el banco de los testigos y proceda a realizar el alegato en su defensa que considere oportuno. Le recuerdo lo mismo que al señor Irigor en cuanto a que se halla bajo juramento y la falsedad en testimonio puede ser severamente castigada.

Carlos asintió solemne.

—Mi nombre es Carlos Kerk. Aunque no pertenezco a ningún equipo científico he realizado ayudas en labores de mantenimiento y hoy mismo he colaborado con el

equipo del señor Ballack en la instalación de dos satélites de la investigación principal, los F-22 y F-23.

La afirmación alteró significativamente el rostro de su padre, e incluso el de Lisha. Carlos observó que Ballack fruncía levemente los labios, ¿era aquello una sonrisa? Parecía que el atezado doctor se había dado perfecta cuenta de sus intenciones al comparecer aún vestido con la escafandra de piloto.

—Está usted acusado de haber agredido a un ingeniero supervisor sin causa alguna. Esta es una falta muy grave —le instó Kufsen, que veía que Carlos empezaba apartándose de los hechos que se iban a juzgar—. Le ruego ciña su relato al día de la denuncia.

—Por supuesto. Si me permite doctor, la única razón por la que citaba estas acciones era para explicar mi relación con determinados miembros del equipo de ingenieros con los que me llevo ciertamente bien. Esta buena relación fue la que me llevo a participar en la expedición científica que se llevo a cabo hace ahora veintitrés días —El doctor Kufsen asintió satisfecho al ver que por fin se centraba en el asunto en cuestión.

Carlos prosiguió.

—Bien, lo cierto es que de expedición científica tuvo poco, porque más bien pareció ser una expedición de caza, de caza indiscriminada diría yo. A lo largo de varias horas que duró la caminata se abatieron todo tipo de animales por el puro placer de matar, sin que se desarrollará ningún tipo de medición del ecosistema, muestras de flora y fauna, por decir algo... Aunque creo que de flora sí que se tomaron muestras como ahora se verá —Carlos oyó a sus espaldas como Cignus e Irigor farfullaban cosas incompresibles. Seguramente si pudiera volverse vería sus rostros hirviendo de cólera.

—Señor Carlos, le ruego se ciña a lo que nos ocupa —Kufsen estaba empezando a exasperarse.

—Le ruego doctor que atienda a mi explicación y le aseguro que verá como guarda relación con la denuncia que se ha formulado en mi contra. Lo cierto es que al mediodía, y tras haber fumado unas hojas secas con efectos psicotrópicos... todavía guardo algunas hojas, las puedo traer para su análisis si les parece...

El doctor Kufsen iba a intervenir para cortar su relato, pero Ballack se anticipó.

—Le ruego prosiga, está claro que los efectos de fumar cualquier tipo de estupefaciente pueden alterar por completo la personalidad y no es desdeñable este testimonio.

Kufsen gruñó, pero aceptó el argumento. Carlos se preguntó si era su imaginación o notaba cierta animadversión del anciano hacia él.

—Prosiga —dijo lacónicamente.

—Después del descanso la mayoría del grupo se dirigió a una laguna donde se cazaron, o más bien habría que decir, masacraron, a aproximadamente un centenar de aves, una especie de zancuda, parecida a las cigüeñas, pero de tamaño considerable.

Se abatieron todo tipo de ejemplares, desde adultos a crías. Yo diría que de la bandada no quedó títere con cabeza.

Varios miembros del tribunal resoplaron e igualmente se oyeron comentarios y susurros entre el público a los que esa denuncia les había parecido escandalosa. Una de las directivas que establecía el protocolo de actuación de la base científica era no interactuar con el medio ambiente de Omoria. Evidentemente las exploraciones de Cignus no encajaban precisamente en esos términos.

—La partida tomó entonces un par de ejemplares y regresamos a donde el señor Irigor y algún miembro más de la expedición habían permanecido descansando y fumando las citadas hojas por espacio de unas dos horas. En ese lugar se procedió a asar sendas presas... O tal vez debería decir «muestras»... que por cierto, estuvieron muy bien cocinadas, pero que, dado que el señor Irigor ha mostrado su preocupación por los posibles virus y enfermedades de las que pueda ser portadora la fauna local, no pareció importarle cuando engullimos aquel almuerzo, que además según tengo entendido, no era precisamente el primero.

En este momento fue Ballack el que le interrumpió.

—Señores del consejo, quiero hacer constar que una vez finalice esta vista, y aprovechando este valioso testimonio, la convocatoria de una nueva junta del Consejo en la que solicitaré oficialmente la prohibición al señor Cignus y al señor Irigor de organizar nuevas expediciones científicas, entre comillas, así como que puedan portar armas fuera de la base. Señor Kerk, puede proseguir.

Carlos tomó la palabra de nuevo.

—Finalmente, y ya de regreso, yo me adelanté a la partida. Tenía ganas de descansar en la base. En el camino me crucé con ese supuesto peligroso depredador. Aunque llevaba un arma encima, no la llevaba desenfundada, y dada la cercanía con la que me topé con él, habría resultado una presa fácil. Pero sin embargo ni se molestó en dedicarme más que una simple mirada. Si hubiera querido me habría alcanzado con facilidad. Ese fue el peligroso animal que abatió el señor Irigor. En mi encuentro yo me había percatado de que tras él iba una cría pequeña, y cuando minutos después oí el rifle de pulso tras de mí, sospeché lo peor. Cuando llegué, vi lo que me había temido, y busqué a la cría. Me daba pena ver un cachorro de un animal que me había parecido inteligente, estúpidamente sacrificado. Lo estaba recogiendo cuando sentí que alguien intentaba separarme del animal con un violento empujón. En un acto reflejo me reincorporé rápidamente y aparté el rifle de pulsos que iba a utilizar el señor Irigor contra Safir como pude. En ese rifirrafe el señor Irigor es cierto que resultó contusionado, pero yo en ese momento lo único que pensé fue en salvar la vida de un cachorro y en apartar el cañón del rifle de una dirección fatídica. Ya se habían matado demasiados animales durante el día en un despilfarro de crueldad sin sentido alguno. Creo que estaba asqueado de tanta muerte inútil y el cachorro me pareció un exceso intolerable. Mi actuación inesperadamente violenta fue más debido a la precipitación de la acción del señor Irigor que a otra cosa. Considero que los

efectos secundarios de las hojas que consumió en abundancia han podido tener algún tipo de repercusión en la alteración del carácter que sufría el señor Irigor al proceder de forma tan desproporcionada y hostil.

Carlos hizo una pausa y observó el rostro de todos los miembros del Consejo. Sabía que solo era el principio de la vista, pero sentía que querían creerle a él.

—Todos hemos visto a Safir, la cría de la cual estamos hablando. Es un animal inteligente, todavía no sabemos hasta qué punto. Yo puedo asegurar que no para de aprender, lo cual sugiere que puede ser domesticado. Quizás estoy equivocado, y en su etapa adulta resultar que no es apto para la convivencia humana, pero hoy por hoy no hay ninguna razón para que no podamos pensar que es un animal que podría convivir con nosotros en plena armonía, ser absolutamente domesticable. Dado que me siento responsable de la vida del animal solicito de este tribunal que me sea permitido el estar al cuidado de este cachorro hasta que crezca, y que sea más adelante este mismo tribunal el que determine si es apto para permanecer entre nosotros o debe ser devuelto a su estado salvaje natural.

La petición pilló de improviso a Kufsen, que carraspeó antes de proseguir.

—El señor Irigor ha propuesto dos testigos, entre los muchos que formaron la expedición, a fin de confirmar los extremos de su denuncia. El señor Hayl Janterman puede comparecer.

Uno de los ingenieros de la cuadrilla de Cignus, un hombre alto y corpulento se presentó a declarar.

—En relación a las declaraciones efectuadas por el acusado y el denunciante, ¿qué apreciaciones tiene que hacer?

—Considero que el tal Carlos se sobrepasó en exceso cuando dice que intentó evitar la muerte del cachorro. Nadie lo había visto, y lo mismo podía ser una fiera salvaje que un insecto inocente... pero ante una situación de riesgo más valía obrar como lo hizo nuestro compañero. La agresión que sufrió fue desproporcionada según me pareció percibir. En cuanto a lo que se ha manifestado en relación a una caza indiscriminada de animales así como el consumo de drogas me parece una falsedad para desacreditar al señor Irigor.

Hayl se levantó según concluyó su testimonio y otro hombre ocupó su lugar, era el ingeniero Jenk Slenska, que repitió, casi con las mismas palabras el testimonio de Hayl. Slenska era un hombre menudo y delgado, de tez amarillenta y barba y bigotes ralos. Una vez concluyó se iba a apresurar a sentarse cuando Carlos intervino.

—Por favor, me gustaría interrogar a este hombre con un par de preguntas sencillas.

Kufsen gruñó, pero hizo un gesto con la mano para que siguiera adelante.

—Señor Slenska, ha hablado hace un momento de que tanto usted como su colega, el señor Janterman percibieron que mi respuesta al empujón del señor Irigor fue desproporcionada y violenta.

—Así es.

—Sin embargo mi percepción de la situación fue muy diferente. Me sentí atacado por un lado y a punto de presenciar un acto de crueldad gratuito por matar al cachorrillo. Me pregunto si tales diferencias de percepción no se debieran precisamente al consumo de drogas derivadas de plantas locales, cuyos efectos sobre nuestro organismo desconocemos.

—¡Eso es una barbaridad y un ultraje! —Irigor se había levantado con el rostro encendido de ira y le señalaba con el dedo. Cignus le contuvo por el hombro. Parecía que se abalanzaría sobre Carlos de un momento a otro. Su mirada vidriosa le hacía parecer medio loco.

—Mi aseveración es muy fácil de comprobar. Estoy seguro que el cuerpo médico podrá, previo análisis de la sangre del señor Irigor, comprobar qué tipo de sustancias ha ingerido y si existe alguna correspondencia con las hojas secas que les proporcionaré, que son las que se consumieron aquel día.

—Su anotación será tenida en cuenta. —Ballack tomó la palabra del Consejo, pues parecía que nadie estaba dispuesto a tomar esa resolución—. En cuanto termine la vista se procederá a realizar la analítica que solicita.

Carlos se sentía como pez en el agua. Llevaba días pensando en todo aquello.

—Por otro lado me gustaría insistir al señor Slenska en que hiciera un esfuerzo por recordar la gran cantidad de animales que se abatieron, no sólo en la laguna, sino también a lo largo de todo el camino de la expedición.

—Eso es falso. Sólo se efectuó algún disparo ocasional, si se veía un ejemplar amenazador sobre el grupo. Apenas se abatió una o dos piezas en defensa propia.

—Pero si se estuvieron disparando los rifles durante todo el día, casi sin parar...

—Eso no es así. Apenas se efectuaron disparos, no se cometió ninguna matanza como dices.

—Entonces ¿por qué no comprobamos los rifles de pulsos? La pila del cartucho mantiene registrado todo tipo de detalles. Fecha y hora de cada disparo, rango de intensidad... estoy seguro que si se comprueba el número de disparos efectuados por todos los rifles se superarán los trescientos a lo largo de aquella jornada. De hecho estoy seguro que esa debe ser la media del número de disparos de cada expedición... ¿Qué pasa?, ¿se entretienen disparando a los árboles, señor Slenska?

Slenska le hizo una mueca de desprecio pero no respondió.

—Como podrán comprobar si revisan las armas, durante el día en cuestión, se efectuaron cientos de disparos, y a una intensidad elevada, con toda certeza, mortal. Esas armas tienen un radio de alcance amplio, y en una selva tan densamente poblada como ésta es difícil imaginar realizar tal cantidad de disparos sin causar graves daños. Yo soy testigo de la matanza indiscriminada, y sin ser un especial defensor de los ecosistemas extraterrestres, me llegó a asquear la situación hasta el punto de intervenir como lo hice cuando se iba a matar a Safir. Estoy seguro que muchos de ustedes habrían tratado de impedirlo a toda costa.

En el tribunal Ballack sonreía mientras que el resto de los miembros asentía

consternado en silencio. No les agradaba enterarse que bajo su responsabilidad se cometían semejantes dislates. Cignus había desaparecido discretamente e Irigor y sus secuaces se mostraban desconcertados y nerviosos. Poco después se levantaba la sesión y el tribunal se retiraba a deliberar. Junkel se iba también con una gran satisfacción y alivio. Sus pequeños ojos atemorizados miraron a Carlos como si le debiera la vida por no haberle citado como testigo.

\*\*\*\*\*

Un par de horas más tarde Carlos e Iliana charlaban viendo el sol de Omoria ponerse entre las copas de los árboles mientras Safir correteaba a su alrededor persiguiendo una especie de insecto saltarín que emitía un zumbido desconcertante.

Estaban hablando de cómo se había desarrollado la vista del Consejo cuando Ballack se presentó interrumpiendo la conversación.

—Muy bien muchacho. Todo ha salido perfecto, según te convenía. Safir se puede quedar y no se te aplicará ningún castigo... aunque no ha sido fácil. No todos los miembros del Consejo lo tenían claro.

Iliana mostró su entusiasmo.

—¿Has oído Safir?, ¡te puedes quedar con nosotros! —El cachorro interrumpió la persecución y la miró con los ojos abiertos como si fuera la primera vez que alguien pronunciaba su nombre. Después echó a correr en pos de ella intentando alcanzarla con sus garras, pero Iliana se movía ágilmente y esquivaba sus zarpazos mientras se reía y repetía ¡Safir! ¡Safir!, una y otra vez.

—Me imagino que tendré que echarle un cabo a partir de ahora con esa vista en relación a la prohibición de nuevas partidas de caza, —prosiguió Carlos.

—Por supuesto.

—La situación aquí se va a poner interesante.

—¿Te refieres al enfrentamiento con Cignus?

—Entre esa prohibición de salir de cacería y el hecho de que me esté ocupando yo de la colocación de los satélites le habrá restado bastante protagonismo, además de dejar su imagen ante el consejo y la base al completo por los suelos. Ahora mismo estará rabiando. Estoy seguro que buscará la forma de retomar el control ante el Consejo y de hacerse imprescindible. Seguro que está maquinando su venganza ahora mismo. No es precisamente el tipo de hombre que cree en las reconciliaciones.

—Tal vez, pero lo cierto es que Cignus estaba echando un pulso al consejo y ha perdido. Fue muy hábil por tu parte ir con el traje de piloto aún puesto. Todas las tonterías de Cignus en relación al retraso de la colocación de satélites y a que las lanzaderas no podían ser utilizadas quedaron como las mentiras de un crío descontento. Le ha salido mal la jugada y quedó como un torpe manipulador.

—Sí, Cignus es ambicioso, pero muy torpe en su proceder. —Carlos sonrió satisfecho de sí mismo—. Me imagino que el resultado del análisis de sangre dio



positivo.

—Estabas muy seguro de lo que íbamos a encontrar en su sangre, ¿y eso?

—Ese Irigor tiene pinta de no saber controlarse con las drogas. El día de la partida ya me di cuenta de que no paró ni un momento de fumar esas hojas. Desde entonces siempre que lo veo con esos ojos llorosos me da la impresión de que está colocado. No era ningún farol mío, sino algo evidente.

Cuando Ballack se alejó, Carlos se quedó contemplando a Iliana jugando con Safir. El cachorro podría decirse que era suyo ahora. Le había ayudado a integrarse en la base y lo cierto es que ya no temía pasar unos años en aquel planeta alejado de todo. Ahora que había recuperado su humor y su personalidad sentía que quizás había llegado el momento de dar un paso más adelante... ¿pero en qué dirección?

Más tarde, acostado pero incapaz de dormir, recordaría una frase de Ballack que se le había quedado clavada como una espina; «no todo el mundo en el consejo lo tenía claro», y se preguntaba a quiénes se refería en concreto y si tal vez su padre se encontrara en ese rol. Pero en ese momento había dejado de acariciar a Safir y éste ronroneó pidiendo más. Carlos abandonó esos pensamientos rápidamente. Una vez recuperado su humor era difícil que una preocupación le rondara demasiado tiempo por la cabeza.

## Capítulo 9

—Eres un vanidoso incorregible.

El reproche procedía de Iliana, que le miraba con cara divertida mientras se llevaba el tenedor a la boca. Estaban almorzando en el comedor de la base. Habían pasado varios meses desde la celebración del juicio y Carlos e Iliana habían hecho buenas migas desde entonces.

—No te entiendo —le repuso Carlos con expresión inocente.

—A ti lo que te gusta es llamar la atención. Cuando lo logras eres feliz. —Iliana le apuntó con su cubierto mientras hablaba—. Y claro, aquí tus historias de piloto de carreras no impresionaban a casi nadie... a mí un poco, pero más que nada porque me dabas un poco de pena.

Carlos se rió.

—Pero déjame seguir. Cómo viste que la cosa no funcionaba te las arreglaste para tener a Safir y ahora como eres su dueño has conseguido la popularidad, porque claro, Safir está pendiente de ti todo el día, y todo el mundo está pendiente de Safir.

—La verdad es que ser el cuidador de un animal no parece que sea una cosa como para sentirse muy vanidoso.

—Te diré algo de mí, Carlos. En general considero que encarnas a un tipo de hombre al que siempre he odiado, o al menos, ignorado. No me mires con cara de inocentón, porque te conozco bien. Inexplicablemente tienes algo en ti que dice que eres buena persona en el fondo, pero te observé bien mientras viajábamos en la Galileo y no dejabas de fardar delante de tus colegas hazañas y victorias de todo tipo. Lo recuerdo bien. En suma, si no hubiera sido por el incidente con Irigor y esa mala gentuza ni te habría dirigido la palabra en mil años... Safir también ha ayudado un poco a limar asperezas. —Iliana masticó un rato con determinación antes de proseguir mientras Carlos le miraba de hito en hito—. Por eso mismo estás ahora con toda esta historia del estudio geológico de Omoria. Que si has encontrado multitud de anomalías que hacen de este un planeta atípico... que si vas a publicar tus resultados en una revista de lo más importante... y todas esas cosas que estas soltando a cuentagotas aquí y allá. —Iliana se rió—. Pero si parece por momentos, cuando se habla contigo, que la investigación realmente crucial que se está desarrollando aquí, en Omoria I, no es la nuestra, la nueva teoría gravitonal, sino la tuya, una nueva teoría protoplanetaria, diría yo.

Ahora fue Carlos el que se rió.

—Por supuesto que no quiero minusvalorar todo vuestro esfuerzo, que me parece muy loable. Lo único que sucede, y que conste que tengo estudios de geología y algo sabré de lo que digo, es que no soy ningún presuntuoso que pretende ser protagonista de nada... caramba no me mires con esos ojos que pierdo el hilo.

Iliana se reía del aire intelectual que pretendía adoptar Carlos cuando hablaba de geología. Siempre le decía que parecía un vendedor de un elixir de eterna juventud o

un tahúr por el estilo. El aire científico era incompatible con su personalidad y fanfarronería.

—Lo que pretendo decir es que si cualquiera de vuestras ilustrísimas eminencias prestara un poco de atención a este planeta descubriría que hay evidencias geológicas, y de todo tipo, que hacen de éste un lugar muy especial. Y no me gustaría sacar conclusiones precipitadas... por eso sólo me limito a exponer hechos para ver si así...

—Carlos —interrumpió Iliana—, seguramente tienes toda la razón del mundo, pero a cualquiera que te preste atención al respecto probablemente te dará la razón de entrada, te dirá que eres un genio y que adelante con tu trabajo... está muy bien que éste sea un planeta «tan» interesante, pero eso no hará que ni uno sólo de nosotros pierda un segundo de trabajo dedicado a la teoría gravitonal para dedicarlo a tu teoría... la de los fenómenos geológicos extraños de Omoria I.

—Pero y todo lo que te he contado sobre el planeta, ¿no te da que pensar?

—¿A qué te refieres? ¿Al hecho de que has repasado la orografía del planeta con las fotografías satelitales y no has visto ni una sola señal de impacto de un meteorito, siquiera utilizando todo tipo de *scanners* de penetración del terreno?

—Es la primera vez que se descubre un planeta así.

—Pues no es tan extraño si tenemos en cuenta que este es un sistema solar con un solo planeta que carece de cinturón de asteroides interno, incluso de región de Kuiper en el límite del sistema, ni de evidencias de poseer cometas ni nada parecido, ¡y para colmo en el extrarradio de la Vía Láctea! Nada que pueda pasar cerca y un buen día y chocar con Omoria I.

—¡Eso mismo! ¿No te das cuenta de lo que dices? Es algo absolutamente infrecuente. Nunca se había descubierto algo así. Un sistema solar limpio, a excepción de un planeta único.

—Seguramente porque éste es un sistema aislado, alejado de la Vía Láctea.

—Por muy alejado que esté, la generación de sistemas protoplanetarios siempre produce desechos, nubes de materiales, asteroides y cometas que ni siquiera desaparecen con el tiempo, por muy viejo que sea el sistema solar... y ni siquiera es el caso. Omoria tiene un sol de cinco mil millones de años, de lo más normalito.

—¿Y entonces qué?

—¿Y qué me dices de la órbita?

—Es circular.

—Es perfectamente circular, ¿y la inclinación del eje?

—¿Qué pasa con la inclinación del eje?

—Que no la hay. Aquí siempre tenemos el mismo clima —Carlos se rió con ironía—. No tienes que preocuparte por las modas porque siempre tenemos temperaturas similares, sin ningún tipo de extremos. Es la ruina de las casas de moda si lo miras bien. No hay estaciones en Omoria. Ni pretemporadas, ni temporadas, ni nada que se le parezca. Estamos en la punta de un vértice en equilibrio... el más ligero soplo y este planeta se alteraría por completo.

Iliana se rió.

—Ahora entiendo por qué no nos dejaron traer mucho equipaje... ¡no hay moda!

—Se podría decir que esto es una especie de paraíso terrenal, ¿no te parece?

—Depende si te gusta esta climatología. Yo particularmente echo de menos la lluvia... algo de frío esta bien de vez en cuando. A lo mejor teníamos que habernos instalado más al sur... o al norte, depende.

—De hecho está la cuestión de la simetría, que no se si te has percatado de ese factor.

—¿A qué te refieres?

—A que los dos hemisferios tienen características similares. En cierto sentido son simétricos, y una única cordillera central montañosa divide al planeta en dos partes reflejadas justo en el ecuador.

—Eso también resulta curioso.

—Sí, eso me lleva a que todavía tengo varias lagunas que tengo que investigar...

—Sí, tu famosa expedición de la que llevas largo tiempo hablando.

—Hay una serie de cuestiones que tengo que resolver *in situ*. Las fotografías desde el espacio sirven para lo que sirven, otros datos se tienen que extraer con pico y pala y un buen espectrógrafo de masa a mano. Y te aseguré que voy a descubrir algo importante... parece mentira que no seas capaz de unir los cabos tú sola.

—¿Ves?, otra vez estamos al principio de la conversación. ¿Qué cabos hay que unir para ver qué cosa? ¿No podías hablar de una forma un tanto menos misteriosa?

Carlos esbozó una sonrisa.

—No puedo, porque si me equivoco toda esa gran vanidad presuntuosa que he ido acumulando en los últimos tiempos se desvanecería de repente.

Los dos se rieron.

—Y además soy lo suficientemente prudente para no decir algo por lo que todo el mundo me tomaría por un patán.

—Sí, sobre todo alguien que yo me sé.

Carlos gruñó.

—Sí, no me vengas con tus disimulos de que Yamia no representa nada para ti. Si estas todo el día babeando detrás de ella. Y ya te he dicho mil veces que ella es uña y carne con su jefe, Vincent, así que no te hagas ilusiones.

—A esa chica la tiene impresionada un hombre de bata blanca que cree que va a hacer tambalear los cimientos de la ciencia, con c mayúscula. No me lo creo.

Iliana se rió.

—¿Ves?, en el fondo yo creo que todo lo que haces es para impresionar a la gente, y sobre todo a esa mujer. Si te descuidas, ese empeño te va a llevar a ti de cráneo y acabarás haciendo tonterías. Un auténtico patán de instituto queriendo impresionar a la más guapa. Patético.

—La chica me atrae en cierto sentido. No lo negaré, pero tampoco influye tanto en mis motivaciones como te imaginas.

—Sí, la verdad es que creo que no es que influya tanto, es que influye por completo... si no dime, ¿no crees que resulta sospechoso permanecer todo el día con Junkel en el módulo de los astrofísicos, realizando reparaciones, mientras que no apareces por los demás ni para cambiar una bombilla?

—Oye, yo te voy a visitar de vez en cuando a tu módulo.

—Sí, soy tu refugio y el hombro sobre el que lloras tus penas. Me temo que soy la única que aguanta estoicamente tus historietas de piloto de carreras.

—Y no olvides que tienes una cafetera en tu despacho que funciona mejor que la mayoría.

Un pitido interrumpió la conversación. El intercomunicador de Iliana le avisaba.

—Vaya, es Ballack el que me llama. Vamos a ver qué ha sucedido esta vez. Me voy para el módulo volando. Hasta la vista caballero despechado.

Iliana dejó solo a Carlos, que terminó la comida con parsimonia. Últimamente se estaba tomando las cosas con más calma. Era verdad. Su estancia en Omoria estaba llegando a un punto crítico.

Aunque intentaba disimularlo, sus ansias por estar cerca de Yamia eran evidentes para Iliana. Sí, era cierto que ayudaba a Junkel en labores de mantenimiento y formaban un buen equipo, y sobre todo, que hacía lo posible por estar al tanto de las necesidades de los astrofísicos de Vincent para tener la oportunidad de encontrarse con ella. Sin embargo ese mismo truco que utilizaba para tropezarse con ella lo devaluaba ante ella. En mitad de conversaciones acerca de la consistencia del universo y de su estructura, aparecía él con el mono naranja de mecánico, sucio y sudoroso... no era una buena pinta para favorecer el interés y la admiración de la joven. Estaba claro que la vía que utilizaba no daba más de sí, algo que con lo que él no se conformaba.

Por otro lado su apuesta particular con la que se había granjeado cierto respeto de la comunidad científica de la base, su famoso estudio geológico, llevaba demasiado tiempo siendo eso, un espejismo, e Iliana, que sabía perfectamente lo que ocurría entre bambalinas, no cesaba de pincharle con ese tema. Sabía de sobra que debía recopilar gran cantidad de datos y resolver muchas de las incongruencias que le planteaba el planeta, pero eso no lo podía resolver encerrado en un despacho. Los satélites tenían sus limitaciones. Era necesario recopilar información y muestras sobre el terreno, y eso exigiría un largo viaje, estar sólo, sin posibilidad de tener contacto con nadie. La única alegría que le permitiría esa «excursión» sería la compañía de Safir, que lo tendría en exclusiva, siempre que quisiera acompañarlo, porque el animal estaba tan integrado en la vida de la base que ya empezaba a dudar si lo reconocía a él como su legítimo dueño.

Safir había crecido considerablemente aunque su espíritu seguía siendo pletóricamente infantil. Era un animal extraordinariamente ágil y activo. Trepaba por árboles o se subía a la cubierta de los módulos en un visto y no visto. Era sigiloso cuando quería, y sobre todo muy juguetón. Sin embargo era inteligente, y captaba en

seguida cuando su comportamiento era molesto, y se moderaba. Había ganado peso y envergadura, y ahora era él el que derribaba a las personas cuando alguien quería jugar. Tenía una mandíbula impresionante, cargada de dientes afilados como cuchillas, pero al igual que sus garras, sabía mantenerlas a buen recaudo cuando estaba en compañía.

Afortunadamente para Carlos no se había producido ningún incidente con ninguna persona de la base. Sin embargo Carlos temía los encuentros con Irigor. Notaba que la piel de Safir se erizaba y su musculatura se tensaba como el acero. Afortunadamente nunca hubo ningún conato de violencia en esos encuentros porque Carlos dudaba que hubiera podido contener al que ya era un animal poderoso y fuerte.

El otro aspecto que más impresionaba a Carlos de Safir era su inteligencia. Muchas veces parecía que entendía literalmente lo que quería decirle, e incluso las conversaciones entre personas las interpretaba de alguna forma, tanto por el volumen de la voz como por la entonación, y sabía distinguir una discusión de una simple conversación, sobre todo cuando el protagonista era el propio Carlos. En una ocasión que había mantenido una bronca desagradable con uno de los ingenieros fieles a Cignus en relación a la forma en la que debían limpiarse los motores de las lanzaderas, Carlos observó que de pronto el capataz palidecía y le daba la razón con voz trémula. Después cayó en la cuenta de que Safir estaba a su espalda con los ojos entrecerrados fijos en la figura del ingeniero que se alejaba, y la boca entreabierta, enseñando los dientes y emitiendo un ligero gruñido gutural, bronco y profundo. Era el vivo retrato de una fiera sanguinaria. Hasta Carlos se asustó ya que no reconoció al animal que era su mascota. Cuando dijo su nombre, Safir parpadeó y le miró con sus enormes ojos verdes y las cejas enarcadas, como diciendo, «yo nunca he roto un plato amigo».

Pero siguiendo el hilo de sus pensamientos en relación a la posible expedición que podría protagonizar y en la que públicamente se había comprometido, no sólo influía su lejanía de la base, de Yamia, y en general de toda la gente con la cual empezaba a sentirse cómodo. Lo que más le desagradaba era que uno de los pasos previos para realizarla iba a ser el contar con el visto bueno del jefe de la base, es decir su padre.

Y las relaciones con el doctor Kerk estaban bastante frías. Apenas había habido puntuales intercambios de saludos formales o conversaciones mínimas intrascendentes desde que llegaron a Omoria. Sabía por Iliana que todo el Consejo había estado más que satisfecho por su papel en la colocación de los satélites, misión que había estado a punto de ser sabotada o al menos retrasada considerablemente por Cignus, pero intuía que la decisión de no imponerle castigo por su disputa con Irigor no había sido unánime e Iliana no había logrado sonsacar a su jefe de dónde procedían las voces discordantes, lo cual contribuía al distanciamiento de Carlos respecto a su progenitor, al que achacaba un posicionamiento hostil.

Con todo, había sido un punto crítico para los científicos, que sentían con alivio que se había resuelto inesperadamente a su favor. La misión había estado comprometida por un hombre con ambiciones personales muy diferentes a las de la comunidad científica. Era cierto que el primer envite había fortalecido al consejo, pero Carlos se figuraba que habría un próximo enfrentamiento, y esa vez Cignus se aseguraría tener todos los ases en su mano. Pero de momento nadie, y menos él, que acababa de recuperar con creces su hasta entonces maltrecha autoestima, se preocupaba por tal asunto. Los científicos le estaban agradecidos por haberles ayudado a superar la crisis, pero no le iban a dar ningún tipo de medalla ni reconocimiento por el estilo. Mucho menos su padre.

Había estado tentado de pedir la recuperación de la motonave, pero era consciente que lograr la permanencia de Safir y salir sin castigo ya era más que suficiente. Además estaba casi seguro que su padre había visto todo lo sucedido como una confirmación de su carácter inmaduro y habría valorado más los aspectos negativos de lo acontecido que los positivos, y no observaría sino una suma de actitudes temerarias, caprichosas y tontas, más propias de un adolescente afortunado. En suma, estaba seguro que su padre no vería con buenos ojos nada de lo que le propusiera, por lo que en más de una ocasión en la que había preparado mentalmente la conversación probable en la que iba a solicitar su consentimiento, había acabado frustrado y de mal humor al anticiparse a las respuestas que éste le iba a dar.

Sin embargo era cierto que el *impasse* en el que se había instalado no le gustaba. Se sentía estancado, fundamentalmente respecto a Yamia. De alguna forma quería sentirse un igual a ella, a su mismo nivel de investigador, y para lograrlo parecía que todo pasaba por obtener los reconocimientos que exigía dicho *estatus quo*, y eso lo llevaba de vuelta a la expedición por Omoria.

Así que después de haber repensado una y mil veces los argumentos que podría dar y las respuestas que podría recibir, se aventuró en busca de la crucial entrevista con su progenitor sin dejar pasar una noche más. Sabía que antes de dormir solía encerrarse en su despacho, probablemente revisando el trabajo de los diversos equipos y comprobando el *planning* y las reuniones de trabajo del día siguiente, así que allí se presentó.

—Buenas noches hijo —saludó el doctor Kerk casi sin mirar cuando Carlos se coló por la puerta entreabierta de la oficina.

—¿Qué tal padre? ¿Cómo van las cosas?

—No todo lo bien que deberían.

—Ya sabes que si pudiera hacer algo...

—No, ahora mismo no hay nada que pudieras hacer Carlos.

El doctor Kerk se apartó del monitor que miraba con atención, se quitó las gafas «de cerca» y miró con fijeza a su hijo, empezándose a preguntar con más interés el motivo de la visita.

—Verás padre, me imagino que ya sabrás que he estado realizando unos estudios

geológicos preliminares de Omoria I.

—Ciertos rumores me han llegado al respecto.

—Te he enviado una copia a tu ordenador personal hace unos días. No sé si habrás tenido tiempo de echarle un vistazo.

—Sí, por supuesto, lo leí con atención. Me parece un tanto presuntuoso, pero es interesante, más que nada porque estableces muchos campos para investigar.

—No sé si te percataste que una de las hipótesis podría servir para explicar los problemas que están teniendo los satélites en sus órbitas...

—Sí, las dichosas órbitas... parece mentira que un problema tan sencillo nos esté trayendo por el camino de la amargura... pero, antes de que prosigas te diré que me parece un poco disparatada esa presunta relación... el planteamiento enigmático, ¿qué querías decir exactamente con eso de la cuestión de la «inconsistencia del sistema»?

Carlos resopló y aprovechó para instalarse en una silla libre, frente a su padre.

—No hagas caso de eso... son puras hipótesis. Por supuesto, el problema principal es que hay muy pocos datos. Terriblemente pocos datos... con lo cual el campo de las conjeturas es enorme. Precisamente por eso vengo.

—Ajá. Prosigue.

—Considero que sería muy conveniente que realizara una misión de exploración de Omoria I, a fin de obtener los datos que me faltan, por lo menos reducir el número de incógnitas. Me serviría para completar mi estudio, que pretendo presentar al doctorado de la Universidad de Grandam, al departamento de Geología Protoplanetaria. Ya tengo el visto bueno del doctor Deved. Le interesó bastante el primer avance de datos que le envíe unas semanas atrás.

—Caramba, parece que al final vas a hacerme caso. Me parece tan increíble que sigas un consejo mío que tengo una notable inclinación a pensar... ¿Dónde está el truco?

—No hay ningún truco, te lo aseguro. Simplemente no tengo alternativa. El trabajo de mecánico o ayudante de ingeniero... como comprenderás no me llena en absoluto.

—En fin hijo... dime exactamente qué pretendes entonces.

—Me gustaría partir en un par de días, tal vez una semana como mucho. Emprendería un viaje de duración indeterminada por todo el planeta, por lo menos a las áreas que más interés geológico despiertan. Ya sabes, desde localizar fallas y fracturas tectónicas, vulcanología, en fin... todo lo que pueda ser de interés...

—Vaya, vaya... me sorprendes gratamente... aunque si te digo la verdad he visto a gente que emprende investigaciones... no sé, con algo más de entusiasmo, o de ímpetu... No sé, parece que te falta espíritu... Que te falta ilusión... tú me dirás.

—Sí, no te equivoques. Por un lado tengo unas ganas enormes de completar mi estudio porque mis sospechas plantean preguntas muy curiosas sobre este planeta... Pero solo una investigación de campo podría desmentirla o confirmarla.



—¿Y no puedes adelantarme algo?

—Nada de nada. Sería ridículo discutir sobre meras intuiciones personales.

—Aja... En fin, tienes mi aprobación. Pero has de prometerme ser cauto y no cometer imprudencias.

—Sí, por supuesto. Yo soy el más interesado en regresar. En fin, me alegro de contar con tu apoyo. Gracias y buenas noches.

Ya estaba saliendo por la puerta cuando su padre le llamó de nuevo.

—Esto Carlos... Me sorprende que no hayas sacado el asunto de la motonave.

—Ah, ¿cómo medio de transporte en la expedición?

—Exacto.

—Sí, con una simple motora de carga me apañaré... Porque a fin de cuentas me imagino que la suspensión de uso de mi motonave sigue en pie.

—Por supuesto. Simplemente me sorprendió que no sacaras el tema.

—No, claro, eso habría servido para que pensaras que la expedición en el fondo era un paseo de entretenimiento y no era esa mi intención.

El doctor Kerk asintió.

—Vaya hijo, tu forma de razonar es clavada a la de tu madre. Buenas noches y que descanses.

\*\*\*\*\*

Carlos llegó a su habitación frustrado. Efectivamente, le había dado cien mil vueltas a la cabeza para intentar compaginar el uso de su motonave en la expedición geológica, pero en ninguna de sus conversaciones imaginarias había logrado perforar la férrea coraza de su progenitor. Era demasiado testarudo, y el mero planteamiento de la cuestión habría desvirtuado por completo la conversación. Tal vez su madre habría logrado desbloquear ese hermetismo. En una o dos semanas de breves conciliábulos, pero cargados de ironía y gracia, en los que conseguía desplazar el criterio del doctor unos grados, habría logrado girar el debate de tal modo que habría sido su padre el que le hubiera rogado que dedicara el tiempo a algo realmente productivo y partiera de expedición, e incluso le animara a emplear la motonave. «Por Dios, querido», le insistiría su madre de una forma u otra, «no sé como permites que tu hijo holgazaneé entre esos grasientos mecánicos barbudos y adopte sus ritos tribales y costumbres atávicas, mientras podría obtener algún fruto académico explorando este planeta y ejercitando esas conexiones sinápticas que tanto nos hemos esforzado en hacer prosperar. Incluso, por una vez en su vida daría un uso práctico de ese abigarrado artefacto al que demuestra un cariño tan exacerbado. No sé cómo no le envías tu mismo de exploración con una orden tajante y autoritaria. A veces pienso... que has olvidado que eres su padre». Y el doctor Kerk se removería inquieto en su sillón, pensando, que después de todo, Rebeca siempre tenía algo de razón, y que rebatir cada uno de los argumentos significaría al menos una ardua tarea.

De todas formas había sido demasiado duro comprobar lo que ya imaginaba, que su padre no iba a dar su brazo a torcer tan fácilmente respecto a esa cuestión. Por lo que se veía, su envidiable aparato de navegación iba a permanecer embalado unos meses más. Intentaría conciliar el sueño sin que la frustración ocupara su mente.

Partiría cuanto antes.

## Capítulo 10

*Unos meses más adelante...*

El crepúsculo vespertino en Omoria venía acompañado de muchos olores sutiles. La selva se desperezaba de un día húmedo, y la brisa fresca disipaba los vapores y traía una promesa de juvenil efervescencia nocturna, acompañada de nuevos sonidos y ritmos. El aire se llenaba con las fragancias de flores y plantas, impregnado todo él de tenues aromas apenas percibidos, como si con cada hálito que el bosque exhalaba se tratara de suspiros de una bestia sumida en un profundo sueño. Y podían entonces acariciarse por el olfato esencias tan exóticas que tenían la virtud de la perenne novedad. Era el momento del día al que Iliana esperaba con cierta melancolía, y subida al techo de uno de los barracones, encontraba su solaz en ese aislado emplazamiento, mientras contemplaba, absorta, las primeras estrellas titilantes. Esa quietud alborotada se vio de pronto alterada por un sonido que nada tenía de habitual. Eran voces humanas y parecían gritos de alarma.

A pesar de la débil luz crepuscular del anochecer muchos de los focos del exterior permanecían apagados. Las nuevas consignas de ahorro de energía conferían durante la noche un aspecto siniestro al campamento científico, que lo asemejaba a un barrio periférico de una gran urbe donde la inseguridad era la tónica. La visibilidad era escasa, y las sombras imprecisas se difuminaban en áreas de absoluta penumbra como alargados dedos de una mano tenebrosa. Cuando Iliana se asomó al borde del tejado para averiguar la causa del alboroto apenas pudo distinguir nada. Tan sólo varios hombres corrían hacia uno de los almacenes, mientras otros hacían lo propio en dirección opuesta, en una escena caótica sin sentido. Vagamente intuyó que huían de la puerta de la base que daba al exterior. Era raro que dicha puerta estuviera abierta a esas horas, pero lo cierto es que una de las hojas permanecía entornada, y merodeando junto a la puerta una sinuosa figura de aspecto felino se movía de un lado a otro, dubitativa. La distancia y la oscuridad hacían de su silueta algo borroso.

Era un animal enorme, de color oscuro, que de una forma extraña le resultó familiar. Era un bulgag, la especie a la que pertenecía Safir. Eran efectivamente depredadores, y aunque ningún miembro de la base había sufrido ningún percance con ellos, sí habían sido testigos de su portentosa fuerza y agilidad y todos abrigaban un secreto miedo por esas fieras de las que nadie quería estrenar el casillero de víctima. Los adultos llegaban a tener la estatura de un caballo pequeño, pero sin embargo se movían con el sigilo de un gato, capaces de arrastrarse por el suelo en el mayor de los silencios, realizar saltos vertiginosos y trepar por los árboles como la más pequeña de las alimañas. Sus colmillos eran impresionantes, pero su mirada no era la que cabría esperar de un depredador insaciable, sino más bien cálida, inteligente, infantil, inocente. De hecho Safir había conquistado el cariño de todos.

Parecía imposible que aquel simpático animal llegara a convertirse en un impresionante ejemplar, como el que se recortaba contra las puertas de la base. Iliana no se imaginaba acariciándolo pero el deseo del reencuentro la venció y arrastró sus pasos despacio, en su busca.

Hacía varios meses que no había visto a Safir, pero dado el vertiginoso ritmo de crecimiento del cachorro, no era de extrañar que después de unos meses más hubiera alcanzado el tamaño de un adulto. De hecho Iliana había perdido la cuenta del tiempo que había pasado desde que Carlos y Safir partieron de la base. Tal vez tres, cinco meses... era difícil saberlo cuando se había dejado de llevar la cuenta. Había sido unas semanas después de su partida cuando habían ocurrido todos los cambios. Por eso, cuando llegaron las señales de emergencia del equipo de Carlos indicando que algo iba mal, se organizaron un par de tímidas expediciones sin ningún resultado, por supuesto. Por tanto, pensar que se trataba de Safir podía ser un ardiente deseo, una infundada esperanza por la que seguramente no mereciera la pena correr ningún riesgo.

Pero ansiaba que los viejos buenos tiempos regresaran. Por ello pudo más el corazón que la razón, y llena de dudas, emprendió una marcha vacilante en dirección al bulgag, sin perder de vista la puerta del módulo que tenía unas decenas de metros a su espalda, como un temerario nadador que abandona el barco dispuesto a intentar un difícil rescate y echa una última mirada a su tabla de salvación. Cuando pensó que ya había avanzado hasta el límite de lo prudente se detuvo y gritó el nombre de Safir con fuerza.

La reacción del animal fue inmediata. Se volvió en su dirección y se encaminó hacia ella con un vertiginoso galope. Iliana comprendió demasiado tarde que había errado en el cálculo de su posible escapatoria e infravalorado la rapidez del bulgag. El animal se le había echado encima tras una carrera desenfrenada de escasísimos segundos... los dientes afilados brillaban en la semioscuridad, resplandecientes, su aliento pesado y firme parecía el de una precisa máquina de vapor, sus ojos centelleaban no sabía si carnívoramente apetentes o alegres sin más. No tendría ni siquiera la opción de esquivarlo... no había donde esconderse, y huir era ridículo. Su suerte estaba echada.

Al llegar a su altura, Iliana temblaba de miedo, no parecía posible que tal descomunal bestia fuera Safir, pero si lo era... resultaba asombroso. Y esa idea empezaba a cobrar fuerza, porque el animal no la asaltó. El corazón había vencido a la razón e Iliana suspiró llena de júbilo, como si la amenaza de una vida desahuciada hubiera quedado definitivamente descartada.

Increíblemente se sentó sobre sus cuartos traseros y le dirigió una mirada serena, y aunque resollaba y jadeaba por el esfuerzo, estaba claro que era consciente del miedo que había despertado, y de alguna manera, quería esperar a que Iliana se tranquilizara.

E Iliana miró directamente a los ojos verdes que resplandecían ingenuos, como

siempre, en la oscuridad, curiosos, interrogativos e inexplicablemente expresivos.

—¿Safir?

Y Safir emitió un agudo gemido como diciendo «¿Es que no me vas a dar un abrazo de bienvenida colega?».

Y entonces Iliana se rió y se echó al cuello del animal para abrazarlo, pero aún así sintió que era ella la abrazada y que el cariño que quería volcar en su querida mascota le era devuelto con creces por Safir a base de lengüetazos y ronroneos.

—Caramba, Safir, estás convertido en un auténtico caballo, ahora cualquiera va a jugar contigo...

Todavía peinaba con la mano el reluciente lomo azulado del animal, que permanecía sentado sobre sus patas traseras mientras se dejaba acariciar como si su vida dependiera de ello, cuando observó que algunos hombres armados se aproximaban hacia ellos con cautela. Más de uno no dejaba de apuntarlos, y seguramente si no hubiera permanecido abrazada al animal, habrían disparado sin dudar. Su actitud militar no dejaba lugar a dudas.

—Apártate mujer, este animal es un peligro, podría haber matado a alguien —entonó amenazador Cignus. Estaba fumando uno de esos cigarros confeccionado con plantas locales. El olor acre del humo le precedía.

—¿No lo reconoces?, es Safir.

—Sea Safir o no lo sea, me da igual. Es un animal peligroso, apártate antes de que te haga daño.

—Ni hablar —casi gritó Iliana, que comprendía que estaban dispuestos a sacrificar al animal en cuanto ella lo soltase.

Incluso notó que Safir comprendía que algo no iba bien. Al ver las armas, a las que debía asociar con sus recuerdos, su musculatura se tensó tanto que por un momento Iliana pensó que estaba abrazando una escultura de acero cubierta con un suave terciopelo.

—¿Qué pasa aquí? —Era la voz de Lisha que Iliana la reconoció en seguida. Ella podría tal vez poner un poco de orden.

—Lisha, es Safir. Eso significa que Carlos puede estar vivo... Es posible que haya venido en busca de ayuda para llevarnos hasta él, pero Cignus le quiere pegar un tiro. Tienes que impedirselo.

Iliana hablaba con desesperación, con una exposición casi infantil. Ni uno sólo de los rifles de pulsos había apartado su mira del animal.

Lisha pareció sopesar los pros y contras en unos largos segundos que a Iliana le parecieron extremadamente crueles. Iliana tenía la suficiente experiencia como para reconocer a una persona a la que no le gustaba tener que tomar una decisión. Habría sido más agradable encontrarse con los acontecimientos completamente resueltos a tener que pronunciarse de una manera unívoca.

—Sí, está bien... quizás sea buena idea que mañana se organice una partida con el animal, a ver si nos lleva a algún sitio. —Su voz no pudo ser más displicente e

inexpresiva.

Cignus gruñó.

—Una pérdida miserable de tiempo —le reprochó.

Lisha le miró en silencio, y sin intercambiar más palabras se giró y se fue.

—Pero Lisha, deberíamos partir ahora mismo... con un simple transporte y alguien que me llevara podría salir yo misma... suplicó.

—Está bien, está bien... pero si consigues a alguien que se arriesgue a salir de noche. Mañana sería más seguro.

Cignus se volvió y murmuró algo por lo bajo mientras se retiraba. En pos de él fueron sus acólitos e Iliana se quedó sola con Safir.

—¿Safir, tú sabes dónde está Carlos?

Iliana no esperaba una respuesta especial, pero evidentemente Safir sabía que se refería a su amo, porque inmediatamente se encaminó hacia la puerta de la base y miró a Iliana, en un gesto claro que indicaba que debía seguirla.

Iliana se frotó las manos con desesperación. Ella sola no podría ir. Si Carlos estaba herido o moribundo no podría hacer nada por él. Necesitaba un acompañante y un transporte... tenía que ser alguno de los ingenieros, los únicos que sabían defenderse con los todoterreno y la selva omoriana.

La base estaba sumida en una inexplicable apatía desde hacía varios meses. Parecía que los cambios habían dejado a todos en un limbo de indiferencia, absortos en sus preocupaciones científicas, impertérritos ante el cúmulo de circunstancias que los estaban arrastrando al caos. Le parecía imposible que las únicas personas que aún mantenían un interés vivo por hallar a Carlos fueran su propio padre y ella misma. Ella, que había jurado en su fuero interno no volver a prestar atención a ningún ser del sexo opuesto, se había dejado arrastrar a una amistad que nunca hubiera deseado, que jamás habría querido, que fríamente planteada le habría repugnado o incluso asombrado, dada su firme determinación a vivir una existencia solitaria sin mayores compromisos. Y ahora ¿era la única persona con arrojo capaz de aventurarse en pos del paradero de Carlos? Era una locura. Una locura indeseable por completo, pero no pensaba mirar para otro lado mientras una vida pudiera estar en juego. Era eso y el recuerdo de meses atrás, el único periodo de su vida de los últimos años que no podría juzgar honestamente de sombrío.

Media hora más tarde partía en la oscuridad una curiosa comitiva, encabezada por un Safir que se movía inquieto de un lado para otro, instando a acelerar la marcha constantemente, y un vehículo de carga con cabina para dos personas y un depósito donde Iliana había puesto de todo, desde mantas, medicinas, alimentos... Contaba con la ayuda de Junkel, que se había pasado maldiciendo todo el rato, y aunque voluntarioso, se notaba a la legua su malestar interior. Seguramente intuía que ese afán para localizar a Carlos no pasaría desapercibido a Cignus, ni mucho menos a Irigor. Y a su jefe directo le encantaban las represalias, disfrutaba con las pequeñas y

constantes venganzas como un crío se divierte torturando un insecto.

\*\*\*\*\*

La marcha resultó muy incómoda, la selva no estaba atravesada por caminos. Multitud de arroyos y parajes pantanosos se intercalaban en un diabólico laberinto de trampas y rodeos. En muchos de ellos la suspensión gravitonal del transporte les permitía pasar sin problema, pero cuando el terreno era demasiado fangoso o la profundidad del agua excesiva era necesario dar media vuelta y buscar otro punto para vadear. Esas situaciones desesperaban a Iliana, que veía correr el tiempo inútilmente sin lograr avances visibles. Pero en el transcurso de la noche cada vez fueron menos frecuentes estas circunstancias y le pareció que la travesía discurría por parajes secos y despejados. Se preguntaba si Safir, comprendiendo las limitaciones del transporte y adaptado a las circunstancias impuestas, realizaba ahora una ruta desprovista de obstáculos insalvables.

Nunca se había alejado demasiado de la base. La ocasión representaba su excursión más osada, y encima la acometía de noche en compañía de un hombre que, aunque le parecía buena persona, apenas conocía. Si había elegido al barrigudo amigo de Carlos era precisamente por eso, porque recordaba que era habitual verlos juntos, y de alguna manera ese llevarse bien que tenían entre ellos debía pesar a su favor en un momento tan crítico. Recordaba de otras ocasiones en las que Carlos había tirado de la sucia manga de su amigo. Y tampoco había fallado en esta ocasión. En cuanto contó a Junkel lo que ocurría, el hombre puso cara de «no cuentes conmigo para eso». Pero sin embargo dijo todo lo contrario. Parecía que Junkel sabía hacer de tripas corazón con facilidad. Era de esas personas que saben seguir la brújula de su conciencia aunque su fisonomía no tenga la apostura de un héroe ni su carácter trazas aventureras.

—Esperemos que no sea más que un susto y Carlos este sano y salvo —comentó Junkel, al que le incomodaba tanto silencio. La conducción no era su fuerte y el abrirse camino ariscamente entre la maleza, descubrir baches insospechados y sufrir bochornosos parones en seco, no le proporcionaban ninguna sensación de divertimento, sino más bien el penoso sufrimiento del que ha cambiado unas jarras de cervezas con los amigos por una emergencia desagradable.

—¿Te puedes creer que Lisha propusiera hacer la búsqueda mañana? —dijo Iliana todavía enfurecida con la reacción de la doctora.

—¡Bah!, los científicos siempre igual, con la cabeza en las nubes... así nos va. El pobre muchacho puede estar muriéndose pero a ella, como si nada.

—Sí, además está Cignus. Ese sí que es un elemento de cuidado. Si fuera por él no enviaba a nadie.

—Tiene a Carlos entre ceja y ceja. La verdad es que si yo fuera él no sé donde me sentiría más seguro, si en la base o en la jungla.

Iliana se quedó pensativa. La cierto era que a Carlos no le iba a esperar un caluroso recibimiento, a excepción de su padre, por supuesto.

—Y este Safir está hecho un auténtico tigre. Es enorme... ha sido un milagro que Cignus o Irigor no le disparasen según lo tuvieron a tiro.

—No te creas que les faltó ganas. La suerte fue que yo lo vi primero. Puedes creerme. Menos mal que se me ocurrió abrazarlo.

—¿Lo abrazaste? —Junkel le dirigió una mirada furtiva de admiración—. Debes estar como un cencerro. A ese animal no le acerco yo la mano ni aunque me prometan que mañana me llevan de vuelta a casa.

—¡Si es tan cariñoso e inocentón como cuando era pequeñajo!

—Me acuerdo de cuando era un trasto ambulante. Tenía todos los pantalones descosidos... no paraba de morderme la pernera el muy villano. Mira que me lo pasaba bien con él... —Junkel resopló mientras sonreía— supongo que se habrá olvidado de mí... o por lo menos espero que no le dé por repetir los juegos. Ahora de un mordisco me dejaría sin pierna.

—Sí, es increíble lo que ha crecido en este tiempo.

A Iliana le costaba mantener el dialogo vivo. La preocupación y la urgencia le hacían doloroso mantener una conversación frívola, por lo que los ulteriores esfuerzos de Junkel por mantener una charla morían en los escuetos monosílabos de ella, a pesar de que se sentía obligada a hacer el viaje lo más agradable posible a quien tanta molestias se estaba tomando. Sentía que toda la responsabilidad de aquel rescate pesaba exclusivamente sobre sus hombros. Incluso el doctor Kerk, sumido en su profundo disgusto profesional, parecía haber revivido unos instantes cuando Iliana le había comunicado unas horas antes que todavía había esperanzas. Pero dado su estado era mejor dejarlo al margen del rescate, habría supuesto seguramente más un estorbo que una auténtica ayuda.

El vehículo circulaba entre la maleza con un zumbido relativamente discreto, pero con frecuencia pasaba sobre arbustos y helechos que crujían con estrépito, alertando a multitud de animales y provocando el caos en su lento avanzar. La cabina se movía de aquí para allá, a capricho de un terreno lleno de altibajos, con lo que la marcha ni siquiera era cómoda y tranquila. Cada cierto tiempo era necesario detenerse porque no había rastro de Safir y debían aguardar un rato a que el animal apareciese de nuevo para indicarles el camino. Así, aunque habían avanzado durante toda la noche, la alborada les sorprendió sin haber recorrido una excesiva distancia. No tanto como le habría gustado a Iliana.

Hicieron una pausa al amanecer en un pequeño promontorio desde el cual se vislumbraba un extenso valle, salpicado de lagunas, árboles frondosos y manadas de grandes herbívoros que se movían con parsimonia pastando los brotes más verdes de las ramas. En el cielo bandadas de pájaros moteaban el amanecer teñido de rojo como nunca antes había visto Iliana en aquel planeta. Por primera vez, a lo lejos, divisaba una línea del horizonte que no fuera la cercana y tupida arboleda que rodeaba la base



científica. La deslumbrante belleza de un mundo por descubrir se abrió paso cegando la conciencia de Iliana. Hasta la fecha la vista opresiva de la selva y sus inmediaciones no le habían comunicado más que un paisaje extraño lleno de penumbras y peligros. Ahora cobraba vida ante sus ojos un espectáculo fascinante y por un momento deseó encontrarse sola sobre aquel cantil, sin límite de tiempo, y disfrutar de la paz que comunicaba la belleza virgen de aquella visión, de aquel ecosistema intachable, hasta la fecha no hollado más que tal vez por unos pocos seres inteligentes, los únicos capaces de destruirlo por completo. Tomó conciencia que no eran sino unos descubridores abandonados a su suerte en un mundo extraño, el regalo de una aventura que contados humanos podían vivir y sin embargo su obsesión enfermiza de su estudio científico les estaba privando de una felicidad que parecía al alcance de la mano, allí mismo extendida como un banquete recién servido que espera sus comensales, dispuesta como cuando Dios abrió las puertas del paraíso a Adán y Eva.

El aire era fresco y en el cielo límpido no se divisaba ni una sola nube en todo el firmamento. De hecho esa observación ya se la había hecho Carlos en más de una ocasión. «Un tema recurrente en él, casi tanto como el mundo de las carreras» suspiró Iliana recordando las parafernalias dialécticas de su amigo sobre el tema. Cuando abordaban sus famosas anomalías de Omoria I, él aludía al misterio del ciclo del agua. Esa era una de las cosas que quería descubrir en su expedición. El agua era abundante en el planeta. El paisaje que se extendía ante ella lo probaba. Sin embargo la ausencia de nubes indicaba que el habitual ciclo de evaporación y condensación no se daba. En cualquier caso poco le importaba ahora esas bagatelas y si Carlos había encontrado la solución o no.

En el descanso, mientras desayunaban, Junkel hizo un supremo esfuerzo por acercarse a Safir. Pronunció tímidamente su nombre, mientras permanecía sentado con las piernas cruzadas, con el plato del desayuno entre las manos. El animal le miró interrogante y se le acercó de un par de prestas zancadas. A Junkel le cambió la expresión al sentir la presencia tan cercana del extraordinario animal y lo que era la simple intención de darle un bocado de su comida no le pareció tan buena idea.

Con gesto tímido y los ojos cerrados con fuerza, extendió la palma de la mano como el domador que mete la cabeza en las fauces del león por primera vez. Unas galletas, las favoritas de Safir cuando era cachorro, se mostraban expuestas para que las tomara. Sin embargo el brazo temblaba tanto que le resultó un tanto complicado al animal cogerlas limpiamente. Cuando terminó olisqueó la mejilla de Junkel, por un momento parecía que le iba a propinar un lengüetazo de agradecimiento, pero finalmente frotó su cabeza contra la espalda del hombre.

Iliana que había contemplado toda la escena boquiabierta rió con ganas.

—Dios mío Junkel, ya puedes abrir los ojos y retirar la mano. Parece que te has quedado de piedra. Y tú, Safir, ven aquí.

El animal se volteó, de un saltó se plantó a su lado y se tumbó acurrucado junto a

ella, como hacía cuando era cachorro. Iliana lo abrazó y le pasó la mano sobre la cabeza y el lomo, caricias que a Safir evidentemente gustaban. Entrecerró los ojos y se estiró sobre el suelo dócilmente.

—Ves Junkel, si es el mismo Safir cariñoso y juguetón que recuerdas, pero un poquito más grande.

—¿Un poquito más grande? Pero si parece un caballo. ¿Has visto los dientes que tiene?

—Sí, pero son para defendernos a nosotros, ¿verdad Safir?

Safir gruñó al sentirse aludido. Parecía susurrar «por supuesto».

Cuando reanudaron la marcha se sintieron incluso más agotados que antes del descanso. Toda la noche sin dormir les iba a pasar factura. Iliana se sentía febril, con el cuerpo lento de reflejos y la cabeza embotada. Además conforme el sol iba ascendiendo hacia el cenit, la humedad de la selva se hacía más incómoda, el aire se espesaba y la piel adquiría una apariencia aceitosa. El vehículo no incorporaba ningún tipo de climatizador. Pero ahora el camino era más despejado y avanzaban mucho más rápido.

En las instalaciones de la base Iliana era de las que siempre se había sentido cómoda dentro de los módulos. Sin embargo, con la aparición de Safir y la circunstancia de que el cachorro no entraba en las dependencias humanas, había cambiado sus costumbres en gran medida y poco a poco fue aclimatándose a la humedad medioambiental de Omoria, y a prestar más atención a la selva que le rodeaba, a sus animales e insectos. Así que cuando escasas semanas atrás se había dado orden de suspender los equipos de climatización, a excepción de unos pocos, a fin de ahorrar energía, ya estaba acostumbrada a esa humedad que siempre mantenía la piel ligeramente brillante por el sudor. Los problemas técnicos se empezaban a acumular, y las comodidades más superfluas se hacían prescindibles, por lo que los habitáculos climatizados empezaban a ser cosa del pasado. Habían cambiado demasiadas cosas en los últimos tiempos y a Iliana no le habían gustado, como a la mayoría, pero todos se miraban entre sí desconfiados, esperando quizás que un imprudente diera el primer paso e iniciara algún tímido movimiento de protesta. Por lo menos el regreso de Carlos y Safir a la base, si bien no serviría para ello, quizás podría contribuir a aliviar el peso del trabajo, cada vez más agobiante debido al cúmulo de fallos en las observaciones. Las expectativas previas al desembarco sobre lo que iba a ser la vida en Omoria habían quedado completamente frustradas. El ambiente cordial entre colegas se había ido disipando poco a poco a medida que la presión iba *in crescendo*. Y para colmo en los últimos tiempos se había añadido la preocupación adicional por la suerte de Carlos y Safir. Desde que llegara el aviso de emergencia sólo ella y el doctor Kerk habían intentado movilizar a la gente. A duras penas lograron una expedición de rescate, que cumplió patéticamente con el expediente y que por supuesto fue un rotundo fracaso. Los científicos parecieron

conformarse con sospechar un fatídico desenlace y confirmar que la cerca electrificada era la frontera entre la vida y la muerte. De Cignus y sus secuaces no se podía esperar más que la apariencia de un insultante disimulado empeño.

Iliana aún repasaba mentalmente la vida de los últimos meses cuando de improviso observó que Safir permanecía quieto, unas decenas de metros por delante, junto a una figura humana que permanecía sentada en el suelo, apoyada la espalda contra el tronco de un árbol y la barbilla hundida en el pecho. No sabía si era esa la imagen que esperaba encontrar pero de pronto comprendió que era como si un mal sueño que hubiera tenido se materializara de pronto. Llevaba meses esperando una estampa como aquella y por fin, de una vez, rasgaba el velo que le impedía llegar hasta esa realidad.

—Junkel, ¡mira!

—Ya veo, ya veo.

Y antes de que Junkel detuviera el vehículo Iliana ya había saltado y corría hacia donde yacía Carlos.

Su aspecto era muy distinto del que recordaba. Las ropas le quedaban grandes. Si bien Carlos era de complexión atlética, se veía que había perdido gran parte de su musculatura, e incluso la cara tenía los rasgos más afilados, las mejillas más hundidas delataban la pérdida de peso y una evidente debilidad. Ni siquiera una desordenada barba y bigote disimulaban el rostro demacrado y las cuencas de los ojos, oscuros pozos, aumentaban su aspecto cadavérico. Pero lo que más preocupó a Iliana fue la piel extremadamente pálida y el aspecto febril de su mirada inesperadamente viva, como si la única llama de su existencia se concentrara en las dos ardientes teas de sus pupilas. Su frente ardía de fiebre y a pesar del calor, su cuerpo se agitaba con temblores intermitentes, espasmos de un alma que luchaba por escapar de su cárcel de carne y huesos. Sus labios estaban resecos y era incapaz de fijar la mirada en nada. Parecía que intentaba decir algo, pero la lengua hinchada hacía incomprensibles sus palabras.

Junkel llegó con las medicinas y agua, y poco después acomodaban con mantas a Carlos en la parte de carga del vehículo y se le inyectaba un suero conforme las instrucciones que habían recibido del cuerpo médico para una eventualidad como aquella. Mientras Junkel maniobraba y emprendía el regreso a la base, Iliana permanecía al cuidado de Carlos. Ambos rescatadores estaban preocupados y sobraban las palabras de aliento entre ellos porque a la vista estaba cual era la situación del moribundo.

La marcha de vuelta se hizo lenta y pesada. A menudo la cara de Safir, mitad preocupada mitad curiosa, asomaba por la parte posterior del vehículo, donde la ventana permanecía abierta, para tener constancia directa del estado de Carlos. Iliana se daba cuenta de que el vínculo entre ambos debía ser muy fuerte. Safir demostraba un afecto y una preocupación evidente, y no se contentaba con que su amo estuviera a salvo, parecía querer participar mucho más activamente en su cuidado. Se diría que

hasta que no estuviera plenamente recuperado no iba a dejar de estar pendiente de él. Era un animal enternecedoramente fiel.

Durante las primeras horas el estado del enfermo seguía siendo preocupante. La fiebre no bajaba y los temblores no cesaban. Sin embargo, cuando Iliana ya empezaba a desesperarse, las medicinas parecieron iniciar un tímido efecto, y tras dos horas de sudores y beber moderadas tragos de agua, el semblante de Carlos adquirió una apariencia más serena y el contacto de la piel de su frente parecía más fresco.

Cada poco tiempo Carlos solicitaba la botella de agua, y así ingería pausados sorbos tras los cuales suspiraba largamente como si su cuerpo recibiera la vida que había estado a punto de escapársele. Era evidente que algún problema había tenido con los aprovisionamientos que se había llevado, pero ya habría tiempo más adelante para que contara su historia. En la base la enfermería esperaba lista para cuando llegasen, ya que Junkel, previsor, había comunicado que se dirigían de regreso y que sería necesaria atención médica para Carlos. Tras unos días de cuidados estaría como nuevo, se decía Iliana.

En un momento determinado que pareció tener completa lucidez, Carlos la miró serenamente y le cogió la mano con la suya, cálida y sarmentosa, pero aún así fuerte, espejo de la tenacidad de su dueño.

—Lo he descubierto —dijo con voz ronca— lo he descubierto... es increíble... tenía razón con Omoria... Mis teorías de Omoria eran ciertas... Y lo he descubierto.

—Calma Carlos, nadie te va a quitar ese descubrimiento. Cuando lleguemos a la base y te encuentres mejor ya me lo contarás todo.

Carlos la miró un tanto enigmáticamente, y tras mantener la mirada de Iliana unos segundos, dejó que sus ojos se cerraran y se sumió en un profundo sueño. Sin embargo su boca esbozaba una sonrisa.

## Capítulo 11

La recuperación de Carlos fue más lenta de lo que a Iliana le habría gustado. Aunque Carlos estaba fuera de peligro, no habían cesado sus inquietudes ni mucho menos. Un nuevo inconveniente había surgido y se veía venir que en adelante sería su nueva fuente de problemas, por lo que el alivio por la solución de un mal mayor se ensombrecía con sus inesperadas consecuencias. Se había corrido rápidamente la voz de que Safir merodeaba en los alrededores de la base y eso había sido todo un acicate para Irigor, que cargaba con su arma día y noche, a la espera de tener una oportunidad de probar puntería y evidenciar una vez más que su corazón se pudría de odio. Iliana no obstante no tenía problema en dar con él cada vez que salía al exterior de la base, Safir salía de entre las sombras tan pronto pronunciaba su nombre. En sus encuentros se había esforzado en hacer entender al bulgag que sería peligroso acercarse demasiado a la base, en especial cuando el equipo de ingenieros que portaban armas estaba al acecho. Y Safir parecía entender que había algún peligro, como si el ansia asesina de los esbirros pudiera olerse a gran distancia. Aún así a menudo Iliana escuchaba aullidos en la selva que delataban al animal, y se aproximaba furtivamente al exterior para tranquilizarlo.

—Unos días más y quién te vendrá a visitar será el propio Carlos. No te preocupes que él está bien. —Le decía para tranquilizarlo mientras le acariciaba el lomo.

Y así transcurrió una semana, Iliana siempre vigilante de que sus salidas al exterior fueran lo más furtivas posibles. Era frecuente ver a Cignus e Irigor con sus fusiles al hombro salir a realizar alguna de sus cacerías. En esos momentos Iliana se preocupaba mucho por la suerte de Safir, y cada vez que lo veía le intentaba explicar con mímica, palabras y todo aquello que creía que podría comprender Safir, lo peligrosa que eran las armas en manos de aquellos hombres. Aunque intuía que Safir sabía de sobra a qué se refería.

También visitaba a Carlos, que estaba acompañado por su padre la mayor parte del tiempo. Comprendía que las frecuentes visitas la estaban convirtiendo en una proscrita dentro de las reglas no escritas que desde hacía tiempo imperaban en la base, unas leyes que habían mantenido al resto alejados de la familia Kerk como si de nuevos apestados se tratasen. Sin embargo su amigo seguía sumido en la semiinconsciencia y mientras la medicación hacía su efecto no tuvo la lucidez suficiente para mantener una conversación convencional. Así se veía ella impelida, por una voluntad más poderosa que sus impetuosos razonamientos, a tomar partido por una causa de la que no quería ser defensora, pero aún permanecía en ella ese anhelo de justicia, tan juvenil como idealista, que creía marchito y extinguido años atrás, el mismo que le había obligado a huir de su mundo y embarcarse en aquel navío de incierto destino. Había sobrevivido después de todo, y allí estaba de nuevo, ese mismo carácter indómito y desafiante, empujándole a obrar en contra de su

sentido común y de lo que la prudencia le susurraban todas las noches, cuando intentaba conciliar el sueño. Esta vez parecía que tomaba partido por el bando correcto.

El enfermo intentó muchas veces expresar, con cierta vehemencia, la importancia de un descubrimiento sobre Omoria que había realizado. Iliana se veía en la obligación de tranquilizarlo y convencerle de que ya habría tiempo suficiente para hablar y relatar sus aventuras, convencida que no era más que otra fase más de la enfermedad, que incluía el delirio febril mezclado con el habitual prurito de Carlos por los temas que rondaban por su cabeza. Los médicos le aconsejaban que no le diera conversación, porque lo que necesitaba era descansar. Había sufrido una fuerte deshidratación y desnutrición. La causa de las fiebres se debía a una infección de origen desconocido, pero seguramente derivada de beber agua sin tratar por la depuradora de su equipo móvil. En cualquier caso los síntomas de la enfermedad remitían y esperaban que en breve se recuperara por completo.

Así finalmente, una mañana, al igual que días anteriores, Iliana acudió a visitar a Carlos después del desayuno y antes de presentarse en su puesto, y para su sorpresa lo encontró incorporado y comiendo con apetito un desayuno espléndidamente surtido. Se había despojado de sondas y sueros y su mirada era clara y natural. Parecía que las turbadoras dolencias habían quedado atrás.

—Caramba Iliana, por fin vienes a verme, me tenías abandonado.

Al parecer Carlos había perdido algunos kilos, pero no su buen humor, pensó Iliana.

—Debería tenerte abandonado por completo, y tu padre también, que ha estado pendiente de ti todos estos días. Nos has dado un buen susto.

—Ya me imagino... lo que no entiendo es porque tardasteis tanto en localizarme. Activé la baliza de emergencia del transporte... y no apareció nadie... Al final tuve que abandonarlo, averiado y sin energía, y regresar a pie... Gracias a Safir me imagino que me localizasteis.

—Gracias a Safir, por supuesto. Está hecho un espléndido ejemplar. ¡Qué susto me dio cuando apareció por aquí!

—Ah, Safir. ¿Dónde está? Me gustaría saludarlo. No te puedes ni imaginar lo listo que es ese bicho. Esta hecho todo un ayudante de geología... En fin, ¿por qué te pones tan seria?

—Por nada Carlos... es que Safir está fuera de la base...

—¿Qué pasa? ¿Ha salido a dar un paseo?

—No, no es muy conveniente que esté aquí dentro... ha habido algunos cambios...

—Caramba. Sí que te has puesto seria.

—Sí, precisamente he estado muy preocupada por Safir, porque no quería que ningún bruto de los que tenemos aquí se le ocurra dispararle por diversión.

—Vaya, ya veo que han cambiado las cosas. Cuando yo me fui Ballack había

conseguido que les quitaran las armas a esos desgraciados y se proscribieron las partidas de caza y expediciones similares. No entiendo...

—Para empezar te diré que Ballack desapareció.

—¿Desapareció? ¿Tan simple como eso?

—Tal como te digo, un buen día nadie supo más de él.

—¿Y qué paso?

—Tu padre se puso como loco. Ballack era uno de sus puntos de apoyo, junto con Vincent, en el Consejo. Así que movió tierra y cielo para localizarlo, organizó expediciones, y él mismo salió en su búsqueda... porque claro, quienes organizaban las búsquedas eran Cignus y su gente, y no ponían mucho entusiasmo en localizar al que era su mayor antagonista.

—La verdad es que el panorama no pinta nada bien... no me imagino a mi padre pateando la selva... Él no es de los que le gusta el trabajo de campo.

—Se sospechaba que había salido a dar una vuelta y debió tener algún percance o ser atacado por algún animal... y según Cignus ese debió de ser su fin. Él sostuvo la tesis que salir sin armas era una locura y que lo más probable es que fuera el almuerzo de algún bulgag hambriento. Así que la desaparición de Ballack trajo consigo ese inesperado doble beneficio para él... no sólo pierde a su peor enemigo sino que se autorizaron de nuevo sus salidas armadas.

—Vaya...

—Eso no fue todo. Unas semanas más tarde destituyeron a tu padre como jefe de la expedición.

—¿Qué?!

—Lo que oyes.

—¿Cómo puede ser eso! Llevaba toda su vida elaborando su teoría de saltos gravitacionales intergalácticos y preparando esta expedición. No lo entiendo.

—Sí, una maniobra orquestada por Lisha... menuda arpía. Lo más increíble es que ese Vincent, en quien tu padre confiaba tanto, la secundó. Al parecer Lisha no se conformaba con un papel secundón en este descubrimiento, y se alió nada más ni nada menos que con Cignus para reforzar su presidencia en el consejo.

—¿Cignus? —Carlos que había ido asumiendo un rostro más serio e inescrutable miró a Iliana de hito en hito.

Aunque Iliana había tratado de evitar dar malas noticias a su amigo, ahora que se le veía plenamente recuperado tenía esa penosa obligación. Quería hacerlo antes de que metiera la pata, abandonando la enfermería e introduciendo tontamente a Safir dentro del recinto, o cualquier otra cosa que antes le habría parecido natural, ahora podría ser causa de un desagradable choque con Lisha, pero sobre todo con Cignus, que no se empachaba de decir que se la tenía jurada. Su única duda era si las malas noticias podrían haberse administrado como si fuera un medicamento muy agresivo, con dosis muy pequeñas, pero resultaba imposible proporcionar la primera sin administrar las restantes. Parecía que el cometido de su conversación era cercenar el

desparpajo y entusiasmo de Carlos, y ese papel le repugnaba.

—Sí. Cignus presentó una recusación contra tu padre. Alegó que se estaba gestionando mal la base. Muchos equipos estaban averiándose, no se estaban asignando los recursos según un criterio más eficiente, es decir, según «su» criterio. Y sorprendente el consejo aceptó estudiar el tema, para desconcierto de tu padre, que seguramente pensó que aquello era el mundo al revés... ¡el responsable de los equipos técnicos le pedía cuentas a él!, si precisamente Cignus era quién debería estar presentando su dimisión. En un abrir y cerrar de ojos estaban votando la destitución del doctor Kerk y el nombramiento de Lisha al mando de la base. Todo expresado con las palabras más cordiales y afables que puedas imaginarte, por supuesto. Evidentemente todo bien orquestado y planificado. Los apoyos de tu padre ya estaban socavados en secreto antes de la reunión y todo lo acontecido no fue sino una representación teatral muy bien ensayada. Lisha y Cignus, ¡menuda pareja son!

La expresión de Carlos se ensombreció progresivamente. Iliana sabía que la noticia no le iba a sentar bien, pero no hasta el punto de que le afectara tanto.

—¿Cómo está mi padre? —Su voz ahora sosegada le hacía parecer ausente.

—Si te digo la verdad, mal. Lo veo trastornado. Es como si le hubieran robado el alma.

—Esto es terrible. No pienso permitir que quede así... pero sígueme contando.

Iliana se sorprendió de la intensidad de las palabras de Carlos porque siempre lo había visto como un chico un tanto irresponsable, listo e inteligente sí, pero no le tenía por una persona constante y tenaz, incapaz para el más nimio de los compromisos. Parecía siempre más dispuesto a las emociones fuertes y una buena diversión antes que a un trabajo correctamente finalizado, y la rotundidad con la que le habló no parecía propia de él. De hecho su reciente viaje a través de Omoria no sabía muy bien qué había sido, sí un auténtico arrebató de vocación investigadora, o un capricho de aventura y diversión un tanto arriesgado. En su interior siempre se había inclinado por esto último pero se resistía a considerar que se había equivocado al juzgar a Carlos tan frívolo.

—¿En qué piensas Iliana? ¿No hay nada más?

—Ah sí, por supuesto. Ahora Cignus está en el consejo.

Carlos no dijo palabra, pero su expresión parecía volver a inquirir una nueva explicación de cómo había sucedido tal cosa.

—Sí, el consejo valoró que era necesario un puesto de más responsabilidad para el ingeniero, a fin de cuentas sin medios técnicos no hay investigación que valga. Por supuesto la resolución en contra de las cacerías, las armas y todo lo demás, quedó derogado en el acto. Visto con el tiempo está clara cuál fue la jugada. Primero él ayudó a Lisha y más tarde ella le devolvió el favor. Son un buen par.

Carlos resopló.

—Y todo esto sin Ballack, claro.

—Sin Ballack, por supuesto... aunque a mucha gente le ha sentado como un tiro



todos estos cambios, pero, claro, a ver a quién se le ocurre rechistar. Lisha es una mujer de armas tomar y ahora la mayoría ha tomado partido por la ley del silencio y el reglamento de las menores complicaciones posibles. Se rumorea que los más reacios a estos cambios tuvieron desagradables charlas con Cignus y su gente y bueno... creo que parecemos un rebaño de ovejas con unos cuantos perros pastores enseñando los dientes alrededor.

—Sí, ya me parecía a mí que Lisha no era una mosquita muerta precisamente. — Carlos suspiró largamente—. Esto cambia todo por completo.

—Sí, me temo que sí.

—Oh, pero tú no me entiendes, esto cambia todo lo que he descubierto.

—Es verdad, al final ni te he preguntado por tus descubrimientos... ¿Al final determinaste el ciclo famoso?

—¿El ciclo?

—Sí, por supuesto, el ciclo del agua. Antes de partir era una de las cosas que más te interesaban.

—Ah... eso... sí, claro —Carlos parecía ausente de nuevo. Iliana lo atribuyó a la desorientación producida por las nuevas y respetó su silencio durante unos breves segundos.

—En fin Carlos, tengo que ir a mi puesto. Seguimos teniendo unos problemas terribles con los satélites. Ahora es Lisha quien nos supervisa, y esa mujer es un ogro auténtico. Nadie le quiere dar las malas noticias... imagínate los días que tenemos allí.

—Ya, ya...

Iliana ya se iba cuando Carlos la llamó una vez más.

—Oye, entonces, Safir, ¿qué hago para localizarlo?

—Basta con salir y alejarse un poco de la base. Yo lo llamo y en seguida aparece.

Carlos sonrió y asintió. A pesar de que sus ojos parecían un tanto más apagados, su sonrisa era tan segura y atractiva como la que ella recordaba.

—Muchas gracias por todo Iliana.

\*\*\*\*\*

Iliana tuvo un día de perros. Tal y como le había dicho a Carlos, Lisha no dejaba en paz a su equipo, el encargado de las órbitas de los satélites. Era necesario reorientarlos cada poco tiempo, algo absolutamente imprevisible en teoría, ya que una vez colocados en su sitio, ¿cómo es que se desplazaban fuera de su órbita? Algunos dejaban de transmitir y se perdían datos cruciales, con lo que era necesario reiniciar el proceso desde el principio. En vez de haber conseguido una retahíla de información constante que sirviera para armar un modelo, estaban consiguiendo piezas sueltas de un puzle imposible de armar, y el mal humor de Lisha se estaba contagiando a todo el mundo.

Afortunadamente la mañana transcurrió sin demasiadas incidencias. Todos centrados en sus monitores y sin rechistar, habituados a un constante proceso de revisión que tendía lentamente a evitar los insidiosos vacíos de información, y Lisha desde el antiguo despacho de Ballack, pendiente cual perro guardián de que los micro ajustes que cada operador iba realizando fueran correctos.

Antes eran frecuentes las reuniones entre los miembros del equipo de seguimiento para determinar la causa de las variaciones de los satélites. Iliana sabía que un hallazgo era inminente, pero la irrupción de Lisha como jefe de expedición y las broncas con las que les acusó a ella y sus compañeros de realizar mal su trabajo, acabaron con el espíritu de colaboración. Las teorías tendentes a determinar la causa de los problemas orbitales se quedó en el cajón del olvido. Iliana y sus compañeros sabían que estaban parcheando un problema sin hallar la causa que lo provocaba, y le maravillaba que la ambición de Lisha no le hiciera ver lo urgente de descubrir esa causa. A Lisha esa cuestión le traía sin cuidado y nadie se atrevía a plantarle cara. Esa era la naturaleza del género humano, el sometimiento servil a la autoridad.

Así que el día transcurrió de una manera intensa pero monótona. Apenas pudo hacer un descanso para comer al mediodía, y las charlas con sus compañeros de módulo fueron meramente laborales, de carácter puramente científico. Y aunque tenía ganas de visitar a Carlos y charlar con él para que le relatara sus aventuras y descubrimientos, su concentración no le permitió entretenerse con esas bagatelas hasta que llegó la hora del atardecer y el personal se fue a descansar.

Entonces tomó algo de fruta y se la llevó a la enfermería para ver si podía tener una conversación más tranquila con su amigo.

Allí se lo encontró en compañía de su padre. Ambos estaban en silencio, se notaba que habían conversado largo tiempo. El doctor Kerk permanecía hundido, más que sentado, en una butaca que se había traído de algún sitio. En los días anteriores sólo había en la habitación un par de sillas bastante incómodas.

Carlos presentaba un aspecto muy mejorado. Se había cortado el pelo, y se lo había dejado tal y como lo llevaba anteriormente, aparecía correctamente aseado y afeitado. La piel había recobrado su color natural, aunque tenía un tono más bronceado, incluso en el pecho, que podía observarse por la camisa de enfermería que llevaba desabrochada, y los únicos vestigios de su reciente aventura seguían siendo sus facciones más marcadas, pero eso le confería un aspecto aún más atractivo, una curiosa combinación de veteranía y juventud.

—¿Qué tal? ¿Cómo está el paciente? —saludo Iliana.

—Muy bien —repuso Carlos sonriente—. Ya mi padre me ha puesto por completo al día. Le he intentado animar pero no confía en mí.

—¿No confía en ti? ¿Respecto a qué?

—Digamos que he hecho una serie de interesantes descubrimientos en este planeta. Podríamos decir que es bastante peculiar...

—Sí, hijo... —terció el doctor con mirada inexpresiva, ausente— pero por más

que me insistas no veo la manera en la que una mera investigación geológica pueda eclipsar al descubrimiento de un medio de viajar entre las galaxias. La confirmación de mi teoría sería el mayor descubrimiento de la humanidad en muchos siglos.

El doctor hablaba con voz abatida, llena de cansancio. Parecía que el debate los había ocupado por muchas horas, y que la ilusión y la fe de Carlos en su particular descubrimiento no conseguían animar al padre.

—En fin muchachos. Me imagino que tendréis cosas que hablar. Yo ya estoy cansado por hoy. Me voy a retirar.

El doctor Kerk se despidió de Iliana y de Carlos y se marchó cabizbajo a dormir, llevándose a sus espaldas una sombra de pesar y abatimiento.

—Mi padre está hecho polvo, la verdad. Cuando me contaste lo del consejo esta mañana ya me imaginé que no iba a poder convencerle de que lo que tengo entre manos es mucho más importante.

—Venga ya, Carlos —protestó Iliana—. Debo rebatirte. A mí también me cuesta creer que tengas algo más importante. La geología está bien, pero se queda pequeña respecto a lo que nos ha conducido hasta aquí.

—Iliana te equivocas. En Omoria había multitud de cosas a las que no presté atención de entrada, pero cualquier geólogo más serio que yo se habría puesto nervioso al comprobar las diferencias de este sistema respecto a cualquier otro. Te puedo asegurar que Omoria es un planeta bastante raro a primera vista, y eso fue lo que me hizo sospechar que no era normal.

Iliana se rió.

—Vaya, pero qué es lo que has descubierto.

Carlos suspiró.

—Es largo de contar, pero como las circunstancias en la base han cambiado tanto... en fin, no me gustaría que me pasara lo mismo que a mi padre. Que esa bruja y sus lacayos me dieran un puntapié y me apartaran de en medio, como a él. Esto pienso controlarlo yo desde el principio hasta el final.

—Caramba Carlos, te veo muy seguro de ti mismo, pero no sé si algo tan importante como tú dices vas a poderlo controlar de esa manera. Uno no puede manejar solo un descubrimiento importante, y menos aún en un planeta aislado, sin equipo ni colaboradores... ¿Tienes alguna experiencia en algo parecido?

—Iliana, por favor, vengo del mundo de las carreras.

A Iliana esas salidas que tenía Carlos respecto a su vida anterior le hacían gracia. Daba a entender que aquello sí que había sido un trabajo de hombres, desarrollado en el duro y cruel mundo real, en tanto que las labores de investigación se desenvolvían, a fin de cuentas, bajo una especie de gran cúpula acristalada que los protegía de la intemperie de la «realidad». Así que la investigación y la organización científica eran juegos infantiles sin ninguna complejidad. Puras entelequias pueriles. Iliana había decidido, razonablemente, no enfadarse con ese planteamiento de Carlos, y tomárselo a guasa.

—Bien, Carlos, tú me dirás qué planeas hacer. —Repuso con una pizca de enfado.

—En primer lugar necesito, sobre todo, equipo.

—¿Para?

—Digamos que hay que ordenar toda la información que he conseguido. Es conveniente elaborar un modelo... nuevo. —Iliana notó como acentuaba de forma especial la palabra modelo, como si en el fondo quisiera decir algo bien distinto. Tal vez tampoco confiaba en ella del todo.

—Bien, me imagino que tendrás que hablar con Lisha para que te autorice...

—Y me imagino que me dirá que no.

—Obviamente. Tú piensa que Cignus y su gente controlan todos los medios técnicos, instrumental, fuentes de energía... y Lisha todos los ordenadores y medios científicos, y andamos escasos de ambos. Si a eso sumamos la especial animadversión de Cignus... y el recelo natural de Lisha... Si ella sospechara que tienes algo mínimamente importante entre manos te lo arrebatará, de eso no me cabe la más mínima duda. Esa mujer está como transformada, necesita sacar provecho de esta expedición, y si no lo puede hacer a través de la investigación principal se agarrará a un clavo ardiendo con tal de sacar algo, te lo digo yo.

—Eso me convence más de que tenemos que administrar con mucha cautela lo que decimos y hacemos. Para mí es crucial conseguir un medio de transporte, mi investigación de campo tiene que concluirse, y te aseguro que me queda muchísimo por hacer. Necesitaré también equipo informático y al menos un operador... ¡que podrías ser tú! Te aseguro que será un trabajo fascinante.

—Seguro que será mucho más entretenido que los microajustes con los que estoy ocupada todo el día. Eso sí que es aburrido. Pero dudo mucho que Cignus te preste nada que te permita desplazarte por ahí... y por otro lado estoy segurísima de que Lisha te va a decir que ni loca prescindiría de uno sólo de sus científicos operadores. Nos hemos convertido en la clave de toda la investigación, porque contra todo pronóstico, la tarea más mecánica y simple de todas está siendo la más crítica, ¡para mi desgracia!

—Sí... lo primero que habría que hacer es hablar con Lisha, pero de eso te vas a ocupar tú.

—¿Yo?, pero si es un asunto tuyo —protestó la científica.

—Sí, pero hay que hacerlo con habilidad... no le quiero dar a entender nada. Simplemente me basta que le comentes que estoy bien y que me voy a encerrar para elaborar un documento de investigación... Dile lo del doctorado. La verdad es que me vendría muy bien un mínimo de prestigio científico antes de hacer nada. Después ya veremos.

—Bien, si quieres le comentaré el tema, por encima, como dices... y sin dejar entrever nada de lo importante que puede ser —Iliana enarcó las cejas al referirse al misterio que tanta importancia atribuía Carlos, aunque su incredulidad era manifiesta —, por supuesto. ¿Algo más?

Carlos se quedó mirando unos segundos a Iliana, como sopesando una idea que le rondaba.

—Oye Iliana, ¿y tú exactamente por qué te incorporaste a esta misión científica? Una chica tan guapa metida en esta especie de exilio voluntario. Es difícil de entender... —Carlos la miró intensamente y su sonrisa pareció despejar todos los problemas y trabajos de los que habían estado hablando hasta hacía un instante, como si nunca hubiesen existido. Se diría que el cambio brusco de tema no era sino un ardid para tomarla completamente por sorpresa, desarbolada—. Esa es una cuestión que aún no me has terminado de contar. Y no me vengas que si la guerra y otras historias. Ya sé que tu campo de investigación era de los considerados estratégicos, así que estabas a salvo de los reclutamientos.

—Vaya, vaya, así que una chica tan guapa. ¿Estás intentando ligar conmigo señor enfermo? —Iliana intuyó que Carlos quería conducir la conversación hacia un tema que no le incomodaba, y prefirió mantener un tono informal. Ese era precisamente un campo minado en el que ella no pensaba entrar. ¿Por qué acaso pensaba que se había exiliado en Omoria? ¿Por pura curiosidad científica? No iba a soltar prenda, y mucho menos a un lince como Carlos, que debía saber moverse en esos terrenos mejor que nadie. Si no había sido indiscreta con nadie, menos aún lo sería con él a estas alturas.

—No, por supuesto que no —Carlos puso una expresión de no haber roto un plato en su vida—. Lo que pasa es que siempre que te hecho esta pregunta sales por la tangente. Yo por lo menos ya te conté mi historia... ¿de todas formas qué pasaría si estuviera intentando ligar contigo?

—Que te daría calabazas, supremo majadero. Eres mi mejor amigo aquí, no vamos a enredar las cosas para que más tarde o más temprano acabemos a las malas tú y yo en un sitio tan estrecho como éste. Ya tienes bastantes enemigos como para buscarte otro más.

—Una forma curiosa de verlo —comentó finalmente Carlos después de pensar la respuesta.

—Sí, además Carlos, te veo venir. Tienes toda la pinta de ser de los típicos que van de flor en flor, prototipo de hombre inconstante y mujeriego, incapaz de compromisos serios. Famoso, según contabas, y rodeado de chicas guapas, ya me enseñaste las fotos, ¿recuerdas? Lo siento, pero estoy vacunada contra microbios como tú y todos los de tu especie.

Carlos se rió.

—Caramba Iliana, veo que tienes mi perfil psicológico al detalle. Para mí es importante que haya alguien con sentido común cerca porque a veces soy un poco atolondrado... necesito buscar un equilibrio en mi vida.

—Atolondrado sí que eres desde luego —le recriminó Iliana.

—Quizás la palabra más adecuado sería instintivo... impulsivo tal vez.

—Muy bien, señor instintivo, ésta que está aquí se va a dormir. Mañana repasaremos ese proyecto tuyo con más calma, a ver si me convences de lo

importante que es.

Cuando Iliana cerró la puerta tras de sí hizo una mueca de fastidio, «Vaya Iliana, siempre tan comedida y tan sensata. Eres más tonta de lo que pensaba» se reprochó. Pero cuando llegó a su habitación la batalla interior había concluido y de nuevo se felicitaba por lo que realmente había dicho, es más, sentía que podía haber sido un poco más ofensiva a fin de dejar su postura bien firme. Bastaba recordar sus motivos para estar allí y se desvanecían de su mente cualquier alocado proyecto de aventura amorosa.

\*\*\*\*\*

Al día siguiente Iliana no se sentía muy cómoda con la idea de cumplir la promesa que le había hecho Carlos. Ignoraba por qué éste no quería vérselas directamente con Lisha, pero lo cierto era que ahora que llegaba el momento no resultaba una tarea grata. Sabía que su carácter no era lo suficientemente dócil y tarde o temprano una actitud o una palabra le podían traicionar. ¡Pero si ella había ido a Omoria para no buscarse más enemigos!

Cuando llamó a la puerta de su despacho, la abrió y se quedó en el umbral. Lisha le miró de reojo con expresión desairada.

—Que tal doctora Lisha. Verá, Carlos Kerk se ha recuperado ya totalmente... — había decidido ir directamente al grano.

—Me alegro —respondió la doctora lacónicamente mientras volvía a prestar atención a su monitor.

—Al parecer va a trabajar en su doctorado... me dijo que si no había problemas iba a encerrarse para trabajar en ello. Ha recopilado gran cantidad de información sobre el planeta y se le ve ilusionado.

—Ya veremos... se pondrá a trabajar hasta que se canse o aburra, y después volverá a causar problemas, como cuando nos trajo al animal, a Safir.

—¿Safir?, pero si nunca causó ningún problema —protestó tímidamente Iliana.

—Tenía a todo el personal entretenido. Si sumamos las horas que hizo perder a esta investigación habría que ver dónde estaríamos ahora.

El semblante de Lisha era serio. Su tez morena contrastaba con sus ojos negros pequeños e impertinentes, porque se clavaban en su interlocutor con dureza, al menos fue la sensación que percibió Iliana. La recriminación parecía expresamente dirigida hacia ella. Efectivamente Iliana era una de las asiduas admiradoras de Safir. Pero el comentario resultaba cruel a tenor de las horas y vigiliadas que su trabajo le estaba obligando a efectuar. Si por Lisha fuera les exigiría no abandonar su puesto ni de día ni de noche, sin descanso alguno. No le cabía duda, habría sido una excelente capitana de una galera de esclavos.

—Hola doctora Lisha, ¡ah! Hola Iliana.

Quien saludó y se plantó en mitad del despacho con su habitual desparpajo era

Yamia. Dejó un par de soportes de información sobre la mesa.

—Aquí tiene los datos que nos había pedido... ¿Qué tal Iliana? ¿Cómo está Carlos?

—Recuperándose parece —la doctora Lisha tomó la palabra. Se veía que tenía cierta confianza con Yamia—. Ahora dice que va a iniciar un doctorado, basándose en estudios que ha efectuado sobre Omoria I.

—Vaya por Dios. Al final es cierto que lo va a hacer... Espero no haberle influido negativamente.

—¿Y eso Yamia?

—Sí, creo que se planteó realizar un doctorado para impresionarme... Válgame Dios, un simple mecánico metido a geólogo... la verdad es que los hombres están locos.

Iliana refunfuño por lo bajo. No le gustaba como Yamia se refería despectivamente a Carlos.

—Sí, ya le decía yo eso mismo a Iliana. Dentro de un par de semanas estará abundando en otra historia. Conozco a ese tipo de calamidades. En fin, espero que no nos haga perder más tiempo. ¿Algo más Iliana?

—Me imagino que necesitará algún equipo informático para realizar el trabajo.

—Mmm... —La doctora Lisha mostró una expresión de desagrado—. Que ni se le ocurra restar un solo bit de potencia de cálculo de nuestros programas. Si acaso quiere utilizar algo, que trabaje con su equipo personal todo lo que pueda, y lo que se refiera a satélites y modelos tridimensionales, o lo que quiera efectuar con un equipo con potencia de cálculo, cuando estén desocupados... de noche o madrugada, me da igual. Pero repito, siempre que no demore ni un nanosegundo nuestros programas, que son prioritarios.

—Vale, se lo diré.

—Y si necesita ayuda de un operador nuestro, que trabaje fuera de horas, si le apetece. Nada de que me esté despistando a mi gente con sus tonterías.

—Dudo mucho que necesite algo más que una calculadora y un lápiz —bromeó Yamia con su expresión risueña.

Pero ni la doctora Lisha ni Iliana le rieron la gracia.

Iliana se fue de mal humor. Era cierto lo que decían sus compañeros, hablar con la doctora Lisha alteraba el ánimo.

## Capítulo 12

Para sorpresa de Iliana, cuando fue a buscar a Carlos al día siguiente, no lo localizó en la enfermería, ni en su dormitorio, ni en ninguno de los módulos de investigación ni de descanso de la base. Se imaginó que estaría con Safir, por lo que decidió intentar encontrarlo al atardecer, a fin de contarle su conversación con Lisha. Sin embargo Carlos aún seguía ilocalizable cuando llegó la última hora. Dio un largo paseo por los alrededores de la base, disfrutando de la temperatura fresca y aprovechando para liberar su mente del trabajo, cada día más absorbente, aunque bien sabía que no lo lograría relajarse hasta que se desahogara en una larga conversación en compañía de alguien. Finalmente localizó al doctor Kerk, pero fue imposible mantener siquiera un atisbo de charla trivial con un espíritu tan retraído.

En el exterior Safir tampoco aparecía, por lo que no sabía si debía preocuparse más o menos por esa circunstancia. Dudó de dar parte a Lisha, pero intuía que para lo único que iba a servir era para enfurecerla. Iliana no dejaba de pensar que era raro no localizar a su amigo, y no dejaba de relacionar esta circunstancia con la desaparición de Ballack, que también se produjo de forma inesperada.

Así que esa noche decidió acostarse sin dar parte a nadie, y ya al día siguiente vería qué parecía más oportuno. Sin embargo su mente se quedó enredada en un debate acerca de lo que debía hacer, examinando los pros y contras de cada acción, y le resultó imposible conciliar el sueño. Dejó pasar el tiempo mientras no dejaba de revolverse entre las sábanas. Pensaba en ocasiones que el habitual desparpajo de Carlos podía ser el responsable de su desaparición arbitraria, ¡a saber qué estaría haciendo!, o bien se reprochaba su inanición en un momento que podía ser decisivo de nuevo. Tal vez hubiera sufrido un desmayo dando un paseo por el exterior... posiblemente aún no estaba recuperado del todo, y ella mientras tanto cómodamente tumbada en su cama. Su imaginación le presentaba mil escenarios posibles y le enfurecía no saber qué partido tomar. Por eso, cuando avanzada la madrugada, notó que alguien entraba furtivamente en su habitación, saltó como un resorte.

—¿Quién anda ahí? —preguntó, tensa.

Carlos le respondió con un siseo y se presentó murmurando algo ininteligible.

—Me asustas llegando de esta manera. Y además estoy bastante enfadada. — Iliana se arrebujó con las sábanas, y aunque Carlos no podía verla en la oscuridad, se sentía más cómoda así—. ¿Qué es eso de desaparecer por completo y sin avisar? Por un momento pensé que ya te había pasado lo mismo que a Ballack —le increpó.

—Tranquila, tranquila.

—Deja que encienda la luz...

—No, no, nada de luces. Simplemente quería hablar contigo un segundo, sin llamar la atención.

—Si todo el mundo está dormido ahora. No seas paranoico.

—Ah, no te creas. No me fío un pelo de Cignus, así que prefiero pasar lo más



desapercibido posible.

—Yo diría que lo has conseguido. ¿Se puede saber qué has estado haciendo?

—¡Bien! Una cosa que tenía muchas ganas desde hacía tiempo. Me he agenciado un formidable medio de transporte.

—¿Sin que Cignus se entere?

—No se dará cuenta.

—Es imposible. Controla todos los vehículos de transporte, enseguida le informarán desde que vean que falta uno.

—Éste seguro que no lo tiene contabilizado. Es mi motonave, que estaba embalada en un oscuro rincón de la base. He estado montándola y realizando ajustes mecánicos durante todo el día, a escondidas. Hace un rato la he sacado de la base y la tengo oculta en un refugio que he preparado. —La jactancia de Carlos era manifiesta, como si hubiera realizado una peligrosa operación de espionaje militar.

—¿Pero para qué necesitas la motonave?, imagínate que Cignus se entera...

—Hace tiempo que ni se acuerda de ella. Además la caja donde estaba embalada sigue donde siempre. A nadie se le ocurriría mirar dentro para ver si me la he llevado. Y yo, lógicamente, no me voy a dejar ver con ella.

—Tú y tus locas ganas de pilotar una motonave.

—Te equivocas. Necesito un transporte para recuperar todas mis notas y muestras de la expedición. Se quedaron con mi vehículo averiado.

—¿Y cómo podrás localizarlo ahora?

—Safir podrá.

—En fin... espero que no te descubran porque Cignus pondría el grito en el cielo. Ahora se cree Dios o alguien incluso más importante.

—¿Hablaste con Lisha?

—Sí, me dijo que podrías utilizar los equipos en horarios de madrugada, y siempre que no estén operando. No era nada partidaria del tema. Provoca cualquier contratiempo y te denegará el acceso por completo.

—Eres un sol, Iliana. Eso es mucho más de lo que esperaba.

Iliana no podía ver más que una oscura silueta de Carlos que permanecía sentada en una silla, junto a la puerta. Parecía que quería decir algo más, pero no sabía muy bien qué.

—Todavía no me has contado nada de tu descubrimiento.

—Es fascinante. Un día te llevaré conmigo en la motonave... hay tantas cosas para enseñar. Este es un mundo increíble. Todo estaba clarísimo... —Carlos se rió—. ¿Te puedes creer que no he encontrado ni un solo rastro fósil? Y mira que he buscado con *scanner* de alta resolución y nada. Pero lo más importante va a ser el análisis de las muestras que he traído. He recolectado minerales y rocas de zonas geológicas muy diferenciadas y estoy seguro que las dataciones serán interesantes y todo encajará como en un puzle.

—Sí, eso suele pasar a veces —comentó irónica Iliana que era consciente que su

enfado seguía sin esfumarse.

—No es más que la punta del iceberg. ¿Puedes intentar imaginar cuantas veces se ha producido en Omoria un fenómeno de inversión de los polos magnéticos?

—¿Tiene eso mucha importancia?

—En los planetas tectónicamente activos, cada cierto tiempo, se invierten los polos magnéticos, en función de la composición del núcleo, de su rotación respecto al manto, etc... Es un fenómeno natural que a lo largo de los millones de años se produce con más o menos frecuencia... es fácil averiguarlo observando cómo se han solidificado rocas y minerales. Y atención, en Omoria, no he hallado evidencia de que nunca se ha producido semejante fenómeno. Es una de las cosas que necesitare verificar con los satélites, las variaciones de la magnetosfera, pero no sé por qué, intuyo debe ser considerablemente estable.

—Parece un asunto de una trascendencia trágica.

La sorna de Iliana parecía no afectar un ápice a Carlos, que seguía embelesado en su exposición, casi hablando interiormente.

—Sí, todo lo que averiguo me lleva a pensar que éste es un planeta extremadamente joven. Y si recuerdas el tema de la simetría de los hemisferios, te diré que también se da a nivel de la tectónica de placas, de una forma muy rara, pero que explica la existencia de una única cordillera central en el planeta. De hecho, cuando lo descubrí entendí por qué la órbita de Omoria I tiene de por sí una extraña anomalía... El hemisferio del sur es mucho más pesado que el hemisferio norte, y eso ha creado una diferencia en la velocidad de giro y una fricción que ha originado esas cadenas montañosas.

Iliana bostezó. Había tenido un día muy tenso, sobre todo en las últimas horas, y una charla científica era lo que menos le apetecía. Además Carlos parecía inmune a sus ironías.

—La verdad es que parece interesante Carlos, pero si quieres me lo terminas de contar mañana.

—¡Pero si todavía no te he contado nada! Con todo lo que te he dicho y que hemos charlado otras veces deberías haber sacado una conclusión obvia. Bueno, mejor así. Es sólo cuestión de unir unos pocos cabos y lo entenderás. —Carlos parecía excitado pero Iliana no veía qué tenían de estimulante los fenómenos geológicos descritos—. Te voy a dejar descansar... pero verás, más que nada vine a charlar contigo porque necesito pedirte un favor.

—Vaya, esto se está convirtiendo en una costumbre.

—Lo siento, pero creo que eres la única persona en la que puedo confiar. Verás, esta madrugada me voy a ir, por al menos dos o tres días, lo que me lleve recuperar las muestras y volver. Y no me gustaría que me echasen en falta, porque me podrían pedir explicaciones, y cuanto menos llame la atención mejor.

—Entendido.

—Así que si preguntan por mí, me ayudarías con dar una explicación plausible,

del estilo, «hace un momento estaba aquí», o «creo que salió a dar una vuelta», o «lo vi en el comedor ahora mismo».

—Eso es fácil. También puedo ir a tu habitación a revolver la cama, encender una luz y poner un espantapájaros sentado en tu escritorio para que parezca que estás ahí —dijo Iliana aire burlón.

—Ah, eso no se me había ocurrido. Buena idea —repuso Carlos con idéntico tono—. Pero que el espantapájaros tenga buen tipo, no le pongas barriga o que sea feo... que si no la gente se daría cuenta.

Iliana se rió. Por lo menos se veía que su vanidad seguía intacta.

—¿Se lo vas a decir a tu padre?

—Creo que no. No me toma muy en serio, así que no me parece que sea buena idea.

—¿Y estuviste ya con Safir?

—Por supuesto, siempre que estoy fuera él me acompaña en todo momento. Te puedes imaginar. Se puso como loco cuando me vio aparecer.

—Te echó mucho de menos.

—Sí, ahora vamos a volver a estar otro par de días muy juntos. Nos entendemos muy bien. Te tengo que mostrar lo que le he enseñado a hacer. Es muy inteligente, Iliana, muchísimo, y te vas a reír... pero también está relacionado con mi descubrimiento.

—Pero, ¿qué descubrimiento? ¿No me lo habías contado ya?

—Claro que no, eso son solo algunas evidencias que me llevaron a ver la verdad. Pero eso ya te lo explicaré un día con mucha más calma.

—Vaya, me vas a dejar intrigada de verdad.

—Ya era hora de que lo consiguiera. Gracias una vez más, Iliana.

Y dicho esto Carlos se fue y dejó a la científica llena de curiosidad. Al menos la intranquilidad por Carlos había desaparecido, y conforme apoyó la cabeza en la almohada se dejó llevar por una cálida sensación de sopor.

\*\*\*\*\*

Los días siguientes transcurrieron con la monótona rutina del trabajo. En la base se estaba imponiendo un ambiente de crispada ansiedad. El contagioso mal humor de Lisha se expandía como un amenazador nubarrón, y todo el mundo quería que su trabajo fuera intachable a fin de evitar el correspondiente chaparrón. Pero a pesar de lo meticulado que se fuera, las anomalías orbitales pendían sobre ellos como el látigo con el que un domador adiestra una bestia, y el equipo de seguimiento en el que Iliana estaba incorporada hacía tiempo que había dejado sus trabajos alternativos encaminados a averiguar la causa y proseguían, con más temor que interés, la marcha de sus vigilados satélites. Seguían absurdamente enfrascados en una ardua y laboriosa tarea de modificación destinada según todos los indicios a resultar infructuosa. El

ambiente de trabajo interdisciplinar que Ballack había fomentado se había ido al traste y ahora todos respondían como autómatas a las obligaciones que a cada cual se les exigía. Nadie se arriesgaba a plantear ninguna línea de acción alternativa a la de la doctora, salvo asumiendo el riesgo de ganarse una pública amonestación, con el agravio de ser acusado de perder el tiempo y convertirse en cabeza de turco de futuros desmanes. Así muchos admitían en confianza con Iliana comentarios pesimistas que daban a entender que la misión agonizaba. Sin datos fiables no había nada que hacer.

Por otro lado el resto de los equipos tendían a responsabilizar de la situación a la división de Iliana, con lo cual las fricciones entre científicos emponzoñaban el ambiente de comentarios sibilinos y críticas tendenciosas. En esto también contribuía Cignus y sus hombres, que campaban a sus anchas en una casi total anarquía, mientras se divertían a costa de los debates y recelos de los demás. Solo sus subalternos parecían tener la obligación de estar al cien por cien y cargaban con el peso de todas las responsabilidades con más o menos apatía. Mientras tanto muchos sistemas dejaban de funcionar correctamente y el suministro energético menguaba, con lo que la política de ahorro impuesta desde el consejo obligaba a ciertos racionamientos que no contribuían precisamente a relajar el ambiente. Y Lisha, lejos de intentar poner orden, parecía mirar para otro lado, o al menos centrarse exclusivamente en la misión a fin de no incomodar a quién era su valedor.

A Iliana le daba especialmente rabia la insolencia de Cignus y su altanería. Sobre todo en lo que se refería al trato con el personal subalterno. Lisha y él parecía que eran los únicos capaces de disponer del personal, fueran o no sus superiores directos, cuestión que ni otros jefes de equipo ni miembros del consejo osaban hacer.

Sin embargo una mañana su exasperación afloró a raíz de un incidente con uno de los ingenieros de Cignus. Un fallo en su terminal le ocasionaba problemas y le solicitó que repasara la configuración y funcionamiento del nudo de comunicaciones del departamento. Sin embargo Cignus ignoró su diagnóstico y le sugirió que revisara de nuevo todos los parámetros poniendo en duda el acierto de su dictamen, cuestión que a ella le soliviantó porque se había molestado en realizar un par de veces la trabajosa comprobación. Pero de nada sirvieron sus alegaciones, y tuvo que retrasar su almuerzo una hora para complacer la exigencia del jefe de ingenieros. Después le habían enviado a uno de los «pinches», Mizar, que revoloteaba entre las mesas y equipos, determinando la causa del problema.

—Me temo que esto puede tener algo que ver con las averías en los transformadores que hemos tenido últimamente. Desde luego el nudo de comunicaciones está mal.

—Vaya, no me digas —repuso Iliana con sorna.

Mizar le respondió como si el tono antipático no fuera con él. Parecía que su faena diaria le hubiera inmunizado respecto a cualquier tipo de comentario hiriente tanto viniera del bando de sus superiores como de los científicos.

—Si se producen «picos» eso puede acabar dañando los sistemas de protección... porque creo que eso es lo que ha fallado.

—¿Y tenemos repuestos?

—Sí, de momento sí.

—Entonces ya sabes lo que tienes que hacer.

Mizar gruñó y se pasó la mano por el mentón.

—Estamos todo el día cambiando componentes. A este paso nos vamos a quedar sin nada más temprano que tarde.

—¿Qué quieres decir? —Iliana intuía que la afirmación de Mizar iba con segundas.

Sin embargo antes de que el joven técnico pudiera responder, un inusual alboroto en el otro extremo de la sala captó su atención. Varios compañeros se apelotonaban en torno a una de las terminales. Iliana dejó a Mizar con la palabra en la boca. Observó que Lisha miraba con desagrado la reunión, pero entendió que debía tratarse de algo importante y también se dirigió hacia allí. Las voces de varios operadores que discutían agriamente era lo único que podía oírse. El resto de la gente murmuraba por lo bajo mientras Lisha se hacía paso hacia el epicentro del terremoto.

—¿Qué sucede? —preguntó Iliana a un operador que tenía más a mano, Duyens, un hombre maduro de poblada barba un tanto canosa y ojos hundidos, que salía como podía de la acumulación de personas de bata blanca.

—Parece que se han perdido dos satélites.

—¿Dos?, pero, ¿cómo ha sido posible? ¿Están seguros de que no se puede recuperar el contacto?

—Absolutamente. Hemos rastreado todas las frecuencias y en haces de arco cada vez mayores... sencillamente hemos perdido contacto... Los satélites se han vuelto locos y seguramente hayan perdido la orientación de las antenas con Omoria.

—¿Y la triangulación de señal con los otros?

—Nada, ya lo intentamos.

Después de una pausa en la que el científico se pasó la mano por la frente, preocupado, agregó.

—Son los que tenían las órbitas helioestacionarias más alejadas.

Iliana enarcó las cejas. Eran los satélites alfa y beta, los primeros y más alejados en su órbita del sol. Eran los más importantes puesto que fijaban los límites de las mediciones. Su pérdida iba a implicar una profunda reestructuración de la RES (Red Espacial de Satélites) o bien el lanzamiento de dos nuevos satélites que sustituyeran a los extraviados. Era mucho trabajo adicional.

Iliana estaba haciendo aún sus cálculos cuando la voz de Lisha, un tanto crispada, se impuso sobre el murmullo general, apagando simultáneamente el tumulto de voces como el agua apaga el fuego.

—Muy bien señores. Todos a sus puestos... y los jefes de sección vengan conmigo para analizar la situación.

En el despacho de Lisha, que era el que antiguamente correspondía a Ballack y que ella ocupaba mientras permanecía en aquel módulo de la base, cabían apretadamente la media docena de convocados. Iliana decidió permanecer de pie, en uno de los laterales. Otras dos compañeras y el propio Duyens se quedaron sentados, mientras que dos científicos más se sentaban en un mueble bajo de uno de los laterales del despacho. Parecía una reunión informal, pero el rostro enrojecido por la rabia de Lisha desbarataba cualquier posible tentación de pensar que lo era. Era evidente que estaba haciendo un gran esfuerzo por controlar su voz.

—Bien, ¿alguien puede explicarme qué demonios ha pasado?

Un tenso silencio se impuso a los presentes. Nadie tenía el más mínimo deseo de ser el blanco de una injusta ira por el mero hecho de ser el primero en abrir la boca. Finalmente el propio Duyens tomó la palabra. Era uno de esos hombres de voz calmada cuya autoestima parecía que estaba fabricada a prueba de bombas. Ya se había llevado un par de broncas de Lisha con impavidez. Había estado a punto de ser destituido un par de veces, pero la doctora se lo había pensado en el último segundo, al valorar, seguramente con certeza, que a Duyens eso le traía sin cuidado.

—Me temo que algo está afectando a la órbita de nuestros satélites. Evidentemente debe ser una anomalía masiva que no hemos detectado con los medios convencionales. —Duyens con toda diplomacia evitó expresiones similares a «como ya había predicho» o «ya te lo anticipé» que habrían supuesto un agravio insufrible a Lisha, pero que eran frases que podría haber utilizado con toda legitimidad.

—Eso, Duyens, ya se ha hablado con anterioridad. Desearía no volver a repetir un debate inútil otra vez.

—Verá doctora Lisha, mientras no realicemos un esfuerzo en averiguar qué es lo que hay ahí fuera, podemos seguir perdiendo satélites sin conocer la causa. Por la localización de los satélites desaparecidos podemos intentar inferir el tamaño y localización aproximada de ese cuerpo y establecer orbitas fiables para el RES.

—Sí, pero destinar nuestros esfuerzos a la búsqueda de un algo desconocido que altera las orbitas helioestacionarias, con nuestros actuales medios puede ser una cuestión de semanas... o meses... —Lisha habló hasta con cierta desesperación—, y señores, no nos podemos permitir un retraso como ése.

—Caso contrario nos exponemos a seguir perdiendo satélites y a lastrar definitivamente cualquier posibilidad de éxito.

Lisha resopló. No estaba acostumbrada a que se le rebatiera en público.

—Ni hablar. Nuestros radiotelescopios tienen tareas concretas asignadas. Empezar a buscar un cuerpo celeste cuya órbita puede estar incluso más allá del límite del viento solar... va más allá de nuestra actual capacidad. Tendremos que conformar con quedarnos con un RES más pequeño en tamaño del previsto. No hay opción. Lo que haremos es determinar el rango de influencia de ese cuerpo y limitar la posición de nuestros satélites a órbitas más seguras. Ahora por lo menos tenemos datos más fiables respecto a dicho elemento perturbador... ¡hemos perdido dos

satélites! ¡Eso se puede decir que es una pista! Usted Iliana se ocupará de eso.

Duyens iba a replicar, pero Lisha levantó la palma de la mano para silenciarlo de entrada. Iba a tener la última palabra, y así fue. A Iliana también le habría gustado decir algo, pero prefirió callar.

\*\*\*\*\*

El día no había salido a pedir de boca precisamente. No sólo su pequeño incidente con Cignus le había enfadado por el hecho de que hubieran dudado de su informe de la avería y el disgusto aún le duraba, sino que además le había caído trabajo extra, nada menos que estudiar cada una de las orbitas de los satélites a fin de evitar que entraran en zonas de riesgo. Eso implicaba casi con total certeza modificar los planos en los que se movían los satélites, una idea que llevaba tiempo considerando, pero era un trabajo que multiplicaba por diez sus tareas actuales y que requería coordinarse con cada uno de los equipos de operadores. Y lo peor es que Lisha no le había dado ningún plazo para culminar esa tarea, lo cual significaba que sería directamente responsable de la desaparición de cualquier nuevo satélite, algo que podía ocurrir en unas horas... en un mes, imposible saberlo. Iliana concluyó que primero cambiaría las órbitas buscando nuevas, más fiables, y después se ocuparía del responsable del delito.

Y por eso, mientras se paseaba taciturna camino de su módulo, Iliana se decía a sí misma que no estaba precisamente exultante de alegría. Cuando estaba a punto de entrar por la puerta de acceso al módulo de los dormitorios que conducía al suyo oyó una voz familiar e inconfundible, que destilaba buen humor, ¡era Carlos! Al parecer había regresado ya de su excursión.

Sin embargo dobló la esquina pensando en que se lo iba a encontrar allí mismo y no fue así. Al cabo de un par de segundos comprendió que la voz provenía de lo alto, de la azotea del hangar prefabricado donde estaban los dormitorios.

—Ya sé que piensas que soy un pobre iluso, cuyos conocimientos científicos son escasos y que estoy aquí por casualidad, pero subestimas mi potencial.

Iliana escuchó una risa femenina que le resultó igualmente familiar.

—Te puedo asegurar que el descubridor de lo que hará famosa a esta expedición lo tienes delante de ti.

De nuevo la risa femenina.

—Sí, los saltos gravitacionales entre galaxias están muy bien, y me da igual quién sea su inventor o descubridor, o como quiera que se diga. Da igual, mi descubrimiento eclipsará cualquier otro, tan cierto como que he ganado varios títulos del gran slam.

—Creo, Carlos, que no debías haber tomado tanto vino. Menos mal que estas aquí, si no me aburriría en este planeta como no te imaginas.

Ahora Iliana no tenía la menor duda. La chica era Yamia.

—Si quieres mañana te lo puedes pasar mejor que hoy. Conozco un sitio donde te podría llevar que te dejará sin respiración. Es una cascada de más de doscientos metros de altura, el agua cae en una sima y se pierde en lo más profundo de la tierra. El agua pulverizada brilla como diamante y el sol arranca arcos iris bellísimos... un calidoscopio colosal... Esta a menos de cien kilómetros de aquí y...

—¡A cien kilómetros! ¿Y cómo me vas a llevar? ¿En brazos?

—No, confía en mí, soy un hombre de recursos.

—Dios mío Carlos, ya te digo que este vino, que no sé de donde lo has sacado, ¡estoy segura que te ha sentado mal!

Iliana no quiso seguir escuchando. Había algo en la conversación que la había asqueado. En su dormitorio se desvistió y se quedó con ganas de una ducha, pero las últimas restricciones también habían racionado el uso del agua para el aseo personal, y ella ya había agotado su cupo diario. Cuando se metió entre las sábanas de su cama, todavía seguía pensando en lo que había oído y los malestares del día se conjugaron en su interior para impedirle tener un segundo de paz.

Le molestaba que Carlos estuviera tonteando con Yamia por multitud de razones. Primero porque intuía que estaba haciéndose el interesante de la misma forma que lo había hecho con ella, o incluso peor, diría que con más énfasis y empeño. Estaba utilizando su famoso descubrimiento, del cual empezaba a dudar, y más parecía una treta para conquistar a una chica que otra cosa. Eso la enfurecía.

Pero si pensaba que por otro lado su ardid no era tal, que realmente tenía algo importante entre manos, más le enfadaba la indiscreción de Carlos, porque estaba a punto de revelárselo a una persona que bien sabía ella que no dudaría en usarlo en su provecho. Tanto temor que tenía Carlos en que Lisha no supiera nada, y parecía que estaba a punto de dejarlo todo al descubierto. Tanta estupidez le enardecía.

Incluso parecía que estaba a punto de revelarles el uso que estaba dando a la motonave; la propuesta de llevarla a un lugar a cien kilómetros de distancia para ver un paraje tan espectacular sólo podía hacerse en semejante vehículo... y a ella ni siquiera se lo había sugerido, después de todo lo que había estado pendiente de él... ¡si incluso podía decirse que le había salvado la vida!

Iliana no dejaba de revolverse en la cama, y cuantas más vueltas le daba a la cabeza más ofuscada y humillada se sentía. ¡Ojala todo le saliera mal al engreído de Carlos!



## Capítulo 13

Aunque a la mañana siguiente su enfado se había mitigado en parte, la vuelta a la rutina y el inicio de una nueva jornada consiguieron borrar los malos recuerdos de la víspera.

En primer lugar la tarea encomendada por Lisha, le parecía a Iliana, era una forma discreta de ocuparla en averiguar lo que durante tanto tiempo y tan tozudamente la propia doctora se había negado a hacer. La modificación de todas las órbitas de los satélites podía representar una cantidad ingente de trabajo, pero previamente necesitaría determinar qué órbitas eran más seguras, y sobre todo, qué fuerzas gravitatorias existían en Omoria. Ahora Iliana tenía la oportunidad de descubrir la causa de la perturbación que había provocado aquel desastroso inicio de la misión.

El trabajo era realmente interesante. Muchos de sus compañeros habían sostenido diversas teorías acerca de lo qué podría estar alterando las órbitas, pero la mayoría se decantaba por algún cuerpo celeste que se les había pasado desapercibido, y este era un tema sobre el cual todo el mundo quería pasar de puntillas, no en vano el equipo que había realizado los estudios previos antes de partir de Gramdan y que ahora se demostraban incompletos, era justamente el de Lisha. Las conjeturas abarcaban un espectro muy grande, desde uno o varios cuerpos de pequeña masa, sin apenas brillo, como un cinturón de asteroides, que se les habían escabullido persistentemente de sus observaciones, o uno de gran masa y más alejado, pero que debería ser también más fácil de descubrir.

Los datos acumulados hasta la fecha permitían inferir multitud de hipótesis, trayectorias y cuerpos probables, así que Iliana empezó a programar los telescopios disponibles para iniciar observaciones en las trayectorias probables. En el peor de los casos estimaba que tardaría un par de semanas, un mes a lo sumo, en haber concluido su investigación y dar por zanjado el problema de los satélites. Si hubieran empezado por ahí meses atrás... Iliana intuía que se habrían ahorrado mucho esfuerzo inútil.

Así que inició un frenético trabajo contrarreloj. Sabía que Lisha no la iba a dejar descansar y caso de ocurrir una nueva catástrofe le echaría la culpa directamente a ella por su tardanza. Se sumergió en su investigación y no volvió a recordar a Carlos hasta una noche, varios días después, porque cuando terminaba de cenar, en compañía de varios miembros de su equipo a los que estaba explicando la actual situación de sus investigaciones, el doctor Kerk le solicitó que cuando pudiera se acercara a su despacho.

—Buenas noches, doctor —saludó Iliana—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Verás, no sé si has hablado con Carlos últimamente. Siéntate por favor. —El doctor le ofreció una silla e Iliana se sentó al otro lado de la mesa, frente a él.

—Lo cierto es que llevo varios días sin verlo. —Le habría gustado soltar alguna punta, pero era inútil hacer comentarios sarcásticos al doctor Kerk. El recuerdo de la

conversación de Carlos tonteando con Yamia acudió a su memoria y su talante no estaba predispuesto a la colaboración.

—Estoy preocupado. Sé que Carlos confía plenamente en ti... me lo ha dicho insistentemente, caso de que hubiera algún problema, que cuente contigo. —El doctor hablaba con voz lastrada.

—Tal vez no merezca tanta confianza y tantos halagos... pero no tengo ni idea de dónde puede estar. Hace unos días fue a buscar las muestras de su trabajo geológico, pero me pareció que había regresado en menos de veinticuatro horas.

—Sí, sí... no le llevó mucho tiempo con la ayuda de Safir... y la motonave, claro. —El veterano científico suspiró. Se veía que aquel asunto no le hacía mucha gracia —. No sé qué pensar, porque mi hijo siempre ha sido muy poco dado a la investigación, y en los últimos tiempos me parece ver que algo ha cambiado... y me imagino que te habrá hablado de su descubrimiento.

—Sí, me lo ha contado.

—¿Y qué te parece?

—No sé qué pensar.

—Eso me ocurre a mí. Él me insiste que debo confiar en él, pero... como yo le digo... ¿tú crees que el descubrimiento de una antigua civilización en este planeta es digno de tener un mérito tal que eclipse el trabajo que vinimos a hacer aquí?

Iliana tragó saliva, creía que no había entendido muy bien.

—Eso mismo le he dicho yo —respondió un tanto vacilante.

—No sé si te llegó a contar los detalles, pero parece que encontró ruinas de una civilización bastante primitiva, que esculpía la piedra y según él, tenía una rudimentaria escritura, cuneiforme o jeroglífica... en fin, no sé por qué no me ha enseñado nada, quizás no he mostrado excesivo interés, me temo.

—A mí tampoco me ha enseñado nada. Creo que no le presté mucha atención. Tengo mucho trabajo y...

—Aún así... la última vez que hablé con él me decía que pensaba que tú le ibas a ayudar estrechamente en ese descubrimiento. También Yamia le estaba echando un cabo, según tengo entendido, creo que en relación a remitir sus investigaciones a Gramdan.

Iliana se sentía completamente desconcertada.

—Lo cierto es que llevo días sin verlo.

—Sí, yo también. Pasa el día fuera de la base y sé que durante las noches ha estado accediendo a los equipos más potentes para continuar sus estudios... de una manera furtiva diría yo.

Ambos se miraron en silencio durante unos segundos.

—Lo último que sé es que partió hace cinco días para recoger documentos gráficos con los que poder empezar a trabajar. Me aseguró que iba a tardar poco tiempo... pero a estas alturas no sé qué hacer, porque me insistió que bajo ningún concepto intentara comunicar con él o hablar de su descubrimiento con nadie que no

fueras tú. Y ya estoy preocupado.

El rostro del padre de Carlos reflejaba pesar. Ya había un antecedente por parte de Carlos de una expedición por Omoria que casi le había costado la vida.

—Estará con Safir. Él sabrá cuidar de Carlos perfectamente.

Iliana sintió que el enfado que llevaba días arrastrando se transformaba en un sentimiento de decepción. Cada vez entendía menos a Carlos. Si era cierto lo que decía su padre... parece que de alguna forma estimaba su valía como persona y como científica... pero prefería obviamente la compañía de Yamia, aunque fuera a costa de echar a perder todo el secreto que el mismo quería imponer a su investigación. Parecía una contradicción exigirle a ella y a su propio padre tanto secretismo, para que después él jugara con la información de una forma tan infantil. Pero ese comportamiento encajaba perfectamente con la desconsiderada forma de ser de Carlos.

Por la noche le costó conciliar el sueño de nuevo. La irrupción de nuevo de Carlos y sus aventuras le alteraban el espíritu. Indudablemente el geólogo ejercía sobre ella una innegable influencia, más basada en su carácter jovial e irreflexivo que en el propio atractivo físico, el cual resultaba incuestionable, pero que dentro de su mentalidad científica racional, era una cuestión meramente secundaria y hasta casi un inconveniente.

Iliana, pese a que le había costado admitirlo, reconocía que era con Carlos con quién mejor congeniaba de toda la base. Es más, estaba completamente segura que a Carlos debía pasarle otro tanto. Pero parecía obvio que por quién tenía interés él era por la belleza de la base, Yamia, una chica con unas aspiraciones incompatibles con las de él. Evidentemente Carlos no estaba buscando el amor de su vida, e Iliana decía otro tanto respecto a sí misma. Maldecía internamente la estúpida obsesión que se había apoderado de ella. Deseaba a toda costa dejar de pensar en Carlos, en sus maquinaciones de adolescente y de verse implicadas en las mismas.

Llevaba dormida varias horas cuando sintió que alguien le estaba tocando el hombro. De un salto se incorporó en la cama y soltó un pequeño grito de sorpresa.

Alguien siseo para tranquilizarla y decirle que no hiciera ruido. Después de unos segundos, en los que Iliana recuperó la lucidez sobresaltada, se incorporó y se encaró con su visita.

—Carlos. Parece que me tendré que acostumbrar a verte de esta manera en lo sucesivo. A partir de ahora cerraré la puerta con llave para terminar estas visitas. ¿Es qué tienes un derecho especial para entrar en mi habitación cuando te apetezca?

—Lo siento Iliana, se ve que no has tenido un buen día. Si quieres nos vemos mañana pero pensé que quizás te interesara saber algo que quería contarte.

—Ya lo sé. Lo del descubrimiento de una civilización primitiva extinta.

—Vaya, ya veo que mi padre te lo ha contado. Quería ver tu cara de sorpresa.

—Sí, así ha sido. Y me parece muy interesante, pero ni es la primera ni será la última civilización primitiva que encontremos. Dudo que eso pueda eclipsar lo que tenemos entre manos, por más que lo quieras ver así. Y además tienes a tu padre preocupado sin necesidad.

—Deberías confiar un poco en mí.

Iliana resopló.

—Ya veo que hoy no tienes el humor de otros días. Y a mí que me encanta hacerte las visitas a estas horas. No sé, supongo que me gusta verte en pijama.

Iliana se resistió a realizar cualquier tipo de comentario a las bromas de Carlos. No estaba dispuesta a seguir con sus tonterías y sus caprichos y se sentía de mal humor. No estaba dispuesta a gratificarle con una sonrisa.

Conforme se acostumbraban los ojos a la oscuridad, lo que en principio eran sombras oscuras y desdibujadas, se acababan definiendo como rasgos y contornos difusos pero que a Iliana servían para siluetear a Carlos. Su dientes destacaban en una espléndida sonrisa.

—Aun así tengo una buena noticia que tú seguro desconoces.

—Sorpréndeme. —La entonación irónica no abandonaba a Iliana.

—Y de esto te puedo asegurar que vas a ser la primera en enterarte.

—Vaya, qué cortesía. Después de haberte ayudado tanto parecía que merecía un honor similar. —Iliana utilizó un tono sarcástico que no debía pasar desapercibido a Carlos.

—Verás, recordarás todas mis teorías geoplanetarias... sobre todo lo que te he ido contando sobre Omoria.

—Las recuerdo.

—Van a ser publicadas... en Neogeología Científica, una de las mejores. Además sabes que la Universidad de Gramdan pertenece al consejo editorial... —Carlos terminó el comentario con una risita sardónica.

—Caramba, eso parece que suena muy bien.

—Sí. Estaba seguro que iba a ser así.

—Eso puede ayudarte mucho en tu carrera.

—Más de lo que te imaginas.

—Me alegro por ti.

Iliana utilizaba un vocabulario escueto, una entonación parca y apretaba los labios tanto como podía cuando no hablaba, en un gesto de severidad, pero Carlos parecía no darse por aludido.

—Te voy a dejar una copia de lo que van a publicar.

Carlos amplió su sonrisa.

—La verdad es que después de casi un año la primera noticia positiva que va a llegar de Omoria I a la Universidad que financia esta expedición va a ser mía. Un geólogo versus doscientos astrofísicos e ingenieros, y... ¿quién gana? No sé, pero seguro que algo se le revuelve en el estómago a la doctora Lisha cuando se entere.

Así le devuelvo el favor por lo que le hizo a mi padre.

—¿Tienes que ser siempre tan competitivo?

—¿Qué te parece si fueras mi ayudante?

Iliana rechinó sus dientes.

—Que si me lo plantearas de esta forma te mandaría al cuerno rápidamente.

—Advierto cierto posicionamiento hostil... la última vez que hablamos pensaba que estabas más dispuesta a ayudarme.

—Sí, pero he percibido cierta ineptitud en el científico que está al tanto de esta investigación.

Carlos se quedó pensativo.

—Veo que no confías del todo en mí. Claro, porque mis técnicas no son excesivamente académicas... pero visto lo que le pasó a mi padre te aseguro que lo estoy haciendo muy bien.

—Hoy estas engreído a más no poder. Esta conversación me va a sacar de quicio.

—Iliana, deberías confiar en mí.

—Y tú también en mí. Convendría que tuvieras más cuidado con quien hablas de tus descubrimientos, zopenco.

—Si solo he hablado contigo y con mi padre... ah... y con Yamia. ¡Ah! Pero a ella no le he dicho nada... o básico, lo imprescindible... Iliana, por favor. Ella se ocupa de las transmisiones... sin darse cuenta la he «quemado», y cuando Lisha se entere que ha sido mi colaboradora y que se ha ocupado de transmitir mis trabajos a sus espaldas la tendrá entre ceja y ceja. Tú estarás a salvo de sus iras y sospechas.

Carlos empezó a reírse con ganas e Iliana se sintió más ofuscada por momentos. Sin embargo, a medida que continuaban sus risas, un sentimiento de ridículo fue invadiéndola.

—Carlos, no sé qué te hace tanta gracia, pero si no me lo explicas ahora mismo no cuentes más conmigo.

—Ahora empiezo a entenderte. Creo que debo pedirte perdón. Te diré que las únicas personas que están realmente al tanto de todo sois mi padre y tú. Creo que conozco a las personas y la verdad es que con Yamia me lo paso muy bien y punto... además ella se ha ocupado del envío de mis artículos... algo le tenía que dejar caer. No le iba a decir que el hierro es un metal de la tabla periódica y uno más uno son dos. Así que con ella seguí mi papel de patético perrito faldero obsesionado con impresionarla... La primera sorprendida de la noticia de la publicación será ella misma, te lo aseguro. Siempre intenté causar una impresión de exagerada importancia de mi trabajo... pero dando una información tan pueril que Yamia siempre lo juzgó como algo absolutamente intrascendente.

Iliana gruñó. No sabía si creerle o no. Intuía su faceta de joven mujeriego y le seguía fastidiando que por un lado exigiera tanta discreción y por otro la dilapidase con tan mal criterio.

—Mira Iliana, lo que te voy a decir es muy sencillo. Tengo un plan. Y te aseguro

que es un Plan con mayúscula, y debes confiar en mí. Estos días voy a estar muy ocupado yendo y viniendo del hallazgo que he hecho a la base. Además, cuando ando por aquí aprovecho las noches para trabajar con los equipos potentes. Me he convertido en un animal nocturno. Prefiero no toparme ni con Cignus ni con Lisha. Aquí te voy a dejar un soporte digital. Contiene jeroglíficos que he registrado y también mi artículo de geología. Sería muy bueno que le echaras un vistazo a ver si atas cabos. Si pudieras meter a un procesador potente a trabajar en esa escritura... estaría fantástico... en fin si se puede...

—Sabes que Lisha me mataría si le quito un bit de potencia a sus ordenadores. Tendría que esperar a última hora —repuso Iliana un tanto incomoda con la propuesta.

—Lo sé, lo sé... pero, si se puede descubrir aquí el significado de estos símbolos mejor. Siempre podría enviárselos a Grandam... quien sabe, quizás nunca se puedan traducir... no sé, creo que hay unas series matemáticas que pueden servir como base a partir de la cual obtener resultados, pero dudo que yo sepa más que tú de matemáticas, así que tú verás... No sé cuánto tiempo estaré fuera, díselo a mi padre, que estoy bien y no se preocupe.

—Llegas en la oscuridad, me das trabajo y desapareces otro par de días... ¿No te da la impresión de que estas abusando un poco?

—Iliana, tienes que saber que te aprecio de verdad. Espero que me perdones si crees que he cometido una torpeza. Si no fuera por todos estos descubrimientos y lo que ha pasado últimamente estoy seguro que nos iría mucho mejor.

—Vale, vale... acepto tus disculpas.

Inexplicablemente Iliana se daba cuenta, con cierto pesar, que la guerra interior que mantenía acababa de terminar con la derrota de su orgullo. Para su desgracia una mezcla de curiosidad por estar al tanto de las actividades de su amigo y las pocas ganas de enfadarse con la única persona que le caía realmente bien la base, tenía peso más que suficiente para acabar con su enfado.

La sonrisa de Carlos reapareció tan espléndida y ancha como siempre.

—Así me gusta.

Y antes de que Iliana pudiera reaccionar Carlos se levantó, se acercó y le dio un beso en la mejilla y acto seguido cerró la puerta tras de sí.

Iliana se quedó largo rato pensativa. Aún quedaba en la habitación un agradable aroma, una mezcla de olores... la selva, Safir... y Carlos.

Aunque a la mañana siguiente Iliana tuvo el soporte de información que le había facilitado Carlos en su bolsillo de la bata, no se acordó hasta última hora de que lo llevaba encima. De hecho estaba tan absorta en su investigación que no fue hasta que mantuvo una conversación con la doctora Lisha cuando recordó lo que Carlos le había pedido.

—Entonces Iliana, ¿cómo va tu tarea?

Iliana permanecía de pie en la entrada del despacho de la doctora. Cada pocas horas la convocaba para que le detallase hasta la más mínima novedad. Estaba sometida a un escrutinio incansable.

—Estoy descartando varias hipótesis. Nada de pequeños cuerpos celestes, meteoritos o pequeños planetas... cada vez cobra más fuerza la teoría de un planeta de mayores proporciones en una órbita muy alejada de Omoria, incluso una enana roja... pero sigo sin localizar nada. A mayor distancia mayor masa planetaria, obviamente. Sin embargo el emplazamiento probable, atendiendo a la información de disponemos, se va estrechando paulatinamente.

—¿Tiempo?

—Una semana, a lo sumo dos, y ya tendré determinado la causa de nuestros quebraderos de cabeza. Ahora voy a proceder a analizar las últimas observaciones... le aseguro que estoy siendo metódica. Lo más sorprendente es que sea tan difícil de localizar. Si es un planeta gaseoso gigante, como empiezo a deducir, ¿por qué no tiene brillo? Es interesante. En cualquier caso, con brillo o sin brillo no podrá eludir nuestros sistemas de detección.

—Muy bien. Sigue así.

Iliana ya se iba cuando Lisha la volvió a llamar.

—Iliana, hay otro tema... He recibido un comunicado de la Universidad de Gramdan en el que se refieren a un artículo publicado por nuestra unidad de geólogos... ¿sabes algo del tema?

Iliana tuvo que reprimir una sonrisa, «unidad de geólogos», valiente presuntuoso era Carlos.

—El único geólogo de la base es Carlos. Me imagino que habrá remitido sus investigaciones a fin de que se la publiquen... es lo que tenía previsto, pero yo no sé nada al respecto. —Iliana fingió tener un conocimiento casual del tema e intentó que su expresión fuera vaga y desinteresada.

—Genial... me parece muy bien que ese chico este haciendo sus pinitos, pero maldita la gracia que me haría que de pronto nuestros patrocinadores empezaran a prestar atención a un estudio paralelo sin fundamento ni futuro. Así que vigílate. No quiero ni por asomo que utilice más recursos de la base. ¿Entendido?

Iliana tragó saliva. No quería que su voz le traicionase.

—Por supuesto.

Lisha le hizo un gesto para que se largara, y eso hizo.

Así que cuando llegó y se sentó frente a su equipo decidió echar un vistazo al soporte que Carlos le había entregado. En primer lugar leyó el artículo que había enviado. Para su sorpresa era increíblemente extenso. Había incorporado multitud de mediciones y análisis geológicos que incluían dataciones de edad mineralógica, análisis de la composición del planeta vía satélite, prospecciones geológicas, mineralogía, tectónica de placas... hasta esbozaba determinadas hipótesis sobre

ciclos de gases efecto invernadero. Iliana no pensaba más que echarle un vistazo superficial, pero acabó leyéndolo con detenimiento.

No le extrañaba que el artículo hubiera llamado la atención. Omoria I era un planeta raro, y así lo daba a entender desde la primera línea. «Un desafío a las actuales teorías» lo había titulado Carlos. Iniciaba su análisis con una descripción del sistema y la enumeración de los hechos más sorprendentes, entre los que destacaba la ausencia de detritos espaciales, ni cinturones de asteroides ni meteoritos ni obviamente, cualquier otro tipo de planeta visible alrededor de su sol central. Era la primera evidencia de un sistema solar limpio, a excepción del planeta y el sol objeto del estudio. Iliana pensó que quizás fuera un tanto precipitada aquella aseveración, puesto que algo perturbaba la trayectoria de algunos satélites, pero siguió leyendo interesada.

El planeta no tenía ni un solo resto de impacto en toda su superficie. Carlos detallaba los programas de análisis de imágenes que había utilizado en su escáner de superficie. El resultado era concluyente y también establecía un récord en la historia de los planetas descubiertos por la humanidad. El eje de inclinación también era sopesado en el artículo. La ausencia de una luna hacía que Omoria fuera especialmente propicio a modificar su eje de inclinación a lo largo de los eones, pero no había ninguna evidencia de que los polos norte y sur climáticos hubieran estado localizados en alguna era pasada en un sitio diferente del actual.

En segundo lugar se centraba en las anomalías de Omoria. Su edad geológica era un misterio. Las rocas metamórficas halladas eran invariablemente jóvenes, se mirase donde se mirase... pero aquel era un mundo aparentemente viejo. De hecho existía una vida evolucionada y muy diversificada. Pero aquí Carlos dejaba caer varios datos; la falta de evidencias fósiles a pesar de los especializados radares que había utilizado para estos efectos, y no había hallado ninguna evidencia de los mismos. Igualmente hacía una observación muy interesante pero que no sabía Iliana a donde quería conducir. Al parecer Omoria I sólo tenía un único ecosistema. Más allá de la homogénea franja de verdor del Ecuador del planeta no había vida. Se extendía un desierto estéril. ¿Cómo era posible que después de millones de años de evolución no se hubiera extendido la vida por todo Omoria? Aunque fuera a niveles ínfimos, de animales de pequeña estatura o incluso insectos, había regiones enteras del planeta completamente desprovistas de todo tipo de existencia biológica. Desde el momento en que el hábitat se modificaba, ni un solo ser vivo era distinguible. Al menos eso aseveraba Carlos de su exploración, y para justificar tal argumento detallaba el equipo de detección utilizado... indudablemente no eran datos desdeñables para cuya obtención había aprovechado todo el elenco de tecnología disponible; infrarrojos, emisiones gaseosas que sugirieran la presencia de vida, reactividad química... Los datos de Carlos eran incuestionables. Ni siquiera la vida vegetal podía hallarse más allá de la selva central de Omoria.

El ciclo del carbono era uno de los más intrigantes. Según Carlos no existía tal



ciclo. No había océanos donde se fijara el gas invernadero, así que quedaban los bosques como los únicos elementos que fijaban el carbono y lo retiraban de la atmósfera. Tampoco era Omoria un planeta volcánico. Apenas había evidencias de volcanes en las cercanías de los polos y no encontró restos de erupciones recientes. Los datos vía satélite no indicaban nada que hiciera prever próximas erupciones en las próximas décadas. Otros gases efecto invernadero como vapor de agua o metano no eran significativos. Visto esto, Carlos se interrogaba, ¿cómo era posible que después de millones de años no se hubiera producido una glaciación si el único gas mantenedor de la temperatura se reducía inexorablemente con el paso del tiempo? ¿Qué alimentaba el CO<sub>2</sub> de la atmósfera si la vida tendía a consumirlo? Omoria nunca se había enfriado significativamente, no había resto de glaciaciones en las regiones colindantes a los polos... el hielo nunca se había expandido de sus actuales límites. No había hallado la más mínima evidencia de ello. ¿Por qué no había indicios de pretéritas oscilaciones del clima, en función de las proporciones variables de los gases que retenían el calor del sol? Por no haber variaciones climáticas ni siquiera las había estacionales, derivadas de su casi perfecta órbita circular y su eje de rotación sin inclinación. Más allá de la franja verde no había ni siquiera evidencias de antiguos arroyos... nunca habría podido haber vida allí, en las áridas estepas anaranjadas.

La biología era importante en un estudio geológico, sobre todo a lo largo de prolongados periodos de tiempo, porque la vida modifica las pautas de la erosión, incluso la composición de los mares y la atmósfera. En este aspecto Omoria no dejaba de sorprender. Por un lado la erosión debido a agentes fluviales existía pero no era significativa. La franja verde del planeta era húmeda, contaba con extensas líneas de arroyos y pequeños mares y lagos. Su origen estribaba en enormes glaciares situados en la cordillera central del planeta... ¡glaciares que estaban condenados a derretirse por completo tarde o temprano en un proceso que carecía por completo de un mecanismo de regeneración! Muchos ríos morían en la tierra seca y yerma, en lagunas con altas concentraciones salinas más allá de las cuales comenzaba el desierto y a lo largo de su camino por la espesa selva el agua se dispersaba creando pantanos y deltas que seguramente no cesaban de retroceder... ¿desde hace cuanto tiempo?

El artículo pasaba a continuación a analizar la composición interna de Omoria. El núcleo planetario garantizaba una potente magnetosfera e inducía corrientes en las capas magmáticas que habían provocado la peculiar cordillera central en el ecuador del planeta. Eran cadenas de elevadas cotas e increíblemente jóvenes, a tenor de su escasa erosión. Pero lo que se salía de lo normal es que no había indicios de variaciones del campo magnético en las rocas metamórficas de Omoria porque eran demasiado jóvenes como para haber vivido algo así. Iliana recordaba que Carlos le había explicado los fenómenos de inversión que cada cierto tiempo sufren los planetas de manera inevitable. Carlos concluía que no era tan rara la imposibilidad de detectar vestigios de cambios pasados en la polaridad del planeta como la

imposibilidad de encontrar rocas con una datación de antigüedad significativa.

El artículo de Carlos concluía de una manera contundente pero contradictoria: Omoria era un mundo que tenía aspecto de tener millones de años, con una vida y fauna exuberante y diversa pero con una geología misteriosamente joven, y todo ello en un sistema solar único. Y lo más fascinante de todo era que al menos en ese concienzudo estudio, Omoria no era viable como planeta habitable a medio plazo. Pero entonces... ¿cómo se explicaba la presencia de un ecosistema tan rico y variado? ¿Por qué había vida en Omoria?

Cuando Iliana terminó se sentía desplazada. De alguna forma el estudio la había cautivado, y también la había intranquilizado. La larga lista de extrañas anomalías que había expuesto Carlos... estaba incompleta. Debería haber añadido las misteriosas perturbaciones de las fuerzas gravitatorias que habían provocado la pérdida de los dos satélites.

Y para colmo, a la abrumadora cantidad de hechos de difícil explicación o de circunstancias únicas —Iliana se inclinaba más por esta última expresión—, había que añadir la presencia de algún tipo de vida inteligente pretérita... ¿o tal vez no?

Aún pensativa, volcó el resto de información del dispositivo que Carlos le había pasado en su sistema informático.

Carlos había incorporado una serie de imágenes que se correspondía con lo que parecía ser el acceso a una gruta de piedra situado en una hondonada, en medio de un paraje desolado de tierra anaranjada, algo que estaba más allá de la selva que rodeaba el ecuador. Un paisaje de Omoria que nunca había visto antes, salvo desde el espacio. La galería de imágenes iba mostrando diferentes perspectivas del sitio en cuestión, hasta que finalmente una imagen de una pared de piedra, escasamente iluminada, que Iliana se figuró que se correspondía con el interior de la gruta, le hizo pegar un respingo en su silla. En la pared aparecían series de misteriosos grabados de una geometría curva, muy elaborada y sugerente. Nunca había visto nada igual. Sugería delicadeza y elegancia. No parecía un código agresivo, nada de signos abruptos y geométricos, sino más bien recordaba a un código de señales vegetales, establecidos por sinuosas raíces, elaboradas hojas, ramas ensortijadas y largas lianas enredadas todas ellas en laberínticos arabescos. Más que una escritura parecía una obra de arte en la que podía uno sumergirse aún sin entender qué contemplaba.

Aunque Iliana ya sabía lo que iba a ver, la realidad superó sus expectativas de alguna forma, y la visión de aquellos grabados la intranquilizó. Revelaba una habilidad que no esperaba. ¿Era eso primitivo? La pared tenía un aspecto uniforme, de color crema, increíblemente pulido hasta tal punto que brillaba como si hubiera sido recientemente encerado. Las inscripciones en bajo relieve tenían una portentosa definición, y parecían talladas sobre una cuadrícula invisible. Dos líneas de grabados de unos cinco metros de ancho eran todo cuanto mostraba la imagen, pero parecían tan extraordinariamente bruñidas que daba la impresión que debía haber alguien limpiándolas a la vuelta de la esquina... aunque también podía haber sido Carlos el

que las hubiera lavado previamente a realizar las fotografías. La nitidez resultaba desconcertante y se preguntaba si no sería prematuro hablar de civilización extinguida. Sintió un hormigueo por todo el cuerpo, pensando que tal vez Omoria no fuera lo que parecía.

A continuación Carlos le había preparado una sucesión de imágenes con una cantidad ingente de los extraños jeroglíficos esta vez tomados en detalle uno a uno. Se ve que ya había dedicado unas cuantas horas a trabajar sobre los símbolos y había preparado infinidad de documentos con los ideogramas como elementos de texto.

Claro que eso era la tarea sencilla. Debía localizar ante todo elementos y reglas que pudieran ser reconocidos, y la única posibilidad para ello es que aquella gente que los grabó hubiera desarrollado las matemáticas. A partir de ahí no sabía si los procesadores, por muy potentes que fueran, podrían sacar algo más. De hecho si las representaciones de símbolos eran fonemas, su interpretación sería virtualmente imposible. ¡Era el trabajo de un programador lingüista, no el suyo!

Pero la primera observación que computarizó fue interesante. Sólo había poco más de cincuenta símbolos diferentes, luego debía tratarse de un abecedario.

Finalmente un documento que faltaba por leer le llamó la atención. Estaba encriptado y el acceso le resultó imposible. Carlos lo había titulado enigmáticamente «El hallazgo». Iliana sonrió pensando que a Carlos le resultaba difícil utilizar la terminología científica y todo tendía a agrandarlo exageradamente.

Después dejó un programa funcionando intentando hallar un patrón matemático en aquella desconocida escritura. Todo era cuestión de encontrar un hilo para desmadejar el nudo.

## Capítulo 14

La monotonía del trabajo no varió en los días siguientes. Iliana era de las personas que no soportan dejar cabos sueltos, y tanto la investigación de las perturbaciones gravitacionales del sistema, como la que le había encargado Carlos en relación a la escritura primitiva, la absorbía por completo, hasta el punto de que estaba dedicando muy pocas horas a dormir.

Se había vuelto más taciturna e incluso se aislaba más de sus propios compañeros. Prefería hacer comidas cortas y breves y meterse en su mesa de trabajo, nunca mejor dicho, porque había ido acumulando documentos y terminales a su alrededor, de manera que la había convertido en un bunker, donde se amontonaban soportes de información, notas manuscritas, y todo tipo de impresos con estudios y gráficos. También el suelo a su alrededor empezaba a acumular montañas de papeles y cuando Iliana se sentaba a trabajar desaparecía literalmente de la vista de sus compañeros. Sin embargo ambos trabajos en los que Iliana se afanaba eludían indefectiblemente el hallazgo de una solución.

Iliana agradecía esta intensa ocupación que le impedía ensimismarse en sus cuitas. Recordaba el viaje en el Galileo como una pesadilla, habituada a quedarse pensativa, no cesaba de dudar si su opción había sido una cobarde huida hacia delante o una sabia decisión adoptada fríamente. En esos debates incurría en rebuscar todo tipo de indicios, conversaciones, situaciones y enfrentamientos... que le habían conducido hasta allí. Muchas veces se decantaba como brillante en la ejecución de su plan, pero siempre le quedaba un regusto amargo allá donde mirara, la angustia de una derrota que no quería reconocer se insinuaba indefectiblemente cómo una insidiosa verdad. Esa verdad acusadora insinuaba, que independientemente de los planteamientos que se efectuaran, había dejado el terreno despejado a su enemigo, pensamiento que la alteraba realmente y le obligaba a ser una consumidora asidua de todo tipo de tranquilizantes. Afortunadamente el médico de la Galileo ya no estaba entre ellos y esos antecedentes habían quedado atrás y salvo una posible mala reputación de desequilibrada o psicótica. Su nuevo asidero, el trabajo a destajo, era una droga más estimulante y eficaz, que por fin le estaba permitiendo reconstruir, si bien poco a poco, su precaria autoestima.

Así que una febril ansiedad por desentrañar la verdad se había apoderado de ella y aunque disfrutaba de cierta paz interior, su cuerpo parecía discrepar de su régimen de vida. Sus ojos habían perdido su habitual brillo y su rostro pálido parecía apagado. Apenas había hablado con alguien en los últimos tres días y por eso le sorprendió que uno de los compañeros de trabajo, llamado Fonsteca, un técnico operador cuyo puesto se ubicaba unas mesas más allá de la suya, se le acercara una mañana, mientras desayunaba en el comedor general. Se sentó frente a ella con un tazón de café, dispuesto a charlar. A Iliana no le hacía mucha gracia, porque no estaba de humor así que le saludo con un frío buenos días.

Miguel Fonsteca era un hombre cercano a los cuarenta, de aspecto muy formal y un tanto envarado. Su rostro tenía rasgos redondeados y lo más destacado era una avanzada calvicie que se extendía desde la coronilla hasta la frente, flanqueada a ambos lados por un pelo cano muy corto. Sus ojos, grises, miraban con impertinencia. No caía demasiado bien a la gente porque tenía un hablar categórico que obligaba a darle la razón o a callar, pues caso de mostrar un punto de vista distinto equivalía a entablar una desagradable discusión. Iliana estaba convencida que aquella expedición estaba llena de excéntricos y todo tipo de inadaptados.

—¿Te has enterado Iliana?

—¿De qué... ¿Es que van a racionar la comida o algo así? —Iliana hablaba con tono apático y se refería a las crecientes incomodidades que sufría el personal. Cada vez había menos sistemas operativos, y eso se traducía en nuevas limitaciones que hacían la vida más desagradable. La última era el toque de queda, como decía ella. A partir de una determinada hora se suspendía el suministro eléctrico a toda la base a excepción de determinados sistemas vitales, y por supuesto, los equipos de investigación.

—No, no... nada de eso. Es el último boletín de noticias que ha llegado de Nueva Esperanza. Al parecer la guerra con la Tierra ha llegado a una nueva fase.

—¿Nueva fase? ¿Qué significa que ha llegado a una nueva fase una guerra?

—Sí, al parecer se ha hecho uso por ambas partes de una nueva arma de destrucción... de una capacidad terrible. —Fonsteca abrió los ojos exageradamente.

—Eso iba a pasar tarde o temprano —a Iliana aquellos comentarios le parecían los mismos de siempre, y no le iban a sacar de su apatía en relación a lo que no fuera sus investigaciones en curso.

—Sí, sí, es apocalíptico.

La voz y la tensión en el rostro de Fonsteca le llamaron la atención por vez primera. También observó que apenas había gente en el comedor y la poca que había ni siquiera estaba sentada. Más allá de la cristalera del comedor se veía el acceso al centro de comunicaciones y mucha gente rondaba por allí o simplemente charlaba en corrillos.

—¿Qué quieres decir Miguel?

—Al parecer hemos destruido varios planetas de la federación terrestre y ellos a su vez han hecho otro tanto con los nuestros.

—Pero eso no es la primera vez que pasa. Siempre ha habido planetas arrasados antes que ahora...

—No, no lo entiendes... los planetas no han sido arrasados, han sido destruidos, desintegrados por completo. Esto no tiene que ver con bombardeos de misiles ni nada parecido... ¿Entiendes Iliana? De sin te gra do.

Miguel Fonsteca se levantó bruscamente haciendo ruido con la silla, pero nadie le prestó atención.

—Te dejo. Me voy a ver si llega alguna noticia más... La verdad es que es

terrible. Caledonia... Hula y al parecer Yemenepol son los que han desaparecido por nuestro lado. Pero las noticias no son seguras aún... Voy a ver.

Yemenepol. Iliana sintió de pronto un vacío en el estómago. Conocía a algunas personas que residían en ese mundo. Tal vez la guerra las hubiera sorprendido allí. De pronto algunos rostros familiares se le presentaron ante su imaginación. Estarían muertos algunos de ellos... ¿todos? Una prima suya, Ruth, estaba casada y tenía dos hijos. Vivían en la capital de dicho mundo. Era un mundo relativamente peligroso, cercano a la zona de conflicto. Tal vez lo habrían abandonado a tiempo, como tantos refugiados... Sentía que su estómago se revolvía y un profundo malestar le invadió por completo.

Desintegración de planetas. Un paso más de la Humanidad, pensó Iliana con cinismo. Después miró hacia sus compañeros y comprendió sus rostros preocupados. Muchos tendrían familias y amigos en esos planetas. Algunas mujeres lloraban desconsoladamente y eran abrazadas por compañeras. Un hombre enardecido mascullaba en voz alta y juraba todo tipo de maldiciones, pero Iliana decidió no prestarle atención. No recordaba ningún momento anterior de la guerra en el que hubiera visto una consternación similar así en la gente que la rodeaba, aunque claro, Nueva Esperanza estaba lejos de la primera línea de fuego. Sí recordaba los entierros de los caídos en batalla, a viudas y padres llorando ante ataúdes vacíos... pero siempre le habían parecido desgracias particulares, que aunque indudablemente le afectaban, quedaba siempre una sensación, un tanto egoísta pensaba ella, de que ella podía compadecerse por los que padecían el dolor de la pérdida, pero reconocía que ella no participaba de ese dolor. Ahora era la primera vez que se sentía directamente vinculada a la tragedia, que sentía de una forma ese dolor carnal derivado de la pérdida de un ser querido.

Pero incluso esas cuestiones ya empezaban a dar igual. ¿Con semejantes armas cuanto tiempo le quedaría a Nueva Esperanza o a la propia Tierra? Quizás el destierro en Omoria I fuera una suerte y un alivio. Serían unos privilegiados, aislados en un mundo remoto, a salvo de la destrucción. Tal vez un refugio de la Humanidad que evitase su completa desaparición.

Iliana sintió un vacío terrible dentro de ella. Ahora sus investigaciones carecían de todo sentido. La Humanidad estaba otra vez al borde del abismo de la extinción. Era una constante en la Historia. Cada vez que la ciencia procuraba nuevos conocimientos siempre el hombre era capaz de encontrarle su faceta militar, y eso arrastraba a toda la civilización al borde de la completa extinción. Si la noticia era cierta, de nada valdría su trabajo... no había esperanza.

\*\*\*\*\*

Reinaba un desconcierto generalizado en la base una vez la noticia se difundió por todos sus rincones. Ni siquiera Lisha había sido capaz de poner orden, también

ella estaba conmocionada. Desde su particular punto de vista, pensaba Iliana, estaba claro que era un duro golpe. De pronto sus ansias de prestigio profesional empezaban a quedar como pompas de jabón en el aire. Una tormentosa calamidad se cernía sobre todos. Nadie había acudido a su puesto y la sala de control de satélites estaba vacía, aunque el ruido de los equipos funcionando y el ronroneo de los sistemas de ventilación le recordó a Iliana que todo seguía su curso. Había dejado su computadora con varias rutinas para descifrar los códigos alienígenas suministrados por Carlos. Pero se daba cuenta de que, incapaz de concentrarse, prefería salir al aire libre. Nada tenía sentido. Nada merecía la pena.

Se dirigió al exterior de la base. Hacía tiempo que no daba un paseo por la selva. Había un perímetro de seguridad por el cual era frecuente ver a los científicos deambular durante sus descansos o formar corrillos para charlar, sentados sobre la hierba. Iliana había perdido esa costumbre desde que Safir se había ido con Carlos. Después el golpe de mano de Lisha, arrebatándole la jefatura al doctor Kerk, había eliminado aquella costumbre. Así que Iliana se dedicó a pasear entre las lianas nudosas y los amplios troncos de los árboles, hasta llegar a una pequeña charca poblada por una especie de batracio cantarín que en conjunto creaban una sinfonía ensordecedora.

Permanecía absorta cavilando sobre las últimas noticias, mirando las impenetrables aguas oscuras de la charca cuando sintió el trote de un animal a sus espaldas. Se volvió rápidamente para encararse a un terrible bulgag que corría hacia ella a gran velocidad. Iliana ya había aprendido a reconocer a Safir, y efectivamente, según llegó el animal reclamó con su hocico que se le acariciara con el expeditivo método de olfatear y lamer las manos de la científica.

La inesperada visita le sacó de su melancolía.

—Vaya, Safir, sí que estás mimoso hoy. Se ve que tu amo no te da demasiado afecto últimamente.

—Mira quién está por aquí... mi científica preferida.

La voz provenía de lo alto y según Iliana levantó la vista se encontró con que Carlos descendía a lomos de una flamante motonave cuyo motor apenas causaba un sordo zumbido imposible de discernir con el estruendo de la charca.

—Vaya Carlos, me alegro de verte... hoy han llegado noticias terribles.

Ambos se sentaron junto a la charca e Iliana le puso al día de las últimas noticias, incluido su propio temor por la familia que tenía en uno de los planetas desintegrados. También le expresó su preocupación por la destrucción de Nueva Esperanza y el resto de los mundos de la Federación, y terminó elucubrando sobre el inminente fin de la Humanidad. Después de un largo monólogo de desahogo durante el cual su amigo no dijo palabra, observó que éste permanecía absorto. Su rostro revestía una gravedad como nunca antes le había visto.

—Esto vuelve a alterar mis planes por completo —dijo finalmente con aspecto fastidiado.

—Caramba, está bien que pienses siempre en tus planes. Se supone que millones de personas han muerto... a estas alturas vete a saber si Nueva Esperanza sigue existiendo... —A Iliana no le hacía mucha gracia cómo asumía Carlos el holocausto que le acababa de describir.

—No me interpretes mal... te aseguro que yo mismo conozco a gente de esos planetas... a los cuales tengo... tenía... mucho aprecio, pero creo que la información que poseo puede cambiar el sentido de los acontecimientos... lo que sucede es crucial es administrarla correctamente.

Iliana bufó.

—Cuando empiezas a hablar en plan misterioso, Carlos, no se qué pensar. O que eres demasiado pretencioso o que una fiebre local te está afectando.

Carlos le sonrió enigmáticamente, pero ella lo conocía bien, y notaba que en parte estaba intentando tranquilizarla.

—¿Cómo va el machaqueo de los códigos? ¿Han sacado algo las máquinas?

—Nada de nada.

—Toma esto, tal vez pueda ayudar algo. Creo que esta vez he descubierto algo más matemático. Quién sabe si a partir de aquí el resto es más fácil. Te aseguro... que esto es más importante que cualquier otra investigación que estés desarrollando. Créeme, tienes que dedicarle la mayor cantidad de tiempo posible.

—Ahora mismo creo que cualquier investigación carece de ninguna utilidad. — La mirada de Iliana se perdió en los ojos de Carlos. Estaba llena de desánimo. Sin embargo el geólogo le devolvió una sonrisa llena de confianza en sí mismo. O bien Carlos era un insensato o demostraba tener una autoestima mucho más allá de lo razonable.

Safir se le acercó y puso su cabeza grande en el regazo de Iliana y entornó sus grandes ojos verdes hacia la joven. Iliana no pudo reprimir una risa.

—Este animal parece que es un gran muñeco de peluche destinado a hacerme reír. ¿Has visto cómo me ha mirado?

—No lo dudo. Es muy inteligente. Yo no sé, pero creo que de una forma que no sabemos puede entendernos... A mí me pasa igual con él. ¡No puedes estar triste ni un segundo!

—No me estarás diciendo que es telépata o algo así, ¿verdad?

—No, no es eso... pero es que es terriblemente inteligente. Verás. —Carlos cambió la entonación e hizo su voz ligeramente más imperiosa—. Safir, en pie.

El animal se apartó suavemente de Iliana y se irguió sobre sus cuatro patas, con el cuerpo tensó. Su mirada ávida parecía esperar una orden de Carlos para cumplirla.

—Safir, a la motonave.

Según dio la orden Carlos, el animal giró sobre sus cuartos traseros y en un par de zancadas se situó junto a la motonave. De nuevo dirigió la mirada hacia Carlos. Sus ojos brillaban y su boca abierta daba la impresión de que sonreía feliz de poder hacer algo útil. Iliana habría jurado que Safir se lo estaba pasando bien.



—Safir, quiero que busques la planta roja.

Dicho esto el bulgag olisqueó el aire, se giró varias veces sobre sí mismo y emprendió un suave trote parsimonioso y altanero, perdiéndose de vista entre los matorrales y árboles.

Iliana estaba inmensamente sorprendida. Carlos sonreía satisfecho por la exhibición y el rostro de admiración de Iliana.

—Es fantástico. ¿Cómo has podido educarle de esa forma?

—Es fácil. Es que soy un genio con los animales. Un don.

—No me digas. No lo dudo viéndolo a él.

—Por supuesto que no. Lo cierto es que nunca he tenido paciencia para ser profesor, y mucho menos de una mascota. Lo que sucede es lo que te he dicho. Safir es brillante. Y no te puedes imaginar hasta qué punto.

Estaba acabando de hablar cuando Safir apareció de nuevo al galope con una serie de plantas de color rojo entre los dientes. Al llegar las depositó suavemente junto a los pies de Carlos.

—Ven aquí grandullón. Eres más listo que el demonio.

Sin embargo Safir no se dejó acariciar. Sino que se irguió nuevamente, sus músculos tensos como el acero.

—Safir ha detectado algo. Seguramente algún hombre armado. Será mejor que nos larguemos. Tengo que esconder la motonave.

Carlos se levantó y corrió ágilmente a la motonave, sobre la que montó con habilidad. Safir había seguido tras él y Carlos le murmuró algo que Iliana no pudo oír. El bulgag emprendió una veloz carrera perdiéndose entre la selva.

—Esta tarde cenamos juntos Iliana. Tengo cosas que contarte. —Se despidió Carlos.

Acto seguido giró lentamente la motonave en la dirección de escape y en un visto y no visto el vehículo emprendió una aceleración atroz que a Iliana le pareció imposible. La única evidencia de que había sido real era la corriente de aire que había provocado, que sacudía las ramas de árboles y plantas como un pequeño tornado.

\*\*\*\*\*

El resto de la mañana la pasó Iliana charlando con los compañeros. Las noticias habían desarticulado por completo la disciplina de trabajo. Lisha estaba desaparecida y nadie del Consejo se encontraba con ánimos para imponer orden.

Antes de ir a almorzar se paseó por su módulo para verificar los avances de su programa de traducción. Tal y como esperaba no había progreso alguno. Con cierto fastidio se acordó del último soporte que le había facilitado Carlos. Se dijo así misma que no le iba a llevar más que media hora escasa introducir la nueva información y ejecutar el programa, pero tal y como se temía en su interior, la tarea le llevó casi dos horas. Era la única que estaba en el módulo de trabajo y no tenía ganas de seguir allí.

Cuando finalmente presionó la última tecla y el programa arrancó correctamente se dirigió hacia el comedor. No sólo tenía hambre, sino que el aislamiento que se había impuesto en las últimas semanas se había roto como por ensalmo desde la conversación con Fonsteca. Deseaba la compañía de la gente más que nunca y fue en su busca.

En el comedor tenía lugar una agitada discusión. Por un lado Duyens, como siempre, comedido y neutral, exponía sus tesis a sus compañeros. Por otro lado Fonsteca y varios otros se mostraban reacios y más crispados.

—El problema que tiene la Humanidad es el de siempre —la voz de Duyens era sosegada. Hablaba sin prisa y con breves pausas entre cada frase—. Siempre ha habido naciones dispuestas a derramar sangre por sus sagradas creencias y necesidades. Siempre hay diversos móviles que sirven para empezar una guerra y ésta no es diferente de las anteriores. Incluso cuando la Humanidad logró suprimir las fronteras en la Tierra los lazos fraternales se perdieron en cuanto se abandonó el sistema solar.

—No me dirás ahora que cuando se creó la Federación de Mundos Libres no se dio un paso adelante. La Tierra nos tenía sojuzgados.

—No quiero discutir eso Fonsteca. Evidentemente los mundos libres hemos creado una cultura y unos valores superiores a los de nuestro planeta original. —Duyens dejó entrever un cierto tono irónico en sus palabras que Iliana reconoció de inmediato.

—Menos mal que lo reconoces.

—Sí, además creo que es consustancial al género humano. Tenemos una fuerte tendencia a crear grupos y sociedades no complementarias, sino opuestas. Creamos sociedades incapaces de sentir empatía entre sí y la Federación de Mundos libres es un claro ejemplo. Ahora mismo veo muchos rostros crispados... todos odian a la Tierra. Y ¿por qué? ¿Acaso son seres de una especie diferente? ¿En qué momento exacto decidieron exterminarnos?

—No nos dejaban alcanzar las cotas de gobierno que necesitábamos para nuestro progreso. —Fonsteca respondió mecánicamente. Se notaba que los argumentos de Duyens le exasperaban.

—¿Para qué progreso? ¿El que estamos viendo ahora?

—Ellos empezaron esta guerra. —Una científica sexagenaria habló con acritud. Su rostro aguerrido mostraba irritación. Sus ojos enrojecidos indicaban que había estado llorando desconsoladamente.

—Si entendemos que la sublevación de Nueva Esperanza, en la que se asesinaron a unos cuantos miles de civiles y funcionarios leales a la Tierra, no se entiende como un acto de guerra detonante del actual conflicto, es posible que sí, que fueran ellos los que iniciaron las hostilidades.

Un tenso silencio se impuso en la reunión. Alguien murmuró por lo bajo la palabra traidor, pero Duyens mantenía el rostro sereno, impertérrito como una piedra.

—Todos nuestros ancestros son terrícolas, y cuando salieron de la Tierra y poblaron otros mundos tuvieron las mismas obligaciones y derechos que cualquier civil de la Tierra. ¿Es que acaso cuando se logró la independencia de la metrópolis se dejaron de pagar impuestos? Lo que se ha dado en llamar la Edad Oscura más bien nos dice lo contrario. Sin la ayuda de la metrópolis nuestros antepasados estuvieron a punto de desaparecer sumidos en el caos. La anarquía se adueño de nuestra civilización, e incluso muchos mundos fueron gobernados por auténticos tiranos... Y después de varios siglos de lenta recuperación. ¿A dónde llegamos? Yo responderé: al punto de partida. Recordemos un poco de historia reciente: justo antes del inicio de esta guerra tenemos que recordar que estábamos al borde de una ¡guerra civil!, en un proceso similar al que en su día sufrió la Tierra. Muchos parece que han olvidado los problemas que sufrimos con la escisión de varias de nuestras colonias en una nueva Liga de Mundos Libres. Afortunadamente surgió esta oportuna Guerra con la Tierra, que nos obligó a unirnos, desarticular la rebelión violentamente, y plantar cara al infame enemigo. Una curiosa ironía de la Historia, ¿verdad?

—Tú eres un vil unionista —atacó Fonseca. Su rostro enrojecía con cada palabra —. Eso que dices no son más que patrañas.

—Si me preguntas si estaría dispuesto a eliminar todas las fronteras que existen entre los hombres, sí soy un unionista. Creo que las diferencias entre los hombres las marca cada individuo, nunca las sociedades. Cuando nos dejamos arrastrar en masa... los resultados los tenemos a la vista. Estamos al borde de la extinción. Sólo un suceso de una probabilidad infinitesimal podría salvarnos a todos.

—Te digo, Duyens, que jamás aceptaremos la unión con los terrícolas. Se creen los amos del universo, la cuna de la civilización. Nadie en Nueva Esperanza aceptará la sumisión de nuevo. Antes la extinción. —Fonsteca hablaba furibundo, y muchos de los presentes se mostraban claramente a su favor.

—No, obviamente, tú eres la prueba evidente de que la paz no llegará por esa vía. Mi esperanza se basa más bien en el objeto de nuestra misión. Desafortunadamente de hecho parece que muchos de nosotros hemos olvidado por qué estamos aquí. Hay veces que nos centramos tanto en lo pequeño, que es como si mirásemos un cuadro fijándonos solo en los trazos del pincel, sin ver el lienzo al completo.

—Tú y tus metáforas —rió Fonseca despectivo.

—Sí, muchos nos hemos obsesionado tanto en lo que queremos descubrir que hemos olvidado por completo el objetivo de nuestra misión aquí en Omoria I. Me explico. —Duyens se sonrió y sorbió un poco del café caliente que humeaba de su taza. Había conseguido retener la atención de todos y saboreaba ese momento. Iliana se preguntó porqué ella era incapaz de lograr algo así—. Desde hace siglos la Humanidad ha dado por supuesto que nuestra galaxia esta despoblada de seres inteligentes. Me refiero a civilizaciones alienígenas, de nuestro rango tecnológico o superior ¡eso espero! Sí, se han descubierto mundos habitados por seres con mayor o menor capacidad inteligente. Pero no una inteligencia similar, nunca una civilización

tecnológica. El hombre sigue pensando que está solo. Toda la Vía Láctea parece que está a nuestra disposición. En cierto sentido nos parecemos a los primitivos exploradores terrestres, que cuando arribaban a un nuevo continente disponían de él a sus anchas, imponían sus leyes y su civilización.

Duyens hizo una pausa más larga. Nadie osó interrumpirle.

—Hemos buscado todo tipo de señales y estudiado infinidad de sistemas de nuestra Vía Láctea sin hallar ninguna evidencia de vida inteligente tecnológicamente avanzada. Pero nos negamos a pensar que el hombre sea el único ser que habite este universo inmenso. Es absurdo, ridículamente absurdo. Por ello el doctor Kerk emprendió hace años este ambicioso proyecto. Buscar una forma de salir de nuestra galaxia, y llegar a muchas otras, de manera que pudiéramos multiplicar por mil nuestra actual capacidad de localizar vida inteligente. Esta es nuestra auténtica ambición señores y por eso estamos aquí, aunque lamentablemente muy a menudo lo olvidamos. Está es seguramente la mejor opción para detener esta absurda guerra fratricida. Si la humanidad supiera que no es más que una civilización de tantas seguramente crecería más su sentido de especie y su cohesión. Dejaríamos de sentirnos los amos y señores del Universo. Posiblemente dejaríamos de guerrear entre nosotros por puro sentimiento de dignidad como seres inteligentes.

—Es demasiado tarde para eso —terció Fonsteca agriamente—. Hemos llegado tarde. Sencillamente demasiado tarde. Esta misión tendría que haberse realizado cincuenta años atrás muchos antes de que empezara la guerra, y aún así dudo mucho que hubiera cambiado el curso de la historia.

—Aún no sabemos lo que va a pasar. Tal vez esta misión ha empezado en el momento adecuado, pero depende de nosotros que pueda terminar con bien.

Iliana había estado demasiado absorta en el duelo entre ambos científicos y no había reparado que uno de los oyentes del debate era Carlos, que al igual que ella, se había acercado al corrillo de espectadores. Su rostro, a diferencia del resto de los curiosos, no estaba tenso por la irritación que el crispado debate había provocado. Más bien le parecía a Iliana que se sonreía en una incomprensible autocomplacencia tan característica de su espíritu arrogante y seguro de sí.

## Capítulo 15

El aviso la tomó desprevenida. Lisha la había convocado con carácter urgente en su despacho del módulo principal, donde se reunía el Consejo científico de la base. Era ya de noche e Iliana se había quedado sola una vez más en la sala de ordenadores.

No era nada bueno. Todas sus series de análisis estaban fracasando y prácticamente había descartado todas las hipótesis. Ignoraba si había habido alguna novedad nefasta, pero al menos en lo que se relacionaba con los satélites no se habían producido nuevas pérdidas, de eso podía estar segura por sus compañeros. Pero aunque intentaba tranquilizarse, lo precipitado de la convocatoria le hacía temer que no se iba a salvar de una buena regañina. Finalmente había optado por coger apresuradamente un puñado de papeles y presentárselos tal cual a la doctora, y con el fajo en la mano se dirigió a través de las penumbras de la base. Sólo estaban encendidas las luminarias en los accesos y de noche las instalaciones adquirían un aspecto tétrico. Se encaminó velozmente al módulo principal.

Éste estaba a salvo del caos que se vivía en los restantes módulos de trabajo. Allí cada uno de los miembros del consejo tenía un despacho desde el cual controlaba y administraba sus equipos de científicos. Varios ayudantes contribuían a que el lugar estuviera ordenado y a salvo del barullo que se creaba en los laboratorios y salas de operadores donde la espontánea acumulación de trabajo creaba montañas de documentos y los equipos se abandonaban en mitad de los pasillos o en donde fueran más conveniente según la ocasión.

Según se presentó en la antesala del despacho un ayudante de la doctora le dio paso a su amplia sala de trabajo. Si bien todas las estancias de la base eran sencillas y funcionales, aquel despacho tenía un raro lujo, su amplitud. Se veía que al jefe de la expedición le habían concedido la prerrogativa de un amplio salón para sus reuniones, despacho que originalmente debió de pertenecer al doctor Kerk. Iliana nunca había estado allí hasta la fecha.

La doctora Lisha le recibió en la puerta. Un científico de bata blanca permanecía sentado junto a la mesa de la doctora, si bien Lisha no le pudo ver el rostro, su silueta le resultaba vagamente familiar.

En primer lugar era de los pocos que llevaba bata, cuestión que había caído en desuso desde que se había suprimido por completo el uso de los climatizadores incluso en los puestos de trabajo. Ella misma vestía informalmente, con pantalones cortos y camiseta de manga corta, ya que al calor y humedad relativa de Omoria había que sumarle el hecho de que las instalaciones carecían de ventanas o medios alternativos de ventilación, y el calor de los equipos informáticos y de laboratorio contribuían a que los lugares de trabajo fueran verdaderas saunas. El dejar de usar las batas supuso que se perdiera un punto psicológico en la escala de disciplina científica que había reinado en la base.

—Iliana, espero que tú seas capaz de explicarme qué está pasando —Lisha se

había aproximado a recibirla e inmediatamente le cuchicheó con aire severo, mientras la tomaba del brazo con más fuerza de la que habría esperado. Se notaba que la doctora estaba realmente enfadada.

—No entiendo a qué se refiere doctora, he estado absorbida por la tarea que me encomendó. De hecho ya tengo unos resultados preliminares y una serie de orbitas propuestas que pueden quedar al margen de la zona de perturbaciones...

—No Iliana, no me refiero a eso, me refiero a él. ¿No había dicho que sus actividades debían cesar? —Lisha hablaba en susurros para evitar que la persona sentada en frente a su escritorio pudiera oírles.

Miró de reojo al científico de bata blanca sentado unos metros más allá. Iliana veía tan solo su cabellera revuelta sin poder ver su rostro y no acertaba a entender de qué hablaba la doctora Lisha. Había estado tan concentrada en su estudio que aquel otro asunto la desconcertaba.

—Sí, me refiero al geólogo —insistió Lisha con el ceño fruncido.

Iliana comprendió que quién estaba sentado frente a la mesa debía ser Carlos, que resultaba irreconocible ataviado tan académicamente. Sin embargo las piernas cruzadas y la forma de sentarse, levemente recostado, indicaban que bajo aquel disfraz formal se ocultaba el mismo aventurero de siempre.

—¿No te había advertido que sus actividades podrían ser perjudiciales para la investigación principal? —Prosiguió la doctora en susurros—. Esto no puede quedarse así. —El rostro de Lisha mostraba irritación.

—Sinceramente doctora Lisha, no entiendo a qué se refiere.

—Vamos a ver, vamos a ver.

Y la doctora Lisha se dirigió apresuradamente a su silla indicando a Iliana que tomara asiento frente a Carlos. Cuando lo hizo, éste le miró serenamente y le guiñó levemente un ojo.

—Veamos, le estaba explicando a la señorita Iliana la situación, pero evidentemente no está al tanto de las últimas noticias, por lo que le rogaría que se las expusieras brevemente.

—¡Oh!, sí, bien. —Carlos se dirigió hacia Iliana como si fuera la primera vez en su vida que hablaban cara a cara—. Verá, recientemente he publicado un artículo en Nueva Geología. Es una amplia y reconocida publicación... especializada en nuevos mundos. Mi trabajo ha resultado relevante para la comunidad académica, afortunadamente, y ha sido muy citada en las revistas de la especialidad. Y dado que se envió cuantiosa información, hasta el punto de que resulta incluso contradictoria en muchos aspectos, se ha levantado una fuerte controversia en relación al objeto del estudio, esto es, la geología de Omoria I. Desde luego es una cosa que me maravilla la cantidad de fanáticos de la geoplanetología que hay hoy día. —Carlos hizo una pausa autocomplaciéndose en su explicación. Iliana le miraba boquiabierta—. Esto ha llevado al Consejo de la Universidad de Gramdan a reconsiderar los objetivos de la presente misión, y parece ser que se ha estimado oportuno crear una nueva línea de

investigación, aprovechando los recursos que tenemos aquí, a fin de aclarar la citada controversia.

—Eso es una forma deliberadamente burda de plantear los hechos —cortó tajantemente Lisha. Su rostro moreno disimulaba los matices coléricos que sin duda debían estar a flor de piel—. No dudo que su artículo haya causado expectativas científicas, pero creo que ha inflado artificialmente su carácter controvertido... ¡puro sensacionalismo para llamar la atención! Asimismo no me gustó que se hiciera referencia a la destitución del doctor Kerk en el informe privado que remitió a la Universidad.

—Y evidentemente no gustó en Gramdan esta noticia —cortó ahora Carlos—. Pero claro, yo pensé que naturalmente debían estar al tanto de una circunstancia tan relevante. De hecho yo simplemente lo mencioné de pasada...

—Gozamos de autonomía para realizar ese tipo de cambios si el consejo científico lo estima oportuno —repuso Lisha—. Además su mensaje dejaba caer malintencionadamente nuestro estancamiento en el desarrollo de la nueva teoría gravitonal... lo cual es una evidente muestra de mala fe por su parte.

—Simplemente comentaba un hecho que usted como responsable de la misión debía de haber puesto al corriente de la entidad que nos financia. Y en cualquier caso es lógico que la Universidad quiera obtener el mayor rendimiento de los recursos que ha desplazado hasta aquí, y si no es debido al objeto primordial, bien pudiera serlo por este otro, que evidentemente, no ha dejado de suscitar interés.

—Muy bien Carlos... si quieres verlo así, perfecto. Tomaré nota de tus actuaciones. Podrás disponer de los medios que necesites, a fin de que no envíes «quejas» a la Universidad... pero te advierto que estas jugando con fuego. Si tus estudios se estancan o están equivocados no pisarás una universidad nunca más en la vida.

—No tema, eso no va a pasar —una sonrisa espléndida iluminó el rostro de Carlos.

Iliana estaba helada. No entendía todavía a qué obedecía su presencia en aquella desagradable reunión, y aunque sus simpatías estaban con Carlos, no deseaba para nada ningún papel protagonista en una agria disputa. Después de una larga pausa en la que los contendientes calibraron sus argumentos respectivos, parecieron caer en la cuenta de que Iliana estaba presente.

Lisha le alargó inesperadamente un folio con el membrete de la Universidad de Gramdan. Iliana comprobó por la fecha y hora de recepción que era un mensaje recibido apenas hacía un par de horas.

En él se instaba a la responsable «actual» de la base, «sea cual fuere», no se mencionaba a la doctora dejando entrever cierto disgusto con los cambios habidos, la necesidad imperiosa de colaborar con el doctorando Carlos Kerk en el desarrollo de nuevas investigaciones de carácter geoplanetario a fin de resolver ciertas cuestiones que habían hecho de Omoria I un mundo inédito. Se le exigía colaborar tanto con

medios humanos como materiales a fin de que pudiera desarrollar lo más eficazmente posible su labor. El mandato evidentemente contrariaba a Lisha, que sabía perfectamente de la escasez, no sólo de personal, sino de medios, y cada vez eran mayores las limitaciones de todo tipo.

Iliana levantó la vista expectante. No se figuraba aún para qué era requerida su presencia.

—Iliana, ahora estás a disposición del señorito. Te ha solicitado como ayudante de geología. —Lisha pronunció la frase con cierto derrotismo.

—Pero si yo no he solicitado ningún cambio. Es más, estaba a punto de concluir mi trabajo...

—No te preocupes Iliana —Carlos le miraba sonriente—, tendrás tiempo para completarlo con calma. Tampoco te voy a exigir una dedicación exhaustiva.

Iliana le miró con estupor. No sabía si enfadarse o echarse a reír, aunque estaba más próximo a lo primero. Le fastidiaba bastante la arrogancia de aquel hombre. ¿No habría sido más correcto que hubiera consultado con ella previamente? Además estaba a punto de encontrar algo, lo presentía. Su campo de hipótesis estaba estrechándose sobre algo más grande de lo que inicialmente nadie había previsto, y le iban a apartar de su descubrimiento justamente ahora, cuando llegaba el piloto de carreras, aficionado a científico, con ganas de protagonismo.

Su frente acabó finalmente arrugándose y aunque sabía que quizás habría sido más apropiado callarse, no pudo reprimirse.

—Considero Carlos que quizás habría sido más conveniente que me hubieras comentado este proyecto antes de proponerme como tu ayudante. ¿Qué pasaría si me negara? Me parece una desfachatez que llegues y pretendas que me ponga a tus órdenes de un día para otro. Si ni siquiera eras miembro de la expedición científica... te hemos dejado hacer tus juegucitos geológicos y mira por donde ahora quieres darnos lecciones de ciencia a todos.

Lisha observaba con creciente complacencia el enfado de Iliana.

—Siempre te puedes negar, Iliana. No tienes ninguna obligación de trabajar conmigo —repuso apaciblemente Carlos.

—Por supuesto que Iliana puede negarse —intervino Lisha—, pero Iliana, si te negases me pondrías en un apuro. Este mequetrefe no tardaría ni dos minutos en ponerse en contacto con Gramdan para lloriquear diciéndole que no le entregamos lo que nos pide y le boicoteamos.

—Sí, me hago cargo —el rostro de Iliana estaba evidentemente contrariado.

Carlos hizo una mueca de resignación pero no dijo nada.

—Esto es lo que hay Iliana, así que ya sabes. Si me disculpan tengo mucho que hacer. —La doctora Lisha les despidió con un leve movimiento de cabeza y dejó que se fueran.

Iliana salió enérgicamente del despacho, con Carlos a sus espaldas. Estaba realmente enfadada. Enfiló el campo a través en dirección a su módulo de trabajo



hecha un basilisco. Carlos le seguía el paso un par de metros más atrás como si temiera una que una inminente erupción acabara por explotarle en la cara.

Carlos suspiró aliviado, lo suficiente para que Iliana pudiera oírle.

—Menos mal que me puedo quitar esta bata... no sabes el calor que me daba. ¿Es necesario llevarla puesta siempre? Verás, pensé en ponérmela porque me daba un aspecto más apropiado... ¿Verdad Iliana que soy listo? Estos detalles son los que realmente cuentan. Los pequeños detalles.

—¿Pero no has oído todo lo que te he dicho? —Iliana se volvió enfurruñada hacia Carlos y este le miraba con un rostro más divertido que nunca.

—¿Y tú no me felicitas? Gramdan nos ha concedido medios y tiempo para trabajar en mi descubrimiento. Tenemos algo grande, y reconocimiento...

—Yo también tenía algo grande.

—Sí, pero no tanto como esto.

—¡Ja!, eso está por ver. Y ya veremos cómo colaboro contigo. ¿Crees que esta es forma de contar con los amigos?

—Sí, Iliana, entiendo que estés algo enfadada, pero ¿no comprendes que sólo podía conseguirlo si tú te mostrabas auténticamente enfadada conmigo? Lisha se habría negado a que fueras tú si observaba que ya estábamos confabulados. En cambio ahora piensa que nos llevamos fatal, que vas a ser una pésima colaboradora... y eso es bastante para ella. De ahora en adelante cuando te pregunte como nos va, se creerá a pies juntillas lo que le digas... por supuesto le dirás que no hay nada y que la investigación es un fraude. Está bien que crea que me tienes tirria porque así nos dejará en paz.

—Eres un manipulador terrible.

—Es el mundo de las carreras, te hace así.

Iliana rió, incapaz de salvar la lógica del pensamiento de Carlos.

—Sigo pensando que debías haber contado conmigo... además tendrás que permitir que concluya mi trabajo. —Iliana bufó resignada.

—Por supuesto. Además yo soy el primer sorprendido... cuando llegó el mensaje no esperaba que fueran a poner tanto énfasis en Gramdan es esta investigación. De hecho pensaba que tardarían meses en responder. Se ve que saben leer entre líneas.

—¿Leer entre líneas? ¿A qué te refieres? —Iliana le miró con gesto desconfiado. Siempre que Carlos adquiría ese aire de cierto misterio en sus palabras no sabía si era presuntuoso por pura vanidad o realmente había algo más—. Tengo que reconocer que estás de suerte, porque quizás lo que estoy a punto de descubrir sea una nueva anomalía para añadir a tu colección de singularidades de Omoria I.

—Qué bueno... hoy es mi día de suerte. Más anomalías... y además tengo a la ayudante con las piernas más bonitas de todo el sistema.

—No cantes victoria. A partir de mañana me pongo pantalones largos... ¡y bata!

\*\*\*\*\*

Iliana se sintió agotada. Se había sometido a una presión enorme para alcanzar su objetivo cuanto antes, pero este último incidente la había sacada de su concentración y sintió su cuerpo cansado que le reclamaba un descanso digno. Sentía la cabeza embotada y era incapaz de pensar con claridad. Simplemente iría a apagar los equipos y acto seguido trataría de dormir unas cuantas horas seguidas. Reconocía que cuando se obsesionaba con algo era una especie de enfermedad. Por eso había huido a Omoria a fin de cuentas, para poder trabajar en algo que le gustara sin interferencias de ningún tipo, o quizás había sido al revés, quería alejarse de las interferencias que le impedían vivir, tal vez sólo quisiera eso. Desde esa perspectiva no tenía nada por lo que quejarse. Tan sólo que tenía trabajo de sobra. La cuestión era si finalmente sacarían algo provechoso.

El cálido zumbido de los equipos le recibió en la sala de ordenadores. Con cierto fastidio se sentó en su mesa y empezó a cerrar los procesos en marcha. Le habría encantado insertar una nueva batería de datos a fin de aprovechar las horas nocturnas para estrechar el cerco a su «perturbador» gravitacional como lo llamaba ella. El juego del escondite estaba tocando a su fin, Iliana lo sabía, y por eso cada vez que contrastaba nuevas hipótesis con las observaciones sentía un hormigueo mezcla de curiosidad y satisfacción.

Sin embargo cuando estaba a punto de levantarse para irse, reparó en el parpadeo de un icono que le recordaba que un proceso de trabajo había finalizado con resultados. Iliana lo reconoció con fastidio. «El estudio de la extraña escritura... me había olvidado por completo de esto».

Estuvo a punto de cerrar el proceso, pero en un último instante se decidió a echarle un vistazo. Las probabilidades de un resultado satisfactorio se le antojaban ínfimas.

Sin embargo Iliana casi se quedó sin aliento cuando el habitual mensaje de «error en la decodificación», tradicional de tantos ensayos, no era el que aparecía burlón en la pantalla. Para su sorpresa en un lado del monitor figuraban los extraños ideogramas y en el otro su correspondencia matemáticas.

Carlos lo había conseguido. La extraña nomenclatura entrañaba conocimientos matemáticos. ¡Era formidable!

Iliana estaba aún sonriéndose cuando después de un leve vistazo empezó a hacer rodar por la pantalla los símbolos traducidos. Entonces su cara de satisfacción palideció y se transformó en otra de auténtico estupor. No se podía creer lo que estaba leyendo. Debía hablar con Carlos urgentemente. Tendría que pedirle explicaciones más detalladas de todo aquello. Ahora entendía que Carlos tenía algo realmente serio entre manos. Mando imprimir los primeros documentos que salieron silbando de la impresora. Los tomó precipitadamente y salió con urgencia al exterior. Intentó recordar si alguna vez en su vida había sido presa de una excitación semejante, pero incluso rememorando su más ardiente pasado amoroso, debía reconocer, no recordaba

nada que hubiera llegado a acelerarle el corazón de tal manera.

## Capítulo 16

Salió corriendo en dirección a la residencia de Carlos. Era el módulo que correspondía al personal auxiliar y quedaba más apartado de los que se dedicaban a dormitorios. Atravesó las penumbras y cuando estaba a punto de entrar en la zona iluminada, que antecedió a la entrada de la edificación, escuchó unas voces a su derecha que reconoció de inmediato.

La voz ensobrecida de Cignus vibraba inconfundiblemente. No habría prestado mayor atención si el que le respondía no hubiera sido otro que Carlos.

—Así que nuestro dandi se cree el más listo del reino. Al parecer ahora va de científico avisado... camino de convertirse en una eminencia. Dentro de poco me lo veo de jefe de la base. —Varias risas corearon el comentario—. Ya sabéis chicos, a hacer méritos antes de el crío empiece a darnos órdenes.

Iliana se encaminó hacia el origen de las voces. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad acabó vislumbrando unos fardos en el suelo y más allá diversas cajas de embalaje. Estaban apiladas en desorden. Era una de las zonas que los ingenieros aprovechaban para ir acumulando basura. Equipos estropeados y restos de materiales diversos estaban diseminados a su alrededor. Los días en que la base estaba reluciente y ordenada y que la explanada que la circunvalaba permanecía limpia y desbrozada quedaban muy atrás en el tiempo. Creía recordar que hacía ya casi dos años que habían desembarcado en aquel mundo remoto... pero no estaba muy segura de ello. Tenía la impresión que por momentos su situación se asimilaba a la de unos naufragos abandonados en una isla perdida. ¿Qué pasaría si olvidaran acudir a su rescate, tal vez, si la Universidad de Grandam desapareciera de la faz de la existencia a consecuencia de la guerra? Sus reglas, su código de conducta, aún eran civilizadas, pero la gente de Cignus la intimidaba. Formaban la vanguardia de un género humano que destrozaba las normas de la civilización con facilidad. De momento su posición era útil a Lisha y secundaria en el mando, pero Iliana temía que algún día eso dejara de ser así. Simplemente bastaba que los intereses de Cignus no coincidieran con los de la científica. Y se le ocurrían muchas circunstancias en las que eso podía devenir en posible.

Ante esta perspectiva lóbrega los ánimos de sus compañeros habían abandonado toda ilusión y la habían sustituido por una ansiosa necesidad de justificar su sacrificio. De ahí surgían muchas tensiones y a veces parecía que iba a estallar una tormenta eléctrica entre los diferentes gabinetes, que todavía sordamente, se reclamaban mutuas responsabilidades. La desidia y el abandono habían hecho mella, sobre todo, en los técnicos que iban a realizar un trabajo mecánico, y cuya vinculación con la investigación era accidental, por no decir económica, pensaba Iliana. De hecho ni siquiera el poder del dinero estaba consiguiendo que desempeñaran sus funciones con un mínimo de orden, a juzgar por todo lo que se amontonaba en el suelo y que Iliana se esforzaba en esquivar para no hacer ruido. A

diferencia de los científicos que se encontraban allí más bien por vocación, los ingenieros habían ido por motivos muy poco altruistas e Iliana siempre se había relacionado con ellos lo menos posible.

—Verás Cignus, la verdad es que esa contingencia no la he contemplado, pero ya que lo mencionas es posible que algún día me veas como jefe de la base... —la respuesta de Carlos tardó en llegar y fue tenue, con una voz queda. Algo en ella alarmó a Iliana.

—Estás hecho un mequetrefe. Esa estúpida sonrisa tuya se te va a esfumar de tu cara a base de golpes. Y si no verás.

Iliana oyó un golpe seco y un quejido. La voz de Cignus sonó sarcástica.

—Qué. ¿Sigues teniendo ganas de hacerte el duro?

De nuevo un golpe seco. Iliana comprendió que el sonido correspondía más bien a un gemido bronco y corto.

Avanzó con más cuidado. Se debía encontrar muy cerca. Al parecer se acercaba a una pila de cajas de embalar vacías y otros deshechos, al otro lado del cual tenía lugar la conversación que escuchaba. Incluso vislumbraba una raya de luz que se filtraba entre dos paneles que permitían adivinar el vaivén de unas sombras.

—Déjame a mí esta vez. Tengo un saldo pendiente con el chico. —La voz de Irigor se le antojaba a Iliana de lo más siniestra.

—Recuérdame Cignus cuando sea jefe de la expedición que te suba el sueldo. He de reconocer que estás dejando la base como los chorros del oro. —La voz de Carlos era entrecortada, pero no perdía ni una pizca de su habitual socarronería.

Cuando Iliana llegó a la rendija de luz entrevió las espaldas de varios hombres que sostenían linternas. Más allá, apresado por dos de los lugartenientes más corpulentos de Cignus, estaba Carlos, con la camiseta manchada de sangre que le goteaba de una nariz tumefacta. Su rostro estaba amoratado. Irigor le propinó otro puñetazo en el estómago. Carlos se arqueó y se dejó casi caer al suelo. Los hombres que le sujetaban lo mantenían en vilo. Una oleada de miedo e indignación sacudió a la joven.

—Que no se queje el señorito que esto no tiene nada que ver con lo que será con la próxima que se haga notar. Para entonces sí que haremos una fiestecita de verdad —dijo Irigor y concluyó con una abrupta carcajada.

—Bien muchacho. No sé si nos vamos entendiendo, pero creo que me expreso con meridiana claridad. —Cignus tomó la palabra de nuevo. Ahora paseaba de un lado a otro, pavoneándose delante de Carlos cada cierto tiempo—. Pero volviendo al hilo original de nuestra conversación, había un delicado asunto que no debemos olvidar. Estamos aquí por un motivo concreto... una investigación que al parecer es muy importante... y en fin... a nosotros la verdad es que ni nos va ni nos viene. Hacemos lo que hemos venido a hacer y punto. Lo que si nos jode un poco es que un niño entrometido nos quiera hacer sus gracias. No nos gustó como se resolvió el asunto de la caza... no nos gustó que se dedicara a realizar nuestro trabajo colocando

los satélites en órbita... y no nos gusta que ahora se las dé de sabioncillo. En suma, he estado esperando a que te pasaras de listo para apercibirte personalmente. Y te aseguro que has rebasado el límite doctor Carlos Kerk. Tus actividades han molestado a la jefa, y bueno, podemos decir que ésta es mi forma personal de dejar las cosas claras y expresar de una manera... física... nuestro malestar. ¿Has entendido muchacho? En esta base tienes que pedirme permiso hasta para mear.

—Ya que estamos en eso ahora mismo me vendría bien ir al baño...

Era evidente que Carlos apenas podía mantenerse en pie, pero aún así no dudaba en trivializar la situación provocando a Cignus de paso. Iliana sintió que debía hacer algo porque tenía todo el aspecto de que su amigo iba a terminar realmente mal. Irigor aprovechó la última audacia de Carlos para propinarle un nuevo puñetazo.

—Mira chico... dedícate a pasear por la selva con tu mascota y molesta lo menos posible. Es muy probable que esta misión este muy cerca de acabar... así que no me vuelvas a joder alargando nuestra estancia aquí más de la cuenta... ¿Qué ha sido eso?

...

Iliana había cogido un bote de la basura del suelo y lo había lanzado lo más lejos posible a fin de que el alboroto distrajera la atención de los matones.

Un par de hombres se alejaron del grupo y pasearon sus haces de luz por entre la basura, lejos de Iliana. El brillo de la Vía Láctea en el cielo apenas servía para distinguir nada en la oscuridad.

—Jefe, aquí es imposible encontrar nada... habrá sido algún animal.

Cignus gruñó.

—Está bien caballeros. Ya hemos explicado al señor Kerk nuestro parecer. Es hora de echar un trago... ¿alguien quiere cerveza?

—Sí, el trabajo físico da sed —sentenció Irigor.

El grupo se alejó ruidosamente y dejaron a Carlos tendido contra un embalaje desencajado. Carlos respiraba dificultosamente e Iliana se apresuró a auxiliarle tan pronto vio que los hombres se alejaban.

—Vaya... ¡qué bien! ¡Una enfermera! —le saludó fatigosamente Carlos cuando la vio acercarse.

—Sí, pero más que una enfermera tú necesitas una docena. Son unos canallas y una pandilla de mafiosos.

—Era previsible que el éxito generara alguna rencilla de este tipo. Gajes del oficio.

Iliana ayudó a Carlos a incorporarse entre quejidos y lamentos que él intentaba disimular.

—Sí, no me digas más. En las carreras pasaba lo mismo.

—Sobre todo los que perdían las apuestas por mi culpa. Algunos eran realmente malos tipos, créeme.

—Menos mal que he llegado. Eres un imprudente al provocar a Cignus sin parar.

—Ese tío es un estúpido. No me preocuparía mucho más de él... —Carlos se

puso inesperadamente serio—. Espero que no te hayan visto... no sería bueno para lo que tenemos entre manos, ni mucho menos para ti.

—No, no... no dejé que me vieran... ya estoy empezando a pensar con tu lógica.

Carlos le sonrió. Su sonrisa ensangrentada intentaba mostrar la misma intrepidez y seguridad de siempre. Sin embargo ahora le confería un aspecto macabro.

—Vamos a la enfermería, me llevo bien con el personal de allí. A ver que pueden hacer por ti.

—Algo tendrán que hacer... mañana quería salir para estar unos días fuera.

—Eso sí que no va a poder ser. Además tienes muchas cosas que contarme. ¡Espero no tener que llegar a los métodos de Cignus para sonsacarte!

Carlos avanzaba penosamente apoyado en el hombro de Iliana. Se paró un momento y miró serenamente a Iliana. Sus dientes ensangrentados volvieron a aparecer en una ancha sonrisa.

—Por Dios, no comparemos. Tú eres una chica preciosa... tienes otras armas mucho mejores y más efectivas que unos simples puños para sonsacarme.

\*\*\*\*\*

A Iliana le intrigaba tanto lo que quería preguntarle a Carlos como lo que había oído fugazmente a Cignus. Durante su alegato con Carlos había mencionado algo que le había perturbado considerablemente.

Sin embargo mientras permanecía en la enfermería y el médico, un hombre gordo y cincuentón de cara redonda, y una enfermera que según todos los rumores era su amante y que debía ser unos pocos años más joven, se afanaban en realizar las curas a su amigo, se mordía la lengua esperando la oportunidad de quedarse un momento a solas con Carlos para solicitar sus explicaciones. No podía enunciar palabra ante testigos sin resultar indiscreta.

—Así que mañana tenías previsto salir de excursión sin avisarme, como viene siendo costumbre...

—Hombre, pensaba hacerte una de mis visitas nocturnas.

—Esas visitas resultan de lo más inconveniente —sonrió Iliana con cara de circunstancias.

El doctor y la enfermera intercambiaron una mirada cómplice. A saber qué estarían deduciendo, pensó Iliana. Espero a que salieran de la habitación para proseguir la conversación.

—Me imagino que pensabas regresar a donde tienes localizado... hum...

—¿Te refieres al hallazgo?

—Eso mismo. Me gustaría ir contigo.

Iliana observó que el rostro magullado de Carlos adquiría una expresión rara por una fracción de segundo.

—Por supuesto, estás invitada... Y ¿a qué se debe ese repentino interés? Si puede

saberse. Diría que hasta la última vez que hablamos eras bastante escéptica respecto a mi trabajo.

—Oh, nada, ¿recuerdas aquel programa que puse a funcionar con las rutinas que me diste?

—Claro.

—Ya me ha dado los resultados. —Iliana esgrimió delante de la cara de Carlos el manojo de papeles que había impreso apresuradamente.

—Caramba... pensaba que iba a resultar imposible con los medios de los que disponíamos aquí. Eso es realmente formidable.

Carlos se iba a incorporar de la cama pero el médico, que acababa de regresar, le increpó y la enfermera le instó a mantenerse tumbado. Le aplicaron unos apósitos que restituirían en pocas horas los tejidos dañados sin dejar la más mínima secuela del incidente.

—El resultado es fascinante Carlos, créeme. —Iliana subrayó la palabra fascinante dándole una entonación particularmente insistente.

—Sí, cuéntame.

Iliana dudó. Le miró con desconfianza.

—No pienso decirte nada hasta que no me lleves a ese lugar. Digamos que ya estoy cansada de estar pendiente de tus juegucitos.

Carlos se rió y el doctor le rogó que mantuviera el mentón firme y la frente sin arrugar o de lo contrario iba a ponerle los apósitos su santísima madre.

Iliana se vio obligada a callar puesto que Carlos no podía responderle.

Mientras el médico iba y venía pareció que el rostro de Carlos se relajó y que entraba en un profundo sueño.

Ella misma también se sentía agotada. La veterana enfermera se le acercó.

—Venga chiquilla, vete a dormir ya. Le hemos puesto un suero que lo ha dejado KO. Ven mañana a primera hora y lo encontrarás dormidito como un bebé.

Era cierto que se sentía muy cansada, pero cuando se deslizó entre las sábanas una oleada de sensaciones le invadió. Dormir iba a resultar muy difícil. Demasiados acontecimientos en una sola jornada hacían que su mente ardiera en una hoguera de ideas, pensamientos, sensaciones.

Lo que había oído decir a Cignus mientras golpeaban a Carlos le había inquietado. Por un lado su prepotencia. Era miembro del Consejo y ahora parecía que nadie podía pararle los pies. Eso la alarmaba, porque estaba demostrando unas maneras criminales de proceder. Su miedo latente a que la isla de los naufragados se convirtiera en la isla de los supervivientes, sin leyes ni reglas, parecía a la vuelta de la esquina. Pero más aún le había inquietado un comentario final en el que había dado a entender que la misión estaba próxima a su fin. ¿Cómo iba a ser eso posible si ella sabía perfectamente que estaban muy lejos de sacar ninguna conclusión definitiva? Lisha le había estado presionando como siempre. Era absurdo tal ahínco si el derrotismo hubiera invadido al Consejo. Iliana intuía que el análisis de Cignus



derivaba de una certeza que él no había compartido con el Consejo, y eso resultaba inquietante. Más aún viendo su forma de proceder, porque parecía obvio que Cignus tenía sus propios planes.

Pero por otro lado Cignus era el aliado de Lisha. Era su brazo ejecutor. Iliana se daba cuenta de que comentarle algo a Lisha que no tuviera ningún otro fundamento más que aquella aseveración de Cignus iba a resultar inútil para la causa de la investigación, pero sí que iba a resultar muy inconveniente para ella.

Decidió no pensar más en el asunto. Era un callejón sin salida.

Y después estaba Carlos.

No le gustaba reconocerlo, pero le complacían sus inesperadas visitas nocturnas. Era una agradable charla confidencial como hacía años que no tenía. Rompía por completo la dinámica absorbente de la rutina de trabajo, y además había algo en él que le enfadaba y le atraía a la vez. Sentía que debía gritarle por un lado, pero por otro lado su pueril irresponsabilidad le provocaba una sonrisa. Creía que era el tipo de hombre al que debía odiar, pero intuía que era una persona de confianza. A veces quería que le confesara sus secretos y otras pensaba que era un mentiroso y un manipulador. Aunque eso estaba cambiando a partir de lo que acababa de descubrir tan sólo unas horas atrás. En el fondo anhelaba más que nunca que se abriera la puerta de la habitación y entrara Carlos. Entonces le habría espetado lo que no había podido comentar en voz alta mientras estaban en la enfermería. «Dios mío Carlos», le habría recriminado, «¿puede saberse cómo tu antigua civilización tenía sofisticadísimos conocimientos de la teoría gravitonal?».

La noche permitió finalmente a Iliana sumirse en un profundo sueño que terminó mucho más tarde de lo normal. Soñó que paseaba por entre las lianas de los bosques de Omoria en un día cálido en el que Safir le acompañaba como un guía, y descubría unos seres benévolos que le conducían al altar donde adoraban a su Dios en lo alto de una pirámide, pero cuando llegaba a su fastigio, quién hallaba en el tabernáculo no era otro que Carlos, que sonriente, le preguntaba, «¿quieres descodificar esto?».

\*\*\*\*\*

El sol imponía su luz cálida desde bien alto en el firmamento, muy diferente de sus habituales despertares, cuando la pálida luz que rompía el alba se filtraba entre las láminas de la persiana. Mientras se desperezaba fue repasando, uno a uno, los incidentes de la última hora de la víspera. Conforme se hacía cargo de los penosos cambios que se habían producido, y se lamentaba del retraso que iba a imponer en su investigación principal, se vistió tan informalmente como hacía últimamente.

En primer lugar se dirigió a la enfermería, y cuando le dijeron que Carlos ya no se encontraba allí aceptó el hecho como una fatalidad inevitable, dado el carácter impulsivo e impredecible de su amigo. «Qué raro», se limitó a pensar con ironía.

Sin embargo en el desayuno tuvo una visita inesperada.

Estaba revolviendo unas galletas de cereales en un liquido que la gente llamaba eufemísticamente leche, que no era otra cosa que un preparado alimenticio que imitaba su textura sin más parecido que ese, cuando Yamia, con su sonrisa que mostraba una impecable y resplandeciente dentadura, se sentó ante ella.

Las mujeres saben reconocer mejor que los hombres cuándo otra rival resulta atractiva, e Iliana sabía que la «señorita» en cuestión eclipsaba a todas las demás féminas de la base por completo. Y como suele suceder con ese tipo de mujeres, conscientes de su dominio sobre los hombres, Yamia parecía disfrutar con cierta frivolidad en tontear con todos, a pesar de que era público, al menos para ella, que estaba liada con Vincent por la cuenta que le traía, era su jefe directo. Carlos no parecía haber prestado mucha atención a esa circunstancia e Iliana recordaba verlo rondar a la joven cada vez que le era posible de una manera que era raro no hubiera provocado la indignación de su pretendiente oficial.

Esta circunstancia, y el hecho de que Yamia no le aclarase las cosas a Carlos y tonteara con él, había despertado la antipatía de Iliana hacia ella.

—Buenos días —saludó Yamia cordialmente mientras su coleta rubia ondulaba grácilmente al sentarse frente a Iliana.

A diferencia de Iliana, que se había servido un buen tazón acompañado de una buena ración de galletas, Yamia llevaba por desayuno una misérrima tacita de leche sin ningún otro aditamento.

—¿Qué tal? —Saludó correctamente Iliana, mientras miraba fijamente a Yamia y sorbía algo del contenido de su tazón.

—Vaya Iliana, ya me he enterado de tu reciente mala fortuna.

—¿Y eso?

—Sí, Lisha me contó que Carlos, ese niño que juega a científico, te ha propuesto para que seas su ayudante... y no me explico cómo, pero se ha visto en la obligación de cederte a ese entrometido.

—Tampoco ha sido exactamente así.

—No te disculpes mujer. La verdad es que antes Carlos me parecía un poco tontorrón, pero ahora me parece un estúpido de categoría... arruinar así tu trayectoria científica para dedicarte a estudios ¡geológicos!, aquí, en uno de los mejores observatorios que la humanidad puede lograr para estudiar la Vía Láctea... por Dios. ¡Con la magnitud de lo que tenemos entre manos!

—Tampoco es para tanto... —Iliana estaba sorprendida por tanta compasión, pero le irritaba que insistiera tanto en lo del «fracaso profesional».

—Una lástima... en fin, Lisha me ha conferido la tarea que tenías asignada... ahora tendré que ocuparme yo del asunto de las perturbaciones.

Iliana notó como le cambiaba el semblante.

—Pero... si prácticamente tengo el trabajo concluido.

—Si mujer, ya me imagino... pero piensa que así tendrás un descanso. Llevas semanas trabajando a muerte. No sé cuántos kilos has perdido pero estas

flaquísima... mírate el pelo mujer, lo llevas desmadejado... ¿Qué quieres? ¿Quedarte soltera toda la vida?

Iliana agitó la cabeza para intentar salir de su estupefacción. ¿De qué demonios le hablaba?

—Pero es absurdo. Además pensaba dedicarle un tiempo marginal al trabajo de Carlos... es ridículo que me pare ahora...

—¡Oh bueno!... haz lo que te parezca... pero el equipo de astrofísicos de Vincent va a destinar a varios técnicos, incluido yo, a investigar ese tema. De todas formas las órbitas que propusiste parece que están funcionando bien... así que en parte puedes estar satisfecha.

Yamia se tomó de un trago su frugal desayuno y se puso en pie ágilmente.

—Iliana, no dudes en ponerte en contacto si necesitas ayuda, cariño. Y ya sabes... tienes que descansar un poco más, querida, tienes un aspecto un poco descuidado.

Iliana dejó que las galletas se hundieran en su tazón mientras pensaba hasta que punto tenía razón Yamia. La verdad es que iba hecha un adefesio.

En relación al asunto de las perturbaciones aquél era un tema que más valía ni pensar, porque de lo contrario caería en un enfado monumental que solo podía terminar haciendo algo de lo que después pudiera arrepentirse.

Vistas las cosas, lo principal era encontrar a Carlos.

\*\*\*\*\*

Estaba claro que no iba a ser fácil llegar a su puesto de trabajo aquella mañana. Cuando salía del comedor observó cierto revuelo en la sala de comunicaciones.

Habitualmente no habría prestado mayor atención. Su concentración en el trabajo, debía reconocer, era de diagnóstico. A pesar de que tuvo que luchar con la tentación de meterse a seguir con sus secuencias y programas, se dijo que por un lado Lisha le había quitado su antigua responsabilidad, y por otro lado Carlos, su nuevo «jefe», solo de pensar en esos términos sentía un leve aumento de la presión sanguínea que avecinaba un posible enfado, no le había encomendado ninguna tarea nueva.

Así que resistiéndose a la rutina del trabajo intenso desde primera hora de la mañana, decidió enterarse de las noticias que entretenían a numerosos científicos que formaban corrillos en torno a las pantallas de información, y con un nudo en el corazón se dijo que más valía enterarse de las malas noticias cuanto antes. Aún era reciente la catastrófica destrucción de tres mundos humanos. ¿Qué sería ahora lo que ocurriría?

—¿Qué tal Duyens?, noticias nuevas por lo que se ve. —A Iliana le gustaba conversar con él, porque daba igual lo que se avecinara, parecía mantener un semblante y voz imperturbable, todo lo contrario que Lisha, que utilizaba las palabras como un látigo. Además sus análisis le parecían mucho más interesantes y con un sentido común y criterio más certero que la mayoría.

—Hola Iliana, llegas a tiempo para conocer los últimos boletines de noticias. Al parecer se ha declarado una tregua.

—Vaya, eso parece magnífico.

—Sí, parece que la humanidad está a punto de llegar a un nuevo equilibrio. Ahora se fabricaran tantas armas destructoras de mundos como cada bando pueda. Cuando la capacidad de autodestrucción de toda la Humanidad sea absoluta se podrá empezar a hablar de que realmente hemos alcanzado la paz.

—Vaya, la verdad es que visto desde ese punto de vista no es tan agradable.

—Ese es el punto de vista agradable, por supuesto. Siempre existe el alternativo.

—¿El alternativo?

—Sí, siempre puede haber un bando que piense que tiene una posición estratégica más fuerte que el adversario, que puede destruirlo por completo sufriendo por su parte unas «bajas» aceptables. Este escenario sería terrible porque la guerra se desencadenaría sin piedad.

—Esperemos que no sea así.

—Hasta el momento la historia dicta que la humanidad ha resuelto estos conflictos en tablas... vamos a ver si no nos cambia la suerte. Pero debes disculparme Iliana, Lisha me espera y no creo que le guste que llegue tarde, y menos para decirle lo que va a oír.

Iliana sintió una corazonada. Antes de que Duyens se perdiera de vista le inquirió.

—¿Con las dificultades que está atravesando la misión?

—¿Tú también te has dado cuenta? —Duyens se volvió hacia ella y clavó sus ojos pequeños y claros en los de Iliana.

Iliana hizo un gesto vago y dio pie a que Duyens se desahogara.

—La verdad es que la situación es preocupante. No entiendo por qué Lisha no mete en cintura a Cignus y su gente. A este paso nuestros equipos de recambio estarán agotados en pocos meses... o comprendo por qué permite la opción fácil de utilizar recambios sin ni siquiera comprobar si la avería tiene solución. Algunos sistemas críticos pueden dejar de funcionar en cualquier momento y no veo que ningún ingeniero este pendiente de ellos. Ya se lo he informado a Lisha en repetidas ocasiones... y ahora me va a oír una vez más... pero está intimidada por ese hombre... la verdad es que no sé qué pensar.

—Sí, yo también había caído en eso... —Iliana sopesó lo que le estaba diciendo Duyens. Era cierto que los servicios de la base cada vez iban de mal en peor, pero ella nunca había estado pendiente de los *stocks* de material crítico para la investigación. Si los ordenadores, radiotelescopios, espectrógrafos y demás dejaban de operar podían arruinar por completo aquel viaje. Bastaba que un cuello de botella de la investigación se obstruyera y todo se colapsaría. Dos años de su vida volcados en un rotundo fracaso. Si no fuera por la guerra y el hecho de decir que se hallaban virtualmente a salvo, serían el blanco de todas las tomaduras de pelo de índole científica durante muchos años.

Duyens se despidió e Iliana se quedó clavada en la sala de comunicaciones oyendo las voces de la gente pero ensimismada en las deducciones de Duyens. Si su vaticinio era acertado tampoco lo era menos que el descubrimiento de Carlos adquiriría una importancia extrema. Podía ser el único éxito que Omoria les brindase. Si Lisha se enteraba intentaría apoderarse de él a toda costa. De pronto parecía que todas las perspectivas cambiaban y tal vez el pretencioso deseo de Carlos no era del todo excesivo. Casi suelta una carcajada al pensar en esa posibilidad.

Eso le hizo recordar que su puesto de trabajo era puro desorden. Cualquiera podría echar un vistazo a sus notas, los programas ejecutados y los ideogramas impresos... aquel pensamiento la sobresaltó.

Pero cuando se sentó frente a su monitor no encontró el temido desbarajuste de impresos y soportes de información. En su lugar una nota manuscrita y firmada por Carlos le agradecía todo lo que había hecho. «Eres formidable», terminaba. Así pues él ya había averiguado lo que la víspera ella no le quería revelar. Efectivamente, los omorianos tenían una capacidad tecnológica muy avanzada. ¡Ni siquiera con ese secreto lograría sonsacarle nada! No había rastro de ninguna de sus anotaciones ni de los impresos con las ecuaciones que había obtenido. Con una mala sensación se aventuró a comprobar si los archivos de su trabajo se mantenían en su base de datos, pero al parecer Carlos había sido metódico, se lo había llevado todo.

## Capítulo 17

De pronto Iliana se encontró sin nada que hacer, tenía más tiempo para pasear y para observar. Había sido relevada de ambos encargos tan sorpresivamente como en su día se los habían impuesto. Se dio cuenta de que echaba de menos a Safir, y también a su dueño. Después de la paliza de Cignus, Carlos había desaparecido. La nota que le había dejado en su puesto de trabajo le daba a entender que ahora él iba a seguir solo por unos días, pero que su regreso le contaría «cosas». Carlos era especialista en emplear una terminología poco académica que estaba exasperando a Iliana, hasta el punto que se había planteado tomar un vehículo y localizar el misterioso descubrimiento del geólogo por su cuenta y riesgo.

Pero no sabía ni por dónde empezar ni cómo localizarlo. Además, caso de partir en su búsqueda, podría servir de señuelo a Lisha y despertar el interés por las actividades de su amigo. Era una mujer a tener en cuenta, e Iliana pensaba ser fiel al trabajo de Carlos, y no permitiría que la ambición de la actual directora arruinara el descubrimiento. «Lo que me faltaba ahora era alimentar la voracidad de esa alimaña», se dijo decidida.

Así que pudo vagabundear por la base con total tranquilidad. Ocasionalmente visitaba su puesto de trabajo y activaba nuevas rutinas relacionadas con las perturbaciones de los satélites. Sabía que tenía muchas semanas de ventaja sobre el trabajo que ahora protagonizaban Vincent y su equipo, y aunque se suponía que no era asunto suyo, una punzada de orgullo le había impedido abandonar la investigación. Por otro lado Yamia no le había pedido ni un solo dato y tampoco ningún equipo, así que no le costaba gran esfuerzo proseguir sus observaciones y, quién sabía, quizás obtener las respuestas antes que nadie. Este prurito en el trabajo alimentaba su autoestima, rebasar al resto y descubrir la verdad le producía una secreta satisfacción. Además Lisha parecía sentirse aliviada con el hecho de que los satélites llevaban varias semanas proporcionando información ininterrumpidamente gracias a las nuevas órbitas que había propuesto.

El tiempo libre que empezó a disfrutar le sirvió en parte para prestar más atención al bosque que rodeaba el campamento y también a la propia base. Fue en esos paseos por el perímetro cuando comprobó que las palabras de Duyens tenían fundamento. Los montones de basura, escombros, y equipos desechados se acumulaban por doquier. Un huracán o quizás un bombardeo intensivo habrían provocado efectos similares.

La razón de que anteriormente no hubiera sido más consciente de esa situación de abandono no se la explicaba Iliana salvo que por la excusa de su abnegación al trabajo, que le había impedido prestar más atención a su entorno. Aunque había que reconocer, pensaba Iliana, que al menos Cignus había establecido áreas de escombrera lejos de las habituales líneas de visión desde el comedor y la mayor parte de los módulos de trabajo. Muchos almacenes y talleres brindaban cobertura al

basurero que se había establecido en el perímetro, y sólo si un paseante se dedicaba, como ella en esos días, a recorrer los entresijos del campo acotado por la alambrada, descubría el desbarajuste. La idea que percibió Iliana de la base era más bien triste. La selva verde les rodeaba llena de vida y sonidos. A pesar de todos los protocolos de la misión destinados a evitar incidencias negativas por la presencia humana en Omoria, nada había impedido que el tiempo transformara la base en un estercolero. El colmo de la desidia lo descubrió finalmente Iliana en los alrededores exteriores de la entrada de la base, cuando halló las pruebas de las fechorías de Cignus y su gente. En una amplia franja de un claro del bosque, los restos de incontables animales se pudrían haciendo el aire irrespirable. Huesos y cráneos de aspecto macabro se blanqueaban a la tamizada luz del bosque. Una prueba de que las cacerías proseguían impunemente y ahora ni siquiera se esforzaban en que semejante desvergüenza se cubriera por el más leve de los disimulos.

Otra de las cosas que había tenido tiempo para hacer Iliana mientras abandonaba su habitual entrega al trabajo había sido observar a sus compañeros de misión con una perspectiva más sosegada.

En cierto sentido se sentía completamente liberada, Lisha le había asignado como operadora de Carlos y este había desaparecido. Esta perspectiva de tiempo disponible le permitió charlar con compañeros con los que habitualmente intercambiaba fríos saludos. Mención aparte era el equipo de ingenieros que formaban un impenetrable clan. Aún así, de todas aquellas personas, hubo una cuya actitud le resultó más sorprendente; el padre de Carlos, el doctor Kerk.

A pesar de que el doctor parecía haber asumido la crisis con cierta dignidad y había superado el abatimiento inicial derivado de su deposición, ahora se relacionaba casi exclusivamente con Vincent.

Iliana ignoraba qué lazos podría mantener con el joven científico, pero no dejaba de sorprenderle que a pesar de la presunta traición de su pupilo, según había oído no había movido un dedo por defender a su tutor cuando estalló la crisis, ahora el doctor Agnus Kerk parecía actuar como si no hubiera pasado tal cosa, o al menos, Vincent le hubiera defendido con ardor. Vincent no le caía especialmente bien, puesto que percibía que tanto él como Yamia estaban hechos de la misma pasta, veletas a merced del viento que más fuerte soplara.

Por ello un día que charlaba animadamente con varios compañeros, ya despreocupada por completo de sus quehaceres habituales, no le sorprendió demasiado recibir por su intercomunicador un requerimiento del doctor Kerk para reunirse con él y con su inseparable discípulo. Aunque ahora no se sabía quien era mando y quién oficial.

El despacho del padre de Carlos se escondía al final de un anónimo pasillo del módulo principal. El interior era pequeño y se encontraba atestado de objetos de todo tipo. Desde ediciones encuadernadas de los principios básicos gravitacionales a ordenadas pilas de soportes magnéticos cuidadosamente etiquetados. Era el triste

recuerdo de su destitución, consecuencia de la cual el veterano profesor había tenido que adaptar a un cubículo más pequeño todas sus pertenencias y materiales. Todos empezaban por el nombre de Omoria, e Iliana sospechó de inmediato que el doctor guardaba una copia de todas y cada una de las observaciones que se iban registrando. Debía de ser uno de sus escasos privilegios que aún le restaban.

Tanto el doctor Kerk como Vincent le saludaron cortésmente. Parecía que estuvieran en pleno despacho de la Universidad de Gramdan, ninguno de los dos había abandonado sus hábitos formales, empezando porque ambos vestían con bata, debajo de la cual se adivinaban los no menos formales uniformes de la expedición.

Iliana se sintió un tanto desplazada de inmediato. Sus veraniegos pantalones cortos y su camisa suelta no eran una buena tarjeta de presentación. El cálido e inmutable ambiente de Omoria había favorecido esa frivolidad en su vestir, que podría decirse que era generalizada, una vez que se habían suspendido el funcionamiento de los climatizadores en todos los módulos. Sin embargo la nueva indumentaria había propiciado que más de uno intentara cortejarla, porque Iliana sabía que, si bien el título de más guapa se lo llevaba Yamia, ella no podría decirse que se quedaba muy a la zaga. Sin embargo Iliana evitaba pensar a toda costa en ese tipo de cuestiones porque si algo tenía claro es que no quería liarse con nadie por muy esporádico y circunstancial que fuera lo que buscara.

Iliana saludó con una sonrisa tímida y un débil hola.

Se sorprendió que Vincent se quedara mirándole impertinentemente las piernas mientras se sentaba. Le hizo sentirse más incómoda aún. Le recordaba a cuando algunos de los ingenieros más desvergonzados le soltaban piropos de lo más variopinto cuando la veían paseando campo a través.

—Verás Iliana —comenzó el doctor Kerk—, estaba comentando a Vincent un poco por encima la labor que está realizando Carlos en Omoria. Al parecer sus estudios han levantado una inesperada repercusión académica en Nueva Esperanza. La verdad es que no me esperaba algo así de mi hijo... Ha sido una grata sorpresa.

—Sí, nos ha sorprendido a todos. Al final ha estado bien traer a esta expedición a un geólogo, aunque fuera de polizante —rió Iliana.

Sin embargo los rostros de sus contertulios no se inmutaron con su chanza. Iliana cruzó las piernas y las apretó con fuerza mientras se esforzaba en relajarse. No sabía por qué exactamente pero presentía que de alguna manera sospechaban que sabía algo acerca de las ecuaciones gravitacionales de la civilización alienígena que había descubierto Carlos. El mero hecho de pensar en ello la puso más nerviosa. Era imposible que supieran algo... si ni siquiera ella se lo había contado a Carlos, aunque este las habría descubierto en su ordenador... ¿sería posible que alguien además de él hubiera echado igualmente un vistazo?

—Lo cierto es... —prosiguió el padre de Carlos eligiendo cuidadosamente las palabras— que hasta cierto punto Vincent y yo pensamos que sería interesante estar más al tanto de sus actuales investigaciones. Sabes... nuestra estancia en este planeta



representa un alto coste para nuestros patrocinadores. Todo lo que pueda contribuir a paliar ese gasto y hacerlo fructífero... es importante, Iliana. No sé si lo entiendes.

—Por supuesto. Esto mismo me explicó más o menos la doctora Lisha cuando me asignó para ser la operadora de Carlos en su trabajo... —Iliana mencionó expresamente el nombre de su antagonista a fin de presionar algún tipo de resorte sensible. Tal vez el doctor Kerk no fuera consciente que lo que parecía que quería proponerle no era sino repetir en su hijo lo que había acontecido con él.

—Exactamente... —el doctor Kerk parecía relajarse al ver que Iliana no daba muestras de desconfianza.

—Pero creo que tanto usted como yo hemos recibido la misma información de Carlos.

—Sí claro... Le he comentado a Vincent lo de la civilización alienígena y se ha mostrado altamente interesado... —empezó a explicar el doctor Kerk, pero sin embargo Vincent le interrumpió tan pronto se sintió aludido.

—No sé si comprendes Iliana que el descubrimiento de una civilización alienígena siempre es un hito para la humanidad, mucho más si tuviera algún conocimiento tecnológico... como puedes hacerte a la idea —la voz de Vincent era cálida y seductora. Sin embargo daba la impresión de ser un guante de terciopelo que enfundaba una oscura intención.

—Por supuesto. —Iliana estaba asombrada por la facilidad con la que el doctor había confiado en Vincent. Diríase que estaba a punto de repetirse la misma secuencia de apropiación de una línea de investigación al estilo de la que el propio doctor Kerk había sufrido en sus carnes. ¿Es que no se daba cuenta? Iliana sentía que era invadida de una ola de indignación—. Por supuesto —repetió mientras intentaba sopesar cada palabra, para no crear excesivas expectativas y sobre todo, para que su voz no le traicionase—. Pero Carlos creo que había exagerado excesivamente sobre ese tema... siempre habló de una civilización ya extinta...

—¿Conoces el emplazamiento de sus hallazgos? Nos imaginamos que no puede estar demasiado lejos. Según me han dicho todos los vehículos de transporte están controlados, así que deben estar próximos... si cada vez que se desplaza hasta allí lo hace andando... —aventuró Vincent.

Iliana comprendió que ni se imaginaban la recuperación de la motonave efectuada por Carlos.

—Sí, creo que según me ha dado a entender que no está muy alejado... pero no tengo la menor idea... Siempre pensé que el objeto principal de su investigación era geológica... De hecho su publicación es meramente científica. No hay nada que se relacione con civilizaciones extraterrestres ni nada parecido.

Iliana intentaba desviar la conversación hacia la geología. No se sentiría nada cómoda si le preguntasen por los ideogramas porque tendría que empezar a mentir directamente.

—Otra cuestión que me ha intrigado bastante es como presupone que es una

civilización extinta. Hemos escaneado todo tipo el espectro de señales de radio sin localizar ningún rastro de civilización tecnológica, y el escrutinio de los satélites no ha revelado ningún resto apreciable de civilización sobre la superficie del planeta... ni tan siquiera ruinas...

Iliana estaba sorprendida de la cantidad de esfuerzo que se había empleado en contrastar la escasa información que Carlos les había suministrado. Afortunadamente Carlos había sido aún más receloso con su propio padre que incluso con ella. Era evidente que más de una vez había intentado decirle algo con evasivas. Ahora que ella sospechaba a qué se refería Carlos con su misterioso proceder, bendecía que no le hubiera dado más detalles.

De pronto una cascada de pensamientos se precipitaron en su imaginación. Mientras un silencio ambiguo se imponía en la conversación, Iliana consideró que seguramente Vincent había estado pendiente de cada uno de sus movimientos en los últimos días, habría sido lo más lógico dada la dedicación que parecía haber requerido el asunto. No había hecho más que vagar de un lado para otro la mayor parte del tiempo... precisamente más que nunca. Se vio asimismo paseando, siguiendo derroteros que no llevaban a ninguna parte. Eso debía haber causado muy mala impresión de su profesionalidad, pensó decepcionada. Por suerte Carlos se había llevado toda la información, no había ni rastro de sus ideogramas en sus equipos, mucho menos las ecuaciones, y a Dios gracias a Carlos no se le había visto el pelo.

—¿Sí? —Vincent le inquirió casi con la mirada. La ristra de pensamientos de Iliana le había llevado a quedarse absorta.

—Sí, intentaba recordar lo que Carlos me había comentado de esa civilización.

—Exactamente Iliana... —esta vez el que insistía era el doctor Kerk. Sus inteligentes ojos claros le miraban con fijeza—. Me imagino que recuerdas los ideogramas que traje. Creo recordar que ibas a someterlos a un escrutinio.

—Ah, sí... pero fue completamente infructuoso. De todas formas Carlos no me insistió demasiado... yo tampoco le presté demasiada atención. Eran unos dibujos incongruentes.

—Lo curioso es que no se ha visto rastro de ningún tipo de animal en Omoria que sea tan inteligente como para hacer signos o incluso capacidad de escritura. La verdad es que nos gustaría echar un vistazo a esos ideogramas.

—Pero doctor Kerk... creo que su hijo le facilitó copia... Yo las puedo buscar, pero juraría que se las devolví a Carlos. Nunca me pareció un tema interesante, y además en esa temporada estaba absolutamente absorbida por los problemas de los satélites. Y por otro lado Carlos ¡es tan voluble!

—Ya, ya —Vincent se resistía a perder la batalla fácilmente.

—Eso es muy propio de mi hijo, comenzar algo y dejarlo después a medio camino. Su faceta científica siempre fue así. Ya te he comentado Vincent la de veces que estuvo a punto de abandonar sus estudios superiores. Creo que fue su madre la que siempre le convencía para acabar.

—Me fastidia poder tener un descubrimiento tan importante, doctor Kerk, entre manos y tener que esperar a que Carlos aparezca para que nos cuente los detalles. Y más ahora.

Las palabras de Vincent murieron ambiguamente. Iliana sospechaba que algo iba mal y la frase inconclusa no hacía sino ratificarlo. ¿Por qué si no iban a tener tanto interés en una investigación que en principio era meramente circunstancial?

—Te ruego Iliana que desde que tengas noticias de Carlos nos lo hagas saber. Esto puede ser mucho más importante de lo que parece. No sé exactamente qué tiene en la cabeza, pero hay demasiadas coincidencias como para pensar que este capítulo de los ideogramas es una circunstancia adicional más en este planeta tan... especial.

—Si me permite, doctor Vincent —interrumpió Iliana—, no entiendo exactamente a qué se refiere.

—Oh, nada... —esta vez fue el doctor Kerk el que tomó la palabra— sencillamente tal y como Carlos expuso en su artículo de geoplanetología... Omoria tiene demasiadas anomalías y la aparición de ideogramas... en fin, Vincent piensa que puede tener alguna relación... —el rostro del doctor Kerk era despreocupado, sin embargo Vincent se sentía incomodo con las explicaciones dadas y carraspeó oportunamente para interrumpir al padre de Carlos.

—Nada, nada, Iliana, simples conjeturas de una mente desocupada. Hasta hace pocos días hemos estado demasiado ociosos y cualquier cosa nos dispara la imaginación. Afortunadamente hemos empezado a cosechar datos... los satélites están bien dispuestos gracias a ti y eso nos basta por ahora. Ya tenemos trabajo entre manos y vamos a resolver la cuestión que nos ha traído aquí antes que nada. Elaborar una nueva teoría gravitonal —Vincent sonrió nerviosamente—. Muchas gracias Iliana por concedernos tu tiempo. Todo esto no son más que simples conjeturas... Pero de todas formas, si tienes noticias de Carlos, te agradecería que nos las comentaras.

—Por supuesto. No tengo ni idea de cuáles son los movimientos de su hijo, doctor —dijo dirigiéndose al doctor Kerk para intentar desviar el protagonismo hacia una relación que parecía tener en incómoda exclusiva con Carlos—, pero en cuanto lo vea le diré que charle con ustedes.

Iliana suspiró largamente mientras se alejaba rápidamente por el sombrío pasillo que conducía a la salida.

Se sentía presa de pensamientos de muy diferente cariz.

De alguna manera la investigación geológica de Carlos tenía alguna relación con los ideogramas. Carlos también se lo había sugerido a ella en multitud de ocasiones, pero aún no alcanzaba a comprender a que se refería con ese argumento. Siempre le hablaba en clave y por su parte Iliana se había negado a tomar demasiado en serio sus adivinanzas y enigmas. Le parecía que eran un juego infantil para hacerse el interesante.

Ahora sin embargo el cuadro le parecía excesivamente realista. Si Vincent había establecido algún tipo de conexión entre el estudio geológico y una «civilización

extinta» podía referirse a lo que Carlos había denominado como «una relación evidente» cuando hablaba de las conclusiones de su trabajo. Sin embargo parecía que él mismo lo había sopesado como demasiado arriesgado para incluirlo en su publicación, o quizás fuera más trascendente como para incorporar sin más en una revista especializada algo que debería llegar al gran público... ¿a toda la humanidad?

Y claro, ahí estaban los famosos ideogramas al final de toda la cadena, como un enigmático epitafio del misterio. Pero ese epitafio tenía un curioso final, unas ecuaciones pertenecientes a una civilización extraterrestre de gran capacidad tecnológica. Básicamente lo que había buscado la Humanidad desde hacía incontables siglos y que se desechaba como quimera. Ahora tal vez la espera terminaba y lo que había sido un impaciente anhelo se convirtiera en un pánico mudo, una caótica expectación... imposible predecirlo.

Iliana se sintió sola. Resultaba terrible tener más tiempo para pensar, para analizar sus pensamientos, sus sentimientos. Sentía que sobre ella pesaba una pesada carga. El conocimiento de la existencia de una civilización, de otra especie inteligente en el apartado mundo en el que residían, era un secreto que clamaba a voces ser divulgado... pero claro, no a manos de los oportunistas que dominaban Omoria. Resultaría odioso que Vincent le echara el guante al descubrimiento de Carlos. ¡Cuánto más Lisha! En ese sentido entendía a Carlos. Pero temía que su amigo se equivocara. ¿Cómo podía saber con certeza que se trataba de una especie extinta o que ya no moraba en ese mundo? ¿Estaría poniéndolos a todos en peligro?

Vincent sospechaba algo. Era un nuevo elemento, una nueva presión que añadir a su lista de situaciones desagradables.

Y por otro lado la humanidad sumida en una tregua que los más agoreros pronosticaban como meramente provisional. El holocausto a la vuelta de la esquina. ¿Qué hacían en aquel apartado lugar del universo? ¿Merecía la pena el trabajo que llevaban a cabo? ¿Merecía la pena aquel exilio voluntario? Cada vez entendía menos las razones que la habían llevado a alistarse en la que parecía iba a ser la aventura de su vida, y que no había sido sino una huída hacia delante.

Y Carlos seguía sin dar señales de vida, aunque tal vez eso fuera lo mejor después de todo, concluyó Iliana.

## Capítulo 18

Durante los siguientes días Iliana intentó relajarse, pero en vano. Cuanto más repasaba la conversación mantenida con los dos doctores, más se convencía que la ayuda que había prestado a Carlos era tanto más trascendente. Una vez más se encontraba en una incómoda encrucijada, tal cual años atrás, antes de verse abocada a su aventura omoriana. Entonces había sido una niña inocente, una joven cándida fácil de manipular por su novio ambicioso al que no le costaba nada sacrificar la incipiente carrera de ella para lograr un éxito rápido y sonoro, y todo eso obtenido a través de un cómodo e ingenuo servicio de espionaje que ella había proporcionado sin sospecharlo. El recuerdo de aquellos días tormentosos, cuando todo salió a la luz, resultaba terrible. Por un lado su anciano mentor irritadísimo como nunca, con sus rasgos afables y educados borrados de la faz de su rostro, amenazándole con todos los males del infierno si no contaba cuál había sido su papel en la traición que había perpetrado... y por otro su ex, instándola a mantenerse firme, a usar mil argucias para demostrar su inocencia. Una inocencia en la que cada vez creía menos. Los datos que ingenuamente había proporcionado a Paul se demostraban como claves en las teorías que le habían catapultado a la fama, anticipándose sorprendentemente y por muy poco al que había sido su mentor. En esa pugna de titanes ella era un simple peón que se había equivocado de bando, y había servido a los intereses de las negras aún cuando el blanco había sido su color inicial. Demasiado tarde comprendió su triste papel en esa obra shakesperiana, lo suficientemente tarde para que su nombre mancillado fuera incluido en todas las listas negras que imaginarse pudieran... todas menos la que incluía el embarque en el Galileo.

Ahora su papel se repetía. El reparto parecía que insistía en asignarle de nuevo el papel de traidora... lo único es que le costaba discernir quién era realmente el bueno y quién el malo. ¿Era Carlos otro Paul? No faltaban indicios en esa dirección, pero la desmañada personalidad de Carlos le resultaba tan patética a veces que no podía figurárselo representando un papel malicioso. Bastaba mirar a Lisha o Vincent y descubrir ese mismo lenguaje camuflado de Paul, lenguas viperinas que decían cosas que los ojos desmentían, como si hablaran con más claridad que la propia voz.

Así que consideraba que la poca información que le habían desvelado los astrofísicos mostraba cuánta importancia le estaban asignando al asunto, y eso que intuía que Vincent sólo tenía una corazonada en relación con la existencia de una civilización alienígena avanzada tecnológicamente. Era la única explicación para el enorme interés que había mostrado. Demasiados medios dispuestos para escarbar en unos vagos ideogramas de los que ahora parecía que nadie tenía ninguna copia. Algo había intuido Vincent que ella seguía sin comprender. Quizás tuviera que ver con la apartada posición de Omoria respecto a la Vía Láctea, pero indudablemente debía haber algo más y eso le intrigaba sobremanera. Ella había resuelto una parte del enigma que los demás desconocían, pero entonces, ¿cómo diantres podía Vincent

sospechar que allí había un filón? Sonrió con cierta rabia al sospechar que la única persona que tenía una visión completa del puzle era Carlos y le fastidiaba recordar con cuanta fanfarronería y seguridad hablaba de «su plan».

Poco después de la entrevista Iliana descubrió que la estaban espiando. Y la encargada de esa tarea no era otra que Yamia. No le hacía un seguimiento especialmente evidente, pero sí estaba pendiente de dónde estaba con cierta regularidad. En su error pasado había sido sometida a una presión mucho mayor. Diversos medios de comunicación se interesaron en el escándalo y era difícil no cruzar un pasillo sin notar miradas insidiosas. El temor de que la misma historia pudiera repetirse la amedrentaba, pero decidió no portarse como una niña. Ya era una mujer, así que fingió indiferencia y actuó lo más normalmente posible, en la misma tónica que los días que habían precedido a la charla. A veces Yamia la observaba de reojo en el comedor mientras hablaba con Duyens, y otras veces se dejaba ver fúgamente por su módulo de trabajo. Visitas que antes apenas se producían eran hasta cierto punto ahora habituales. El tandem formado por Vincent y Yamia actuaba sincronizadamente, y seguramente sin informar a Lisha, con la única fuente confidencial del padre de Carlos como fundamento para sus deducciones. El cuadro pintaba una pugna de intereses electrizante.

Y mientras tanto Cignus y su gente se paseaban por la base como la guardia pretoriana de Lisha. Si llegaran a tener alguna constancia de la información que tan descuidadamente había compartido el doctor Kerk, la perspectiva no se le antojaría nada cómoda. Comprendía que los interrogatorios de Lisha, o Cignus, no iban a ser ni mucho menos tan fraternales y educados.

Empezó a desear ardientemente estar lejos de allí. Tener tiempo libre para pensar se estaba convirtiendo en un tormento. ¿Cómo era posible que después de dos años estuviera repasando los motivos que la habían conducido a Omoria? Eso había quedado atrás, había enterrado su pasado, si tal fuera posible... enterrarlo, eliminarlo, olvidarlo. Nadie la había obligado a embarcarse en aquella larga misión. Las dudas y el arrepentimiento eran cuestiones que la atormentaban continuamente.

Pero volver a Nueva Esperanza no parecía algo atractivo. Nada le ataba especialmente a aquel planeta salvo unas pocas amistades. Eran muchas las razones que la habían impulsado a huir de su hogar natal. Hacía ya tres años que había cortado todo contacto con su antiguo novio y compañero de equipo. No sólo se había sentido traicionada en lo profesional, sino también en el amor. Su sometimiento había sido máximo, y también la frustración y en abandono que siguieron. Ni siquiera en su papel de traidora inconsciente fue premiada, una vez usada, Paul desestimó la continuación de la relación porque «se había comportado con él de forma injusta». Era el eufemismo que empleaba para referirse al hecho de que ella se había negado a mentir sistemáticamente y confesara todos sus errores. ¿Cómo era posible que no hubiera sospechado las ansias obsesivas de Paul por estar a la última en sus trabajos de investigación? Si a veces parecía que le arrancaba de las manos los soportes de

información para copiarlos a escondidas y finalmente añadir un comentario en tono escéptico, en relación a la información obtenida, como «algo un tanto interesante pero sin futuro».

Sin embargo estas circunstancias eventuales no bastaron para condenar a Paul, que mantuvo una serenidad maquiavélica y salvó el pellejo indemne, mientras ella recibía una condena de ostracismo indefinida. Curiosamente el incidente se saldó con un beneficio inesperado, dos enemigos por el precio de un mismo acto. Su antiguo mentor y Paul. Su novio, en concreto, se tomó muy en serio arruinar su carrera profesional dada la afrenta que le supuso el ser «abandonado» por Iliana en esas horas difíciles, y tomó públicamente la postura de Iliana como la venganza de una amante despechada que además carecía de escrúpulos. Aprovechó su importante influencia en el mundo académico para cerrarle el paso una ocasión tras otra, primero en Gramdan, más tarde en las universidades más importantes de Nueva Esperanza. Su grado de especialización no permitía acudir a muchas puertas donde llamar. La misión a Omoria resultó ser la última alternativa viable, único callejón con salida, y una forma de alejarse de la fuente de sus incordios. Ahora se cuestionaba su actitud. ¿Debería haber peleado con más entereza? ¿Era el viaje a Omoria una oportunidad o simplemente una cobarde huída?

Volver a Nueva Esperanza con las manos vacías significaría partir de cero otra vez, con la tenaz oposición y hostigamiento de Paul.

No, no le resultaba atractiva la vuelta ahora mismo. Y más teniendo en cuenta la tregua que se había impuesto en aquella guerra fratricida de la humanidad y que todos los comentarios lo atribuían a un «paro táctico de la guerra». Parecía que estaban abocados a llegar a una encrucijada fatal definitiva. Demasiados años combatiendo en una guerra donde finalmente la tecnología iba a poner un punto final. Muchos agoreros, incluida ella, ya lo habían vaticinado. Era cuestión de poco tiempo acabar produciendo ondas gravitacionales suficientemente potentes para deshacer un planeta. Las armas ya estaban listas, el próximo movimiento seguramente sería el último. La humanidad había conquistado y colonizado tierras y mares y tenían toda la galaxia por delante, pero parecía inevitable que los ciclos de odios y enfrentamientos desarbolaran lo que tan sacrificadamente se había adquirido.

No, no era buen momento para regresar a Nueva Esperanza. De hecho se estaba produciendo un éxodo masivo desde los principales planetas de la Federación de los Mundos Libres, según relataban las noticias, hacia mundos menos poblados e importantes en un proceso que no costaba mucho imaginar como caótico.

Parecía ser que la civilización se sumía en una nueva agonía y dentro de esa próxima catástrofe todo su trabajo y esfuerzo adquirirían un valor relativo. De hecho el propio Duyens había expresado un pensamiento que a Iliana la había inquietado mucho. Había que estar preparados para asumir que Omoria podría ser un nuevo hogar para todos. Y observando las noticias no sería raro que muchos refugiados lo eligieran como destino de su huída de no ser por lo extremadamente remoto y

desconocido del sistema.

Si Iliana había llegado a alguna conclusión del análisis de su malestar era que deseaba escapar de la base y participar del descubrimiento de Carlos. Por lo menos él tenía algo que la intrigaba de verdad. Incluso la compañía de Safir le inspiraba cariño y buenos recuerdos, la mejor época de su estancia en Omoria estaba ligada a ambos «elementos».

\*\*\*\*\*

Últimamente se estaba acostando más temprano que nunca. El trabajo no le llenaba y una apatía y desánimo generalizado de la base la estaba contagiando. Desconocía si eran las noticias las que estaban contribuyendo a ese derrumbe de la moral, o a que el desarrollo de la investigación, que había empezado con demoras un par de años atrás, seguía acumulando retraso tras retraso. Muchos conjeturaban que al actual ritmo su estancia en Omoria bien pudiera durar una década. Cualquiera de ambos aspectos resultaba desmoralizante, y por más que intentara entretenerse en el gimnasio de la base, o con la lectura y otros videoentretenimientos, no lo conseguía. El descubrimiento de Carlos era lo único que despertaba su interés como científica, y como persona. Era lo único positivo que veía podía sacarse de todo el embrollo en el que se veía involucrada.

Era ya noche cerrada cuando oyó un golpeteo contra su ventana. Sólo una persona tenía esa costumbre nocturna. Después de muchos días sombríos un rayo de alegría le levantó el ánimo.

—Carlos, ya era hora —Iliana descargó toda la tensión de las últimas dos semanas tan pronto abrió la ventana. En la oscuridad del exterior Carlos pareció sonreír levemente, pero en tono apurado le rogó que le dejara entrar.

Iliana abrió la ventana de par en par y Carlos se introdujo en su habitación ágilmente.

—Llevo intentando hablar contigo desde hace varios días. Pero siempre estas vigilada.

—Sí, lo sé, tengo a Yamia atenta a todo lo que hago.

—¿Yamia?, no, yo me refiero a los hombres de Cignus. Ahora mismo hay dos en la puerta del módulo. Todas las noches se quedan montando guardia... y durante el día no digamos. Parece que están patrullando a todas horas. ¡Es imposible acercarte a ti!

—Vaya, Carlos, empiezas a preocuparme. ¿No estarás exagerando? La verdad es que te veo con un aspecto pésimo. Has perdido unos kilos... ¡si parece que estas en los huesos!

—Es que he seguido una dieta baja en grasas —rió Carlos—, aunque creo más bien que he perdido la noción del tiempo... menos mal que he tenido al bueno de Safir cuidando de mí.



—Y estás terriblemente pálido. ¿Qué pasa? ¿Te has estado escondiendo bajo tierra durante estas semanas? ¿Cuánto tiempo llevas fuera? Debería enfadarme contigo. Me has tenido en vilo cubriéndote las espaldas durante este tiempo —le recriminó Iliana.

—No, no te enfades. Cuando te diga lo que he descubierto verás que tengo excusas más que de sobra.

—¿Otro más de tus misterios?

—Atiende. ¿Recuerdas la misteriosa desaparición de Ballack?

—Si —Iliana se puso seria.

—Descubrí su cuerpo... Iliana, presta atención, Ballack fue asesinado.

—¿Asesinado? Si se perdió en la selva o sufrió un accidente es materia para que un equipo forense lo dictamine. ¿No te parece una locura tener un asesino en la base? ¿Qué sentido tendría? Es absurdo.

—Iliana, por favor. Sé distinguir los efectos de un disparo de pulsos. El pecho de Ballack estaba completamente desintegrado. Ahora no queda más que la ropa chamuscada y los restos esqueléticos... pero sólo puede ser él. Salvo que tú me digas que ha desaparecido más gente de la base últimamente.

Iliana suspiró. Se sentía fatal y no quería expresar en voz alta sus temores.

—¿Qué crees tú?

—Creo muchas cosas, pero lo principal es que nos estamos jugando más de lo que yo mismo pensaba. De todas formas te recuerdo que tengo un plan en marcha, y esto no lo altera nada. En todo caso me reafirma en que es lo más correcto que se puede hacer.

—Oye, oye. Carlos, si piensas seguir contando con mi colaboración tendrás que contármelo todo. Y por «todo» entiendo la totalidad más absoluta.

Carlos le sonrió espléndidamente.

—Sabes Iliana, cuando te pones así de seria te vuelves muy *sexy*.

Iliana bufó. Ya estábamos otra vez.

—Tu civilización extinta tenía conocimientos gravitacionales muy avanzados.

—Sí, lo sé... y ya observé que tú lo sabías. Cuando me llevé toda la documentación de tu ordenador me di cuenta que habías dado con ello.

—¿No te parece extraordinario?

—Sí, por supuesto.

—Y ¿por qué lo dices como si te pareciera lo más natural del mundo? Es algo excitante... ¡es un descubrimiento colosal!...podría tener unas repercusiones increíbles... ¿No deberías comunicarlo al mundo entero?

—Tal vez tengas razón, pero antes tengo que resolver un par de incógnitas que pueden ser cruciales. De todas formas... dudo mucho que la Armada dejara que este descubrimiento llegara al público. Tratarían de utilizarlo con fines militares... y ni siquiera sé aún qué les pasó a los omorianos. Este planeta todavía entraña muchos enigmas y yo sólo he resuelto una parte.

—Podrías intentar explicármelo —dijo Iliana con enfado, temiendo que Carlos volviera a salir por la tangente. Carlos la miró fijamente antes de decidirse a proseguir. Iliana juraría que había sopesado gastarle una broma de nuevo y desviar la conversación, pero finalmente optó por no escurrir el bulto.

—Básicamente te diré que Omoria no es lo que parece.

—Omoria parece un planeta normal y corriente que gira alrededor de un sol. Pero me dices que eso no es Omoria... explícate.

—Omoria es un planeta excepcional... porque es una base alienígena. O al menos lo fue en una época.

Iliana enarcó las cejas y soltó una sonora carcajada. Pero Carlos seguía tan serio como antes.

—Sssshhhh, procura no hablar tan alto. No me gustaría que me pillaran ahora. —Carlos accionó los interruptores que dejaron la habitación en penumbras—. Es una larga historia —prosiguió—, pero primero deja que te hable de Omoria. —Carlos insertó una ficha de información en el monitor que Iliana tenía en su habitación—. Verás, todo mi estudio geológico era la punta del iceberg. Todos los ciclos geológicos que estudie en Omoria no son ciclos propiamente dichos. Omoria es un planeta artificial, Iliana. Dentro de unos miles de años es probable que no haya agua líquida y el planeta muera... o quizás mantenga vida de una forma marginal... pero no estos bosques que ves ahora. No existe ningún ciclo que compense la fijación de gases efecto invernadero por ejemplo. Tarde o temprano la atmósfera acabará imponiendo cambios de temperatura extremos entre el día y la noche y la ausencia de dióxido de carbono supondrá el fin de toda vida vegetal y toda la exuberante cadena trófica que vemos hoy día. Omoria se convertirá en un desierto casi con total seguridad. El estudio geológico lo dice todo, pero tienes que ser geólogo para entenderlo mejor. Una de las cuestiones que se deduce realizando unos simples cálculos con la información que facilite es que Omoria es un planeta de muy baja densidad... casi gaseoso. Dado su volumen, si tuviera una constitución geológica como cualquier planeta tipo rocoso nos impondría una gravedad mucho más alta.

—Lo cual evidentemente no sucede...

—Exacto. La única explicación es que sea hueco en una parte significativa de su volumen.

—No entiendo nada de lo que me dices. Sería el primer planeta hueco que se descubre... porque no tratarás de decirme que una civilización inteligente ha sido capaz de construir un mundo partiendo de cero.

—Utilicé los programas que sirvieron para revelar parte del contenido de los ideogramas que te facilité. A partir de ahí yo también hice algunos pinitos. Básicamente he podido descubrir algunas cosas. La información es ingente, pero hace cosa de diez días descubrí un documento muy revelador. Hace siglos, no demasiados, una civilización alienígena, bastante avanzada utilizó este planeta como puerto de salida de la Vía Láctea... por un peligro que se avecinaba y que ellos calificaban de

Gran Fatalidad o Gran Enemigo, algo que les inspiraba bastante miedo. Al parecer su intención era abandonar la Vía Láctea sin ser detectados, y por ello construyeron Omoria. A lo largo de cientos de años ésta fue su puerta de salida de la galaxia. ¿Y por qué hacer un planeta en vez de una estación espacial o cualquier otra base artificial? Tal vez por una cuestión de camuflaje, para pasar desapercibidos por completo, para que vistos desde el espacio exterior no ofrecer otra vista diferente de un simple planeta girando alrededor de su estrella en un rincón tan remoto de la Galaxia que su pertenencia a la Vía Láctea es casi hasta cuestionable. Cualquier observador detectaría un planeta, eso sí, con vida en su superficie, pero carente del más mínimo brillo delator de inteligencia. Ni una bombilla encendida podría verse desde el espacio exterior.

—Si hemos descubierto su base no fue tan bueno su plan. Ese camuflaje no les resultó tan eficaz.

—Eso es lo curioso... no deberíamos haberlo descubierto por una razón muy sencilla.

—Sorpréndeme.

—Omoria I no debería seguir existiendo. Una de las cosas que más me intriga es que sospecho que algo debió de ir mal, después de todo. Porque ellos tenían previsto destruir Omoria I después de su partida. No quedaría nada atrás que indicase su rastro. Esa intención era clara.

—¿Estás seguro?

—Completamente. Precisamente en el sistema de numeración y fechas es donde menos ambigüedades se establecen por el programa. En ese punto la cronometría de los planes previstos por los omorianos era muy clara. Una vez que la última nave transgaláctica abandonara Omoria, el planeta sería desintegrado.

—Eso significa que quizás no se hayan ido definitivamente... que su éxodo no ha concluido y todavía pueden aparecer por aquí.

—Sí, eso es posible, pero yo tengo razones para descartarlo. Me temo que sucedió algo peor... esa amenaza les alcanzó antes de que pudieran abandonar la Vía Láctea.

—Bien Carlos, empiezas a asustarme de verdad. ¿Y cuál es ese terrible peligro del cual una civilización, presumiblemente muy avanzada, mucho más que nosotros, ¡capaz de construir mundos artificiales!, ¡caramba!, tenía tanto miedo?

—Lo desconozco... es algo que no entiendo aún... pero también tengo miedo de que lo que pudiera ser tan peligroso para los omorianos lo sea aún mucho más para la humanidad. Eso es algo que estoy intentando descubrir... pero los registros de información más modernos que he hallado no tienen carácter histórico, sino más bien técnico... puro dato... pero sin ningún contenido que revele nada de interés.

—Debería acompañarte a tu descubrimiento, al hallazgo, como dices tú. ¿Qué hay allí? Yo podría serte de utilidad.

—Si lo sé, pero todavía prefiero esperar un poco. Tienes que confiar en mí. Tal y como están las apuestas no me gustaría que te pasara nada malo. Si te vienes conmigo

levantaremos la liebre y saldrán definitivamente a por los dos. Todavía podemos ganar unos días que me permitan resolver este último enigma. Confía en mí. Cuanto menos sepas mejor. No olvides lo que le paso a Ballack por interponerse en los planes de determinada gente.

—¿Estas sugiriendo que Lisha ordenó su asesinato? Eso no me lo puedo creer.

—Hummm..., yo creo que Lisha miró hacia otro lado. Cignus le profesaba un odio mortal y Ballack estaba dispuesto a meter en cintura al jefe de ingenieros. Había una confluencia de intereses que beneficiaba a ambos. Con Ballack fuera, Lisha se hizo con la jefatura de la misión y dejó vía libre para que Cignus hiciera lo que le viniese en gana, sin ningún control.

—Sí, un panorama bastante funesto.

—A fin de cuentas hace falta ser una persona un tanto especial para embarcarse en un viaje como éste. Cignus no es precisamente trigo limpio y vete a saber qué razones que ni sospechamos le hicieron alistarse a este carnaval científico.

—Cuando te dio la paliza parecía más bien el jefe de una banda mafiosa...

—Iliana, tal como veo las cosas, un descubrimiento de esta magnitud es un plato muy apetecible del cual intentarán apropiarse a toda costa. Seguramente ni se pararían a pensar cómo se tomaría la Armada todo esto. ¡Lisha o Vincent ni siquiera son conscientes de que estamos en guerra! Siguen obsesionados con su «proyección profesional», como diría mi padre. Y te aseguro que esto no encaja precisamente en mis planes. No pienso dejar que me pisoteen como a él. —Carlos pareció exaltarse levemente, pero tras una pausa recobró su habitual compostura—. La verdad es que debía haberme ahorrado la publicación del artículo, porque a la postre sirvió para levantar la atención más de la cuenta... Estaba ansioso por un poco de prestigio... para que me tomaran más en serio y me asignaran los medios que necesitaba.

—Sí, no me digas más. Estabas detrás de Yamia como su perrito faldero y querías que te viera como un científico más. Valiente científico con «proyección profesional» estás hecho.

Carlos suspiró.

—Ahora he apostado muy fuerte, Iliana. —Carlos desplegó su habitual sonrisa franca y confiada. Era atractiva, pero exasperante, porque Carlos la utilizaba para encubrir sus planes.

—Ya estamos otra vez, Carlos. Exijo que me cuentes qué tienes entre manos.

—Es muy sencillo, pero también arriesgado. Cuando llegue el momento vendré a buscarte y te llevaré a un lugar seguro, y no puedo decirte nada más. Mientras tanto tendrás que seguir unos días más aquí... como si no pasara nada.

—Exacto, perdiendo el tiempo como hasta la fecha... ¿Cuándo dices que volverás?

—No sé, pero tú procura llevar esos pantaloncitos cortos que tan bien te sientan.

—Tú y tu sentido del humor tan fino.

—No es broma. Así te puedo localizar fácilmente con los prismáticos cuando vas

de un lado para otro.

## Capítulo 19

De nuevo retomó Iliana su vida aparentemente tranquila, no sin dejar de observar lo que ya Carlos le había prevenido; siempre tenía gente de confianza de Cignus por los alrededores.

Desconocía cuál era el motivo real pero no era difícil sospecharlo. ¿Era simple recelo de Carlos, y al ser ella su enlace científico, la miraban con lupa a fin de descubrir sus actividades?, o ¿era acaso que Lisha ya sospechaba algo, por el mismo tipo de deducciones efectuadas por Vincent, y también estaba con la mosca tras la oreja? Claro que también la especial animadversión que sentía por Carlos era excusa más que suficiente para justificar esa vigilancia. Puesto que Cignus esperaba que tarde o temprano Carlos se pusiera en contacto con ella, allí estaría él para hacerse notar, tal vez, desarrollando otra amena velada interrogatoria. Se sentía como una hormiga a punto de ser aplastada entre unos gigantescos dedos índice y pulgar.

De todas formas parecía que a Carlos se le habían quitado en buena parte sus ganas de bravuconerías. La víspera había sido suficientemente cauto como para no dejarse ver. A pesar de su aire desenfadado de siempre era obvio que había observado la presencia de los hombres de Cignus en la puerta del módulo, y al parecer llevaba varios días intentando hablar con ella. Eso decía mucho del cambio que había operado en él tras la paliza.

Y todo ello la hacía sentirse terriblemente incómoda y apesadumbrada.

Hasta cierto punto no podía dar crédito cabal al descubrimiento del cadáver de Ballack. Le parecía excesivo que se hubiera cometido semejante crimen por las razones que había expuesto Carlos, pero era intranquilizadora la certeza que había mostrado. Desde luego un disparo de un rifle gravitonal deja una traza inconfundible, hasta ella lo sabía... pero aún así cabía la hipótesis de un accidente, de una terrible confusión mientras la gente de Cignus se divertía por ahí. Pero costaba imaginarse un error tal. Era más sencillo pensar que Ballack había partido en un paseo, o tal vez para verificar que las actividades no permitidas a Cignus no se reanudaban, se había perdido fatalmente en la selva. Pero ahora las dudas se habían disipado, todo quedaba terriblemente claro.

Poco le importaba que la espiasen. Afortunadamente Carlos no le había confiado ningún trabajo desde que en su día descodificase el lenguaje de los omorianos. Era paradójico que mientras había hecho cosas en la sombra para él, había estado agobiada de trabajo, encubriendo parte de sus labores en horas nocturnas. Ahora sin embargo que el éxito de la publicación le había garantizado estar plenamente dedicada a los trabajos del geólogo, esté no le había facilitado ninguno. Eso seguramente debía hacer desconfiar a todos los que habían visto en Carlos un rival.

Por esta razón y por pura inercia, Iliana había dejado operando varias rutinas de la antigua tarea que le había encomendado Lisha. Era ya un trabajo que tampoco la incentivaba. Las cábalas que entretenían su mente, atraídas por la magnificencia del

descubrimiento de Carlos, empequeñecían todo lo demás. Era increíble tener entre las manos un descubrimiento que helaba la sangre. Quizás estuvieran siendo observados por una civilización extraterrestre, quizás no estaban solos en Omoria y sus pasos estaban monitorizados como si un simple insecto mirado con lupa se tratara, inconscientes de ser sujetos pasivos de un experimento inimaginable. Pero Carlos había sido muy contundente a ese aspecto. Daba a entender que aquella civilización, de un modo u otro, se había ido... o se había extinguido. Era inquietante pensar que una raza más avanzada, infinitamente más avanzada, tenía miedo a algo, hasta el punto de abandonar su hogar y huir. ¡Tal vez no lo habían conseguido! Los pensamientos de Iliana daban vueltas y más vueltas por los mismos derroteros pero sin hallar razonamientos convincentes y sólo maldecía el nombre de Carlos por hacerle pasar por ese tormento de incertidumbres. Una infinita sensación de inseguridad por todo y todos cuanto la rodeaban le embargaba; desde Cignus, Lisha, Omoria... a los secretos de la que era depositaria y que la oprimían, pues sabía de sobra que no los podría compartir con nadie. Una carga que debía llevar sola.

En cuanto a su trabajo no sólo no sentía el interés inicial, sino que el equipo mucho más amplio y competente de Vincent estaba tras sus mismos pasos... y las hipótesis que le quedaban a ella estaban tan ridículamente reducidas a eventos tan imposibles que ya Iliana sospechaba que había cometido un error de bulto en alguna parte del proceso. Sencillamente consideraba que su afanoso trabajo de meses atrás había quedado reducido a cenizas, y eso también la deprimía.

\*\*\*\*\*

Unos días más tarde, tras la última entrevista clandestina con Carlos, Iliana almorzaba charlando apaciblemente con Duyens, el cual siempre adoptaba un aire distante y frío, bien hablaran de temas científicos o personales, como si él fuera un ente abstracto, una especie de robot que todo lo valoraba y sopesaba desapasionadamente.

—Me imagino que un día de estos la gente de Vincent dará con la clave que tanto nos ha traído de cabeza... —explicaba Iliana, expresando sus inquietudes en voz alta.

—De todas formas ya no lo veo tan importante. A fin de cuentas lograste un nuevo conjunto de órbitas que no ha dado mayores problemas. —Duyens almorzaba con apetito. Iliana diría que hablaba mecánicamente mientras mantenía la cabeza ocupada en otra cosa.

—Sí, pero es algo que me desespera. Logré otros puntos de Lagrange diferentes a los que deberían ser... es algo asombroso... ¿no te das cuenta de lo insólito que resulta? Los puntos de equilibrio gravitacionales no están donde deberían y aún así los nuevos deben sufrir rectificaciones, aunque no tan drásticamente como antes.

—Te reconozco que resulta insólito. Si tuviéramos más tiempo seguramente habríamos puesto más empeño en descubrir la causa... pero Lisha está obsesionada

por la investigación principal, sin darse cuenta de que muy previsiblemente los medios de los que disponemos ya no sean suficientes para completar el trabajo. Demasiado caos.

—Sí, entiendo... Pero yo siempre he sido una persona un tanto... impaciente.

—No te gustan los cabos sueltos.

—Me exasperan. Y te aseguro que cada vez que repaso el trabajo me siento enfermar... te juraría que no he cometido ningún fallo... pero ya casi no me quedan hipótesis... es más, si te digo las pocas cosas que me quedan por verificar te echarías a reír en mi cara.

—Prueba a ver.

Iliana dudó sin saber que decir. La voz de Duyens era tan controlada que no sabía si le había respondido por pura cortesía pero sin el más mínimo interés, o tal vez aceptaba su compañía mientras almorzaba sin importarle cuál fuera el tema de conversación. Su voz resultaba tan insustancial como si le estuviera pidiendo la sal. ¿Se arriesgaría a quedar como una necia? ¿Probaría suerte?

—Veamos... la causa de la perturbación es un objeto de masa considerable, que debe encontrarse tan alejado de nosotros que nos resulta imposible su detección a simple vista telescópica. No puede ser un planeta gaseoso ni siquiera un conjunto de planetas enormes... que se encontraran más allá de la heliopausa... eso no justificaría las anomalías.

—¿Y cómo de pesado es el objeto? Por lo que dices parece una enana marrón.

—Pero entonces ya la habríamos localizado.

—Depende, no hemos traído precisamente equipos de observación apropiados.

—Sí, pero he dedicado muchas horas de cálculos, y no se ha detectado ninguna orbita probable... es algo más grande. Mucho más grande. Debe serlo —murmuró finalmente para sí Iliana.

—Algo más grande sólo puede ser una estrella, y que Omoria fuera un sistema binario...

—También lo he descartado. Habría dado con ello.

Duyens le miró con unos ojos que por un momento parecieron mostrar algo de asombro.

—La hipótesis última parece ser la que vas a tener que tomar en consideración.

—Pero Duyens, nunca se ha detectado un agujero negro fuera de la Vía Láctea, en unas latitudes como éstas.

—Alguna vez tenía que ser la primera. ¿Has probado los datos con esa hipótesis? Tal vez te llevarías una sorpresa.

—Me parece algo descabellado. Lisha diría que estoy equivocada y me soltaría una bronca.

—A Lisha no le quedará más remedio que aceptar los hechos y tendrá que tragarse la verdad. Una de las razones por las que menos atención ha prestado a las anomalías era que ella y su equipo de Gramdan realizaron los trabajos preliminares



sobre el sistema Omoria. Todo esto lo único que va a hacer es empañar ese trabajo, que por otro lado, no se puede dejar de reconocer, fue una completa y magnífica chapuza. Y si me disculpas Iliana, tengo que seguir con lo mío.

Duyens se secó la boca con la servilleta y se dirigió parsimonioso a entregar su bandeja con las sobras. Después se metió las manos en los bolsillos de la bata y prosiguió su camino como si la conversación que acabara de mantener no le hubiera intrigado lo más mínimo.

A Iliana le sorprendía tanta serenidad.

No era agradable descubrir que el sistema solar en el que te encontrabas era inesperadamente binario, y que tu compañero solar no era otra cosa sino un depredador de materia. Sencillamente aquella hipótesis final era impensable para Iliana, pero, sin darse cuenta, sus pasos le llevaron frente a su ordenador, y rápidamente retomó el control del sistema, detuvo los procesos que estaban operativos e insertó los valores correspondientes a lo que Duyens le había sugerido sin mayores complejos.

El cálculo podría ser largo. Habitualmente lo era.

Pero esta vez los valores introducidos eran sencillos.

Nada de múltiples sistemas planetarios, sistemas de asteroides, nubes de polvo... todo eso resultaba insignificante en comparación. Ella siempre había sospechado de la existencia de algún cuerpo masivo y esquivo, quizás una distante enana marrón oculta tras una densa nube de polvo interestelar... algo que estuviera desvirtuando los cálculos de las observaciones de los telescopios espaciales.

Sin embargo ante una hipótesis tan sencilla el ordenador tardó sorprendentemente poco tiempo en completar la respuesta. El resultado no era cien por cien concordante, pero era una aproximación que daba un porcentaje de acierto de un 75% en una tosca primera aproximación. El más elevado con diferencia respecto a ningún otro cálculo efectuado anteriormente.

El modelo de ecuaciones obtenía una respuesta escalofriante, de una manera que a Iliana le erizó los pelos en la nuca. Acababan de descubrir a su misterioso compañero de órbita.

¿De órbita?, se preguntó Iliana con un temblor que le recorrió todo su cuerpo cual descarga eléctrica.

Recordaba con nitidez la conversación con Carlos unas noches atrás. Lo dicho adquiriría un nuevo sentido ahora. Tuvo la sensación de que el telón caía delante de ella y la verdad parecía simple y devastadora. Rápidamente introdujo una serie nueva de parámetros en el modelo que había utilizado para encajar las anomalías orbitales con la hipótesis que acababa de contrastar. Tenía una corazonada que absorbía toda su concentración y le impedía pensar con claridad. El trabajo le llevó más tiempo del que habría sido habitual. El nerviosismo le hacía cometer errores y al final tuvo que serenarse para repasar las modificaciones y comprobar que todo era correcto. Impaciente presionó el botón de «ejecutar».

Esta vez el resultado fue inmediato, con una concordancia del 99%.

Iliana sintió necesidad de respirar, recapacitar... y de hablar con su amigo cuanto antes. Borró los datos recién introducidos y reinició un par de operaciones que estaban funcionando previamente, a fin de no despertar mayores sospechas caso de que la estuvieran vigilando. Salió al exterior. Necesitaba sentir la luz del sol, mirar la jungla y la vida a su alrededor, conjurar la mala sensación que la había invadido, como quien despierta de una pesadilla y se dice que todo ha sido un mal sueño, ahora más que nunca, quería ver la luz del sol.

## Capítulo 20

Iliana se sentía alterada y con necesidad de mostrarse más tranquila, y a pesar de que no deseaba llamar la atención, descubría con horror que era incapaz. No podía concentrarse en una mínima conversación trivial sin que se le fuera el santo al cielo. Paseaba con frecuencia cerca de la empalizada de la base e incluso por el exterior, con la esperanza de que Carlos estuviera observándola desde un escondite y apareciera de improviso para llevársela lejos, pero no había fortuna.

Y tal como esperaba su nerviosismo no pasó desapercibido. La cercanía de los hombres de Cignus fue más patente, y eso le quitó las ganas de estar en sitios poco frecuentados porque su presencia le resultaba intimidatoria.

Por otro lado Iliana observó que Yamia había desaparecido de escena, y aparentemente ningún acólito de Vincent había tomado su lugar. La actitud más osada de Cignus combinada con la más desapercibida de Vincent le llamó la atención y cuanto más la verificaba, más intrigada de sentía.

En pocos días había cambiado sus hábitos varias veces, síntoma de falta de serenidad y de que no lograba imponerse una rutina. Esperaba ansiosamente la vuelta de Carlos. Atesoraba demasiados secretos que temía que tarde o temprano le complicaran la existencia como si pudieran escapar de su boca abriéndose paso contra voluntad. Tal vez un sueño la traicionase o tal vez su propia histeria venciera su resistencia interior y gritase la verdad a todos quienes quisieran escucharla. Sentía miedo al pensar como pudiera tomarse Lisha su comportamiento, y más aún si recordaba los temores de Carlos respecto a la muerte de Ballack. Detestaba tanto como temía a Cignus.

Así, un día que fingía entretenerse en su puesto de trabajo mientras ojeaba los últimos boletines de noticias procedentes de la Federación de Mundos que llegaban a Omoria con semanas de retraso, leyendo con los ojos sin entender palabra, Duyens se le acercó desapercibidamente.

—¿Qué tal Iliana? ¿Todo va bien?

—Sí... claro. —Respondió taxativamente, quizás en un tono demasiado cortante para emplearlo con Duyens, reflexionó Iliana cuando ya era demasiado tarde.

—¿Cómo fue tu investigación final?

—¿Te refieres a lo que hablamos el otro día? Nada, como me temía... debí cometer algún error.

Duyens asintió. Sin embargo no se fue sino que tomó un taburete cercano y se sentó junto a ella, simulando que miraba interesado su monitor.

—Ignoro por completo que os traéis entre manos... tú y Carlos, me refiero, pero debes tener cuidado con Lisha. La he oído hablando sobre vosotros con ese elemento de cuidado, Cignus. Yo que tú me andarías con ojo.

Iliana suspiró. Prefería no tener que preguntar.

—¿Qué es lo que has oído?

—Al parecer descubrió una investigación que tenía entre manos la gente de Vincent, algo relacionado con un trabajo publicado por el hijo del doctor Kerk. Según sus palabras textuales, se trata de un filón.

—Sólo son conjeturas me temo...

—Sí, pero tal y como van las cosas aquí todos buscan un clavo ardiendo donde agarrarse. Los científicos somos una especie aparte me temo. En vez de pensar que tal vez no haya hogares a donde regresar por culpa de la guerra, ellos están pensando en cómo salvar sus respectivas carreras profesionales. Vincent es joven y no ha arriesgado todavía su nombre en este empeño... pero si lograra encabezar una investigación importante, por cualquier motivo, saldría muy reforzado. Las cosas son más drásticas para Lisha, que arriesgó mucho destituyendo al doctor Kerk, ¿sabes?

—Sí, parece que calculó mal la jugada.

—Una mala apuesta, no hay duda. Si no hay un premio que eclipse ese mal hacer habrá pocas universidades que la tengan presente en sus líneas de investigación... te puedes imaginar como está.

Iliana dudaba si comentar un secreto que le inquietaba, pero miró fríamente a Duyens y le pareció de fiar.

—Carlos me dijo que encontró el cadáver de Ballack en la selva. Dice que fue asesinado. A pesar de que el cuerpo estaba descompuesto después de estar meses a la intemperie, aseguraba que había sido fulminado por un rifle de pulsos. Decía que los restos del esqueleto y la ropa estaban perforados como sólo puede hacerlo un arma de ese tipo.

El rostro de Duyens se demudó. Su cara se ladeó ligeramente, como intentando masticar la noticia. Era la primera vez que veía un signo de afectación en su impertérrito semblante.

—Si necesitas ayuda con algo no dudes en decírmelo. Y por cierto, te he traído unos tranquilizantes... te ayudarán a sentirte más relajada. Llevas unos días que pareces un cervatillo asustado trotando entre una manada de lobos. Aquí no hay muchos sitios a donde huir, me temo.

La advertencia final sin embargo la intranquilizó. Duyens se fue tan desapercibidamente como en él era habitual. Al poco rato charlaba pacientemente con uno de sus compañeros del módulo, como si estuviera recabando información mesa por mesa, de una forma rutinaria y aburrida.

Las pastillas le sentaron bien desde el primer minuto. No acertaba a pensar cómo no se le había ocurrido algo así desde el principio. No se sentía adormilada ni estúpidamente relajada. Su claridad de juicio estaba intacta, es más, muy mejorada, porque el estrés que había padecido durante las últimas semanas se había disipado por completo.

Era consciente de la situación. Pero con la ausencia de los nervios pudo centrarse y meditar con serenidad. Comprendía que su única alternativa era esperar a Carlos.

Por otro lado una intervención de Lisha era inminente. Todo era cuestión de saber cuándo se le iba a terminar la paciencia. Así que tras la conversación con Duyens se sintió mejor, no sólo por el hecho de dominar su temple, sino tal vez porque sentía que tenía alguien en quien confiar en caso de apuro y de aligerar el peso de tanto secreto. Había sido un alivio poder desahogar sus temores en relación a la muerte de Ballack. Duyens era un hombre sensato y reflexivo que no dudaba en enfrentarse a quien fuera necesario, siempre que tuviera un buen argumento que esgrimir. Desgraciadamente su carácter le hacía ser muy poco dado a la acción, y en ese sentido cualquier enfrentamiento con Cignus, que es al que más temía Iliana con diferencia, quedaba descartado. Pero con todo Iliana se relajó, y tras varios días transcurridos sin el estrés precedente, su rostro relajado rejuveneció y su carácter recuperó la jovialidad y el desenfado, tal y como ella se recordaba años atrás, antes de aquel penoso incidente que había echado a rodar su vida pendiente abajo.

Y la paradoja fue que el hecho de verla tan tranquila y de buen humor actuó como catalizador de los acontecimientos. Tan pronto fue confirmándose que su preocupación se había disipado dando paso a una contenida euforia, más efecto de las pastillas que de otra cosa, pensaba Iliana, resultó obvio para los hombres de Cignus que algo positivo debía haber ocurrido, y Lisha, una vez se le informó, sospechó de inmediato.

Tan pronto terminó de desayunar una anodina mañana en la que se había levantado notoriamente más tarde de lo habitual, y en la que como único plan previsto tenía pasear tras ingerir la correspondiente dosis diaria del fármaco, uno de los ayudantes de Lisha le rogó le siguiera. En cualquier caso, unos metros más atrás, Irigor observaba atento a la conversación, con los brazos cruzados sobre el pecho, como un perro de presa dispuesto a saltar sobre su víctima a la más leve indicación.

«Como si pudiera escapar a algún sitio», pensó Iliana con sorna, y le hizo una mueca infantil al pasar a su lado.

Lisha ni la saludó cuando Iliana tomó asiento frente a ella. Las pastillas de Duyens habían obrado milagros. De otra forma habría estado alarmada, pensando en lo que podía o no podía decir. Ahora sin embargo su estado de relajación le permitía comprender que Lisha no estaba haciendo nada en particular en el ordenador, sino simplemente intimidándola con su prolongado silencio esperando un síntoma de debilidad en su rostro para iniciar su ataque. La claridad mental que sentía le permitía verse a sí misma en un estado de conciencia superior que se antojaba mágico. Cuando Iliana esbozó una leve sonrisa al comprender el truco tan evidente ahora para ella, Lisha la miró de reojo, y al observarla, asumió que su estratagema había sido infructuosa. Su mal humor empeoró.

—Bien, al parecer soy la última en enterarme de las cosas en esta base.

Iliana guardó un respetuoso silencio. Si hubiera sido la Iliana del manojo de nervios de días atrás, seguro que ya habría metido la pata intentando argüir alguna razón inconexa sobre algo de lo cual ni siquiera Lisha le había interrogado. Ese error

habría acelerado su ulterior derrumbe. Debía dejar que la doctora tuviera la iniciativa, eso lo tenía muy claro.

—Sí, Iliana, me refiero al descubrimiento de esa famosa civilización extinta.

—Eso es una conjetura que ha realizado este muchacho metido a arqueólogo que yo no sé muy bien la clase de fundamento que tiene. Apareció un buen día con unos jeroglíficos escaneados de unas piedras que había encontrado. Nos lo comentó a mí y al doctor Kerk, que a su vez lo habló con el doctor Vincent. Sin embargo se llevó las pruebas de su hallazgo y nunca más supimos del mismo.

—Y ahí muere toda la investigación.

—Eso creo.

—¿Y no has hecho ninguna labor adicional para el «muchacho»?

—Creo que es evidente que no. —Iliana sintió que pecó de presunción, al dar a entender que no desconocía el hecho de que la habían espiado en los últimos tiempos.

Lisha la miró fijamente e Iliana sostuvo su intensa mirada. Los ojos de la doctora eran negros y pequeños, pero también calculadores y penetrantes.

—Semanas atrás hablé con el doctor Vincent sobre esto mismo, pero sigo sin comprender a qué viene tanto interés en este asunto. —Explicó Iliana—. Al igual que Carlos, hicieron algún comentario sobre lo evidente que podría resultar la presencia de una civilización alienígena en un sistema como el de Omoria, tan lleno de peculiaridades.

—Vincent es un bastardo —Lisha la interrumpió enérgicamente—. Me enteré por casualidad que estaba empleando gran cantidad de medios para realizar comprobaciones relacionadas con la investigación que había efectuado nuestro geólogo y aficionado a arqueólogo, como dices. Al principio pensé que eras tú... pero cuando descubrí la verdad... en fin, habría esperado más lealtad de ese canalla.

Iliana pensó que no había recibido sino un poco de su propia medicina, pero esta vez mantuvo el rostro inalterable para evitar caer en la provocación. De pronto se sorprendió realizando una inesperada conjetura.

—Eso quiere decir además que por si fuera poco el equipo de Vincent no habrá hecho ningún progreso con la investigación que había iniciado yo. Con las perturbaciones orbitales, me refiero.

—¿Progreso? —Lisha bufó— ese mentecato ha estado perdiendo el tiempo en todo menos en proseguir la investigación... Esto es el caos. ¿Y a qué viene esa cara?

Iliana había comprendido de pronto que ahora era ella era la única que conocía la verdad del destino de Omoria y tal vez su expresión la delató. Incluso a pesar de sentirse como una balsa de aceite Lisha la escudriñaba en todo momento.

—Es una lástima. Esa investigación era prometedora. Quién sabe además si no volverán a reproducirse los problemas más temprano que tarde, lo cual considero más que probable —repuso Iliana—. Yo misma he dedicado tiempo a completar mis estudios, pero pensaba que Vincent y su gente, al tener más medios, lo terminarían antes que yo.

—Mira Iliana, ignoro si estás jugando al gato o al ratón conmigo, pero espero que no me hayas mentado en nada, ¿te enteras?

La amenaza de Lisha fue directa e Iliana sintió que su rostro se ponía rígido.

—Por supuesto.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a Carlos?

—Hace varias semanas atrás. Poco después de que me asignara como su ayudante, dejó de proporcionarme información y trabajo.

Lisha le mantuvo la mirada durante unos interminables segundos e Iliana bendijo en su interior el efecto calmante de las pastillas que le había proporcionado Duyens. La Iliana alterada y nerviosa se habría echado a llorar en ese preciso momento.

—Eres una buena actriz, y una mentirosa envidiable, Iliana. Lástima que hayas elegido ese camino.

Iliana no supo qué responder, y enarcó las cejas. «¿A cuenta de qué venía aquella afirmación?».

Por respuesta Lisha oprimió un botón del teclado.

Un archivo de audio se activó. Al parecer Lisha no sólo había utilizado a los hombres de Cignus para vigilarla, sino que había instalado micrófonos en su puesto de trabajo, porque la conversación que había mantenido con Duyens días atrás se reprodujo nítidamente.

—Es inconcebible que haya estado espiándome. ¿Así es como se desarrolla la labor de investigación?, ¿con cámaras de vigilancia en pos de sus científicos?

—Eso mismo le pregunto. Ocultar información no parece una actitud de equipo. Desconozco las conversaciones que han mantenido usted y su amigo, y no puedo deducir con certeza qué sabe y qué no, aunque Vincent sin quererlo me ha dado algunas pistas. Esto la libra a usted de verse sometida a un interrogatorio más desagradable a manos de alguno de mis colaboradores. A pesar de lo que pueda pensar debe considerarse afortunada.

Iliana tragó saliva pensando en Cignus e Irigor, sobre todo.

—Bien —prosiguió Lisha—, ahora la cuestión es qué hacer con usted. Se ha convertido en un estorbo, más teniendo en cuenta que al parecer Carlos ha descubierto el cuerpo de Ballack... dice que fue asesinado. —Ahora Lisha dirigía la mirada hacia otro lugar.

—¿No es eso lo que querías?

La voz de Cignus sonó a las espaldas de Iliana. Ignoraba cuanto tiempo llevaba allí, pero era probable que desde el principio de la reunión, oculto en un rincón de la habitación, fuera de su campo de visión. Iliana se giró y lo vio sentado en un cómodo butacón giratorio que había pasado por alto cuando había entrado en el amplio despacho de Lisha.

—No Cignus, no. Como siempre no sabes moderarte.

—Ballack era un cabrón que se interponía en nuestro camino. No se puede pretender actuar como lo hacía él y no verse metido en algún problema. Seguramente

sufrió algún accidente. ¿Qué pretendías?, ¿que lo mantuviéramos oculto debajo de una alfombra amordazado? No me vengas ahora con ñoñerías Lisha, que ya somos mayorcitos los dos.

A Iliana no le gustó la entonación que daba Cignus a sus palabras y mucho menos la confianza que tenía con Lisha.

—Ya sabemos lo de la motonave, cariño —habló el ingeniero pasando por alto la mirada reprobadora de Lisha—. Nos había traído sobre ascuas este tema. Llevamos semanas rastreando los alrededores, pensando que los restos arqueológicos de tu amigo debían estar por aquí cerca... hasta que hace unos días se me ocurrió revisar aquella vieja carga que habíamos dejado en el olvido. El jovencito se cree muy listo.

—¿En qué estás pensando Cignus? —le inquirió Lisha.

—Creo que a pesar de todo Iliana puede resultar de utilidad. Necesitas atrapar al maldito bastardo, ¿no es verdad? Creo que aunque nunca haya ido a ese lugar puede echarnos una mano. Puede ser un cebo excelente.

—Llevamos días vigilándola y no ha habido rastro de él.

A Iliana no le gustaba que hablaran de ella como si no estuviera presente. Parecía que era un simple peón a punto de ser sacrificado.

—Tal vez deberíamos poner un incentivo mayor. Carlos piensa que Iliana está segura, sana y salva en la base... Pero yo conozco un lugar donde merodean las bestias esas, los bulgags. No nos hemos adentrado mucho en esa zona porque es peligrosa, pero ¿qué pasaría si la señorita se perdiera por allí? Quién sabe... tal vez fue precipitadamente en busca de su amigo... con un transmisor... y de repente se encuentra en serio peligro. Nosotros podemos estar a unos cientos de metros... esperando que llegue el caballero andante con su motonave. Los radares lo detectarán en el acto y será pan comido para nosotros atraparlo.

—Siempre puedo abstenerme de comunicarme con Carlos —sugirió Iliana—. Y ese plan sería una enorme pérdida de tiempo.

—Sí, querida amiga mía. Solo que si no aparece Carlos te dejaremos a tu suerte. Sería interesante ver cómo te enfrentas a esas fieras tú sola y en la oscuridad.

Iliana miró escandalizada a Lisha, pero ella se limitó a enarcar las cejas, expresando que no veía otra alternativa al macabro plan.

\*\*\*\*\*

Iliana permaneció encerrada en uno de los almacenes más alejados del centro de la base todo el día, con las manos esposadas y amordazada. El calor era asfixiante y el recinto pequeño y lleno de polvo. Por más que rebuscó algo que pudiera serle útil para facilitarle la huida, parecía que Cignus ya se había tomado la molestia de examinar con detenimiento el interior del almacén para prevenir cualquier contingencia de ese tipo.

Oscureció mientras Iliana escuchaba con desasosiego los sonidos amortiguados



procedentes de la cercana selva. Con el paso de la luz diurna a la mortecina oscuridad nocturna una paulatina transformación tenía lugar en los rumores procedentes de la selva, que llegaban a ella tamizados por las paredes de su celda. Durante el día había un bullicio de aves y gritos de animales que Iliana nunca se había prestado a atender individualmente. Siempre los había considerado una algarabía omnipresente, como un sonido de fondo imperturbable y natural, familiar tan pronto se aclimató a su estancia en Omoria al poco de llegar. Ahora que tenía tiempo y viendo lo que se le avecinaba intentaba encontrar en cada aullido animal y graznido de pájaro, la esperanza de reconocer el rugido de su viejo amigo Safir dándole ánimos. Cuando llegó la noche los sonidos de los grandes animales menguaron, y sólo esporádicos y lejanos rugidos, y extraños ululares se escuchaban de vez en vez. Sin embargo el repetitivo cantar de varias especies de insectos y pequeñas alimañas retumbaba como un lejano y monótono eco de la selva. La perspectiva de verse abandonada en mitad de la jungla y de noche hacía que considerase ese alboroto como una advertencia de lo más siniestra.

Había perdido por completo el sentido del tiempo, pero debía ser noche cerrada cuando la puerta se abrió de par en par y la silueta de Irigor se recortó ante ella amenazadora.

—Es hora de dar un paseo damisela —dijo con voz ronca y expresión sarcástica.

Los impresionantes brazos en espiral de la Vía Láctea emergían sobre la selva iluminando débilmente la noche. Irigor la condujo al exterior del perímetro de la base. Unos metros más allá varios vehículos esperaban con las luces apagadas. Todos los hombres que distinguió Iliana le pareció que portaban armas. Al único que echó en falta fue a Cignus, lo cual la alarmó. Aún considerándole peligroso, más aún se lo parecía su lugarteniente, Irigor.

El hombre tenía su cara demacrada por multitud de cicatrices que de alguna forma venía a confirmar su carácter sin escrúpulos. Una vez en la selva se mostró absolutamente carente de modales. Sin consideración la obligó a subirse en uno de los todoterrenos que él mismo se aprestó a conducir. A una señal, el resto de los vehículos se dispersaron por la selva en diferentes direcciones, como una rugiente jauría humana, rasgando arbitrariamente la oscuridad con la potente luz de sus focos.

La conducción de Irigor era salvaje y furiosa. Prácticamente no se molestaba en esquivar otra cosa que no fueran los troncos de los árboles. Había enormes helechos de amplios troncos que eran abatidos por el vehículo con gran facilidad. En cambio otras plantas no tan gruesas pero de tallo más leñoso si que eran esquivadas por la frenética conducción de Irigor. Se veía que llevaba acumulada una gran experiencia acerca de por dónde podía o no pasar su vehículo arrollándolo todo.

Iliana sentía que estaba dejándose llevar por el pánico. Pero si miraba de reojo a Irigor se daba cuenta que aquel horrible hombre de escasa estatura y musculatura maciza no ofrecía ningún punto débil. No veía ninguna opción. Estaba bien atada y la única alternativa que podría poner en juego era abalanzarse sobre él con la esperanza

de que perdiendo el control del vehículo, éste chocara... Era un planteamiento ridículo, y más si miraba los fornidos brazos de Irigor manejando el volante. Ella era una mujer delgada de escasa corpulencia. No tenía ninguna posibilidad.

Después de lo que se le antojó un trayecto larguísimo, Irigor detuvo el vehículo, cerró el contacto y apagó las luces. Durante unos instantes se oyó el leve crepitar del motor mientras se enfriaba. Fuera, en la impenetrable oscuridad de la selva, reinaba un caos de sonidos provocados por multitud de pobladores nocturnos que creaban un ambiente ensordecedor.

Irigor tomó un pequeño panel desde el que monitoreaba la posición de sus compañeros de partida y bajó del coche. Poco después le abrió la puerta y la obligaba a salir. Su actitud no era muy caballerosa. Con un gesto hostil la encañonó con su rifle y le hizo una mueca para que se encaminara en determinada dirección. Había incorporado una linterna al rifle y ese haz de luz era el que iluminaba escasamente la dirección que debía emprender la marcha. Con las manos atadas en la espalda poco podía hacer para apartar la vegetación, con lo que pronto se marcó brazos y cara de zarpazos y magulladuras. Por si fuera poco Irigor la instaba a que fuera más rápida, empujándola con el cañón del rifle. Iliana no sabía si era debido al efecto de las pastillas sedantes o si una increíble fuerza interior le estaba llenando de serenidad, pero lo cierto es que había dejado de tener miedo y le maravillaba que sus mejillas no estuvieran sembradas de lágrimas. Se preguntó si habría sido de la misma forma y el mismo canalla quien acabó con la vida de su antiguo jefe, Ballack.

Llegaron a una zona de vegetación menos densa, que al parecer es lo que estaba buscando Irigor, y le mandó parar. Le soltó las manos y le quitó la mordaza de la boca.

—Bien muchachita... vamos a ver de qué pasta estás hecha. Aquí tienes un intercomunicador... —Irigor le tiró a sus pies el aparato—. Por tu bien más vale que sintonices con Carlos y le hagas venir para acá. Te aseguro que éste no es buen sitio para pasar la noche. Siempre hemos visto un montón de esos bulgags rondando por aquí, y como sabrás, son carnívoros. Si te descuidas te puedes convertir en su cena. ¿No tenías afecto por uno de esos bichos? —Irigor sonrió, y su rostro mostró una mueca de desprecio que aún lo hizo más desagradable.

Iliana se mordió el labio indecisa pero finalmente se agachó y cogió el intercomunicador.

Cuando se irguió Irigor la había dejado sola y la luz de su linterna se alejaba rápidamente, convirtiéndose en un tenue reflejo visible esporádicamente. Era un alivio que la hubieran dejado al fin, aunque las opciones que le quedaban eran escasas, si es que acaso todas ellas se resumían en tan solo una. La vuelta a la base estaba descartada. Allí el control de Cignus era total. A estas alturas Iliana ya se daba cuenta que Lisha le había otorgado al ingeniero carta blanca para que materializase sus planes según su criminal punto de vista.

Por tanto su única alternativa era reencontrarse con Carlos y vivir como fugitivos

en aquel mundo. Sin embargo la opción de usar el intercomunicador era arriesgada, y aunque advirtiera a Carlos de la trampa, conociéndole, éste no dudaría en intentar esquivar el cerco y rescatarla, lo cual entendía ella, era inaceptable.

Pero por otro lado, quedarse allí quieta en la oscuridad no parecía ser la mejor elección. Lo ideal sería alejarse lo suficiente para, una vez lejos de sus vigilantes, Carlos acudiera en su auxilio. Pero tendría que rezar para que no surgieran mayores inconvenientes.

Iliana comenzó a avanzar en una dirección al azar. Intentaba orientarse por el cielo nocturno, pero este era inalcanzable. El follaje constituía una techumbre impenetrable.

El caminar se hizo lento y arbitrario. Tan pronto tenía que cambiar de dirección al llegar a un obstáculo o desnivel insalvable como un tanto más tarde intentaba compensar el cambio de rumbo, avanzando en un lento zigzag que le resultaba exasperante y confuso. Y aunque intentaba mantener la calma, no pensando en ninguna de las funestas posibilidades que le ocupaban la imaginación, empezó a sentir con más fuerza el peso del intercomunicador en su mano, siendo la tentación de utilizarlo cada vez más acuciante. Debía poner más empeño en razonar lo inútil que sería que no sólo ella, sino sobre todo Carlos, cayeran en manos de Cignus.

También le resultaba más difícil soportar el peso de sus secretos. ¿Merecía la pena ocultar a Lisha el descubrimiento de Carlos, aún a costa del riesgo que estaba asumiendo? Hasta la fecha el secreto no había supuesto más que un juego, un pulso a una persona ambiciosa que no le caía especialmente bien. Ahora las apuestas habían subido. Por un lado un descubrimiento que podía dar reputación de por vida a quién lo erigiese como estandarte. Por otro lado podía perder la vida en ese empeño. No estaba segura de si Carlos con su actitud se había ganado su lealtad hasta ese extremo. Él no había confiado plenamente en ella, lo cual resultaba irritante.

Se le hacía demasiado duro traicionarle. Miró al intercomunicador desolada. ¿No había otra salida posible? En cuanto considerase que había eludido el cerco, llamaría.

Estaba todavía argumentando en su interior en la conveniencia de este último razonamiento cuando se quedó paralizada al oír un chasquido de una rama unos metros por detrás de ella.

Su avance no había sido precisamente silencioso. Había arrastrado los pies, chapoteado en charcos, roto ramas, y pisado todo tipo de hojarasca y restos arbóreos crujientes de una forma escandalosa. Sin embargo el bullicio provocado por los insectos nocturnos parecía que tenía que dar cobertura a toda su falta de discreción. Pero ahora que escuchó con nitidez otro sonido se quedó paralizada, como de piedra, al comprobar que se distinguía nítidamente del resto y que por tanto, algo o alguien tenía que estar muy cerca de ella, unos metros por detrás, siguiendo su rastro.

Pensó que tal vez era Irigor, lo cual no resultaba nada reconfortante, aunque prefería su presencia antes que la de un carnívoro de media tonelada de peso.

Escudriñó en la oscuridad pero sus ojos no pudieron penetrar en la maraña de

sombras y siluetas de la selva. Su imaginación podía presentar tantos enemigos como quisiera, y una oleada de pánico la dejó casi sin aliento. Sintió que sus pulmones se negaban a seguir respirando.

El chasquear de los insectos nocturnos resultaba asfixiante y omnipresente. Era todo cuanto podía oír. Eso y los latidos del corazón golpeándole en las sienes, desbocados.

Intentó seguir avanzando de la forma más silenciosa, pero con cada sonido que producía comprobaba que la tarea le resultaba imposible. Un sudor frío le mojaba las palmas de las manos y el vello de su piel se erizaba con cada chasquido. Su corazón parecía latir con una fuerza descomunal y descontrolada. Sus oídos se mantenían atentos ante cualquier novedad. Cuando creyó oír otra delatora pisada, se agachó y optó por no hacer un solo movimiento más. Unas amplias hojas de helecho le sirvieron de cobertura y desde allí se dedicó a inspeccionar los alrededores.

Empezaba a sentir un miedo atroz. Si no era Irigor sino las terribles fieras, ¿por qué no la atacaban ya? La única explicación posible es que fuera aquel maldito esbirro, pero ya lo había visto moverse con anterioridad y parecía bastante más ruidoso que ella misma, dado que era más fuerte y corpulento. Pasaron minutos donde los acelerados pensamientos de Iliana se sucedían sin orden. Sus músculos estaban agarrotados pero el miedo hacía tiempo que había paralizado cualquier sensación física de dolor o incomodidad.

Iliana maldijo por no haber utilizado antes el intercomunicador. Ahora le daba miedo hasta respirar, cuanto más encender aquel chisme electrónico lleno de lucecitas y sonidos.

Perdió la noción del tiempo. Cambió de postura en varias ocasiones, pero el dolor de las articulaciones y músculos por muy molesto que resultase, era soportable por la tensión de saberse observada. Tenía la impresión que clarearía de un momento a otro, pero en la oscuridad carecía de ningún tipo de referencia. Intuía que el miedo la estaba engañando. Quizás faltasen horas para el amanecer.

De pronto un sonido inconfundible y una luz fueron visibles. Acostumbrados sus sentidos al fragor de la noche, la llegada de Irigor se antojaba como un huracán arremetiendo en una plácida playa. Ahora se daba cuenta de que los sonidos de la noche callaban, y a pesar de que los insectos nocturnos seguían con sus actividades y bullicio, Iliana percibía que muchos otros animales habían enmudecido.

Ignoraba cómo, pero Irigor avanzaba directamente hacia ella. Empezó a comprender que su plan había sido más elaborado de lo que había creído inicialmente. No había ningún cerco que superar, puesto que ella como señuelo estaba permanentemente marcada. Seguramente el propio intercomunicador, y cualquier otro marcaje electrónico que le hubieran implantado en sus ropas podría actuar como detector. Iliana se maldijo en silencio mientras observaba impertérrita los haces de luz de Irigor, yendo de un lado a otro, pero aproximándose indefectiblemente hacia ella.

Por un lado se sentía aliviada. No sabía qué era lo que había cerca de ella, pero

había notado que la habían seguido. Ahora, aquel hombre que tan torpemente se acercaba hacia ella, lanzando imprecaciones y musitando maldiciones, rompía la tensión que la había mantenido atenazada en su escondite entre el follaje.

—¿Dónde estás maldita mujer? Si crees que te vas a salir con la tuya estás lista. Ahora vamos a ver quién es el más fuerte. Sal de ahí antes de que empiece a disparar.

Iliana se puso en pie en silencio, consciente de que Irigor era perfectamente capaz de cumplir su amenaza. Una parte de ella se inclinaba por suplicar piedad, rendirse y llamar a Carlos y servir a los propósitos de Lisha y Cignus, pero muy en el fondo de su corazón sabía que una vez cumplidos sus designios sería prescindible por completo. Sin embargo ese conocimiento parecía débil y lejano. Sabía que si le presionaba un poco más, no aguantaría.

Un haz de la linterna barrió la zona donde ella se encontraba y se detuvo moleestamente en sus ojos.

—Bien muchacha, por un momento pensé que estabas en el otro barrio, tan quietecita que te habías quedado. Pero me temo que ahora vas a empezar a colaborar más activamente. Si no es por las buenas será por las malas. Más vale que cojas el intercomunicador y lo enciendas y empieces a suplicar por tu vida, porque caso contrario te va a quedar bien poco para disfrutar. ¿Me oyes?

Iliana asintió nerviosamente y encendió el aparato. Parecía que iban quedando menos opciones. El débil tableteo del encendido y puesta en marcha del sistema se le antojó interminable. Las lucecitas del aparato brillaron en la oscuridad con parsimonia e indiferencia.

Se disponía a utilizar el aparato cuando Irigor le increpó para que se detuviera.

—Silencio... ¿qué ha sido eso?

Iliana no comprendía a que se refería. La sinfonía nocturna de la selva resultaba ensordecedora hasta el punto de que una vez acostumbrada parecía la propia esencia del silencio. Pero por encima de esa cacofonía tuvo que reconocer que un sonido más grave y potente se estaba dejando sentir. Era el inconfundible rugido de los motores de una nave estelar... y debía ser bastante grande a juzgar por el hecho de que hasta la tierra parecía vibrar con intensidad. Sin embargo la floresta no dejaba ver ni un atisbo de luminiscencia que permitieran adivinar la dirección de procedencia. Debía ser lejos de allí, probablemente era en la base donde estaba aterrizando la aeronave.

Irigor se llevó la mano a la oreja para escuchar mejor. Estaba recibiendo una transmisión por su intercomunicador. Su semblante se demudó.

—¿Puedes repetirme eso? —gritó con expresión desconcertada. Después de oír una respuesta asintió consternado—. ¿Y entonces qué hacemos con la chica? No podemos seguir con ella toda la noche por ahí... y además no parece muy dispuesta a colaborar.

Después de un rato que a Iliana se le antojó interminable Irigor asintió de nuevo y sonrió con malicia. Despegó la mano de la oreja y asió el rifle con resolución.

—Bien muchachita, ya te dije yo que debías haber colaborado desde el primer

momento. Parece que las cosas se han puesto interesantes en la base.

Dicho esto el hombre quitó el seguro apuntó con su rifle en su dirección. Mientras hablaba, Irigor había avanzado hacia ella y ahora estaba a escasos tres metros. Era absurdo intentar esquivar un disparo a esa distancia. Iliana sabía que todo iba a acabar en breve. Pensó en decir algo que pudiera dilatar aquel instante y posponer la fatalidad. A su pensamiento vino una súplica, un por favor, pero obstinada se negó a pronunciar nada en esa dirección y su mente quedó paralizada, en blanco.

Vio el semblante de Irigor sonreír una vez más y cuando parecía que ya su suerte estaba echada, una sombra rauda que surgió de su derecha se abalanzó rugiente sobre Irigor, que fue arrollado fulminantemente. Apenas se oyó la voz sorprendida del hombre, y sus agónicos estertores, más que gritos, en seguida fueron ahogados por el ruido de huesos rotos y carne desgarrada, testimonio del final de la existencia de Irigor.

Iliana tuvo la impresión que había sido un bulgag, un ejemplar enorme, que tal vez pudiera ser su querido Safir, el que la había salvado de una manera tan extrema. Pero en la oscuridad y con un rugido tan fiero le resultaba imposible de adivinar.

De pronto varias siluetas felinas surgieron de las sombras en su entorno. Había varios bulgags presentes. Debía tratarse de una manada, y aunque eran de tamaños diferentes, la mayoría resultaban tan altos como un caballo y tan macizos como un elefante. Varios de ellos la miraban con indiferencia, mientras ella intentaba encogerse, como si así pudiera pasar desapercibida.

El jefe de la manada debía ser el que había dado buena cuenta de Irigor. Resultó ser un ejemplar magnifico, y aunque Iliana tenía la vaga esperanza de que se tratara de Safir, pronto vio truncada su esperanza en desilusión al comprobar que éste no se correspondía con el que había sido su apreciada mascota.

Se encaró brevemente con ella y la miró con interés por unos segundos, pero después se volvió y se alejó lentamente, como si no fuera con él aquel asunto. Varios otros ejemplares también se giraron y desaparecieron entre las sombras.

Iliana sentía que sus piernas flaqueaban. Sabía que echar a correr era tan ridículo como absurdo. Sin embargo había empezado a serenarse. Por una razón que desconocía, interpretaba que no pretendían hacerle daño. Tal vez fuera porque había estado acostumbrada a tratar con Safir desde muy pequeño, y distinguía en sus facciones cuando había rabia o hambre... y en los animales que la rodeaban advertía un comportamiento manso y unas expresiones relajadas, la mayoría indiferentes y en algunos casos de curiosidad, de una forma que le resultaba incompresible por completo. Cómo no se atrevía a moverse decidió sentarse sumisamente y esperar a ver qué sucedía.

Mientras tanto el rugido de los motores de la aeronave estelar había cesado por completo, pero para ser sustituido casi de inmediato por los chasquidos intermitentes de disparos de armas automáticas. Sonaban distantes y espaciados, pero a Iliana aquel combate le traía igual. Solo se preguntaba cómo iba a salir de allí.

## Capítulo 21

Habían transcurrido varias horas sin ninguna otra novedad y ya clareaba. El lejano y presumible combate había finalizado de forma inesperada e Iliana desconocía por completo cuales habían sido los bandos de la contienda. Sus principales inquietudes se circunscribían a un ámbito mucho más cercano.

Se limitaba a observar como los bulgags deambulaban tranquilamente de un lugar a otro pero siempre en su derredor. Inesperadamente un enorme ejemplar se recostaba en el suelo y le miraba vagamente como tan pronto otro se levantaba y desaparecía entre el follaje. Uno joven se había mostrado más curioso. Era tan expresivo como su Safir, de pelaje más claro y grandes ojos azules. Era el bulgag que siempre había permanecido más cerca de ella. Se movía tan sigilosamente o más que el resto y se desvanecía en cuanto Iliana dejaba de prestarle atención para aparecer unos minutos más tarde por el flanco que Iliana tenía más descuidado. Pensaba que intentaba acercársele lo más posible, pero sin que ella se percatara. ¿Era un juego, o pura curiosidad?

A medida que se había ido tranquilizando el comportamiento de la manada le intrigaba más y más. ¿Por qué no la habían atacado y devorado? ¿Podría ser realmente que estuvieran protegiéndole tal y como parecía? ¿Pero cómo era posible? Daba la impresión que ella formaba parte del clan.

Cuando superó la angustia derivada de tal situación y su cabeza se enfrió lo suficiente para comenzar a hilvanar razonamientos, dedicó algunos pensamientos al no menos extraño suceso de la pasada madrugada. ¿Qué hacía una nave estelar en Omoria? Que ella supiera nadie sabía nada al respecto. Una noticia así habría sido más que comentada en la base. Y por la conversación y actuación de Lisha de la víspera estaba claro que no entraba dentro de sus planes la intervención de una fuerza ajena. Además la sucesión de disparos revelaba que evidentemente era una llegada inesperada y el combate solo podía revelar que se había producido entre los recién llegados, fueran quienes fueran, y las fuerzas de Cignus, los únicos que portaban armas en la base.

Lo que desconcertaba a Iliana era que no sabía si esto último era bueno o malo. Por supuesto que sus simpatías no estaban con Cignus, pero resultaba desconcertante la llegada de una fuerza hostil, que obviamente no podían ser fuerzas aliadas. No parecía que pudiera ser la Armada... y eso solo daba pie a las imperiales fuerzas terrícolas. ¿Sería posible que fueran alienígenas y que la desaparecida civilización tal vez no estuviera tan lejos después de todo?

Iliana se sentía más confiada con cada minuto que pasaba y optó por entablar algún lazo de amistad con el bulgag más curioso y que más impertinente le vigilaba. Así que con voz suave intentó llamar su atención y el animal comprendió de inmediato que se dirigía hacia él. Sus orejas se tensaron y se incorporó grácilmente. Dio un tímido paso en su dirección y de inmediato el resto de los bulgags presentes

miraron con curiosidad el movimiento de su temerario compañero.

Iliana le dio un nombre, ya que quería referirse a él de alguna manera. Dado que su pelaje era el más claro de toda la manada y que la luz diurna ahuyentaba las sombras de la noche, decidió llamarle Alba, dando por válida la presunción de que se trataba de una hembra.

—Hola Alba —le dijo con una sonrisa—, no tengas miedo. ¿No quieres acercarte a mí? ¿Sabes que te pareces mucho a un amigo mío que se llamaba Safir? ¿No lo conocerás por casualidad?

El animal ladeaba la cabeza con curiosidad, y cada vez que hablaba acababa dando un paso vacilante en su dirección, como si la voz fuera un sedal invisible del cual no podía desasirse, mientras que cuando callaba se sentaba o incluso retrocedía. Sin embargo después de estar varios minutos en ese tira y afloja que bien se parecía a un arte de pesca, Iliana logró su propósito.

Al final el animal estaba junto a ella, y lo miraba sumiso y obediente, con unos ojos que parecían decir «y ahora, ¿qué es lo que querrá este animal tan raro que no para de parlotear?». Iliana no pudo reprimir una sonrisa al observar su mirada tan tierna.

—Vaya, vaya, tienes el pelaje tan sedoso como mi amigo. —Iliana acarició el cuello del animal y este gruñó de placer. ¿Qué clase de depredadores eran estas fieras que se mostraban tan cariñosos como enormes peluches animados?

Había transcurrido ya probablemente medio día y se sentía hambrienta y sedienta, y era más evidente que nunca que la manada la había adoptado de alguna manera, o a lo menos, parecía que no iban a hacerle daño en absoluto. Con el tiempo se había dedicado a pasear entre ellos, causando con su actitud algún bostezo indiferente y miradas de curiosidad de algunos ejemplares. De vez en cuando aparecía el presumible jefe, un individuo de pelaje negro azabache y ojos amarillos e intensos. Echaba un vistazo para comprobar que todo estaba en orden, y desaparecía flanqueado por dos enormes ejemplares, al parecer sus lugartenientes.

Iliana estaba prácticamente convencida de que los acontecimientos habían acabado favoreciéndola. La llegada de la nave estelar había provocado la dispersión de los hombres de Cignus. La orden que había recibido Irigor era acabar con su vida, y así habría sido de no ser por la intervención de sus salvadores. Al pensar que se había salvado por tan poco sentía un alivio inconmensurable y la presencia de los bulgags, tan amistosos como la mascota de un niño, la embargaba de un intenso bienestar. Se sentía como si hubiera nacido de nuevo.

Todo además parecía más sencillo. Incluso Cignus y sus hombres, dándola por muerta, habrían acudido de inmediato a la base. O eso, o habrían huido. No tenía ningún sentido que estuviera nadie pendiente de ella en ese momento. Eso implicaba que podría hacer uso del intercomunicador para ponerse en contacto con Carlos. Las aprensiones que tenía al respecto iban menguando poco a poco y sintió con ánimo y convicción como para intentar comunicarse con su amigo.



—Carlos, ¿me recibes? Estoy en la selva. Unos amigos que no te puedes ni imaginar me tienen al cuidado. No sé qué hacer... sino tal vez esperar a que vengas a buscarme... ¿Me recibes?

—Si Iliana, no tardaremos en llegar. No es necesario que utilices el transmisor... estoy al tanto. En un par de horas estaremos allí.

La voz de Carlos le respondió en un tono imperativo que hasta cierto punto le molestó. ¡Qué caramba! Pensó Iliana, «cómo se notaba que él no había estado metido en aquel atolladero, y además, ¿qué sabría él acerca de lo que le había pasado y lo que no?».

Apagó el aparato y se dedicó a pasear entre los animales que mostraban la más absoluta indiferencia. La temperatura agradable invitaba a tenderse en la hojarasca y dormir tranquilamente, que es lo que hacían la mayoría. Iliana sospechaba que debían ser predominantemente una especie de hábitos nocturnos.

Las siguientes dos horas pasaron rápidamente. Había entablado una buena amistad con Alba, que parecía que se quedaba hipnotizado con cada palabra que decía. Para su sorpresa Iliana comprendió que aquel increíble animal estaba aprendiendo palabras con el mero hecho de que ella le indicara una u otra cosa. Bastó que agitara el intercomunicador maldiciendo el nombre de Carlos por haberle arrastrado a esa situación cuando observó que la mirada del animal se quedaba clavada en el objeto que tenía en su mano y lo seguía con la vista como si estuviera hipnotizado. Un presentimiento le inquietó y recordando las palabras de Carlos respecto a la inteligencia de Safir y la demostración que le había efectuado, decidió hacer una prueba. Después de insistir, repitiendo la palabra «intercomunicador» y agitando el objeto visiblemente, lo abandonó sobre una raíz y se alejó de él, siempre seguida de su inseparable amiga. Efectivamente, en cuando dijo «intercomunicador», Alba se giró sobre sus cuartos traseros y en un par de zancadas se plantó junto al aparato, que cogió delicadamente entre sus dientes y segundos más tarde se lo ofrecía amablemente a Iliana. El resto de la manada seguía en sus asuntos como si no fuera con ellos aquellas lecciones básicas de adiestramiento. Entre tanto Iliana se quedaba con la boca abierta de par en par y una sensación de incredulidad que no tenía límites.

Pero no tuvo mucho más tiempo para pensar. La figura de un bulgag, que sí que reconoció de inmediato, de pelaje azulado y mirada alegre surgió entre los helechos y se encaminó en su dirección brincando de alegría y gruñendo como sólo él podía hacer.

—¡Safir viejo amigo! —exclamó Iliana.

El entusiasmo del recibimiento estuvo a punto de tirarla al suelo.

Más allá Carlos aparecía con su motonave. Sus ropas estaban ajadas y tenía barba de varios días. La camisa sin cerrar revelaba un torso moreno y musculoso y sus ojos brillaban con cierta fiereza. Sin embargo en cuanto abrió la boca y apareció su sonrisa de siempre a Iliana se le quitó la primera impresión de estar viendo a una especie de Robinson Crusoe y reconoció a su amigo. Una mezcla de cariño y ganas de

reprenderle se apoderó de ella, pero como no supo por dónde empezar Carlos tomó la iniciativa. Saltó del vehículo y antes de que pudiera hacer nada le dio un fuerte abrazo.

—Dios mío Iliana, menos mal que estás bien. Parece ser que las cosas se han puesto más duras de lo que había previsto.

—Ya puedes asegurarlo. Esa gente estaba a punto de matarme.

Carlos rió.

—Pero afortunadamente te puso en manos de mis amigos. No podías estar en un lugar más seguro que en la selva, te lo aseguro. Safir ha estado siempre muy pendiente de ti. No hay bulgag en muchos kilómetros a la redonda que no sepa de ti. En cuanto nos avisaron que estabas en peligro nos pusimos en marcha. Safir tiene que estar agotado. Ha estado yendo al galope toda la noche... hasta ahora.

—Caramba con Safir... mi buen muchachote —Iliana le abrazó otra vez con fuerza y Safir parecía sentirse extremadamente contento, serpenteando su larga cola de un lado a otro—... Y es increíblemente inteligente... como los demás.

—Por supuesto que lo son... creo que eran las mascotas de nuestra misteriosa civilización alienígena. Estoy seguro de que fueron modificados genéticamente.

—Y por eso tienen una capacidad innata para aprender cosas.

—Y reconocer el lenguaje. Aprenden a una velocidad increíble. Te aseguro que le puedes decir casi cualquier cosa a Safir que te entenderá de inmediato... Y disfrutan obedeciendo, además de que son dóciles. No es casualidad que nos traten tan bien. Reconocen en nosotros una inteligencia superior... seguramente más que nada es el lenguaje. Están preparados para reconocer el habla. Como nunca han conocido a sus domesticadores originales nosotros desempeñamos ahora ese rol.

—Vas a tenerme que llevar al hallazgo cuanto antes. Ahora no podemos volver a la base, y menos después de lo que sucedió ayer.

—Cuéntame.

Iliana le relató los pormenores de la llegada de la nave estelar y el tiroteo que siguió. El rostro de Carlos permaneció inexpresivo. Iliana esperaba haberle sorprendido, pero Carlos pretendía estar siempre al tanto de todo, como si cada suceso integrara parte de un plan premeditado, lo cual la sacaba de quicio. «Perfecto», fue lo único que repuso a un hecho tan sorprendente e inesperado. Iliana se estaba poniendo de mal humor al toparse con la habitual actitud arrogante de su amigo.

—Además tengo que informarte de algo muy importante Carlos. Creo que los alienígenas se fueron realmente del sistema y su plan para destruir Omoria I no fue truncado, como pensabas, sino que sigue en pie.

—¿Cómo es posible eso?

—Por fin lo consigo.

—¿Qué consigues el qué?

Iliana decidió saborear aquel indecible instante de superioridad.

—Sorprenderte con algo. Acabas de poner una expresión de asombro. Ya era hora. Siempre te muestras tan arrogante y confiado que parece que eres una especie de Dios que lo controla todo.

—Bueno, bueno, no seas exagerada y cuéntame cómo es eso. Es una de las cuestiones que más intrigado me ha tenido, por no decir preocupado de veras.

—No, ni hablar. Esperaré a que me lleves al hallazgo para contarte la historia. Ya es hora que por una vez te haga sufrir yo a ti. Me has tenido a dos velas durante demasiado tiempo para que yo ahora no te castigue, aunque sea solo un ratito.

—Muy bien. No es seguro quedarse por aquí además. Más vale que nos larguemos cuanto antes... Y ya es hora de que te de un paseo a los lomos de mi vieja compañera —y sonrió enigmáticamente mientras daba unas palmaditas sobre el vehículo—. Safir, dile a tus compañeros que se dispersen, nos vemos en el hallazgo. Y por cierto, no hace falta que vayas rápido. Descansa primero un poco, que lo necesitas.

Safir alzó la cabeza y emitió un bronco gruñido como respuesta. Había comprendido lo que le habían dicho.

Iliana fue ayudada por Carlos a incorporarse a la motonave. Mientras lo hacía observó el rostro intrigado de Alba. Parecía que no le gustaba la idea de perder a su recién hecha amiga.

—Safir —dijo Iliana—, este bulgag, al que llamo Alba, me gustaría que viniera con nosotros al hallazgo.

Safir le miró con curiosidad, pero le respondió con un ronroneo, después miró a Carlos de hito en hito en espera de que le diera su bendición para las inesperadas ordenes. Carlos le hizo un gesto con la mano que Safir pareció entender.

Apenas Iliana se sujetó los arneses de seguridad y se colocó el casco, Carlos arrancó la motonave.

Entonces una sucesión de árboles, follaje, cielo y tierra se imprimió en la retina de Iliana sin que su mente fuera capaz de asignar algún tipo de orden o concierto, y las imágenes borrosas de cuanto veía se le antojaron como debidas a una pesadilla. Tal vez aquel previsible tormento había sido la causa de la enigmática sonrisa de Carlos unos segundos antes de emprender vuelo.

Si sobrevivía al vértigo hiriente y a la angustiada sensación de morir que se había apoderado de ella, le reconocería a Carlos que el mundo de las motonaves era fascinante. Estaba seguro que lo haría, pero acto seguido le propinaría un buen puntapié en salva sea la parte.

## Capítulo 22

La travesía en la motonave la dejó exhausta.

Con el tiempo se había acostumbrado a la velocidad y al considerar la seguridad de los arneses había relajado los músculos que por otro lado ya estaban próximos a quedarse agarrotados. También se dio cuenta que mirar al frente era lo mejor para no marearse, aunque Carlos no avanzaba en línea recta, sino que se veía obligado continuamente a sortear todo tipo de obstáculos; árboles y rocas principalmente, e Iliana intuía que Carlos disfrutaba haciendo continuos virajes y maniobras suicidas. Pero lo que más nauseas le había provocado era cuando Carlos aprovechaba una loma para elevar la motonave por encima de las frondosas copas arbóreas y planear sobre el bosque unos interminables segundos, hasta que volvía a sumergirse entre la maraña de la vegetación en una vertiginosa caída y todo volvía a comenzar otra vez.

Su experiencia del paseo le había dejado un desagradable malestar, y así se lo expresó a Carlos, que le miró con los brazos en jarras, complacido con la respuesta, como diciendo, «siempre he pensado que esto de las motonaves es sólo para hombres».

—Sí, Carlos, adivino lo que estas pensando y no me hace gracia. Podíamos haber ido más despacio, no había tanta prisa.

—No, no, te equivocas... los acontecimientos se precipitan. Todavía hay algo que tenemos que hacer y con urgencia.

—Después que me enseñes el origen de todos nuestros males. Te juro que no doy un paso más hasta que no me muestres tu famoso descubrimiento.

Iliana se derrengó en el suelo. Un sudor frío había empapado su cabellera y se sentía muy débil. Se lo pensó dos veces, tal vez el descubrimiento podría esperar un poquito más.

—Por cierto, y a pesar de que me muero de ganas de que me lleves a esas ruinas tuyas, ¿no tendrás algo de comer a mano? Estoy desfallecida.

—Por supuesto. Pero vas a tener que esperarme un rato. Tengo una pequeña despensa de frutas muy cerca de aquí.

—Bien y... ¿dónde se halla tu descubrimiento?... aquí no veo nada de interés...

Pero Carlos ya había desaparecido tras una loma del terreno.

Iliana recorrió con la vista el paraje donde se habían detenido. Carlos le había asegurado que «ya habían llegado».

Era campo abierto... o más bien, desierto abierto.

La selva frondosa y exuberante se discernía en la línea del horizonte remoto, muy al sur. Más allá de la selva un terreno ondulado y anaranjado sin vegetación y sin vida, se extendía en todas direcciones. Y allí, en aquella precisa loma desde la cual no se distinguía otra cosa sino tierra yerma, polvorienta, sembrada de rocas ariscas y piedras toscas, se había detenido Carlos.

¿Cómo era posible?

Iliana esperaba encontrar un rastro evidente a plena luz del día... tal vez una ciudad en ruinas... alguna evidencia tecnológica... tal vez restos de un artefacto. ¿Dónde estaba el famoso hallazgo?

Aún tambaleándose logró incorporarse y trepar a lo alto de una roca de contornos sinuosos y desgastados desde la cual oteó el horizonte en todas las direcciones. Salvo hacia el sur, un monótono naranja lo llenaba todo. Una tierra inerte, inexpresiva, en la que se amontonaban piedras y polvo en un caos que no denotaba ningún tipo de inteligencia, ni actual ni pretérita.

—¿Verdad que es precioso? Te aseguro que hay unas puestas de sol fantásticas.

Iliana cabeceó enfadada. La reaparición imprevista de Carlos le había dado un susto de muerte.

—Ten, siéntate y come. Debes estar agotada. Muchas emociones en poco tiempo, ¿eh? Te veo pálida, Iliana.

—¿Estás seguro de que es comestible? —Miró con estupor la curiosa variedad de frutas que Carlos disponía ante ella. Colores chillones y formas variopintas. Nunca había visto nada parecido. Una mezcla de exóticos olores le azuzó el apetito.

—Ya lo creo. Alimentos naturales. Nada de esas porquerías liofilizadas que nos dan en la base. Prueba y verás.

—Delicioso. —Iliana no tardó ni un segundo en decidirse a mordisquear una fruta carnosa y dulce. Su apetito no le permitía mostrarse excesivamente melindrosa. La fruta roja y redonda contenía mucha agua, que se derramó por las comisuras de sus labios. Era deliciosamente dulce pero sin empalagar. El hambre y la sed pudieron más que la educación y los buenos modales, así que Iliana dio buena cuenta de todas las viandas que le presentó Carlos.

Éste trató de explicar cómo y cuándo había descubierto las propiedades de cada una de ellas, pero Iliana se las zampaba antes de que Carlos pudiera completar su historia, por lo que acabó diciendo un lacónico «prueba esta, es un poco amarga» y descripciones igualmente parcas mientras la científica las devoraba con fruición.

En tanto el sol se hundía en el horizonte, el cielo se tamizó de un amplio degradado de color que en el cenit mostraba un azul verdoso y moría en un rosado intenso en el poniente. Iliana se quedó en silencio, embebida por la vista, y Carlos se sonrió al observar el rostro de la mujer fascinado por paisaje agreste que les rodeaba.

—Mi querida Iliana. —Carlos se rió—. Tienes el pelo hecho una madeja, la piel sucia y la ropa hecha jirones, tienes toda la boca y mejillas impregnada de la fruta que has devorado y... si te vieras en un espejo dirías que estás hecha un auténtico espantapájaros... O quizás te parezcas más a una salvaje Omoriana...

—Caramba, eso es muy caballeroso de tu parte. Insultarme de esa forma... después de lo que me has hecho pasar... Iliana se llevó las manos a la cara para limpiarse los restos de comida, pero, como tenía las manos manchadas del polvo terroso y anaranjado del desierto, la idea no resultó precisamente buena así que a su desventurado cutis le agregó un improvisado colorete omoriano.

—Iliana, lo que quiero expresarte con lo que decía antes es que ahora mismo resultas irresistiblemente preciosa.

Iliana no dio crédito a lo que acababa de oír. Si él mismo le había reconocido que parecía un adefesio. Cuando alzó la mirada para buscar los ojos de Carlos se encontró que este se había aproximado y sin saber cómo, sus labios se encontraron y se fundieron en un beso cálido y prolongado.

Si de algo estuvo segura Iliana en ese preciso momento es que era el instante de felicidad más intensa que recordaba en los casi tres años de permanencia en Omoria... y también estaba segura de que ahora que abrazaba a aquel hombre, había deseado sin saberlo la llegada de ese suceso desde muchos meses atrás. Un cúmulo de sentimientos que se habían agolpado en su corazón se liberaba y le llenaban de una alegría intensa.

—Maldito Carlos —logró decir con una sonrisa en un momento en que dejaron de besarse—, ¿es que siempre te sales con la tuya?

—El mundo de las motonaves, cariño, me ha hecho así.

\*\*\*\*\*

Al amanecer siguiente Iliana se encontraba recuperada de los vertiginosos acontecimientos de las horas previas. Había dormido de golpe, tan pronto se había puesto el sol, y ahora, al amanecer, un fresco rocío matutino la había despertado. Carlos la había arropado con una manta térmica que llevaba en la motonave. Un sabroso olor a grasa chamuscada llegó hasta ella. Carlos estaba preparando el desayuno.

Iliana se acercó enfundada en su manta para no perder el calor. Se sentó junto al él y se dieron un calido beso de buenos días. Carlos sonreía como siempre, aunque permanecía un tanto pensativo.

—¿En qué piensas? Te veo preocupado.

—Espero que no se nos haya hecho tarde. Había una cuestión urgente que debía haber hecho ayer... espero que no sea demasiado tarde.

—Vaya, cualquiera diría que el futuro de la humanidad está en tus manos.

—Tal y como están las cosas, yo diría que así es.

«Carlos siempre tan presuntuoso. Nunca cambiará», pensó Iliana, «ni siquiera ahora, que ya no necesita de tanto misterio para conquistarme».

Desayunaron rápidamente una serie de lonchas de una especie de tocino que a Iliana le supo a gloria. Tantos años comiendo comida deshidratada y de monótono sabor le hicieron disfrutar de aquel sencillo y también grasiento desayuno. Carlos le contó que había sido Safir el que le había suministrado la carne durante sus largas estancias fuera de la base. La guardaba a buen recaudo en una amplia despensa que había confeccionado con parte del equipo que había ido tomando prestado de la base. De esa manera sus frecuentes ausencias cada vez eran más soportables y cómodas.

Una vez terminaron, Carlos recogió pulcramente todo el equipo que había quedado diseminado durante la noche y apagó concienzudamente la hoguera. Había ocultado la motonave en una discreta gruta que se encontraba justo debajo de la pequeña loma donde habían pasado la noche. En unos minutos no quedaba ni rastro de su reciente presencia.

—Ven, Iliana, ha llegado la hora.

Carlos la llevó juntó a una hondonada al pie de la enorme roca a la cual se había encaramado Iliana la víspera. Junto a la roca, una grieta, de una altura de dos metros, permitía el paso de una persona por una abertura angosta y oscura que Iliana observó con detenimiento.

—¿Quieres que me meta por ahí? No parece que se pueda llegar muy lejos.

—No, no, claro que no. Antes de precipitarte deberías fijarte más en lo que te estoy mostrando.

Iliana le miró perpleja y volvió a dirigir la vista hacia donde le indicaba Carlos.

Sí, una roca enorme, sin duda, de apariencia informe, sinuosa y... era difícil de reconocer, pero las marcas que se veían trazadas en su superficie eran sin duda los jeroglíficos que Carlos le había enseñado por primera vez. Realmente eran hendiduras en la roca. Había que buscarlas intencionadamente porque un examen superficial con la vista no revelaba nada.

—Esta civilización era un tanto esquizofrénica. Como ya te dije una vez, este planeta es un escondite artificial... estaban huyendo de algo y no querían ni que, aunque ese algo llegara a este planeta, pudieran descubrir rastro de su pasada presencia. Claro que no contaban con la participación de un insigne geoplanetólogo.

—Exacto... no contaban contigo —repitió Iliana por lo bajo.

—Vine a parar a este lugar de casualidad, en mi primer viaje. Buscando un sitio para pasar la noche acampé precisamente aquí. Mientras hacía el fuego nocturno las sombras hicieron evidente que estaba ante unos rasgos que no habían sido causados de forma natural. Imagínate el susto que me llevé. Estaba tumbado justo aquí, en el suelo... Y de pronto vi todas aquellas señales inscritas en la pared... una auténtica fortuna. A partir de ahí los descubrimientos empezaron a sucederse. Observa.

Carlos se aproximó hacia la roca y comenzó a recitar una serie de palabras como una especie de conjuro mientras agitaba las manos de una forma ostentosa y dramática. Iliana no salía de su asombro, Carlos estaba loco... o ella estaba viendo visiones. La gran roca se estaba desgajando en dos partes con un sonido correoso y áspero. Una amplia abertura circular perfectamente trazada se abrió ante ellos. Un pasillo de pavimento blanco e iluminado con una potente luz de origen indeterminado se abría ante ellos.

Carlos vio el rostro desencajado de Iliana y se rió a carcajadas.

—Iliana, te he tomado el pelo. No te creas que he recitado ningún conjuro mágico ni nada parecido. Todo ha sido una invención.

Iliana bufó enfadada.

—¿Cómo has abierto el acceso?

—Fíjate lo que tengo en mi mano.

—¿Un mechón de pelo?

—Exacto... un mechón de pelo de Safir.

—¿Safir?

—Exacto. Como te dije esas criaturas debían ser fieles mascotas de nuestros misteriosos fabricantes de planetas. Los accesos a sus instalaciones debían estar preparados para reconocer su presencia incluso cuando sus amos no estuvieran pendientes. Fue Safir el que descubrió la apertura. Con el tiempo comprendí que lo hacía involuntariamente. La puerta está diseñada para reconocer a criaturas amigas. Vamos.

Ambos echaron a andar por lo que parecía ser un largo y amplio pasillo. Era una cavidad triangular, con las paredes oblicuas juntándose sobre sus cabezas en un vértice a unos cinco metros de altura. La iluminación se amortiguó, era suficiente pero indirecta. Iliana no distinguió ninguna fuente de luz. Parecía como si las paredes y el suelo fueran iridiscentes.

—¿Has dicho fabricantes de planetas?

—Eso mismo. Es algo que me costó asimilar. Pero cuánto más miraba y repasaba los datos de mi estudio más clara se presentaba la conclusión. Todas esas anomalías y la presencia de una civilización tecnológica... no podían ser casualidades.

—Por eso Vincent se mostró tan interesado en este tema desde que se enteró de lo de la civilización.

Carlos se detuvo en seco.

—¿Y cómo se enteró Vincent de la existencia de los alienígenas?

—A través de tu padre, no te vayas a creer que yo dije nada.

—Mi padre... Claro, le confié esto cuando todavía no había visto los riesgos que implicaba este descubrimiento. Afortunadamente creo que no es posible que me estropee el plan a estas alturas, pero nunca se sabe. Vayamos rápido porque el camino es largo.

—¿Y no tienes miedo?... Quiero decir, ¿cómo sabes que esto está abandonado por completo? —Iliana empezaba a sentirse un poco nerviosa. Aunque el trayecto que estaban recorriendo no mostraba ningún tipo de señal alienígena, el mero hecho de pensar que había sido construido por manos no humanas le inquietaba.

—Confía en mí. Fíjate, ya falta poco para llegar.

Efectivamente, el pasillo moría en un largo y amplio balcón desde el cual se avecinaba la oscuridad más absoluta. Iliana se apoyó con precaución en el borde y miró hacia abajo. Era como mirar un abismo impenetrable y sintió un vértigo indecible. Una fresca y húmeda brisa le acarició el pelo.

—Carlos, este sitio me da escalofríos.

—Entonces espera y verás.

Carlos se dirigió a un pequeño panel de mandos que había pasado desapercibido



para Iliana. No podía decirse que estuviera encendido, porque sencillamente no parecía emitir ninguna luz que lo indicara. Pero Carlos paso el mechón de pelos y los controles adquirieron un brillo levemente más intenso. Hecho esto Carlos oprimió un marcador azul y miró al frente, confiado.

Iliana le siguió la mirada, y se quedó sin aliento.

Lentamente pero sin pausa, una pálida luminiscencia empezó a llenar el intenso vacío de negrura que tenía ante ella.

Lo que vislumbraron sus ojos era seguramente la obra de ingeniería más ingente que jamás había podido ver en su vida... que seguramente ningún humano hubiera visto en su vida, se corrigió.

Era una bóveda, sin duda. Pero la palabra se quedaba corta para describir su magnificencia. Era una bóveda sin fin, que se perdía en el horizonte, y que albergaba una cantidad incontable de ingenios... Iliana diría de naves espaciales... ¿o eran acaso ciudades...?, era imposible saberlo porque perdía la noción de la perspectiva. ¿A qué altura se encontraban sobre aquellas estructuras acristaladas? A varios kilómetros... ¿o varios cientos de kilómetros? Era imposible saberlo... pero ante ella se extendía un universo de ciudades acristaladas como burbujas pantagruélicas, atrapadas en pompas que algún mago poderosísimo habría encerrado con un sortilegio imposible, y vastas naves espaciales de un tamaño que de sólo intentar comprender daba náuseas.

—¿Lo entiendes Iliana? Omoria es en gran parte un planeta hueco. Yo me atrevería a decir que es una nave espacial.

—Si Carlos... —A Iliana le costaba respirar—, te creo.

—Espera a ver lo que sigue.

Y dicho esto Carlos oprimió otro indicador y el balcón en el que se encontraban comenzó a moverse... hacia abajo.

El descenso resultó interminable, y eso que debía realizarse a gran velocidad, porque la aceleración fue constante durante más tiempo del razonable. Durante el mismo la visión del paisaje extraordinario parecía inmutable. El primer rasgo que Iliana notó que cambiaba fue la línea del horizonte, que se iba recortando. Finalmente las proporciones de los objetos que había visto desde lo alto empezaron a mostrar su autentica grandeza. Lo que desde arriba parecían pequeñas ciudades encapsuladas, a medida que el descenso se iba completando, resultaba más grandioso e inconcebible de lo que había imaginado inicialmente. Cada una de las «ciudades» acristaladas tenía una envergadura descomunal. Mucho antes de llegar al ras del suelo de la bóveda, Iliana había dejado de percibir los límites de la que tenían más cercana. Era como ver un planeta desde el espacio, algo ridículo y pequeño flotando en la negrura, pero que al aproximarse para aterrizar en él sus dimensiones se agrandaban paulatinamente hasta abarcarlo todo. La sensación que experimentaba Iliana finalmente era algo parecido a eso. La ciudad que tenían ante ella era enorme y ocupaba ya todo su campo de visión... pero desde lo alto había distinguido decenas de ciudades-cúpula.

—Carlos, esto es algo grandioso... denota una capacidad tecnológica que coloca a la Humanidad muchos milenios por detrás.

—¿Verdad que sí? Somos primitivos y arcaicos en comparación. Y pensar que esta civilización abandonó la Vía Láctea... es algo que me da vértigo cada vez que lo pienso. Tengo la impresión que dejaron aquí todo cuanto no pudieron llevarse con ellos.

—¿Y estás seguro de que no equivocarte?

—Seguro. Tú me has dado la última pieza del puzle.

—¿Yo?

—¿No decías acaso que tenías la clave, qué sabías con certeza que habían abandonado Omoria y que el planeta iba a ser destruido?

—Eso es un hecho tan cierto como que tú y yo estamos aquí... El sistema Omoria está condenado a desaparecer... estamos en la línea de colisión de un agujero negro... falta poco para que lleguemos al horizonte de sucesos desde el cual ya no habrá escapatoria. Por eso no lográbamos explicar lo que sucedía con los satélites. Estábamos empeñados en localizar un cuerpo masivo característico de un sistema binario, es decir, en el cual sus diferentes elementos orbitan unos a otros. Pero no es ese el caso. ¡Nadie pensaba que íbamos a participar en una colisión cósmica!

—Un agujero negro... Es brillante. Tenía que haber pensado en algo así. —Carlos se quedó asintiendo mientras sonreía para sí.

—¿A qué te refieres?

—A que es una manera ingeniosa de eliminar todo rastro. Si hubieran destruido Omoria de una forma artificial habría sido una señal poderosa para toda la Galaxia. Seguramente nuestra red de radiotelescopios habría detectado algo raro e inusual. «Estamos aquí y hemos destruido este planeta con nuestra poderosa tecnología». En vez de ello eligieron un sistema solar que sabían que estaba condenado a desaparecer en poco tiempo. Lo utilizaron con la esperanza de que poco tiempo después de abandonarlo sería volatilizado de forma natural, sin que nadie, ninguna especie inteligente que lo observara, detectara anomalía alguna. Nuestros omorianos estaban obsesionados en abandonar la Vía Láctea sin dejar señal alguna de su presencia.

—Vaya, eso son ganas de hacer bien las cosas —murmuró Iliana—. Si ese es el comportamiento de nuestros vecinos de la galaxia, la humanidad va a tener difícil encontrar nunca otra especie inteligente.

—Sí, eso parece.

—Ahora que hemos llegado nos espera un largo camino hasta nuestro destino. Confío en que lo que vamos a hacer sirva para algo.

—¿No deberías haber cerrado el acceso y apagar los sistemas? Me da un poco de miedo vagabundear por aquí. ¿Estás completamente seguro de que esto está abandonado? Y por cierto, me gustaría saber qué es eso tan importante que vamos a hacer.

—Muy sencillo, por supuesto. Hay que salvar a la Humanidad. Vamos, ya hemos

llegado. Hay que poner todo esto en marcha. ¡Tienen que saber que estamos aquí!

Efectivamente. Iliana no se había dado cuenta, pero el descenso se había completado con una suave deceleración hasta que finalmente el ascensor se detuvo por completo. Una portezuela invisible se plegó y formó un escalón por el que abandonar el transporte. Frente a ellos se extendía una avenida de proporciones titánicas flanqueada por ciudades cúpulas hasta allá donde abarcaba la vista. Carlos se dirigió directamente hacia lo que parecía un nuevo módulo de transporte, una especie de vagón acristalado de diseño funcional y elegante, nada que hubiera visto Iliana con anterioridad. Un escalofrío recorrió su médula.

¿Cómo podía Carlos estar tan seguro de que allí no quedaba ningún omoriano?

## Capítulo 23

Gregor permanecía en pie en el puente de mando del *Intrepian*. El descenso sobre Omoria I había sido vertiginoso. Era la típica misión de desembarco en la que hacía años no participaba. Su posición como comandante le llevaba a plantear los combates a gran escala, desde la nave insignia muchas veces, y dado su prestigio bien adquirido, el mando de las flotas requería acciones de estrategia que le llevaban a estar lejos de las operaciones tácticas, como las de desembarco.

Era una maniobra fulminante.

La *Intrepian* había caído como un meteorito sobre el planeta, y sólo en el último momento se accionaban motores y se realizaba una frenética maniobra de aerofrenado y planeo. La llegada a la base científica había llevado la capacidad de resistencia de fuselaje al máximo. Cualquier nave civil sometida a semejante tensión se habría desintegrado por completo.

Era de madrugada, un momento idóneo para la operación, con todo el mundo presumiblemente durmiendo. Tomarían la base no totalmente por sorpresa, dado que la *Intrepian* no era precisamente una nave silenciosa, pero al menos la capacidad de reacción sería mínima.

Antes de que la *Intrepian* se posara en tierra los marines ya habían saltado con los frenos gravitacionales por la escotilla. Una maniobra sorpresa tan expeditiva como contundente. Le daba igual que se tratara de una base científica cuyos responsables estuvieran jugando a sabios pensantes acerca de lo que era más conveniente para la Humanidad o la Federación de Mundos Libres. Si estaban en posesión de una tecnología más avanzada que podía decantar la guerra con la Tierra a su favor, él se iba a hacer con ella más temprano que tarde, y para ello lo mejor era hacer sentir desde el primer momento quién era el que mandaba.

—Perímetro de la base tomado. Se está produciendo fuego cruzado en algunos puntos, señor. —Un joven oficial del cual Gregor solo podía ver la nuca, monitoreaba los movimientos de tropas y el intercambio de disparos—. Al parecer algunos miembros de la base disponen de rifles de gravitacionales.

Gregor suspiró.

Era ridículo que unos aficionados intentaran oponerse a las mortales tropas de desembarco de la Armada. Los marines iban pertrechados con escudos que hacían de los rifles gravitacionales instrumentos tan poco efectivos como palos y piedras.

—Anulen la resistencia por completo —repuso Gregor con autoridad. Mientras hablaba oprimía el sensor de su intercomunicador. De esta forma cada uno de los marines que participaban en el desembarco había oído su orden directa por el equipo de comunicaciones individual.

—El *Intrepian* ha asegurado sus posiciones, señor.

—Muy bien segundo.

El segundo de a bordo era el capitán Currik, un veterano que llevaba junto a él

incontables campañas. Su rostro había sido alcanzado por una deflagración antes de que pasara a formar parte de su tripulación, y Gregor siempre lo había conocido así, con medio rostro quemado con una desagradable cicatriz, que Currik nunca se había molestado en eliminar. Le otorgaba un aspecto ciertamente siniestro. La piel quemada creaba el efecto de dos rostros distintos fundidos en una misma cara y resultaba intimidante. Currik se valía de ese aspecto para resaltar ante cualquier otro oficial y tripulante su veteranía y valor. Desalentaba de inmediato cualquier actitud con él que no fuera meramente profesional y el oficial parecía encontrar en ello un morboso placer.

La tripulación permaneció en sus puestos, cada cual pendiente frenéticamente de sus responsabilidades y aunque la operación era pan comido, precisamente por ello cualquier error podría ser una pifia terriblemente humillante. Los oficiales que seguían la secuencia del combate desde los monitores guiaban sus comandos certeramente ya que era fácil identificar la posición de los rebeldes desde los satélites militares que habían dejado en órbita. El resultado del combate estaba cantado desde el principio y pocos minutos después del desembarco la *Intrepid* abrió sus compuertas y el comandante descendía a tierra escoltado por un nutrido grupo de marines y suboficiales. Currik se quedaba en el puente siguiendo con la monitorización de los satélites. Cuanta más información tuviera Gregor por su propia cuenta tanto menos inseguro iba a estar en relación al misterio que pudieran ocultarle.

Un suboficial de marines se acercó corriendo hasta Gregor. Su coraza y casco, con visera acristalada, hacían imposible reconocerlo. Sólo cuando se identificó Gregor recordó qué tripulante era.

—Sargento Huhg, señor —el marine se cuadró mecánicamente antes de proseguir—. Señor, tenemos a todos los civiles en el módulo principal. Los rebeldes armados los hemos confinado en otro módulo adyacente. Se han producido tres bajas mortales entre los rebeldes.

—Lléveme primero hasta donde custodian a los civiles. Veamos qué tienen que contarnos.

Un vehículo gravitonal ligero y de movimientos rápidos y gráciles se acercó de inmediato. Gregor y dos de sus oficiales subieron a bordo y tras un corto paseo los dejó frente al módulo del comedor. El cielo empezaba a clarear. Gregor, antes de introducirse en el comedor, echó un vistazo en derredor. Si estuviera él a cargo de las instalaciones le habría dado vergüenza. Más que un campamento científico parecía una instalación abandonada, el desorden y descuido eran patentes allá donde dirigiera sus severos ojos claros. No pudo evitar chasquear la lengua en señal de desaprobación. La cerca de protección estaba hecha un desastre, la vegetación había trepado por ella, y en algunos casos la había desmadejado. En cuanto al interior del perímetro se veía que hacía tiempo que no se desbrozaba el terreno. A ese paso en pocos meses no iba a diferenciarse mucho el interior del exterior, y eso por no tener en cuenta el caos de basura y equipos abandonados por doquier. Parecía que la

desidia era la pauta de gobierno del lugar.

Extendió la mano y el oficial a su diestra le tendió un portfolio. Allí tenía recopilada toda la información del personal de la base. Lo había estudiado concienzudamente en las semanas de travesía hasta allí.

Dentro del comedor se encontró con la población civil sentada, con las manos sobre las mesas, en el más absoluto silencio, y una mirada de miedo generalizada en sus rostros. Claro que a esa impresión contribuía la imponente presencia de los marines, situados a espacios regulares de unos pocos metros de distancia entre ellos, rodeando a los prisioneros. Los marines, en perfecta formación, mantenían sus rifles de asalto en posición de descanso, es decir, apuntando oblicuamente hacia el suelo. Bastaba elevar el punto de mira ligeramente y apretar el gatillo para volar la cabeza a alguien.

Gregor confiaba en que no fuera necesario llegar a ninguna medida de ese tipo. Algunas veces la mala suerte puede interponerse en el camino. ¿Qué pasaría si esa tal Klara Lisha hubiera causado baja? Activó el portfolio y la imagen del rostro de la mujer apareció en pantalla. La miró detenidamente y después escudriñó entre la gente. No tardó mucho en localizarla. No parecía excesivamente asustada. Bien, si se trataba de meter miedo él no se quedaba corto. De hecho prefería la intimidación psicológica a la física.

—¿Dónde se ha preparado la sala de interrogatorios? —preguntó Gregor al oficial que le había pasado el monitor.

—Sígame señor. Está aquí mismo, en el centro de comunicaciones de la base.

Gregor fue acompañado hasta la sala de comunicaciones. Todos los equipos estaban desconectados. Era una medida de seguridad. Gregor quería tener la certeza que la única información que salía de aquel planeta iba a estar censurada previamente por él. No quería sorpresas de ninguna clase, y de hecho, los satélites de comunicaciones que orbitaban Omoria que no fueran de la Armada habían sido destruidos. Gregor odiaba los cabos sueltos. Y como esta misión había venido precedida de varias semanas de travesía agotadora, —aunque la ruta militar que les había llevado a Omoria era mucho más corta que la utilizada por la Galileo, entrañaba un riesgo mayor—, ese tiempo Gregor lo había aprovechado para estudiar cuidadosamente todos los detalles que pudieran entorpecer el éxito de la misma.

—Avisé a la doctora —ordenó Gregor distraídamente mientras mostraba su rostro impreso en el portfolio al oficial.

El comandante percibía que era una prueba fácil hasta cierto punto, pero no por ello dejaba de sentirse incómodo. Siempre tratar con civiles daba pie a malos entendidos porque generalmente estos no alcanzaban a entender ni la disciplina ni el honor militar y Gregor odiaba las dilaciones que eso provocaba.

La doctora Lisha le pareció una mujer menuda, de rostro un tanto agriado y mirada firme, pero el nerviosismo de sus manos delataba que no mantenía esa entereza que trataba de mostrar con su rostro erguido altivamente.

Gregor ni se molestó en saludarla. Un suboficial hizo un gesto para que tomara asiento en una silla mientras el comandante se sentaba en frente, tras una amplia mesa que había sido despejada por completo.

La doctora le miró fijamente. Parecía que estaba dudando en abrir la conversación, seguramente hablando de atropellos y de la fuerza empleada de forma innecesaria... sólo de pensar en esos términos Gregor sintió que se cabreaba. Era posible que la doctora presintiera que no era buena idea adoptar aquella actitud, porque no dijo nada.

—Veamos doctora Lisha —inició el interrogatorio el comandante con tono glacial —, creo que debe saber que se encuentra bajo cargos de alta traición, y dada la situación de guerra de la Federación de Mundos Libres, puedo constituirme en jefe de un tribunal... y si lo estimara oportuno... condenarla a muerte... sobre la marcha.

Gregor informó a la doctora utilizando las palabras como martillazos. Sabía que su expresión y apariencia servían para impresionar, pero los años le habían enseñado a usar la gravedad de su mirada y a modular la voz para que sus ordenes se resolvieran de forma inquebrantable. Ahora empleaba ese carácter en desmoronar la resistencia psíquica de su interlocutora.

Y daba la impresión que lo había conseguido. El ceño de la doctora se había arrugado y su mirada parecía quebrada. No se vislumbraba ya la resolución de la que había hecho gala al entrar con decisión. Se apretaba las manos con fuerza aunque mantenía aún un silencio lleno de dignidad.

—Verá doctora... creo que debería empezar a contar lo que sabe.

La doctora respiró con fuerza.

—La verdad es que hemos estado sometidos a una fuerte presión. Desde el primer día que desembarcamos aquí tuvimos problemas en el desarrollo de nuestra investigación. Se organizaron mal los equipos y muchos sentimos que no se llevaba una correcta dirección del personal y medios. Además claro, estaban las anomalías orbitales... que nos han traído de cabeza. Por ello se planteó la posibilidad de sustituir al doctor Kerk. Pero los miembros del Consejo científico estaban muy divididos al respecto. Quizás eso provocó que el jefe de ingenieros perdiera la cabeza y... en fin... quitara de en medio al doctor Ballack. De esto último me enteré hace poco por el propio Cignus, que más o menos me lo reconoció.

La mirada de Lisha así como sus palabras se volvían más inseguras. El gesto cansado de Gregor daba a entender que no era ésa la información que estaba esperando.

—El caso es que Ballack era quién más ardientemente defendía al doctor Kerk, a pesar de su manifiesta incompetencia. Tras su desaparición fui propuesta para desempeñar el cargo de directora del proyecto... pero no tengo nada que ver con las acciones de Cignus, por supuesto.

La doctora Lisha parecía que había dado por terminada su patética confesión, pensó Gregor. Sí, parecía que estaba relatando un crimen cometido por una serie de

motivaciones nimias e inconexas que a él le importaban poca cosa. No le gustaba como se iniciaba el interrogatorio, desviándose del tema principal nada más comenzar.

—Vuelvo a insistir doctora Lisha que se le acusa de alta traición por ocultar información sensible al Gobierno de la Federación en tiempos de guerra. ¿No tiene nada que alegar?

El rostro de la mujer se desencajó. Tenía toda la pinta de no saber a que se refería el comandante. El gesto de desagrado de Gregor fue evidente.

—Hemos recibido hace pocas semanas información de primera mano en la que se nos indica que se ha descubierto tecnología perteneciente a una civilización alienígena avanzada.

De nuevo la expresión nerviosa de la doctora se alteró sucesivamente y pasó de la sorpresa al abatimiento, para después buscar los ojos del comandante con mayor serenidad.

—Sí, algo de eso se rumoreaba en la base. Yo tuve información al respecto de este asunto hace escasos días. Desgraciadamente en este tema mis colaboradores no han sido muy leales... no me han informado como deberían e incluso me vi obligada a seguir a varios de mis científicos hasta averiguar en qué estaban trabajando.

Gregor suspiró abatido. Así era el trabajo con civiles. Un auténtico caos, lleno de intrigas y enfrentamientos inútiles.

—Deme más detalles.

Lisha tomó aire. Se notaba que estaba más relajada. Gregor observó su monitor del porfolio. Las pulsaciones y la sudoración en la piel habían disminuido considerablemente. La actividad cerebral también mostraba menor alteración. Todos los sensores centrados en la doctora Lisha lo mostraban. Para la doctora era un tema menor. ¿Cómo era posible?

—Hace cosa de casi dos años el hijo del doctor Kerk, que se encontraba aquí por causas ajenas a la investigación principal, decidió... realizar su propio trabajo. Él es geoplanetólogo, y se dedicó a estudiar las anomalías planetarias que se evidenciaban en Omoria I. Yo no tuve constancia de esto, pero al parecer parte de sus descubrimientos los publicó en la Revista de Actualidad Geoplanetaria con amplio eco en la comunidad científica de Nueva Esperanza. Quizás fuese un estudio demasiado sensacionalista. El asunto obligó en cualquier caso a que nuestros patrocinadores prestaran mayor atención a esa línea de investigación.

Gregor reprimió las ganas de puntualizar a la doctora. Él había leído el artículo dentro de su trabajo previo a la llegada a Omoria. La doctora Lisha prosiguió tras una pausa en la que pareció ordenar sus pensamientos.

—Bien, desconozco como fue ni el momento exacto, pero al parecer descubrió restos de una civilización alienígena. Que yo sepa dichos descubrimientos los reveló solamente a dos personas, haciendo gala de muy poco sentido de equipo. Una fue a su padre, el director original de la misión, y la otra persona fue Iliana Capar, una jefa de



sección del área de seguimiento de satélites. Pero tanto si quiere hablar con Carlos como con Iliana lo va a tener difícil. Ambos se encuentran en paradero desconocido desde hace unos días.

Gregor miró de improviso los gráficos. Había visto por el rabillo del ojo un brusco salto. Era la primera mentira que se evidenciaba desde el inicio del interrogatorio. El interrogatorio se ponía interesante.

—Nunca tuve constancia, salvo porque, Cignus, el jefe de ingenieros, estaba pendiente de las actividades de Carlos debido precisamente a su falta de transparencia... Más tarde... yo le ordené que siguiera a Iliana, dado que era su enlace científica, y quería estar al corriente de sus actividades, tanto más después del revuelo de su publicación. Esa fue una decisión fortuita... porque de esa forma me di cuenta que otro ayudante mío, el doctor Vincent también estaba muy pendiente de las actividades de Iliana. Así fue como averigüé la existencia de esos famosos restos alienígenas.

Gregor tamborileó los dedos sobre la mesa durante unos segundos. La información era escasa, mucho peor de lo que había imaginado.

—¿Dónde están los restos de esa civilización?

—Nadie lo sabe. Que yo sepa no se lo dijo ni a su padre.

Gregor observó las cadenas de gráficos del monitor. Impertérritas, sin ninguna alteración.

Siempre había sido una posibilidad que todo fuera un bulo, pero dada la magnitud del riesgo que suponía despreciar la información recibida, no habría merecido la pena desconsiderar el viaje hasta Omoria I. Además los servicios de inteligencia valoraron que las características del sistema planetario eran demasiado intrigantes como para pasarlos por alto.

—Traigan al doctor Vincent —exigió Gregor, impaciente.

Un marine instó a la doctora a que le siguiera mientras Gregor cavilaba sobre lo que ésta le había relatado. Esperaba que no tuviera que realizar una búsqueda intensiva de los restos alienígenas. Caso de no obtener la colaboración que necesitaba tendría que endurecer su actitud.

El doctor Vincent le pareció un joven ambicioso e inteligente. Pero también era asustadizo. En cuanto le advirtió de la pena a la cual podía estar sujeto su sonrisa se mostró frágil y quebradiza. Cuando Gregor le cedió la palabra, Vincent se ajustó la montura de las gafas en un gesto mecánico que parecía un tic.

—Sí, la evidencia de la civilización alienígena no me la dio nadie. Simplemente fue una conjetura al unir la información del artículo de Carlos Kerk junto con otras evidencias que había constatado mi equipo. Cuando en una conversación sobre las anomalías el doctor Kerk me reveló el descubrimiento que había realizado su hijo, rápidamente até cabos y llegué a la conclusión más obvia; tal vez existía una estrecha relación entre ambas circunstancias —de nuevo Vincent se ajustó las gafas sobre la nariz—. Sin embargo el doctor Kerk desconocía la localización del hallazgo, como lo

denominaba su hijo. Quien sí tenía más información era el científico que la doctora Lisha les asignó para que le echara una mano. Yo creo que la doctora quería saber de qué iba el asunto porque intuía ya algo, pero el tiro le salió por la culata, porque Iliana, la ayudante, no soltó prenda. Yo hablé con ella y no conseguí nada, así que mi novia... quiero decir la doctora Yamia y yo estuvimos observándola de cerca... pero nada. Sin embargo Lisha, aún no sé cómo, se dio cuenta y me acusó de haberle ocultado información... algo ridículo... no tenía ninguna información, ¿me comprende? El caso es que Lisha pudo hablar con Iliana ayer mismo, si no me equivoco... ella y Carlos son los únicos que saben realmente algo de ese hallazgo, me temo. Si le interesa el asunto deberá localizarlos.

Gregor se acomodó en su asiento.

—Dice usted que Iliana estaba ayer aquí mismo hablando con la doctora Lisha.

—Sí, por supuesto. Me consta que la hizo llamar para entrevistarse con ella ayer a última hora.

—Bien, esto es todo por ahora. Lárguese. —Con un gesto indicó a un suboficial que escoltara al civil—. Y tráigame a Lisha de vuelta.

Gregor notaba como la sangre le hervía en las venas. Ahora ya sabía cuál era la mentira que había revelado el escáner del interrogatorio a la doctora Lisha. Eran las burdas invenciones de civiles que desconocían el poder del mando lo que le sacaba de quicio. Si él pedía la información «quería» la información. Si quisiera estar jugando al gato y al ratón tal vez se pondría un disfraz de payaso y estaría repartiendo chucherías entre aquellos petimetres. Estaban perdiendo un tiempo valiosísimo y le resultaba intolerable.

Cuando la doctora Lisha reapareció escoltada por un marine el comandante Gregor no pudo aguantar sentado. Dejó que tomara asiento y paseo nervioso de un lado a otro. En su mente sólo había una idea fija, la civil no iba a volver a jugar con él.

## Capítulo 24

Gregor regresó a la *Intrepid* a verificar la información proporcionada por los satélites. Se sentía relativamente satisfecho. Al final la doctora Lisha le había revelado hasta la última de sus conjeturas. Simplemente había sido necesario emplear un poco de fuerza bruta, al final siempre era inevitable, pero la orden del Alto Mando le amparaba en eso... y en mucho más. Y el comandante solía aprovechar todas las ventajas que le daban.

Cignus Gray era el otro personaje que faltaba en aquella variopinta puesta en escena. La académica excursión científica hasta Omoria I había sido realmente curiosa. La mentalidad científica absorta en los pormenores de la investigación había dejado de tener en cuenta el currículum de las personas que proporcionaban soporte a la expedición. Era una misión larga pero muy bien remunerada. Al parecer Cignus había presentado un currículum falso, porque Gregor lo había comparado con la información de sus servicios de inteligencia. La única verdad cierta era que aquel dudoso personaje tenía una titulación superior. Aparte de eso, siempre había estado envuelto en turbulentos procedimientos judiciales derivados de acciones empresariales y técnicas en el límite de lo legal. Sus contactos en el mundo privado eran de más que dudosa reputación. Se había envuelto desde temprana edad en enmarañados y largos procesos legales, en muchos de los cuales habían encarcelado a sus socios, pero él había logrado salir indemne. Sí, a Cignus parecía que le gustaban las ganancias rápidas y fáciles aunque eso aparejara ciertos riesgos. Pero ese chollo se le había acabado cuando recibió una sentencia que lo inhabilitaba. Llegó justo después de su embarque en la expedición a Omoria I, seguramente el único lugar donde había conseguido algún trabajo bien remunerado y que además le llevaba lejos de Nueva Esperanza y de sus actividades perseguidas por la justicia. Se veía que la Universidad de Gramdan no se había molestado excesivamente en recabar información sobre aquel cantamañanas. Debía haber habido una interesante confluencia de intereses para acabar aliándose con la doctora Lisha, una científica con una reconocida carrera científica, cuya ambición al parecer, le había metido en un buen atolladero. El caso es que sus actividades criminales en Omoria había sido la causa de la resistencia armada a la llegada del *Intrepid*, un suceso totalmente inesperado para Cignus, obviamente, que había desbaratado todos sus planes. Al sentir que podía pagar un precio por el asesinato de Ballack, Cignus Gray había huido. Sin duda vería la posibilidad de hacerse con la tecnología alienígena como una especie de tesoro, algo de lo cual sacar provecho personal sin demasiado esfuerzo. Parecía que encajaba en su perfil y que esa debía estar siendo su baza en esos momentos.

Así que tenía a unas cuantas personas que estaban en paradero desconocido.

Sin embargo él contaba con esa eventualidad de antemano. Antes de hacer su entrada en la atmósfera del planeta con la *Intrepid*, varios satélites militares geoestacionarios cumplían ya diversas misiones, entre ellas, vigilar cualquier fuente

gravitonal sobre el planeta, en suma, detectar y seguir todo vehículo que se moviera.

El capitán Currik se cuadró al recibirlo en el puente.

Era raro encontrarse a bordo de una nave como el *Intrepian*, una fragata veloz y esbelta, anclada a la superficie de un planeta, como una temible bestia agazapada con su hercúleo y brillante cuerpo acorazado sobresaliendo por encima de las copas de los árboles. La luz del sol entraba a raudales por el amplio ventanal del puente y la visión de la foresta alfombraba todo el paisaje hasta el horizonte.

Igual que Yemenepol, pensó Gregor, el planeta natal de Sara. Ella siempre había querido volver allí, y no soportaba sus largas ausencias y la vida espartana que la condición de Gregor le imponía. El panorama del puente trajo a Gregor los agridulces recuerdos de su exigua vida matrimonial, antes de que se rompiera, años atrás, cuando su mujer languidecía en sus ausencias y añoraba la vida sobre la tierra fértil y no en una gris y fría estación militar espacial. El recuerdo de Sara le angustió. ¿Habría muerto? Su única posibilidad habría sido no estar en el planeta en el momento de su destrucción. Un sentimiento de culpa le devoraba.

Currik le sacó de su ensimismamiento.

—¿Qué nos han contado los satélites Currik? ¿Alguna señal de movimiento en las últimas horas?

—Sí señor. Al parecer se ha producido gran cantidad de incidencias. Observe señor.

El capitán preparó el monitor del puesto del comandante para descargar la información. Segundos después varias de las pantallas empezaron a suministrar imágenes. Todas disponían de un cronómetro que la hora local. Los minutos corrían veloces por el cronógrafo de la pantalla. Gregor visionó las secuencias varias veces hasta ir comprendiendo las acciones y las enlazaba con la información suministrada por la doctora Lisha.

—Sí, todo encaja —murmuró finalmente—. Observe, capitán. Este grupo de vehículos que abandona el campamento científico tiene presa a una colaboradora de Carlos Kerk. Pretenden ponerla en peligro para que el geólogo que descubrió la base alienígena, y que se supone esta oculto fuera de la base, acuda en su ayuda. Una vulgar táctica de cebo. Al parecer la llevaron a una región de la selva donde abundan muchos animales carnívoros... algún tipo de depredador local. La intención es asustarla para que se comunique con Carlos pidiendo auxilio. Observe los movimientos de esos vehículos. Forman una especie de círculo... supongo que la tendrían localizada por algún tipo de sensor en el centro de la formación. Me imagino que esperarían a que su salvador llegara también en algún vehículo y estarían atentos a los radares... Y entonces, justo aquí observe como huyen en desbandada. Eso es cuando aparecemos nosotros... Fíjese en la hora... y poco después, aquí en la base... hay un vehículo que huye en mitad del combate.

—Y habrá observado este otro... viene del norte del planeta y se acerca hacia la

zona donde usted comenta que habían dejado a la científica... aunque si es cierto lo que dice usted respecto a esos depredadores... lo más lógico es que dieran buena cuenta de ella. Permaneció cerca de doce horas abandonada en la jungla.

—Sí, pero yo más bien creo que estaba con vida. Fíjese... la nave que huyó de la base, cuando nosotros llegamos... se va encaminando en pos de la otra. Eso quiere decir que el sensor que llevaba puesto la científica que servía de señuelo seguía operativo... y que Carlos Kerk se la llevó consigo. Es la única explicación coherente con el hecho de que uno vaya tan claramente en pos del otro sin que exista contacto visual. Ese Carlos debe tener un vehículo rápido, a juzgar la enorme ventaja que saca. El que los sigue debe ser Cignus Gray. Y fíjese... aquí es donde se detiene... Ese lugar debe ser el que buscamos.

—La base alienígena.

—¿Podemos tomar una fotografía del lugar?

—Teniente Reyun, necesitamos una imagen en tiempo real de estas coordenadas... Rápido.

Gregor se sentó en su sillón para observar con mayor detenimiento lo que le iba a mostrar el monitor. Ciertamente la expectación era cada vez mayor. Por un lado estaba temiendo que toda la intervención militar podía ser muy bien una simple estratagema. Un ardid para conseguir que el ejército pusiera algo de orden en un campamento científico degenerado. Estaría plenamente convencido de eso si no fuera por las anomalías y por el hecho de que el gabinete científico de la Armada se lo había confirmado días antes de llegar al sistema.

La imagen proporcionada por el satélite apareció borrosa y llena de nieve estática en la pantalla durante unos titilantes segundos. Finalmente se estabilizó y Gregor se vio obligado a parpadear. Se trataba de un terreno desprovisto de interés, una fracción del desierto anaranjado al norte del planeta, sin ninguna señal que hiciera suponer ningún tipo de civilización o artefacto.

—Teniente Reyun, ¿tiene bien centrada la imagen en las coordenadas que le dimos? —preguntó el comandante un tanto perplejo.

—Sí, señor.

—Amplíe la resolución a un kilómetro por un kilómetro.

Gregor se acarició la barbilla, pensativo.

—Amplíe de nuevo... Más... Otra vez.

La imagen final tenía unos pocos metros de resolución.

No había rastro de nada. Ni siquiera el vehículo de transporte. Pero tenía que estar allí mismo... caso de activar el motor gravitonal los sensores del satélite habrían registrado el movimiento.

«Ni siquiera el vehículo de transporte», pensó Gregor mientras se sonreía. «Vaya, esto se empieza a poner interesante».

De pronto la imagen desapareció de la pantalla.

—Teniente Rayun... hemos perdido la imagen.

—Sí, señor. Se ha perdido contacto con el satélite... Estoy intentando una reconexión... pero el satélite... ¡no está!

Gregor se puso en pie. No le gustaba lo que su intuición le decía.

—Deprisa... muestre el *status* de todos los satélites operativos.

—Señor... hemos perdido contacto con todos los de este hemisferio del planeta... Prácticamente ha sido simultáneo.

—Capitán Currik... zafarrancho de combate... activen los escudos y... toda la artillería móvil y vehículos fuera del *Intrepidian*... los quiero dispersos en la selva en posición de combate.

Currik repitió las órdenes mecánicamente y la *Intrepidian* se convirtió en un hormiguero de luces y sonidos. El pitido del zafarrancho, una vibración grave y penetrante sacudió hasta el último tornillo de la nave. Si algún tripulante estaba desocupado corrió a sus puestos de combate. El puente se oscureció al cerrarse el blindaje del ventanal. Parecía como si en una fracción de segundo hubieran salido al espacio.

Pero era demasiado tarde para intentar despegar. Serían demasiado vulnerables.

¿Quiénes les atacaban? ¿Alienígenas tal vez? Pudiera ser, si es que realmente existían. ¿Y si fueran terrícolas?, eso demostraría que tenían infiltrados muy arriba en el escalafón de la Armada... muy improbable, pero también era posible. Si eran terrícolas y tuvieran la misma información que tenía él, procederían a aniquilar a todo rival que estuviera sobre el planeta. Se avecinaba un ataque fulminante. Por lo menos ése sería su planteamiento en el campo de batalla. «Dado lo que hay en juego, no era recomendable dejar supervivientes», vaticinó para sí Gregor.

—Capitán, informe de la situación.

—Se está procediendo al despliegue de fuerzas terrestres móviles, artillería ligera y vehículos aéreos. Tiempo para completar el despliegue... 300 segundos y contando.

—Demasiado tiempo. ¿Estado de los escudos?

—Cargándose. Disponemos de un 35% de fuerza...

—Demasiado tarde... Atención... anule la orden. Necesito las baterías móviles de la cubierta superior... concentren toda la energía en la potencia de fuego... solo tendremos una oportunidad.

—A la orden —respondió Currik sin dudarlo un segundo—. Atención oficial de potencia... toda la potencia a la cubierta superior. Anulada orden de levantar escudos.

Una apuesta fuerte, pensó Gregor. Observó como más de un suboficial miraba hacia él, nervioso. Seguramente no daban crédito a las nuevas órdenes.

Pero era inútil. Un ataque por sorpresa, un único blanco, posado sobre tierra... sólo iba a haber un par de andanadas, tres a lo sumo... más valía ser el primero en disparar.

—Atención a los radares... —murmuró el comandante, pero en el silencio tenso del puente sus palabras se escucharon con nitidez.

—¡Entrada de objeto no identificado en la atmósfera superior! —gritó el oficial

de radar.

—Pase las coordenadas y trayectoria a artilleros. ¡Abran fuego con toda la potencia!

Gregor liberó toda su tensión en la voz con la que dio la orden.

La tripulación era excelente. No hubo nervios, ni dilaciones. Casi al segundo los pulsos gravitacionales hicieron temblar la nave. Era diferente que en el espacio, donde los disparos eran insonoros y no causaban la más mínima perturbación en la nave.

—¡Avalancha de pulsos en nuestra dirección! —gritó uno de los suboficiales de combate.

«Nuestra suerte está echada». Pensó Gregor. Ya no podía ordenar nada, solo confiar en la providencia.

—¡Hemos hecho blanco!

—Qué continúe el fuego a discreción... mientras estemos vivos que no dejen de disparar nuestros artilleros.

Gregor tuvo conciencia de los segundos que siguieron como si fueran minutos. El capitán Currik gritaba órdenes a diestro y siniestro. Intentaba que la evacuación se completara cuanto antes. Los oficiales de combate gritaban una sucesión de acontecimientos que ya eran incontrolables. Era el fragor del combate... ¡qué bueno era el regreso a la batalla!

El comandante sintió los primeros pulsos golpeando la selva de Omoria. Al parecer la primera andanada había caído muy cerca y la nave tembló como sacudida por una sucesión de brutales terremotos. Los oficiales cantaban los resultados... al parecer varias unidades de tierra que se habían dispersado en esa dirección habían sido destruidas. La siguiente andanada alcanzó de lleno a la *Intrepian*.

El casco absorbió parte del impacto y pareció que saltaba sobre el suelo con cada acierto. Sin los escudos protectores, la cubierta superior tenía que haber sido pulverizada. El monitor parpadeó y le indicó automáticamente el número de bajas instantáneamente... 25... 26... 27... la cuenta no terminaba de detenerse y las sacudidas tampoco.

Algunos oficiales habían dejado de dar instrucciones. Sus monitores estaban apagados. Sólo uno de los oficiales de combate seguía cantando las andanadas que se dirigían hacia la *Intrepian*. Todos le miraban de reojo... esperando que se callara.

De nuevo una andanada los alcanzó... Esta vez fue en la popa. Los motores estallaron en llamas y la *Intrepian* ya nunca más podría volver a levantar vuelo. El contador se había disparado... 55... 56...

—Currik... ¿cómo va la evacuación...?

—Se ha completado en un 60%... aunque parte de las tropas de tierra han sido aniquiladas...

—Que se dispersen... Quiero pelotones de combate mixtos cuanto antes... Oficial de radar... Situación de la nave enemiga.

—Parece una fragata terrícola... por el tamaño... Ha iniciado el aerofrenado...

pero hemos perdido contacto... Ahora están más allá de la línea del horizonte... reaparecerán por el este en unos 180 segundos como mínimo.

Exacto, tenían una oportunidad. Observó el gráfico de la potencia de fuego. Estaba reducida a cero. Sin los generadores de pulsos la *Intrepid* no era más que chatarra... ya no servía para nada.

—Currik, evacuación de emergencia. Parece que hemos sobrevivido a lo peor. Ordene a los portamisiles la identificación y destrucción de los satélites terrícolas. Tenemos que igualar el combate cuanto antes. Quiero una dispersión de las tropas... pero que utilicen la base científica como centro de gravedad. Debemos hacerles creer que allí está el tesoro que vienen a buscar.

—Entendido señor.

—Entonces vámonos.

\*\*\*\*\*

Minutos más tarde las tropas de desembarco de la Armada formaban un coordinado enjambre de pelotones de fuerzas combinadas tan letales como podían serlo. Infantes, artillería ligera y aerotankes se combinaban para conformar un mortífero ejército. Además, varios regimientos de cazas habían conseguido abandonar la *Intrepid*, y parte de sus satélites no habían sido destruidos en el ataque inicial con lo que disponían de información crucial para afrontar el combate. No eran malas sus bazas.

Por otro lado la nave enemiga no había reaparecido tras su entrada en la atmósfera. Seguramente los terrícolas habían sufrido daños severos, porque la posición de fuerza de una fragata, por el tamaño que había mostrado en el radar debía de ser la nave a la que se enfrentaban, habría podido barrerlos con facilidad. Sin embargo las lecturas de los satélites militares revelaban que el enemigo se había posado, ¿o estrellado?, en la otra cara del planeta. Desconocían la gravedad de los daños infringidos, pero era seguro que tras el ataque se había producido un despliegue de tropas.

Aunque Gregor siempre era partidario de ser el primero en atacar, comprendía que la mejor estrategia era mantener oculta la ubicación del hallazgo, a fin de cuentas el triunfo de aquella disputa bélica venía determinada por el control del descubrimiento. Para ello iba a disponer sus tropas alrededor de la base científica, como si este fuera el enclave codiciado. Eso daría qué pensar al comandante enemigo. Cuando tuviera a éste convencido cuál era el eje sobre el que pivotaba toda su defensa, realizaría la maniobra envolvente que desbaratará el ataque, aunque para ello abandonara la base científica completamente a su suerte.

Por otro lado no podía pedir refuerzos, la pérdida de su satélite de comunicaciones era una de sus peores bajas.



## Capítulo 25

El cambio, tras tantos meses de inactividad resultaba dramático, no tanto para Gregor, que echaba en falta el combate y la gloria como un sediento el agua, pero sí podía serlo para las tropas.

La primera jornada de combate sobre la faz de Omoria estaba siendo frenética, y tras una vertiginosa sucesión de movimientos de tropas se había llegado a un inaplazable zafarrancho de combate. Tras el abandono de la *Intrepian* se habían reagrupado sus fuerzas, y tal y como Gregor esperaba, el enemigo trató de sorprenderlos sobre la marcha, pensando que estarían todavía descolocados y confundidos por el repentino ataque. Así parecía que era.

Desde un vehículo acorazado todoterreno preparado para servir de base de operaciones desde tierra, Gregor dirigía las maniobras. El interior era una cámara ovalada y amplia, en cuyo perímetro los diferentes oficiales y suboficiales coordinaban toda la información. Al comandante no le gustaba demasiado aquella concentración de mando, porque si por una casualidad el enemigo daba con él, la batalla podía darse por concluida.

—Comandante, las fuerzas enemigas son claramente superiores en número. Empiezan a rodearnos por los flancos norte y sur, señor.

—Muy bien... perfecto. Quiero fuego de artillería que nos de cobertura... y debemos retroceder replegando las tropas en esta dirección... sudeste... quiero tener la base científica en nuestro territorio.

—Entendido señor.

—También quiero que las tropas de infantería no realicen la maniobra de repliegue.

—¿Señor?

A Gregor le encantaba desconcertar a Currik. Tan amante de la obediencia ciega y aún así a veces las maniobras aparentemente suicidas le desbordaban.

—Sí, quiero que mantengan posiciones, ocultas en la selva, les tiene que resultar fácil esconderse y camuflarse. Que utilicen los equipos antidetección... dada la temperatura y condiciones ambientales son óptimas para los equipos de camuflaje. Va a ser difícil que ningún tipo de visor los detecte.

—Sí señor, entendido.

—Quiero que tengan armamento pesado a su disposición. Cuando dé la señal de ataque vamos a equilibrar las fuerzas de esta contienda.

—Teniente Rayun, confirme las órdenes a todas las fuerzas de infantería. Ordene el repliegue del resto... fuego de artillería que de cobertura a la operación. —Currik transmitió la orden marcialmente y la cadena de mando funcionó al unísono.

Poco después los monitores mostraban el desarrollo de los movimientos de tropas. Afortunadamente estaban consiguiendo mantener un número de satélites significativo a salvo de los disparos del enemigo a base de alterar sus orbitas

constantemente. Gregor sabía que iban a agotar rápidamente el combustible, pero la guerra por el control de Omoria iba a ser breve.

Poco después la selva se llenaba de las extrañas vibraciones sonoras del fuego de artillería gravitonal. Los disparos eran explosiones graves y vibrantes acompañados de un chasquido metálico que moría en una rápida degradación hacia un sonido más apagado y agudo. Los impactos, cerca de la línea del horizonte, podían sentirse en la planta de los pies.

Pronto el enemigo empezó a responder con fuego y en la selva se levantó un viento huracanado e infernal consecuencia de las ondas de choque. Parecía que la tierra se desmoronaba bajo sus pies.

El vehículo tenía un escudo que les protegía de las terribles explosiones. Sólo un impacto directo podría resultar devastador. A través de los monitores Gregor tenía acceso a la visión del mundo exterior.

La selva estaba cambiando rápidamente de aspecto. Se encontraban en una loma y un kilómetro por delante un racimo de explosiones había devastado una amplia franja de terreno. Árboles y vegetación volaban por los aires en una exuberante voluta de aire huracanado. Una espiral de polvo y tierra ennegrecían el cielo y la luz diurna apenas servía ya para iluminar el campo de batalla.

—Vamos a tener muchas bajas entre los marines, señor —apuntó Currik, no como una recriminación sino como una evaluación de la situación.

—Lo sé, pero con tal de que aguanten los suficientes les daremos donde más les duele.

Gregor observaba el contador de bajas. De nuevo el goteo imparable de números ascendentes en todos los contadores que parecía engañosamente alarmante. No para él, que durante demasiados años había visto esos indicadores de muerte como para que ya ni los remordimientos ni la pena pudieran hacerle mella. Ya estaba inmunizado. Al fin de cuentas él podía ser uno de esos dígitos en cualquier momento. Parte fundamental de la estrategia del enemigo era eliminar al comandante, y Gregor lo sabía. Sí, había bajas, él mismo podía ser una más, y punto.

El único problema era si el número de bajas llegaba a ser crítico y se perdía la capacidad de hacer daño al enemigo, esa era su verdadera preocupación.

La maniobra de repliegue ocupó varias horas, durante las cuales se producía esporádicamente intercambio de fuego. Hectáreas enteras de selva eran arrasadas y a duras penas los vehículos pesados sobrevivían a los impactos. Eventualmente algún vehículo resultaba alcanzado y se volatilizaba en el aire como si hubiera sido aplastado por una maza gigante.

Gregor no se decidía a utilizar el armamento menos convencional. La munición teledirigida era fácil de interceptar en tanto que las fuerzas del enemigo estuvieran intactas. Todavía era demasiado pronto. Unas tropas demasiado dispersas, sin la cobertura de los equipos de protección adecuados, serían un blanco fácil e instantáneo

para aquel armamento, al igual que las fuerzas aéreas, cuyo uso se le antojaba precipitado. El comandante se sonreía al pensar que su homólogo rival estaba guiándose por las mismas pautas. Debía ser tan veterano como él.

—Señor... —Currik no despejaba la vista de los monitores de combate, en especial a los que controlaban la situación de la infantería de asalto.

—Sí capitán, ya veo. Dentro de poco retomamos la iniciativa.

Efectivamente. Las tropas de la Tierra se habían adentrado en territorio ocupado por sus infantes. Muchas brigadas de la Armada habían sucumbido al devastador fuego amigo, pero esa misma devastación había facilitado la supervivencia y el camuflaje de la mayoría de las tropas. Era difícil estar pendiente de los radares de proximidad y de los sensores anticamuflaje en mitad de aquel infierno. Ahora las tropas de la Tierra habían dejado a sus espaldas a un significativo número de marines de la Armada, una ventaja nada despreciable.

—Capitán Currik, ordene el ataque de las tropas de infantería. Quiero que los escuadrones del centro de la formación detengan su retroceso, y que los flancos realicen un despliegue hacia los extremos... vamos a ver qué atrapamos en nuestras redes.

—A la orden señor.

Currik transmitió las órdenes y casi al instante la tierra tembló bajo sus pies. El video que llegaba desde el exterior mostraba en el horizonte intensas volutas de humo negro. No ardía la selva, sino los vehículos blindados del enemigo que habían sido alcanzados.

—Capitán Currik, que la fuerza aérea dé cobertura a la infantería.

Gregor observaba, como era de esperar, que el enemigo se revolviera con todo lo que tenía a su alcance para acabar con la emboscada en la que había caído. Los monitores mostraba el caos en la que hasta hacía poco había sido una ordenada figura geométrica que conformaban las fuerzas enemigas. Los puntos verdes que representaba la infantería de la Armada salpicaban todo el campo de batalla en un cuidadoso desorden, que al entrar inesperadamente en combate por retaguardia, habían desarticulado la formación enemiga.

El frente abarcaba varias decenas de kilómetros. Tanto Gregor como el comandante de las fuerzas de la Tierra querían evitar movimientos envolventes y verse rodeados. Por otro lado había que tener cuidado para que el enemigo no rompiera la propia formación y dividiese el ejército. Y eso era justamente lo que estaba a punto de lograr Gregor. Una vez que se desencadenó la emboscada buscaba en los radares cualquier indicio de rotura entre las filas enemigas. Se veía que eran fuerzas de élite bien adiestradas. No habían sucumbido al pánico, sino que metódicamente intentaban identificar y eliminar los pelotones de infantería enemiga. Si no se actuaba con rapidez acabarían con todos y cada uno de sus infantes. La oportunidad al fin y al cabo apareció. Los marines no eran mancos y había varios puntos del frente que habían quedado extraordinariamente dañados por su fuego.

—Capitán Currik, fíjese en esta posición del frente. Podemos dividir al ejército enemigo en dos... Si rompemos el frente aquí rodearemos con facilidad este segmento para aniquilarlo... ordenen a las baterías que intensifiquen el fuego sobre esas coordenadas.

—Destruiremos la mitad de su ejército señor —Currik sonrió satisfecho. La victoria estaba al alcance de la mano e iba a tener un resultado mucho mejor de lo previsto. Después de todo iban a adquirir superioridad táctica sobre el enemigo.

—Dé las órdenes.

Gregor se sumergió en el visionado de los monitores mientras el vehículo del alto mando se tambaleaba en su movimiento constante campo a través. Ahora los disparos del enemigo escaseaban debido a que estaban atendiendo unos problemas más perentorios. Sin embargo los pulsos gravitacionales de su artillería no cesaban de retumbar cada vez con más insistencia.

Tal y como había pronosticado Gregor, la resistencia en ese punto se desmoronó. El ejército de la Armada penetró como una cuña y dividió en dos la línea enemiga. Gregor ordenó el reagrupamiento de tropas envolviendo como una soga el reducto más pequeño y vulnerable del ejército de la Tierra, a la vez que se recogía a la infantería por vehículos de aerotransporte en una arriesgada maniobra de rescate.

Uno de los oficiales interrumpió con un jarro de agua fría la sensación provocada por la idílica victoria.

—Señor, hemos perdido la sala de comunicaciones móvil. Ha sido alcanzada de lleno... al parecer un comando se infiltró hasta localizarla.

—Atención, ordené la detención de todos los movimientos de vehículos y un escaneo en todas las frecuencias. Atención a los sistemas anticamuflaje... ante la más mínima duda disparen... ¡malditos cabrones! —Currik intervino con presteza. Era una orden de reglamento. De todas formas Gregor estaba seguro que sus soldados habían estado pendientes de tropas infiltradas de infantería en la medida que las circunstancias del combate lo permitían.

Al parecer el comandante terrícola había seguido una táctica parecida. Él también había sacrificado un peón a cambio de una buena pieza. Sin ese vehículo perdía la oportunidad de controlar sus satélites. No pasaría mucho tiempo antes de que las imágenes que disponían desde el espacio dejaran de llegar. Después de eso lucharían con información proporcionada por los radares de tierra, es decir, prácticamente a ciegas. Gregor se apoyó sobre el tablero de monitores deseando que la maniobra envolvente finalizara cuanto antes.

—Hemos perdido dos satélites señor —informó un joven oficial desde el otro extremo de la sala.

Gregor asintió preocupado. Sí, no tardarían mucho en destruirlos todos. Ahora que ya no podían modificar sus trayectorias eran blancos fáciles. La partida se estaba reequilibrando. Gregor hizo un gesto de rabia.

—Un satélite menos —cantó el mismo oficial de antes.

—Si perdemos los satélites que tenemos sobre nuestras cabezas los monitores van a quedarse en blanco dentro de poco —indicó Currik.

—Cuando acabemos con el flanco débil del enemigo nos reagruparemos alrededor de la base científica. Todavía podemos hacer algo —repuso Gregor fríamente.

—Señor, observe... parece que todavía tenían fuerzas en la fragata terrícola. Están saliendo varios escuadrones que se dirigen rápidamente como refuerzos hacia el flanco que estamos rodeando.

—Que las fuerzas aéreas las intercepten.

—Dos satélites menos —cantó el oficial que se ocupaba de su seguimiento.

—Señor, tiene que ver esto. —El que hablaba era un oficial que monitoreaba el conjunto del planeta para evitar cualquier otro movimiento que implicara la llegada de tropas desde puntos cardinales imprevistos.

Gregor miraba el contador de bajas. Los combates se estaban intensificando. Sólo pedía aguantar la ofensiva unos minutos más y podría reagrupar a sus tropas, pero el comandante terrícola no le daba tregua.

—Señor... —El oficial insistía.

Gregor se puso tras de él a fin de contemplar lo que le había llamado la atención. Currik seguía vociferando ordenes intentando que cada unidad estuviera donde se suponía debía dirigirse.

—¿Qué significa eso exactamente? —Gregor preguntó completamente confundido. Lo que mostraba el monitor no tenía ningún sentido. Era sencillamente imposible.

—No lo entiendo. Parece la disposición de varios centenares de naves espaciales... pero de un tamaño descomunal... Nunca he visto naves de semejante tamaño... ¡no pueden ser imperiales!

—Claro que no —repuso Gregor. ¿Estarán utilizando alguna estratagema?, se preguntó.

—Han aparecido de pronto señor. Es como si hubieran estado inertes y hubieran encendido motores simultáneamente. No han podido llegar desde el exterior, las habríamos detectado mucho antes de llegar a Omoria, sobre todo con esa masa, señor. Lo que indican las coordenadas parece imposible pero... están ocultas bajo tierra... como si Omoria fuera hueco señor... al menos gran parte del hemisferio norte. —El oficial hablaba con un tono de incredulidad patente, diciendo en voz alta lo que su raciocinio le decía que no podía ser cierto—. Cada una de esas naves equivale a la flota de la Armada en potencia gravitonal señor... si se fija en estos indicadores lo verá. Aquí hay una escuadra que multiplica por cien toda la capacidad de transporte de nuestra Armada...

—Multiplicaba por cien, soldado —corrigió Gregor—, eso era antes de que empezara la guerra. La flota que tenemos ahí delante supera a nuestra actual Armada en una proporción de veinte a uno como poco.

—¿Qué demonios es eso? —El capitán Currik, que se había acercado, se quedó tan obnubilado como Gregor al observar el monitor de datos. Cuando leyó las cifras y las escalas musitó un «es imposible» apenas audible por el comandante.

—Parece un silo, o un escondite donde se oculta la acumulación de navíos estelares más impresionante que nunca haya visto —murmuró para sí Gregor—. Así que era cierto... la historia que nos ha traído aquí no era una artimaña.

—Señor... —ahora era la oficial de comunicaciones la que le llamaba —el comandante enemigo solicita un alto el fuego.

—Acepte, rápido.

—Nos queda sólo un satélite señor —informó el oficial correspondiente.

—El comandante solicita un parlamento —informó a renglón seguido la oficial de comunicaciones.

Se hizo el silencio en la sala de mando. Gregor miró las tropas terrícolas rodeadas por las de la Armada. Por otro lado su último satélite estaba próximo a ser aniquilado. Un parlamento no tenía porqué destruir el precario equilibrio y tendría tiempo para pensar el próximo movimiento.

—Acepte. Proponga la base científica como punto de reunión.

A fin de cuentas el inesperado descubrimiento había evidenciado que el mensaje recibido por el Alto mando no era un bulo. La batalla que estaban librando tenía un sentido y podría ser mucho más importante de lo que aparentaba. Sin embargo una de las conjeturas que había hecho él mismo al Alto Mando parecía que era acertada. Omoria, después de todo, parecía que no estaba abandonada. ¿Qué iba a suceder entonces?

## Capítulo 26

La comandante terrestre era una mujer alta y delgada, de tez morena y piel salpicada de cicatrices, aunque imposible determinar cuál había sido su origen, si el combate o tal vez una enfermedad de juventud. En cierto sentido Gregor consideró en una primera impresión que su porte y comportamiento marcial parecían un espejo de sí mismo, pero sin duda su carácter parecía mucho más desenfadado y frívolo de lo que habría esperado. Sonreía en exceso para su gusto.

La escolta de la general, ése era el grado de la terrícola, demostraba también que los rumores eran ciertos. Los terrícolas eran más altos. La Tierra después de todo había resultado ser un planeta excepcional para el desarrollo de la vida. Tanto la Federación de mundos libres como los planetas que todavía seguían bajo el yugo terrícola, y en general muchos mundos aptos para la vida descubiertos y colonizados, tenían masas mayores que ejercían una fuerza de gravedad superior. Los asentamientos que se habían establecido en ellos acababan desarrollando individuos más fuertes pero también de menor estatura. En la sala donde se encontraron ambas delegaciones podía percibirse fácilmente el contraste.

El general enemigo contaba con un joven ordenanza que hizo la presentación oficial con el esperado rigor militar.

—Jefe de la Quinta Flota de la Armada de la Tierra, General Verne Kain.

Currik hizo su parte del papel como lugarteniente de Gregor.

—Comandante en Jefe del Alto Mando y Jefe de la I Flota de la Armada de la Federación de Mundos Libres, Comandante Gregor Vadausen.

Los aludidos se saludaron militarmente y después se estrecharon las manos. El rostro de la terrícola se distendió nuevamente con una sonrisa. A Gregor se le antojó una mujer atractiva, no tanto por su belleza física, sino por su soltura y dominio. Parecía que llevaba toda la vida realizando parlamentos con el enemigo. Tomaron asiento enfrentados, con una parca y amplia mesa metálica de campaña de por medio. Durante unos segundos reinó un meditado silencio. La general Verne miró a Gregor, él diría que con curiosidad.

—¿Se ha preguntado tal vez cómo hemos venido a parar a este rincón de la Galaxia, comandante? —La voz de la terrícola era suave y no parecía corresponder a una persona acostumbrada a dirigir una guerra.

—Se me ocurren varias hipótesis —repuso Gregor.

—Por ejemplo... me imagino que sospechará que hemos desarrollado una tecnología similar a la suya... que permite conocer el uso de las corrientes gravitacionales aún a pesar de estar lejos de ellas.

—Podría ser, desde luego.

—Es curioso como en la guerra es tan importante conocer lo que cree saber el enemigo, ¿verdad? Me imagino que los servicios de inteligencia acaban haciendo maniobras absurdas solo para despistar... o lo que es peor, sacrificando unidades

enteras con tal de que el enemigo no sospeche que poseemos un secreto. ¿No se ha percatado alguna vez cuando ha cumplido una orden que tal vez no sea sino una cobaya humana, un simple cebo que se está sacrificando? —La mujer le sonrió enigmáticamente.

Gregor asintió. Era álgebra elemental, manual de principiante de cualquier estrategia.

—Supongo que por eso estamos aquí, ¿no cree? —La general Verne parecía satisfecha, autocomplacida, como sabiendo que dominaba la situación—. Ambos sólo somos peones en el tablero. Aquí al parecer tenemos una ficha que esta asediada, y un movimiento de uno para capturarla es correspondido por el movimiento del rival para protegerla. Me gusta el juego del ajedrez. Después de tantos siglos sigue siendo todo una fuente de inspiración, ¿no cree?

—No juego demasiado, —repuso lacónicamente Gregor.

—No sabe lo que se pierde. Le aseguro que debería. Aprende uno a pensar... a pensar de verdad. Mucho más allá de los razonamientos más básicos... te obliga a ver una partida entera poco después de haber hecho tan solo unas pocas jugadas. Oh, sí, está claro que no merece la pena jugar contra inteligencia artificial... Pero claro, las guerras no las dirigen nuestras poderosas máquinas pensantes, sino personas como usted o como yo... y así, a fin de cuentas resulta que a nuestra civilización le sigue resultando provechoso el pensamiento biológico, la mente humana. Claro que viendo cómo va esta guerra muchos auguran que tenemos los días contados.

—Parece que a usted le encanta filosofar. Me sorprende que esté dirigiendo esta batalla.

—Por favor, no me malinterprete. Simplemente considero que éste puede ser uno de los momentos más importantes de la Humanidad. Estamos aquí en una encrucijada y dependiendo de nuestros actos, por nimios y simples que nos parezcan, podemos conducir a nuestra especie a un abismo... o a una nueva encrucijada supongo. —La general sonrió enigmáticamente—. No me gustaría trivializar demasiado... y por otro lado tampoco me gustaría ser excesivamente práctica, como si fuéramos simples reclutas repartiéndonos un botín.

Esta vez Gregor correspondió a la sonrisa de Verne.

—No sé si este planeta puede considerarse exactamente un botín. Quizás no sea más que un avispero y nosotros no hemos hecho otra cosa sino agitarlo.

—Tal vez. Si es así no vamos a tardar mucho en averiguarlo.

—¿Se da cuenta que estamos atrapados en este mundo y que cualquier movimiento de... como usted dice, nuevas piezas, ocasionará un único final posible... el sacrificio?

—Exactamente comandante. Me alegro que lo vea tan claro como yo.

Un camarero de la base sirvió una infusión ceremoniosamente. Gregor aprovechó la pausa para cavilar serenamente.

Se alegraba de que su rival tuviera un punto de vista tan práctico como el suyo. Si



cualquiera de los dos bandos se hubiera puesto en contacto con su respectivo Alto Mando explicando la situación y solicitando refuerzos se desencadenaría un movimiento de flotas y un final de la tregua inesperado y violento. Con la actual tecnología militar eso suponía la destrucción de Omoria con toda probabilidad... quién sabe cuántos planetas más colonizados por uno y otro bando. Pero también supondría un acto militar contra una especie tecnológicamente superior. Todo eran simples conjeturas, pero extender la guerra más allá de Omoria significaba en cualquier caso perder por completo el dominio de la situación, e incluso sacrificar inútilmente sus vidas. Gregor aceptaba un sacrificio siempre que este tuviera sentido o le fuera ordenado. Por eso había aceptado la tregua propuesta por su rival. Desde que uno de los dos bandos se viera en una situación de clara ventaja o incluso victoria, el rival no dudaría en advertir a su jerarquía militar de la situación, con la consiguiente cadena de acontecimientos tanto los más previsibles como los más desesperados y espontáneos. La única opción para alterar el precario equilibrio la habían tenido los terrícolas con su ataque sorpresa y habían fallado por muy poco. Estaba claro que la Tierra había enviado a una persona plenamente capacitada y desde luego brillante para ese cometido.

Gregor sorbió un trago del café, mientras Verne hacía lo propio con su taza. El comandante se imaginaba que la general suponía que ellos, de alguna forma, tenían ventaja en el descubrimiento de la extraordinaria potencia tecnológica. A fin de cuentas llevaban tres años en el planeta. Si él estuviera en el lugar de la terrícola daría por sentado el peor de los escenarios; que tenían localizado el silo alienígena y probablemente, a tenor de lo detectado por el radar, disponían ya de algún tipo de control sobre la tecnología extraterrestre. Pero el hecho de no haber usado armamento extraordinario en el combate delataba que ese dominio no resultaba crucial hasta la fecha.

Lo que más le fastidiaba personalmente es que desconocía por qué estaban allí las fuerzas terrícolas.

Podían haber detectado el salto gravitacional de la *Intrepidian*, pero esa conjetura no tenía fundamento. La Armada movía sus naves constantemente, y ni qué decir tiene que una simple fragata aislada recorriendo el perímetro de la Galaxia sería el movimiento táctico más ridículo que pudiera suponerse, en absoluto digno del más mínimo esfuerzo por parte de la Tierra para realizar una maniobra de interceptación o seguimiento. No, la presencia de fuerzas de la Tierra en Omoria tenía que tener otra explicación. Habían llegado allí porque sabían que había algo. Y eso supondría la existencia de un espía.

¿Un espía en la Federación de Mundos? ¿Ante una orden directa del Alto Mando que él no había revelado a nadie hasta hallarse bien adentrado en el espacio profundo? Era una eventualidad imposible. No podría dar crédito a semejante maquinación.

Quizás el espía no estuviera en la Armada, sino se encontrase en la base

científica... quizás alguno de los que habían tenido conocimiento del hallazgo lo había revelado al enemigo. Eran pocas personas, pero tal vez alguna tuviera otros intereses. Era la única opción válida. Pudiera ser que la resistencia militar de Cignus y sus hombres respondiera a la intención de entregar el hallazgo a las tropas terrícolas presumiblemente a cambio de una buena recompensa. Podría encajar en el perfil de aquel sujeto.

—La cultura humana es fascinante. ¿Por qué será que nos encanta ingerir cualquier tipo de bebida o comida en nuestras relaciones sociales? Me encantaría decir que el café es delicioso... pero ya se sabe que en estas circunstancias no suele abundar productos de calidad.

—Si hubiera dispuesto de más tiempo habría podido seguramente conseguir algo más exquisito —sonrió Gregor.

—Se ve que esta base está realmente en mal estado. Es evidente que el presupuesto científico de la Federación está de capa caída. Me imagino que los gastos militares no perdonan... Y por cierto, hablando de la base... le diré que no es necesario que haga la pantomima de defenderla a capa y espada... como si contuviera algún secreto. Ya estoy al tanto de que no es así.

—Sí, ya me imagino que cuenta con un agente que le informa desde dentro.

La general le sonrió complacientemente.

Sí, tal vez fuera cierto... pero si el espía no era Cignus y estaba en la base iba a ser muy difícil que tuviera contacto nuevamente con él. Por eso tal vez ya no protegiera la base como instalación, pero a la población civil la iba a mantener a buen recaudo.

—Así que tácticamente podemos establecer tablas.

—Eso parece. —La general enarcó las cejas con expresión divertida.

—Casi podríamos decir que la Humanidad está en tablas.

Verne se rió con una risa suave y nada estridente.

—La Humanidad estaba en tablas antes de que usted y yo llegáramos a este planeta... y parece que nuestra misión va a ser que siga siendo así... Eso siempre y cuando no aparezca de pronto un tercer bando en escena. ¿Qué le ha parecido las lecturas de los *scanner*? Usted y yo sabemos que esa flota nos es completamente ajena a ambos.

Gregor asintió despacio. Se adentraba en un terreno resbaladizo y expresar cualquier conjetura podría revelar mucho de más. Decidió arriesgarse. A fin de cuentas tenía una baza que iba a jugar esa misma noche, después de finalizar el parlamento, y la situación de alto el fuego la propiciaba. Desde que había llegado a Omoria la sucesión de acontecimientos desencadenados sin control no dejaban apenas tiempo para reflexionar. Gregor repuso hablando con cautela.

—Quizás no sea tanto lo que revelan físicamente los sensores, sino lo que ello implica. Si Omoria es un silo militar o civil cabría preguntarse por la avanzada civilización que lo ha construido... y si existen más planetas como éste esparcidos

por la galaxia, esperando el momento más oportuno para mostrarse operativos. Tendríamos que plantearnos si cada uno de los bandos ha de enfrentarse a un enemigo que nos supera por completo.

—Caramba comandante, me sorprende usted gratamente. A veces tengo el convencimiento de que soy una esquizofrénica incurable, pero parece que he encontrado a mi par. Solo le faltó añadir que ante una eventual ruptura de la tregua y la previsible mengua de las fuerzas terrícolas y de la federación, nos encontraríamos con una especie humana significativamente vulnerable.

Gregor asintió y después apuró su taza de café. Sí, él también había tenido tiempo de llegar a esa última conclusión. Le fastidiaba reconocer que una eventual amenaza de ese género podría llevar a considerar una alianza de la Federación con sus enconados enemigos de la Tierra.

—Ahora comandante llegamos al punto más delicado de todos. A pesar de que la tregua es en la práctica insalvable, ¿puede usted comprender que quizás no tenga más alternativa que romperla? El presente *statu quo* no es nada recomendable para la Tierra. No podemos permitir que nos oculten información en relación a esa civilización alienígena.

—Quizás este presumiendo demasiado general. Como podrá comprender yo no tengo el control de las fuerzas que tanto usted como yo hemos podido observar por nuestros radares. Si fuera así habría podido emplearlas en su contra desde el primer momento. De hecho su aparición resultó más bien inoportuna, teniendo en cuenta que estaba diezmado sus fuerzas...

—Y usted se ha quedado prácticamente a ciegas sin sus satélites. No sé qué bando puede decirse que estaba en una situación más vulnerable. En cualquier caso la información de la que dispongo sugiere que ustedes tienen bajo su control, desde hace bastante tiempo, cierta tecnología alienígena que se localizó inesperadamente por la misión científica que se había establecido aquí.

—Lo cierto es que no tengo ningún control sobre esa tecnología alienígena. De hecho no hemos tenido ningún contacto con esa civilización aún. Su tecnología de movimientos gravitacionales debe permitirle saber que nuestra llegada aquí fue con escasas horas de ventaja.

El comandante dejó de hablar. En ese momento las tazas de café estaban vibrando intensamente sobre sus platos. Un temblor intenso y poderoso sacudía toda la estancia y multitud de objetos cayeron al suelo. Los presentes tuvieron que agarrarse a lo que pudieron para no caer, y de hecho más de un soldado se acuclilló para no perder el equilibrio. Era un terremoto de una intensidad colosal. Afortunadamente los módulos utilizados en la construcción de la base eran ligeros y flexibles, no había temor que fuera a desplomarse sobre sus cabezas.

Después de un minuto que pareció interminable, las sacudidas cesaron con un murmullo que pareció amortiguarse en la distancia.

Los presentes se incorporaron lo más dignamente posible mientras musitaban

palabras de sorpresa. Gregor ayudó a levantarse a la general que finalmente había caído de su silla. Acto seguido activó su monitor personal y solicitó información del *scanner* planetario. Quería ver si había alguna modificación en la disposición de la flota alienígena.

Por el rabillo del ojo observó que su colega hacía otro tanto.

—Un susto, pero parece que no tenemos novedad con nuestros compañeros de partido —comentó la general con una sonrisa—. Pero si usted ha tenido que ver algo con esta demostración le aseguro que ha sido muy interesante.

Gregor le respondió con una mirada seria. No quería equívocos al respecto.

—Entiendo sus recelos porque está usted evaluando la peor de las situaciones posibles, pero esa fuerza alienígena me preocupa tanto como a usted. De hecho mi situación es más desesperada que la suya... a fin de cuentas usted está a tiempo de huir de este planeta, mientras que mis fuerzas están condenadas a permanecer teniéndonos que enfrentar a lo que surja de las entrañas de Omoria.

—Esta usted loco si piensa que voy a evacuar este planeta dejándole a usted con semejante botín.

—Si lo quiere ver de esa forma...

—Comandante Vadausen, espero que comprenda que tenemos que buscar una solución a esta situación tan comprometida. Mañana, a esta misma hora procederé a comunicarme con usted... pero ha de saber que si su propuesta no resulta aceptable para la Tierra, me obligará a intervenir.

—Con el consiguiente desenlace previsible, general. No obstante pensaré si existe una alternativa razonable... Sinceramente, ahora mismo no estoy seguro de cuáles son los intereses de la Federación y de la Armada.

—Muy bien comandante, pero debe saber que la pelota está en su campo. Usted y yo sabemos que cualquier aviso al cuartel general transmitido por cualquiera de nosotros puede mandar a Omoria al otro barrio. Ahora mismo usted tiene un plazo de veinticuatro horas para permitirme el acceso a la tecnología alienígena. De no ser así me veré obligada a realizar esa condenada transmisión.

Pero Verne no pudo completar su frase porque una nueva sacudida, más violenta que la anterior, hizo que todos acabarían por tierra. Esta vez vino acompañado de un rumor lejano y profundo, surgido de las entrañas del planeta. El comandante lo comparó inconscientemente con el de un estertor de un herido agonizante.

Una vez regresó la calma, se percibió una sensación de temor en todos los presentes. Apenas se acababan de incorporar cuando la puerta del recinto se abrió bruscamente y uno de los marines que custodiaban el acceso exterior se dirigió al suboficial de la entrada. Dado el silencio sepulcral que se impuso en la sala, su tono de voz resultó excesivamente alto y denotaba nerviosismo. La conversación con el suboficial resultó breve y segundos después éste se dirigía directamente hacia su lugarteniente. Gregor dirigió la mirada hacia Currik a la espera de que éste le informara, parecía ya que todos los presentes, incluida la comandante terrícola, iban a

estar pendientes de sus palabras.

—Capitán Gregor... —Currik parecía un tanto vacilante, lo cual era raro en él, pensó Gregor, que ya lo conocía bien. Diría que dudaba en elegir las palabras adecuadas—. Señor... parece ser que algo le ocurre al sol.

Gregor y Verne intercambiaron una mirada de incredulidad y, sin mediar palabra alguna, ambos se levantaron y abandonaron el cuartel. Tan pronto llegaron al exterior quedaron atónitos por el espectáculo que se manifestaba en el firmamento.

El sol del atardecer brindaba una luz cálida y un tanto amortiguada, lo cual hacía más fácil distinguir un largo y fulgurante brazo de materia solar que se extendía cruzando parte del firmamento, hasta desaparecer por el oeste. Un espectáculo que Gregor jamás había soñado ver desde la superficie de un planeta... un planeta que tenía sus días contados, sin duda alguna, porque aquella era la señal de que un objeto muy masivo, como mínimo una estrella de neutrones o algo peor, estaba alimentándose del sol de Omoria. No hacía falta llamar a ningún oficial científico para que le corroborase esa información. Tan pronto como el planeta entrase en la zona de influencia del funesto astro podía desintegrarse y desaparecer en un remolino voraz de materia.

La general saludo militarmente al comandante.

—Parece ser que no soy la única que impone un plazo de tiempo para resolver la situación —expresó a modo de despedida.

Gregor devolvió el saludo y observó pensativo como la comitiva terrícola emprendía la partida. El ultimátum suponía otra vuelta de tuerca a su precaria situación. Se sorprendió al darse cuenta que sonreía. ¡Cuánto había echado de menos aquel tipo de situaciones! O todo, o nada.

\*\*\*\*\*

Poco después de terminar el parlamento Gregor disponía su plan de órdenes para Currik, que sorprendido, comprendía que el comandante quería supervisar personalmente la acción de localización del hallazgo.

La tensión estaba llevando a sus hombres al límite, pero afortunadamente la mayoría ya eran veteranos. Sin embargo los rumores sobre el incipiente fin del planeta, alentados fundamentalmente por los científicos civiles que clamaban que los sacaran de allí cuanto antes, mellaba la moral entre los hombres menos recios de su tropa, que sabían de primera mano que abandonar Omoria en la *Intrepian* resultaba del todo imposible.

Gregor se quedó pensativo observando el firmamento. Resultaba muy inquietante contemplar el raso nocturno tenuemente iluminado por el inmenso hilo de materia que debía estar a punto de caer en un pozo sin fondo. Era cómo presenciar una tragedia muda a cámara lenta. Muchos de los científicos decían que la órbita de Omoria había variado y que en un par de días a lo sumo entrarían directamente en el

brazo de materia solar e irían a caer en el agujero negro o lo que fuera a devorarles.

«Un par de días», pensó Gregor, «mucho más tiempo del que yo necesito». En más de una ocasión había comandado naves que habían entrado en pérdida, cayendo vertiginosamente en órbitas de colisión con planetas gaseosos, o incluso estrellas, y había tomado esquifes de emergencia que habían escapado de un final cierto por muy poco. La muerte había sido su compañera durante demasiado tiempo como para que fuera a temerla justamente ahora, en una misión que podía resultar crucial para la Armada. No iba a consentir que nada, ni siquiera una catástrofe planetaria, fuera a alterar sus planes.

Gregor sabía que no podría llevar una gran escolta. De hecho el plan consistía en movilizar un gran número de motonaves de reconocimiento de forma que los terrícolas que siguieran sus operaciones por satélite, no detectasen una maniobra única y delatadora, sino un despliegue que no ofrecieran demasiadas pistas acerca de la verdadera intención. Dada la importancia del objetivo quería ocuparse personalmente de la operación. La situación táctica era en extremo delicada. Cualquier acción hostil, por muy fortuita que fuera su origen, podía desembocar en una imparable espiral de acción y reacción que acabara por reabrir las hostilidades, y presumiblemente, en una transmisión a Gramdan, y como fichas de dominó que caen consecutivamente, arrastrase finalmente a ambos bandos a reemprender la guerra.

Currik trazó un plan de navegación que le llevaría directamente hacia donde el geoplanetólogo llamado Carlos había realizado su viaje, enclave en el que Gregor presumía debía localizarse la entrada del silo.

No podría llevar más que dos marines de escolta. Quizás habría sido conveniente llevar más tropas, puesto que recordaba que era previsible toparse con el traidor, el tal Cignus Gray, cuyas intenciones no parecían ser nada honestas y que presumiblemente podía ser un agente enemigo, pero temía llamar la atención de Verne si lo hacía. Y por otro lado, si Cignus era agente terrícola y había localizado aquel acceso, Verne debía saberlo, pero tenía la impresión de que no era así. El rompecabezas seguía sin estar claro.

Cuando los preparativos estuvieron concluidos y el comandante pertrechado con el equipo militar, ya era noche cerrada. La coraza de protección era liviana, pero Gregor no estaba acostumbrado a vestir casi como un caballero medieval. Había desestimado equiparse con las armaduras escudo, demasiado aparatosas y pesadas para transportarse y moverse con agilidad. El casco ceñido reducía su campo de visión, y además la multitud de sensores y radares que llevaba incorporado el visor protector tendían a confundir al no iniciado, ya que se abarrotaba de imágenes holográficas, indicadores de munición disponible, localizadores de objetivos, fuentes de calor, armas... Todo lo que barría la mirada era escrupulosamente escrutado y analizado por los sensores del equipo y presentado en el visor, señalizando convenientemente todo cuanto pudiera despertar un mínimo de interés militar. Hacía muchos años que había dejado de hallarse en una situación de combate cuerpo a

cuerpo. Con calma procedió a dejar operativos los sistemas básicos de defensa, manipulando el cuadro de mandos que llevaba acoplado en su antebrazo, hasta sentirse cómodo con la información básica que el equipo le dispensaba.

A su alrededor los marines corrían de un lado a otro preparando sus vehículos ligeros con multitud de equipos y armamento. Gregor había dispuesto que las tropas se dispersaran alrededor de su ejército a fin de crear una especie de perímetro de seguridad, estableciendo una red de enclaves vigías que supliesen la eventual ceguera que les ocasionaría el que los terrícolas desintegrasen su último satélite. Al menos ésa era la impresión que quería causar en la general Verne. Era un movimiento táctico muy previsible que su rival no podría ver con excesiva desconfianza. Uno de los vértices de aquel perímetro era el punto señalado como el Hallazgo.

—Capitán Currik, ¿tiene claras las órdenes que le he dado?

—Sí, señor, como el agua.

—Bien, ya sabe que quiero silencio en todos los canales. Salvo que sea estrictamente necesario se comunicará con los pelotones que indiquen novedades. Es muy presumible que no pueda contactar con nosotros. Si transcurriera más de veinticuatro horas sin tener noticias nuestras, quiero que envíe una misión de rescate. Si los terrícolas se aproximan a nuestro perímetro quiero que se hagan disparos de advertencia, una cosa es que estemos en tregua y otra que nos vayamos a codear con ellos ahora.

—Entendido señor.

Gregor saludó militarmente al capitán, que se cuadró y saludó vigorosamente, y procedió a encender los motores de su vehículo. Al segundo, otras dos motonaves cercanas, las que pertenecían a sus escoltas, hicieron lo propio. El grupo recorrió la explanada de la base científica, que ahora era un hervidero de agitación militar, y se introdujo en la selva. El comandante observó en el panel del radar que los otros pelotones abandonaban la base en diferentes direcciones. Se preguntaba qué estaría pensando Verne en ese momento.

## Capítulo 27

El recorrido por la selva fue más lento de lo que preveía. La oscuridad dificultaba el avance pese a los potentes focos de los vehículos. Además el comandante no se sentía muy ducho en el manejo de su motonave, a diferencia de sus escoltas que parecían capaces de triplicar la velocidad sin la más mínima dificultad.

Sin embargo la parte final del viaje transcurrió por páramos desérticos que sucedieron a la selva tras una transición brusca e inesperada, en la que la vegetación dio paso a una tierra que incluso en la penumbra lucía anaranjada y rocosa, más propia de un planeta inhóspito e inhabitable. La brisa nocturna era fresca y Gregor sintió que la calefacción de la coraza mantenía su calor corporal. No era como en sus años de combate de juventud, donde la tecnología de los equipos militares era más rudimentaria e incómoda.

Habían transcurrido varias horas desde la partida cuando el monitor de su motonave militar indicó que estaban sobre la posición, pero siendo noche cerrada no se discernía nada a simple vista. Ordenó a sus escoltas que se desplegaran y activaran los radares. La zona estaba llena de hendiduras y simas. Allí era difícil localizar cualquier vehículo oculto. Sin embargo después de multitud de pasadas determinaron el lugar que buscaban.

—Comandante Gregor a base alfa, ¿me oyen?

—Aquí base alfa, le escuchamos señor.

—Quiero que las otras partidas realicen movimientos aleatorios en rededor del punto que se les ha asignado, como si estuvieran buscando algo, eligiendo el mejor sitio para establecerse. Así durante unos cinco minutos más o menos.

—Entendido señor, ahora transmito la orden.

El comandante no quería que sus movimientos fueran diferentes al del resto de sus tropas para no revelar un comportamiento raro y por tanto, llamativo a Verne.

Gregor desmontó de la motonave. Había dos vehículos abandonados ocultos en una amplia cavidad rocosa que explicaba porque no se habían detectado a vista de pájaro desde el satélite. Uno era una espléndida motonave de competición y sin duda correspondía al que los satélites militares habían identificado como el veloz vehículo que había acudido en rescate de la científica en apuros. El otro era un tosco vehículo de transporte, seguramente el pilotado por Cignus Gray, que había seguido de alguna forma a los dos incautos. Se trataba de un transporte mucho más lento, más grande y pesado... y no se veía a nadie por allí. Estaban en lo más profundo de una sima circular y amplia, de unos treinta metros de profundidad. Sin ambos vehículos habría sido difícil descender hasta allí.

El firmamento estrellado con la Vía Láctea inundaba el campo celeste proporcionando una fuente de luz mortecina. Uno de los brazos de la espiral despuntaba en el reborde rocoso de la sima. Un cielo completamente diferente a todos cuantos Gregor había visto hasta entonces.



El comandante era consciente que su satisfacción personal más honda era la victoria militar, hasta el punto que se había convertido en una suerte de droga de la cual dependía y cuya ausencia le deparaba una profunda angustia. Pero también descubrir nuevos parajes y nuevos mundos le embriagaba con una sensación indescriptible. Mientras miraba el firmamento alfombrado de estrellas en una vertiginosa e inmensa espiral, sintió una emoción electrizante que recorrió todo su cuerpo. «En este lugar apartado puede decidirse todo nuestro futuro», pensó sobrecogido por la visión celeste.

Bajó lentamente la mirada mientras los sensores empezaban a bailotear con señales luminosas en su visera. Los dos marines que le acompañaban le estaban indicando que se aproximara a una roca. Era una piedra enorme que se prolongaba hasta lo alto de la sima. Sin embargo su base mostraba una apertura circular que daba acceso a un pasillo débilmente iluminado con una tenue luz verdosa.

La comitiva se introdujo con precaución. Gregor iba en medio de los dos marines, que con actitudes mecánicas avanzaban escudriñándolo todo, tal y como habían aprendido en los entrenamientos y en multitud de combates. Los músculos tensos y el dedo en el gatillo. Sin embargo Gregor se limitaba a llevar el fusil en ristre confiado en que no iba a ser necesario su uso.

El pasillo terminó ante una colosal vista que hizo que los tres hombres bajaran la guardia. La visión de las ciudades espaciales acristaladas resultaba perturbadora. La bóveda era amplísima y la visión del horizonte desconcertante. Acababan de abandonar la superficie de Omoria, en plena noche, pero allí parecía que lucía otro sol, tal era la nitidez con la que se distinguía todo. Hacía un momento estaban caminando sobre la superficie anaranjada de un planeta y de pronto se encontraban oteando el horizonte de un mundo nuevo desde lo más alto del firmamento.

Gregor nunca había visto nada igual. Eran como megaciudades de gigantescos rascacielos de plata y cristal, encapsuladas en futuristas y translúcidas naves espaciales, que refulgían con un brillo metálico y áureo como Gregor nunca antes había visto. Sus toscas naves de combate parecían primitivas y burdas en comparación, además de insignificantes en tamaño.

Después de un rato localizaron un ascensor, una plataforma más bien, que tras probar insistentemente con los mandos que se hallaban operativos, les llevó en un vertiginoso y acelerado descenso hacia la base de la bóveda.

El viaje les dejó sin habla, porque a medida que descendían comprendían mejor la magnitud colosal de todo lo que veían. Una vez que la plataforma descendente alcanzó la altura del vértice superior de la cúpula-ciudad más cercana, comprobaron que a pesar de la velocidad del descenso, parecía que no se movían en relación a su referencia. La altura de los rascacielos era de varios kilómetros.

Finalmente llegaron a ras de la bóveda. La plataforma había decelerado suavemente hasta posarse en tierra sin emitir tan siquiera un chasquido. Sus pasos era

todo cuanto podía oírse.

Con cautela empezaron a explorar el vasto territorio alienígena, los marines de nuevo recuperaron la tensión en su compostura, mientras Gregor escrutaba el horizonte y se esforzaba por digerir qué misterio podía entrañar. Un inminente peligro, una amenaza real... o tal vez era un reino olvidado y abandonado de una raza extinta... Quizás estaban a punto de presenciar el incipiente resurgir de una todopoderosa civilización. ¿Quién había activado todas las poderosas ciudades espaciales de forma que el planeta mismo pareciera que fuera una inimaginable cápsula de transporte que ningún radar, por tosco que fuera, pudiera dejar de detectar?

Y sin embargo no se veía nada ni nadie.

Perdieron la noción del tiempo.

Estaban avanzando lentamente por amplísimos corredores, de varios kilómetros de ancho, entre las ciudades-cúpulas, sin que vislumbraran otra cosa que les llamase la atención. La superficie bruñida era oscura, parecía absorber la luz, y carecía de cualquier tipo de indicación que señalase un camino o una dirección determinada.

Después de un rato Gregor decidió modificar la dirección de avance y señaló hacia la megaciudad más cercana a la plataforma por la que habían descendido. Sentía las piernas cansadas pero la ansiedad y curiosidad que despertaban en él semejante lugar le decían que podría estar varios días sin descansar explorándolo todo.

Habían alcanzado las proximidades de un enorme pórtico que parecía ser el acceso a la ciudad a la que se dirigían cuando lo oyeron. Fue algo parecido a un rugido de una fiera. Un sonido real, animal, tan fuera de lugar en un sitio como aquel, que los sobresaltó por completo. Gregor se quedó paralizado y tomó el arma entre sus manos. Los marines adoptaron posturas felinas mientras giraban sobre sus talones escudriñándolo todo con sus visores especiales.

—Señor, el sonido procede de donde hemos venido... y desde lo alto.

—Debe ser algún animal que se ha colado por el acceso. Sigamos adelante.

La entrada a la ciudad consistía en una amplísima escalinata de piedra marmórea que relucía como recién pulida. La magnificencia destacaba aún más en el ambiente inerte, sin vida.

Sus armaduras de combate de color azabache contrastaban en un escenario como aquél de una forma evidente. Su estatura era también tan ridícula que tan pronto llegaron al primer escalón comprendieron la escala del lugar. Gregor se sintió como una hormiga colándose por la puerta de una catedral.

La escalinata parecía interminable, pero tan pronto pisaron el segundo escalón comprendieron que se hallaban sobre una plataforma móvil que de nuevo suspendida en el espacio avanzó serenamente hacia lo alto. Gregor sentía que los marines estaban visiblemente nerviosos y no dejaban de cubrir todos los ángulos de un posible ataque. Pero esa actitud defensiva, en un lugar tan majestuoso y amplio, resultaba ridícula.

El panorama que se extendió ante ellos una vez llegaron arriba les hizo olvidar a los tres hombres toda actitud de precaución, y sin darse cuenta bajaron las armas y contemplaron atónitos la ciudad. Tras la entrada se desplegaban una serie de amplias avenidas flanqueadas por impresionantes edificios, de una arquitectura singular como nunca Gregor había visto, elegantes y con unas filigranas imposibles. Eran de diseño sofisticado y sinuoso, de superficies bruñidas tanto si los materiales eran de cristal, piedra o metal. Los rascacielos se emplazaban muy distanciados unos de otros, más de lo que Gregor había previsto cuando los había observado desde las alturas. Tan impecable y reluciente figuraban las magníficas estructuras que daban la impresión de que acababan de inaugurarlas hacía pocas horas. La decoración de algunas fachadas era abstracta y sofisticada, de líneas curvadas y entrelazadas que creaban enortijados dibujos, como tamices, y no se apreciaban figuras o imágenes que sugirieran un aspecto físico de los seres que las habían erigido.

Al mirar las avenidas parecía que de un momento a otro iba a surgir un bullicio de gente de los portales, que una multitud de vehículos se aprestarían a abarrotar las calles... la ciudad clamaba con un silencio agónico el ruido de la vida.

Pero no había nada vivo allí, ni tampoco ningún mecanismo móvil. Reinaba una inquietante y mortal paz, solo alterada por los intermitentes clips que emitían los sensores que portaban sus visores y algunos otros sistemas de radar que barrían periódicamente todo su perímetro en busca de cualquier señal de movimiento. Gregor sabía que sus hombres tenían puesto el máximo nivel de detección y llevaban sus fusiles apoyados en el hombro con la vista permanentemente en el punto de mira. Hasta una mosca habría activado los avisos de peligro y habría sido fulminada en el acto. Pero en un espacio tan abierto resultaban vulnerables desde demasiado lejos para que sus equipos fuesen realmente útiles, y si se dedicaban a avanzar escudriñando el horizonte con miras telescópicas no dispondrían de tiempo suficiente. La general Verne había establecido un plazo y las horas parecían volar... y no tenía en cuenta que el final incipiente de Omoria podía recortar incluso ese periodo.

Gregor señaló lo que le pareció ser la avenida central y el grupo se adentró por el medio de una amplísima calle. Un atento escrutinio le permitió descubrir los primeros signos de la decadencia del lugar, que debía haber devenido mucho tiempo atrás.

Al principio no había caído en ello, pero parte de la superficie de la amplia avenida debía haber estado arbolada en su día, o al menos con algún tipo de jardín, ya que se distinguían numerosos parterres, jardineras y alcorques que debían haber estado destinadas a árboles flores y plantas. Ahora no quedaba vestigio ni de los troncos ni de cualquier otra cosa que hubiera medrado allí en un remoto pasado.

Las fachadas de los edificios presentaban una escritura jeroglífica completamente desconocida que resultaba desconcertante. Gregor observó que las puertas acristaladas eran enormes, así como los escalones que podían observar en el acceso a alguna construcción, lo que parecía sugerir que sus moradores fueran de aspecto más voluminoso que los humanos.

La iluminación de la ciudad asombraba a Gregor, porque la fuente de luz era indefinida. La cúpula cristalina se asemejaba a un cielo azul pálido de mañana, inmaculado, pero lógicamente no había ningún sol en ese firmamento artificial. Tampoco había sombras en el suelo. Parecía el escenario irreal de un sueño. Demasiada luz, pero una luz que no cansaba ni cegaba.

—Señor, observe allí... He descubierto un rastro de calor... algo o alguien ha pasado por aquí recientemente.

Gregor activó al máximo sus sensores infrarrojos. Efectivamente un rastro leve resaltaba sobre el suelo. Era imposible saber si eran marcas de un vehículo o los pasos de un ser alienígena... o tal vez las personas que buscaban.

Estaba convencido que era importante localizar a Carlos. Tenía pocas horas para evaluar su descubrimiento, y presentía que le iba a resultar completamente imposible determinar muchas variables. El civil sin embargo parecía que llevaba un tiempo indagando aquel mundo enterrado. Seguramente tendría muchas respuestas para sus preguntas.

Gregor movió el dedo índice y central en dirección de las huellas indicando que las iban a seguir. Sus escoltas se desplegaron a los flancos. Las huellas se introducían en una calle lateral, amplia, pero mucho más estrecha que la avenida por la que habían avanzado hasta el momento. Gregor miró su reloj. Llevaban ya seis horas en el interior del Hallazgo. Lo que al principio se le había antojado una coraza liviana ahora le parecía pesada e incómoda. Pero un descanso era algo descartado.

La calle desembocaba en una amplia explanada circular con escalones concéntricos en forma de hondonada. Parecía una especie de circo romano de amplísimas dimensiones. El perímetro estaba circunvalado por una arcada de proporciones colosales. Cada arco habría permitido pasar a una nave interestelar pequeña, como la *Intrepid*, sin ningún problema. Cuando llegaron al límite contemplaron el enorme anfiteatro por entero.

En la plaza del interior había un gran púlpito semicircular que se elevaba desde una plataforma central y junto a él una pareja de jóvenes parecía estar manipulando unos controles. Ante ellos un juego de luces se movía, pero eran translucidos, hologramas, que resultaban imposibles de distinguir por mucho que ampliara la visión telescópica de los visores.

Gregor no quería que se les escaparan y desplegó a sus hombres, uno por cada flanco.

Unos minutos más tarde descendía confiadamente por una escalinata que conducía hacia el centro del circo. La pareja no tardó en apercibirse de su presencia y le señalaron. Sorprendentemente no intentaron escapar, y eso que sus hombres todavía no se habían dejado ver.

El descenso fue largo, porque el tamaño de la plaza era enorme y el recorrido hasta el púlpito Gregor lo estimó en unos trescientos metros.

—No hace falta que les diga que están rodeados y que no merece la pena que

intenten escapar —saludó Gregor mientras se levantaba el visor. Quería ver los rostros de los jóvenes con claridad.

Uno era alto y delgado, de tez muy bronceada e incluso un tanto demacrado. Sus ojos le miraban intrépidos y salvajes. No era el civil asustadizo que había esperado encontrar. Parecía un náufrago que llevara largo tiempo sobreviviendo lejos de la civilización.

La chica en cambio tenía un aspecto más vulnerable. Su mirada también era firme y decidida, pero no tanto como la de su compañero. Todavía llevaba las ropas de la base, claramente estropeadas por una estancia reciente en la selva. Ignoraba qué pretendían aquellas dos personas, pero se le antojaba ridículo, que de alguna manera, hubieran intentado ocultarle un secreto a él, un comandante que había vencido en incontables batallas y sobrevivido a auténticos holocaustos militares. Era risible que le hubieran planteado una estrategia tan sumamente infantil como la de intentar esconderse. Confiaba en que no opusieran resistencia. Necesitaba información cuanto antes y no iba a escatimar en medios.

—Usted debe ser Carlos, y usted Iliana.

Ambos asintieron sin inmutarse. A pesar de sus rostros decididos había una serenidad que indicaba que su aparición no les resultaba inesperada.

—Por supuesto general —repuso el chico con una sonrisa. Era una sonrisa sorprendentemente inofensiva, como la que pondría un recluta recién alistado recibiendo la primera medalla, pero los ojos seguían brillando con una firmeza inescrutable—. Si le parece sentémonos en la escalinata, llevamos mucho tiempo de pie esperándoles. Y tenemos mucho de lo que hablar.

—¿Cómo conocían nuestra llegada?

—Muy sencillo señor —esta vez fue Iliana quién le repuso. Se veía que debía ser una operadora, acostumbrada siempre a dirigirse a un superior—. Conocemos en parte la escritura de esta antigua civilización... y empezamos a dominar el funcionamiento de sus controles. De hecho la activación de las ciudades fue lo que más nos costó... pero lo hicimos para llamar su atención, la de usted pero también la de las tropas de la Tierra. De hecho lo que pretendemos es llamar la atención de toda la humanidad. —La chica sonrió enigmáticamente y prosiguió—. Nos ha llevado nuestro tiempo aunque su manejo es muy intuitivo... y bueno, de hecho el sistema nos alertó de la llegada de usted y sus tres hombres horas atrás.

Gregor frunció los ojos al oír el comentario. ¿Sería posible que hubieran sido tan torpes? Alarmado se puso en pie. ¿Dónde estaba entonces ese cuarto hombre del que hablaba la muchacha? Él había estado convencido que eran ellos los perseguidores, y resultaba ahora que el gato se convertía en ratón. El cuarto hombre era Cignus, que debía haberles seguido desde tiempo atrás... ¡y él le había conducido hasta quienes tenían las claves del descubrimiento!

Se giró y miró hacia lo alto y maldijo para sí. Sus hombres habían emprendido el descenso hacia el púlpito, cada uno desde flancos opuestos. Un pensamiento le laceró

la mente y crispó su expresión. Todos ellos resultaban blancos perfectos. Corazas oscuras sobre aquel claro y pétreo suelo de piedra. Ni siquiera la opción de camuflaje del traje blindado serviría de mucho allí.

Cuando Gregor activó el micrófono para dirigirse a sus hombres resultó demasiado tarde. El vibrante sonido de un pulso restalló en el silencio de la ciudad con una violencia inesperada. La cabeza de uno de los marines resultó alcanzada de lleno... el punto más frágil de la armadura. Una muerte instantánea. Maldijo para sí. Figuraba en el expediente de Cignus Gray; «muy aficionado al tiro de precisión y competiciones de caza».

Gregor bajó su visera y activó los sensores que ahora bullían advirtiendo alocadamente «peligro no localizado» y que un miembro del grupo había causado baja. Realizó una rápida inspección en derredor, pero era fácil y obvio. No había nadie en el circo. El francotirador era experto, y estaba muy lejos, imposible de descubrir hasta que hiciera un nuevo disparo.

El otro marine emprendió la huida hacia lo alto, en busca de refugio en la arcada. Era la única maniobra posible, pero inútil. Una rápida sucesión de disparos lo sacudieron como si hubiera sido electrocutado. Cayó al suelo y rodó como un saco. Gregor contempló desazonado que su visor no acababa de localizar el origen de los disparos. El arco que indicaba la posible ubicación del enemigo era demasiado amplio. Sin duda el francotirador debía hallarse muy lejos... y era experto.

Carlos e Iliana se habían refugiado tras el púlpito y otro tanto estaba haciendo él cuando lo sintió, una laceración brutal en la espalda que le dejó sin respiración. Sus rodillas se hincaron en el suelo, y una fracción de segundo después su espalda cayó contra el suelo... sus ojos miraban el insensible y frío cielo cristalino. Dejó de sentir, incluso respirar... Era el fin, definitivo. Un sentimiento recriminatorio por un lado y de rabia por otro fueron las nítidas sensaciones que se apoderaron de su mente. El mundo físico había dejado de transmitirle sensaciones.

Pero se negaba a rendirse fácilmente. Con un dolor atroz consiguió mover los pulmones y una bocanada de aire le devolvió a la vida... Y a la oscuridad, porque el dolor y la herida lo sumieron en la inconsciencia.

\*\*\*\*\*

Unas voces apagadas y distantes lo sacaron de su sopor. Lentamente abrió los párpados y contempló por el rabillo del ojo las figuras de Carlos e Iliana, que se encaraban con un tercer personaje del cual no alcanzaba a ver nada.

Iliana se había abrazado a Carlos y este miraba desafiante hacia delante. Allí, más allá de su campo visual, debía encontrarse el hijo de perra que había logrado matarle. Si al menos pudiera alcanzar su arma y efectuar un último disparo... odiaba esa impotencia final.

—Muy bien Cignus Gray, aquí tienes un tesoro más grande de lo que puedes

digerir. ¿Qué piensas hacer con él? ¿Quedarte a vivir aquí? Te aseguro que no es buena idea. —Carlos era el que hablaba desafiante.

—Mequetrefe, tú sigue hablando así, que ya verás cómo me cargo a tu novia... de todas formas no penséis que vais a salir con vida de aquí —el tal Cignus se rió con desprecio.

—Eres un tonto ignorante Cignus... ¿es que acaso crees que tú sí que ibas a escapar de aquí?

—¿A qué te refieres, idiota? Yo soy el que va a apoderarse de este descubrimiento. El único que va a salir como un héroe de esta expedición de fracasados... y además rico, no te quepa duda. Aquí tiene que haber secretos y tesoros de valor incalculable, y resulta que yo soy un experto vendedor. Lo único que os voy a pedir antes de liquidaros limpiamente es que me expliquéis algunos trucos que habéis descubierto... simplemente eso. De lo contrario la despedida de este mundo de los vivos os resultará muy desagradable, os lo aseguro.

—Por supuesto Cignus... te explicaremos todo lo que desees, pero antes vamos a tenerte que contar una pequeña historia... más que nada para que entiendas dónde estás... y lo que te espera.

Cignus se movía vigilante de un lado a otro y Gregor oía sus pasos.

—Verás Cignus... estas ciudades que ves aquí son el rastro de una gran civilización alienígena con la que compartíamos nuestra magnífica Vía Láctea, sí, nuestra galaxia... podríamos decir que eran... nuestros vecinos. Resulta que siglos atrás, no muchos, esta buena gente decidió emigrar hacia mejores barrios... El por qué de esta migración era algo que me tenía muy intrigado... porque aunque gracias al talento de esta guapísima señorita conseguí descifrar su escritura... no daba con archivos históricos que me explicaran la causa del éxodo. Lo único que sabía era que metódicamente esta gente había ido abandonado sus mundos habitados, e incluso sus ciudades satélites, como estás en la que nos encontramos, y discreta pero inexorablemente, emprendió un viaje hacia nadie sabe qué sitio.

—¿Y pretendes que me crea una patraña como esa? Una civilización tan poderosa... se dedica a dejar sus riquezas tras de sí... o estaban locos o tenían miedo, y desde luego a mi no me parece factible ninguna de las dos opciones.

—Has acertado, quien lo iba a decir, y yo que te había tomado por un cretino.

—Cuidado muchacho con los modales, no insistas en esa línea que ya ves que soy de gatillo fácil.

—No te ofendas Cignus. Permíteme que me muestre un tanto presuntuoso, es el último lujo que me puedo consentir, ahora que sé que falta poco para palmar. — Gregor observó como Carlos sonreía de la misma forma que había hecho con él. El chico tenía todavía un as en la manga, pensó—. Como bien has dicho Cignus, aquella espléndida civilización extraordinariamente avanzada estaba huyendo, sí, porque había descubierto que una amenaza cruel e implacable se aproximaba. No querían enfrentarse a ella porque la derrota era segura... así que emprendieron una

emigración épica. Este planeta, Cignus... es un planeta artificial, como yo mismo descubrí. Pero no es un planeta artificial porque sí, es un planeta escondite... un sitio donde ocultar todo lo que no pudieron llevarse consigo en su éxodo. No podían dejar estas ciudades por ahí... donde más pronto o más tarde pudieran ser localizadas. Omoria I era su escondite, además de ser el último puerto, antes de partir y abandonar la galaxia que los vio nacer.

Cignus rió con fuerza.

—¿Y esperas que me crea esas sandeces? Parecen cuentos de niños.

—Lo más curioso Cignus es que esa gente no sólo huía, sino que además quería que la amenaza que se cernía sobre ellos no tuviera siquiera constancia de su existencia. Conforme abandonaban un mundo, se ocupaban de su destrucción total... no querían dejar huellas tras de sí.

—Vaya, mira por donde aquí la pifiaron.

—La verdad es que yo también pensaba así hasta hace poco... ¿Cómo era posible que si tan empeñados en destruir todo rastro de su existencia, dejan nada más ni nada menos que un planeta escondite sin eliminar y lleno de estos tesoros? Parece un error... de bulto diría yo. Eso es lo que pensaba... que de alguna manera la amenaza que se abalanzaba sobre ellos les había dado alcance... y finalmente los exterminó. Y lo que es más aterrador, lo que había provocado su ruina pudiera serlo también para nuestra especie. ¿Qué enemigo es ese tan temible? Mi colega, la doctora Iliana, dio con la solución. Iliana.

La chica tomó la palabra. Gregor advirtió que lo hacía de mala gana, pero habló sin la ironía y el apasionamiento de Carlos, aunque no parecía asustada, por lo menos no tanto como debía estarlo. El comandante apenas mantenía la consciencia pero estaba haciendo un supremo esfuerzo por mover las manos... recuperar sus sensaciones para poder encañonar a Cignus con su rifle. Se sentía desfallecer con cada intento.

—Sí, yo tuve el privilegio de descubrir que lo que Carlos había averiguado era exacto. El hecho de que Omoria I no fuera destruido no quiere decir que no lo vaya a ser... de una forma inminente.

—¿Qué quieres decir? ¿Me estas tomando el pelo?

—No Cignus. ¿Recuerdas los problemas con los satélites y sus órbitas? ¿Recuerdas que perdimos unos cuantos? Adivina en qué región del espacio nos encontramos ahora mismo... estamos entrando en una región altamente inestable donde desaparecieron varios satélites al principio de la misión. El sistema Omoria I se está abalanzando a una velocidad de vértigo sobre un precipicio... estamos a punto de ser engullidos por un agujero negro, Cignus. Debes saber que Lisha me encargó estudiar la causa de la alteración de las orbitas de los satélites. Bien, completé mi trabajo. Según mis cálculos apenas quedan veinte horas para el final. Los terremotos han sido la primera señal de que la órbita del planeta fluctúa. Lo hemos comprobado ya. Al final los omorianos van a lograr su propósito. Es una forma limpia y natural de



eliminar un planeta, sin despertar sospechas. No sabíamos cómo habían acabado con sus otros mundos, pero lo que sí es seguro es que debían aprovecharse de la naturaleza del universo para esos fines, de lo contrario acabarían llamando la atención si utilizaban algún tipo de arma o tecnología artificial.

—Bromeas.

—Me temo que no —dijo esta vez Carlos—. Esta gente era muy metódica, y por muy poquito no les salió bien la jugada. Yo descubrí su escondite... pero también es cierto que presumiblemente ese secreto no va a salir de aquí, me temo.

—Tonterías... estamos a tiempo de escapar —aunque la voz del hombre resultaba desagradablemente arrogante, Gregor percibió que había perdido seguridad y se notaba cierta vacilación.

—Si tú lo dices... Pero no nos precipitemos. Ya que hablas de escapar, eso me recuerda que todavía queda una importante ironía en toda esta historia, y está fue cuando descubrí de qué huían nuestros misteriosos vecinos. Resultó ser un descubrimiento halagador... y hasta cierto punto increíble.

Cignus gruñó, pero quería saber el final de la historia. Gregor lo notaba. Cualquiera otro mercenario con menos escrúpulos habría disparado ya.

Carlos sonrió satisfecho porque a pesar de las prisas del capataz de ingenieros, había logrado despertar su curiosidad.

—Muy bien Cignus Gray, la poderosa civilización desaparecida, en cuya ciudad nos encontramos ahora, huía de otros más crueles y voraces que amenazaban con engullir su mundo y sus vidas. Resultó una tarea ardua, pero finalmente logré identificar el cuadrante del espacio del cual provenía la amenaza... huía de ti, Cignus... y de este general que está ahí tendido, y de Iliana... y por supuesto, de mí. Esa gente observaba con reservas a la Humanidad, saltando de mundo en mundo, de forma vertiginosa, insaciable, nos veía en nuestras guerras interminables, nos veía desarrollando frenéticamente tecnologías con una creatividad incontenible... y decidieron que no tenían ninguna opción en el enfrentamiento... siendo el Universo tan grande, debieron pensar que había que estar loco para pelearse por una porción de espacio. Curiosa forma de pensar para nosotros los humanos que damos más valor a un pedazo de tierra que a una vida. Toda una lección, ¿no crees? —Carlos hizo una larga pausa en la que todos permanecieron en silencio. Cignus parecía estar masticando aquella información con lentitud. No acababa de creérsela—. Y sería conveniente que pensarás en tú última voluntad, Cignus, porque tu tiempo se acaba.

Cignus se rió con desidia primero, y después con más ganas. Gregor observó que Carlos le miraba de reojo. Si esperaba que él pudiera hacer algo, más le valía que no confiase demasiado en esa opción. Aunque sentía una mano que tenía aferrada al fusil, tenía la impresión que iba a ser incapaz de moverlo del suelo, y mucho menos disparar a Cignus. Ni siquiera lo tenía en su línea de visión, y dudaba que pudiera girarse.

—Muchacho, creo que me voy a tener que quedar sólo con Iliana para que me

explique cómo funciona esto. Estoy harto de tu cháchara.

—Te equivocas otra vez Cignus. Me temo que Iliana y yo no vamos echar en falta tu presencia ahora que partes para el otro barrio.

—¿Qué...?

La voz de Cignus resultó ahogada por un rugido ensordecedor que Gregor ignoraba de dónde provenía. Debía pertenecer a una fiera enorme, que atrapó a Cignus desprevenido. Seguramente había llegado en silencio por su espalda, puesto que la exclamación breve del hombre mostró tanta sorpresa como horror. El sonido de huesos rotos y astillados resultó inconfundible y desagradable. Cignus había muerto en el momento que el poderoso animal había hundido sus colmillos en él, de eso no le cabía duda a Gregor.

Ahora pudo verlo por fin. Era un animal formidable, que en seguida acudió a que Carlos acariciara su pelaje azul y le diera un abrazo. Sus ojos verdes se cruzaron con los suyos y el animal se quedó mirándole pensativamente durante unos segundos. Era una mirada inteligente, no cabía duda. Otro ejemplar, aunque no tan grande y de un color gris perla se acercó a la chica a quien saludó con cariño. Tanto Carlos como Iliana les correspondieron efusivamente. Parecía que existía una estrecha relación entre ellos.

Más tarde, el animal de color azulado se le acercó y lo olisqueó brevemente para lamerle finalmente la cara.

—Mira Carlos, ¡el militar todavía vive! —gritó Iliana.

Y el comandante sintió que la luz se desvanecía de nuevo.

\*\*\*\*\*

Cuando Gregor se recuperó observó que lo habían acomodado y quitado la coraza. Podía respirar más pausadamente y sin tanto dolor pero se hallaba por completo inmovilizado y no podía siquiera girar el cuello. De hecho no percibía ninguna sensación. Intentó mover los brazos pero no sucedió nada. Parecía que había llegado su final. Los ojos se le humedecieron mientras una profunda pena le embargaba. No quería admitirlo pero también sentía inquietud... «esto todavía está incompleto» pensó mientras repasaba el objetivo que se había propuesto y en la misión que lo había conducido a Omoria. Su vida, al borde del final, en aquel momento último, le parecía vacía. Inexplicablemente sintió un profundo reproche que tantas veces se había recriminado... había dejado pasar el tiempo de volver con Sara hasta que ya ella había desaparecido. Si pudiera cambiar el pasado, ¿en qué momento de su vida habría tenido que colgar el uniforme? Ya era tarde también para eso.

—Lo siento señor. —Era Carlos, que se había arrodillado junto a él. No hacía falta que le explicara nada. De sobra sabía lo que implicaba ser alcanzado de lleno por una onda de pulsos. Si estaba vivo aún era por la coraza... pero no había armadura que resistiera de lleno un impacto certero. Tal vez le quedaban unos

minutos... no más de una hora. Gregor movió los párpados en señal de asentimiento.

—¿Qué tenéis previsto hacer? Los terrícolas no... deben... —Le costaba terriblemente expresar las ideas. Odiaba sentirse tan impotente.

—¿Los terrícolas no deben hacerse con este descubrimiento? Por supuesto... nadie va apoderarse de este Hallazgo señor... Nadie debe saber que nuestros desaparecidos vecinos han partido. Todavía siguen entre nosotros, a la espera de una oportunidad para atacarnos.

Gregor devolvió la mirada al joven, que al parecer, hablaba en serio.

—No entiendo. Acabo de oír las explicaciones que le dabas a ese cabrón.

—Por supuesto general... es muy sencillo. La humanidad necesita creer en una amenaza firme y real... y debemos proporcionársela.

Gregor hizo una mueca. ¿Qué clase de engaño era ese?

—Es necesario que la humanidad piense que una civilización cruel y superior nos rodea... que tarde o temprano puede suponer un peligro real... que una nueva confrontación entre nosotros nos haría extremadamente vulnerables, débiles y apetecibles... que es necesario no sólo establecer la paz, sino mantener una alianza íntegra como especie. Usted sabe perfectamente cómo va a terminar una posible reanudación de la guerra entre los humanos. Necesitamos crear un miedo mayor que termine con nuestras guerras fratricidas... es el sino de nuestra historia.

Gregor negó con la cabeza.

—Eso es una falacia... Demagogia —dijo en murmullos. La fuerza se le escapaba de su cuerpo como arena entre los dedos de una mano, sin posibilidad de retenerla.

—Claro, usted piensa que la tecnología que podría descubrirse aquí resultaría crucial para obtener una ventaja táctica sobre el enemigo y vencer... Es algo lógico, propio de un militar como usted.

—No tienes idea de lo que...

—Claro que tengo idea, señor. ¿Por qué está usted aquí? ¿Y por qué cree que han llegado los terrícolas? ¿Cree que estaban de paseo y se presentaron por casualidad? Temo desilusionarle, pero he tenido que ver algo en la actual situación militar en Omoria, y pienso seguir sacando partido a este descubrimiento. Vera señor, esto lo puedo hacer con o sin su ayuda. Dependerá de usted el que su nombre permanezca como el general que hizo posible descubrir una terrible amenaza para la Humanidad y que puso fin a una guerra terrible. Eso lo hará digno de figurar en los anales de la historia. O podría quedar como un miope de tres al cuarto que se paseó por un planeta plagado de ingenios alienígenas sin descubrir nada y al que se le dio por desaparecido... seguramente víctima de un accidente tonto en mitad de la jungla. Yo prefiero hacerme famoso, no sé usted.

Gregor cerró los ojos. ¿De qué diantres estaba hablando aquel civil?

Tantos años combatiendo a los terrícolas... para ahora fraguar una paz... después de tanta muerte. Sería un sacrificio inútil... todo. Prefería morir antes que propiciar semejante traición, semejante deshonra.

Las imágenes de combates y batallas atroces que había vivido desde su juventud pasaron fugazmente por su memoria. Asedios en planetas infernales y emboscadas en lunas heladas en remotos y olvidados sistemas, la navegación suicida por cinturones de asteroides, a través de nubes protoplanetarias, trazando rutas imposibles entre cúmulos estelares donde un error del piloto les llevaría directos al corazón de una estrella ardiente... macabras explosiones de naves espaciales iluminando la oscuridad del espacio como supernovas que se llevaban por delante miles de vidas en sólo un instante... batallas de leyenda donde no había cuartel... ¿Pero qué clase de idea tan descabellada le estaba proponiendo aquel insensato? Qué epílogo tan absurdo a una vida abnegada, leal y sacrificada como la que había llevado.

Y lo más terrible de todo es que había sido víctima de la manipulación de un civil que había engañado a ambos bandos para acudir a una calamitosa cita en Omoria I. Pensar que al final de su carrera él mismo había sido usado como un simple peón a manos de un joven intrigante resultaba una ironía lacerante. Si volvía a referirse a él como general se iba a enterar... él era todo un comandante de la Armada.

—General, usted sabe que la guerra que se avecina deja atrás todo lo que usted pueda ver de honor y estrategia en el combate. Sólo nos espera la destrucción por completo. Es hora de que nos diga qué quiere hacer —le espetó Carlos.

Gregor apretó los dientes con fuerza. Poco a poco estaba recuperando la sensibilidad, y oleadas de dolor le sacudían el cuerpo.

Inesperadamente un recuerdo afloró en su imaginación... Sara le tendía las manos, esperando que al fin llegara el ansiado reencuentro.

## Capítulo 28

El general Verne se paseaba impaciente por el puente de la *HMS Majestic*. El ventanal permitía ver un firmamento espléndido, con dos poderosos luceros en lo alto. Ahora al brillo del sol de Omoria le acompañaba la cegadora luz que emitía el voraz agujero negro que se alimentaba de su víctima. El largo brazo de materia solar que partía del sol y que la víspera era simplemente algo parecido a una estela luminosa, se arremolinaba en un disco de cuyo centro emergían dos haces perpendiculares... la materia que el agujero negro no podía tragar de golpe y que resultaba eyectada al espacio como increíbles surtidores, en direcciones diametralmente opuestas. Era una visión perturbadora que indicaba que todo el sistema estaba próximo a su fin, y aunque sus científicos todavía debatían si les quedaban horas, días o incluso semanas, la aprensión que provocaba la escena hacía que la tripulación no estuviera del todo concentrada. Debía tenerlo en cuenta.

Verne se posicionó en su puesto de mando. La *HMS Majestic* era una fragata curtida en batallas y mil veces mejorada en diversos astilleros de muchos mundos. A pesar de las descargas de pulsos recibidas de la *Intrepian* en su fulgurante entrada en Omoria I, había sobrevivido al duelo.

El comandante Gregor le intrigaba. Todo un mito en aquella guerra galáctica. Y ahora lo tenía frente a ella. Quién lo diría. Sólo de saberlo sentía erizársele la piel. De hecho su maniobra ofensiva había sido contrarrestada brillantemente. Los hechos avalaban la fama de su oponente, sin duda.

Y ella había sido la designada para llevar a cabo aquella inesperada misión. Una misión que podía haber sido un simple bulo, una maniobra para distraer la atención, pero que desde el principio todo había indicado que no lo era.

Primero había sido la recepción de un mensaje clandestino, indicando el fabuloso descubrimiento en un mundo remoto, y los peligros que podía suponer para la Tierra el que la Federación de Mundos Libres se hiciera con una avanzada tecnología alienígena.

Después se produjo el discreto movimiento de la *Intrepian*. Una jugada apropiada ya que cualquier movilización de la flota habría sido sospechosa, aún desconociendo los secretos de Omoria I. Y la Tierra no se podía permitir ningún lujo que supusiera admitir una situación de inferioridad.

Una vez arribaron a Omoria resultó evidente que el planeta escondía algo. Sus científicos de a bordo no pararon de presentarle datos y conjeturas que indicaban que aquel lugar no obedecía a los cánones de normalidad que cabía esperar.

Y finalmente la inesperada revelación de una potencia gravitonal de transporte escondida en el interior del planeta, que superaba con creces toda fuerza que la Tierra hubiera poseído en sus mejores momentos, en la Edad Imperial, había sido la revelación final que había confirmado el mensaje inicial, tan inesperado como misterioso.

¿Quién había avisado a la Tierra?... y ¿por qué lo había hecho?

La Tierra no tenía espías en el grupo de científicos desplazados a tan remoto lugar. ¿Cuáles eran las motivaciones para obrar de esta manera?

Quizás la razón era que el secreto en sí mismo superaba las fronteras de la guerra y rivalidad existentes. Podía suponer que en el futuro la humanidad actuara con la conciencia de especie... algo que hasta la fecha había estado muy lejos de suceder. La paradoja de un miedo común alentaba la esperanza de paz para la Humanidad. Habría que empezar desde cero, pero no era la primera vez que sucedía en la larga y repleta de errores, historia del Hombre.

Pero el que esa circunstancia se propiciara no estaba en su mano. Dependía de la voluntad del comandante más sanguinario e inflexible con el que podía topar. Verne no creía que el comandante tuviera a bien compartir el hallazgo y temía que el enemigo pudiera hacer uso de una tecnología superior en cualquier momento, acabando con la *Majestic* en un instante.

Y Verne sabía que no podía permitirse una voluntad débil en un asunto como aquel y en unas circunstancias bélicas como en las que se encontraban. Sentía que la supervivencia de la Tierra dependía directamente de ella. Un peso insoportable y doloroso.

Se había fijado un límite temporal que ya de por sí entrañaba un elevado riesgo, e iba a ser inflexible. Transcurrido el plazo enviaría el pertinente mensaje al Alto Mando terrestre. La Federación no cooperaba, y cada segundo que pasase podía suponer la ruina de la Tierra.

La tregua tocaba a su fin.

Se reanudaba la contienda.

El holocausto era inminente.

Omoría I sería el primer objetivo de destrucción total para la nueva tecnología de guerra. Ni siquiera esperarían a que la naturaleza siguiera su curso y el sistema fuera devorado por el agujero negro que ahora se mostraba tan evidente. El planeta sería desintegrado en breve plazo. Quizás la *HMS Majestic* tuviera tiempo de escapar del sistema... pero era lo de menos.

Incluso antes, tanto Nueva Esperanza como la Tierra serían borradas del mapa en cuanto estuviesen a tiro, quizás pocas horas después de transmitir su mensaje.

Más tarde las fuerzas supervivientes se dedicarían a eliminar los planetas principales de cada bando, en una cuidadosa y planificada escalada bélica tendente a hacer el mayor daño posible al oponente.

Así hasta que todos y cada uno de los destructores gravitacionales, el arma más mortífera y sanguinaria que hubiera desarrollado el hombre, fueran aniquilados por el respectivo enemigo.

Cuando el terrible acto terminara y cayeran los telones, la humanidad estaría casi de vuelta a la edad preespacial... con muchos mundos aislados por completo del resto... volviendo a una edad preindustrial en algunos casos. Muchas colonias

necesitaban del comercio interplanetario para sobrevivir. De hecho muchas, seguramente, no aguantarían... quizás volvieran a la edad de piedra o peor... un retroceso incalculable... pero también inevitable.

La general se sentó en su silla de mando. Se preguntó en cuántas ocasiones un único individuo había tenido en su mano el futuro de todos los hombres y mujeres. Un vértigo frío la sobrecogió.

Alrededor, su tripulación mantenía la disciplina, pero en esta ocasión con un silencio respetuoso que nadie se atrevía a alterar. Sólo los ordenadores parecían carraspear tímidamente de vez en cuando mientras procesaban los programas.

La general sintió que los ojos se le inundaban de lágrimas. Faltaban pocos minutos para transmitir la orden. Una sensación como de pesadilla inundaba sus pensamientos.

En cierta ocasión el buque insignia que comandaba había sido alcanzado de lleno por el fuego enemigo. Se había perdido la presión y había estado a punto de salir expulsada al vacío. Durante unos segundos creyó que iba a morir, y todo lo que observó su retina durante el brevísimo periodo de tiempo en el que el pánico se apoderó del puente y en el que muchos de sus tripulantes perecieron, le pareció que había sido un periodo infernal que había durado eones.

Ahora le sucedía otro tanto. Parecía que cada minuto se tornaba interminable. El plazo estaba próximo a expirar... desde hacía mucho tiempo atrás.

—General Verne. Recibimos una transmisión de la Armada.

—Pásemela a mi monitor, rápido.

Verne mantuvo la compostura a duras penas. Sabía que sus sentimientos la hacían vulnerable, pero ante todo iba a actuar como la militar que era. No admitiría tretas ni dilaciones sospechosas.

El monitor le mostró el rostro del comandante Gregor.

Pero era un rostro que no tenía nada que ver con el hombre que había conocido tan solo un día antes.

Este parecía moribundo, pálido y débil. De hecho estaba tirado en el suelo y alguien sostenía el transmisor que estaba utilizando. Un charco de sangre rodeaba el torso del hombre. Podía adivinarse una herida descomunal en la espalda. Su cuerpo era grotesco... le faltaban los dos brazos. Verne ahogó un grito al contemplar con horror la mutilación del comandante y no pudo evitar sentir una piedad intensa.

—General Verne... —La voz era reconocible, pero apenas resultaba audible.

—Aquí el general Verne, le escucho. El plazo está próximo a expirar.

—Lo sé... este era el único medio... de entender... lo que sucede... Verne... la humanidad está en peligro... Nos acechan desde mundos como este... por toda la galaxia... no sé si entiende esto... nos consideran hostiles y destructivos.

—Eso es algo absurdo.

—Verne... voy a morir... y no me queda tiempo... pero los científicos que lo descubrieron... lléveselos, ellos le explicaran... Le ruego se lleve a mis tropas con

usted... y a la gente de la base... debe hacerlo. Así verificará que no tenemos nada que ocultar.

—No pienso abandonar este mundo, comandante Gregor.

—Debe hacerlo, tiene los minutos contados... Ahora van para allá... He ordenado a mis tropas que entreguen las armas.

—¡Qué! —Verne no daba crédito a las palabras de su rival. Por primera vez pensó que tal vez no fuera una artimaña—. ¿Qué le ha sucedido comandante?

—He descubierto la verdad de este mundo.

El comandante Gregor le sonrió enigmáticamente y su mirada se perdió más allá de la cámara que capturaba su imagen.

Sólo después de unos minutos Verne comprendió que el comandante Gregor había muerto. La general apoyó su frente en las yemas de los dedos mientras cerraba los ojos.

—General Verne —el segundo de abordó la despertó de su ensimismamiento— el plazo ha vencido. ¿Quiere realizar la transmisión a la Tierra?

Verne apoyó los brazos sobre el sillón y pensó cuidadosamente la respuesta. Se le hizo un nudo en la garganta... parecía que iba a ser incapaz de pronunciar una sola palabra.

—Sí, sí... —respondió vacilante la general— ...quiero que transmita... «Amenaza crítica para la humanidad descubierta en Omoria I. Urge reconsiderar todos nuestros planes bélicos y renegociar la tregua con la Federación».